
Christian White
LA NIÑA DE NINGUNA PARTE
AdN
Alianza de Novelas

Christian White

LA NIÑA DE NINGUNA PARTE

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN Alianza de Novelas

Índice

Melbourne, Australia
Manson, Kentucky
Melbourne, Australia
Manson, Kentucky
Melbourne, Australia
Manson, Kentucky
Melbourne, Australia
Manson, Kentucky
Hartford County, Connecticut
Manson, Kentucky
En algún lugar de Pensilvania
Manson, Kentucky
Martha, Virginia Occidental
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Redwater, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky

Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
Manson, Kentucky
En algún lugar sobre el océano Pacífico
Nota del autor
Agradecimientos
Créditos

A mis padres, Ivan y Keera White

Melbourne, Australia

Ahora

—¿Te importa si me siento? —preguntó el desconocido.

Tenía cuarenta y tantos años, era atractivo, de aspecto tímido y hablaba con acento americano. Llevaba un anorak brillante por el agua y deportivas amarillo chillón. Debían de ser nuevas, porque chirriaban cuando movía los pies. Se sentó a mi mesa sin esperar contestación y dijo:

—Eres Kimberly Leamy, ¿verdad?

Yo estaba en un descanso entre clase y clase en la escuela Northampton Community TAFE, donde enseñaba Diseño y Fotografía tres noches a la semana. Por lo general la cafetería estaba a rebosar de alumnos, pero aquella noche se había quedado desierta y tenía un aire fantasmal, posapocalíptico. Llevaba casi seis días lloviendo sin parar, pero los dobles cristales aislaban el ruido.

—Kim a secas —dije, un poco irritada.

Faltaba poco para que se me terminara el descanso y había estado disfrutando de la soledad. A principios de semana había visto un ejemplar muy gastado de *Cementerio de animales*, de Stephen King, calzando la pata de una mesa de la sala de profesores y desde entonces me había dedicado a leerlo casi sin interrupción.

Siempre he sido una gran lectora y el terror es mi género favorito. Mi hermana pequeña, Amy, a menudo me miraba exasperada terminar tres libros en el mismo tiempo que le llevaba a ella leer uno.

La clave de leer rápido es tener una vida aburrida, le dije en una ocasión. Amy tenía novio y una hija de tres años. Yo tenía a Stephen King.

—Me llamo James Finn —dijo el hombre.

Dejó una carpeta marrón en la mesa, entre los dos, y cerró los ojos un momento, como un nadador olímpico que se prepara mentalmente para tirarse al agua.

—¿Eres alumno o profesor? —le pregunté.

—En realidad ninguna de las dos cosas.

Abrió la carpeta, sacó una fotografía de veinte por veinticinco y la deslizó por la mesa hacia mí. Había algo mecánico en su forma de moverse. Cada gesto era calculado y seguro.

La fotografía era de una niña pequeña sentada en un césped verde y tupido. Tenía dos o tres años, ojos azul intenso y pelo oscuro enmarañado. Sonreía, pero con desgana, como si estuviera harta de que la fotografiaran.

—¿Te suena de algo? —preguntó el hombre.

—No, me parece que no. ¿Debería?

—¿Te importaría mirar otra vez?

Se reclinó en el respaldo de la silla y entrecerró los ojos, evaluando atento mi reacción. Para

complacerle, volví a mirar la foto. Los ojos azules, la cara desdibujada por el exceso de luz, la sonrisa que no era en realidad una sonrisa. Quizá ahora sí me sonaba.

—No sé, lo siento. ¿Quién es?

—Se llama Sammy Went. Esta fotografía es de cuando cumplió dos años. Tres días después desapareció.

—¿Qué quieres decir?

—Se la llevaron de su casa en Manson, Kentucky. De su dormitorio de la segunda planta. La policía no encontró indicios de allanamiento. No hubo testigos, ni una carta pidiendo rescate. Desapareció sin más.

—Ah, me parece que a quien buscas es a Edna Olson. Es profesora de Criminología. Yo soy del departamento de Arte, pero a Edna le vuelve loca todo eso de los crímenes de la vida real.

—He venido a verte a ti —dijo, y carraspeó antes de seguir—. Hay quien piensa que se adentró en el bosque y se la llevó un coyote o un puma, pero ¿cuánto puede adentrarse en un bosque una niña de dos años? Lo más probable es que a Sammy la raptaran.

—… Vale. Así que eres investigador.

—En realidad soy contable. —Exhaló despacio y olí hierbabuena en su aliento—. Pero crecí en Manson y conocí bastante bien a la familia Went.

Faltaban cinco minutos para que empezara mi clase, así que consulté mi reloj sin disimulo.

—Siento mucho lo de esta niña, pero me temo que tengo clase. Por supuesto me encantará ayudar. ¿Qué donativo tenías pensado?

—¿Donativo?

—¿No estás recaudando dinero para la familia? ¿No es lo que buscas?

—No necesito tu dinero —dijo con frialdad. Me miró con curiosidad, arrugando la cara—. Estoy aquí porque creo… que estás relacionada con todo esto.

—¿Relacionada con el rapto de una niña de dos años? —reí—. No me digas que has venido desde Estados Unidos para acusarme de secuestro.

—No me estás entendiendo —dijo—. Esta niñita desapareció el 3 de abril de 1990. Lleva desaparecida veintiocho años. No creo que secuestraras a Sammy Went. Creo que eres Sammy Went.

En mi clase de Fotografía había diecisiete alumnos, una mezcla de edades, razas y géneros. En un extremo del espectro estaba Lucy Cho; tan recién salida del instituto que todavía se ponía una sudadera de capucha con las palabras *Instituto Mornington* estampadas en la espalda. En el extremo opuesto se encontraba Murray Palfrey, un jubilado de setenta y cuatro años con mucho tiempo libre que tenía la costumbre de hacer crujir los nudillos cada vez que levantaba la mano.

Era noche de presentación de porfolios, cuando los alumnos salían al frente de la clase para enseñar y comentar las fotografías que habían hecho durante el semestre. La mayoría de las presentaciones eran anodinas. La mayoría eran técnicamente correctas, lo que significaba que algo estaba haciendo bien yo, pero el tema elegido era en gran medida el mismo que el de las presentaciones del año anterior y del anterior a ese. Vi el mismo grafiti en la misma pared cuarteada de ladrillo que el semestre pasado; la misma cabaña ahogada en enredaderas en los jardines Carlton; la misma tormenta oscura y tétrica vertiendo agua marrón en el río Egan.

Pasé casi toda la clase con el piloto automático puesto.

Mi encuentro con el contable estadounidense me había dejado inquieta. No porque creyera lo que había dicho, sino porque no me lo creía en absoluto. Vamos a dejar una cosa clara. Mi madre, Carol Leamy, era muchas cosas —y digo «era» porque lleva muerta cuatro años—, pero

no una secuestradora de niños. Bastaba con pasar un minuto con ella para saber que era incapaz de tener un secreto, y mucho menos si ese secreto era el secuestro internacional de una niña.

James Finn se equivocaba respecto a mí y estaba bastante segura de que nunca encontraría a esa niñita, pero me había recordado una verdad incómoda: que el control es una ilusión. Los padres de Sammy Went lo habían aprendido por las malas, con la pérdida de una hija. Yo también, con la muerte de mi madre. Se fue, hasta cierto punto, de repente: yo tenía veinticuatro cuando le diagnosticaron un cáncer y veintiséis cuando la mató.

Tal y como yo lo veo, las personas que pasan por algo así salen diciendo una de estas dos cosas: «Todo ocurre por una razón» o «Vivimos en un mundo caótico». Hay variantes, claro: «Los caminos del Señor son inescrutables» y «La vida es una mierda». Yo era de los que piensan esto último. Mi madre ni fumaba ni se pasó la vida trabajando en una fábrica textil. Se alimentaba bien, hacía ejercicio y, al final, nada de eso contó.

Así que el control es una ilusión.

Cuando me di cuenta de que me había pasado las presentaciones de porfolios soñando despierta, me terminé el café, ya frío, e intenté concentrarme.

Le tocaba a Simon Daumier-Smith enseñar su trabajo. Simon era un chico tímido, callado, de veintipocos años, que casi siempre se estaba mirando los pies. Cuando levantaba la vista, un ojo vago nadaba detrás de sus gafas igual que un pez.

Estuvo unos minutos colocando con torpeza una serie de fotografías de veinte por veinticinco en los caballetes expositores que había en la parte delantera del aula. Los alumnos empezaban a impacientarse, así que le pedí a Simon que nos hablara de la serie mientras la preparaba.

—Eh… sí, claro… Vale. —dijo peleándose con una de las fotografías. Se le escapó de la mano y la persiguió por el suelo—. Pues sabía que teníamos que buscar… esto… yuxtaposiciones y… no estoy completamente seguro de… bueno, de haber comprendido lo que es eso. —Colocó la última fotografía en el caballete y dio un paso atrás para que el resto de clase pudiera ver su trabajo—. Supongo que puede decirse que esta serie es una yuxtaposición de fealdad y belleza.

Para mi total y absoluta sorpresa, la serie de fotografías de Simon Daumier-Smith era… extraordinaria.

Había seis en total, todas con enfoque idéntico. Debía de haber sujetado la cámara con un trípode y sacado una fotografía cada pocas horas. La composición era desnuda y sencilla: una cama, una mujer y su hijo. La mujer tenía la edad de Simon, y una cara picada pero bonita. El niño tendría unos tres años, mejillas artificialmente sonrosadas y el ceño enfermo y fruncido.

—Las hice todas la misma noche —explicó Simon—. Son mi mujer, Joanie, y nuestra hija, Simone. No la llamamos así por mí, por cierto. Mucha gente cree que le pusimos mi nombre, pero la abuela de Joanie se llamaba Simone.

—Cuéntanos más cosas de la serie, Simon —dije.

—Vale, pues… Simone no durmió en toda la noche por la tos ferina y… bueno, estaba muy agitada, así que Joanie la metió en la cama.

La primera fotografía mostraba a la madre acostada con la niña acurrucada contra su cuerpo. En la segunda, la niña estaba despierta y llorando, intentando apartarse de su madre. En la tercera daba la impresión de que la mujer de Simon se estaba hartando de que le sacaran fotos. Las fotos siguientes daban la misma impresión hasta llegar a la sexta, que mostraba a madre e hija durmiendo a pierna suelta.

—¿Dónde está la fealdad? —pregunté.

—Bueno… en esta, la pequeña Simone, esto… la niña retratada, babea. Y por supuesto en la

foto no se ve, pero en esta mi mujer roncaba muchísimo.

—No veo fealdad —dije—. Veo algo… corriente. Pero hermoso.

Simon Daumier-Smith no llegaría a ser fotógrafo profesional, de eso estaba casi segura. Pero con esa serie de fotografías que llevaban el sencillo título de *Niña enferma* había creado algo genuino y real.

—¿Se encuentra usted bien, señora Leamy? —preguntó.

—Llámame Kim —le recordé—. Y estoy perfectamente. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno, porque… está llorando.

Pasaban las diez cuando volví a casa en coche por el paisaje gris de Coburg. La lluvia caía en una cortina gruesa y torrencial sobre el techo del Subaru. Diez minutos después estaba en casa. Aparqué y corrí bajo la lluvia hacia el edificio donde estaba mi apartamento, con el bolso encima de la cabeza a modo de paraguas.

En el rellano del tercer piso había un intenso a olor a ajo y a especias; el aroma extrañamente reconfortante de vecinos a los que nunca había visto. Mientras me dirigía hacia mi puerta, Georgia Evvie, mi vecina de enfrente, asomó la cabeza.

—Kimberly, me imaginaba que serías tú. —Era una mujer gruesa de sesenta y pocos años, con ojos cansados e inyectados en sangre. Georgia la Gorda, había oído llamarla a un vecino a sus espaldas—. He oído el ascensor, he mirado la hora y pensado: ¿quién más llega a casa casi a medianoche?

Eran las diez y media.

—Lo siento, señora Evvie. ¿La he despertado?

—Uy, qué va, soy un búho. Claro que Bill se acuesta a las nueve, así que es posible que sí te haya oído, pero no se ha quejado. —Agitó una mano como quitándole importancia—. Y si se hubiera quejado le habría recordado que eres joven. Los jóvenes hoy en día trasnochan mucho, al parecer incluso entre semana.

—Ya....

Nadie había visto nunca al marido de Georgia y había pocas pruebas de su existencia. Claro que podía estar sepultado bajo la porquería que acumulaba su mujer. Por las veces que lo había entrevisto cuando Georgia salía a la puerta, sabía que el 3º E estaba atestado de torres inclinadas de basura: libros, facturas y cajas llenas hasta arriba. La única ventana que veía desde el descansillo estaba tapada con periódicos y, aunque no los había visto, estaba convencida de que flotando en aquel caos había uno o dos gorros de papel de aluminio.

—Pues, visto que estás despierta… —empezó a decir. Georgia estaba a punto de invitarse a mi casa a tomar una copa. Yo lo único que quería era subir la calefacción, tumbarme en el sofá con Stephen King y escuchar los sonidos reconfortantes, predecibles de mi apartamento: el ronroneo de la nevera, el susurro de los conductos de climatización, el suave zumbido del cargador de mi portátil…—. ¿Y si nos tomamos una copa?

Con un suspiro dije:

—Claro.

Desde la muerte de mi madre me resulta casi imposible decir no a una mujer solitaria.

Mi apartamento de un dormitorio estaba poco amueblado, lo que lo hacía parecer gigantesco. Incluso Georgia la Gorda parecía pequeña sentada en la butaca verde junto a la ventana manchada de lluvia del cuarto de estar, quitándose hebras de su pantalón de chándal y dejándolas caer en mi suelo de madera.

Cogí una botella de vino de la cocina y nos serví una copa a cada una. Lo bueno de tener a

Georgia en casa es que no tenía que beber sola.

—¿Qué crees tú que se cuece ahí arriba, Kim?

—¿Dónde?

—¿Dónde va a ser? En el 3º C. Los oigo hablar todo el día en iraqués, o lo que sea.

—Ah. Los del 3º C. Huele a algún plato con curri.

Me rugió el estómago. Había buscado algo de comer en la cocina y encontrado solo condimentos. Tendría que contentarme con el vino.

—No hablo de cocina. —Georgia bajó la voz hasta que fue un susurro—. Hablo de lo que planean.

Georgia estaba convencida de que los inquilinos del 3º C eran terroristas basándose en dos cosas: eran de Oriente Medio y en su buzón figuraba el nombre de Mohamed. Le había explicado varias veces que no todas las personas de piel morena eran terroristas, pero que, en todo caso, dudaba de que Coburg, Australia, fuera un objetivo interesante para un posible atentado. Pero Georgia se limitaba a negar con la cabeza con expresión seria y a decir: «Ya lo verás».

—¿Cómo es que vuelves tan tarde, Kim? Supongo que has estado de fiesta.

—Trabajo por las noches, señora Evvie. Lo sabe.

Sorbió su vino y el sabor le hizo arrugar el ceño.

—No sé cómo podéis aguantar ese ritmo los jóvenes. Por ahí a todas horas haciendo Dios sabe qué.

Me apresuré a terminarme el vino y a servirme otra copa, diciéndome que esta vez daría sorbos más espaciados y contemplativos. Quería cogerme una borrachera leve, brumosa, que me ayudara a dormir.

—Hoy me ha pasado una cosa muy rara, señora Evvie —dije—. Se me acercó un hombre en el trabajo.

—Menos mal —dijo, sirviéndose más vino—. Ya era hora, Kim. Las mujeres tenemos solo unos años para cazar a un hombre. Entre los quince y los veinticinco. Luego se acabó. Yo tenía diecisiete cuando conocí a Bill y dieciocho cuando me casé con él.

Encontró un mando a distancia encajado entre los cojines verdes de la butaca y encendió la televisión. Con todas sus manías persecutorias y su racismo ocasional, lo que en realidad buscaba era compañía.

Me acurruqué en el sofá vecino y abrí el portátil mientras ella pasaba de un canal a otro a todo volumen.

Mi intención había sido navegar un rato por internet, quizá espiar a un amigo del instituto o hacer limpieza de correos electrónicos, pero me pudo la curiosidad. Cuando abrí una pestaña nueva y busqué «Sammy Went + Manson», fue como si mis dedos actuaran por su cuenta. Me recordó a la manera en que había manipulado James Finn aquella carpeta marrón.

El primer vínculo me llevó a un artículo de periódico del 7 de abril de 1990. El artículo había sido escaneado con arrugas y borrones de tinta incluidos. Las palabras se empastaban unas con otras, haciéndome sentir como un investigador a la antigua usanza revisando material microfilmado.

LA POLICÍA BUSCA A UNA NIÑA DESAPARECIDA

La búsqueda de una niña de dos años desaparecida en las inmediaciones de Manson continuó el viernes con voluntarios y agentes del orden.

Sammy Went, de Manson, desapareció de su casa el martes por la tarde y su búsqueda en la ciudad y los alrededores no ha dado ningún resultado.

«Confiamos en encontrar a Sammy y devolverla a su casa sana y salva», declaró el *sheriff* Chester Ellis. «En este momento trabajamos sobre el supuesto de que se trata de una operación de rescate.»

La policía no cree que la desaparición de la niña sea resultado de una acción delictiva, pero no quiso descartar ninguna hipótesis.

Cientos de habitantes de Manson peinaron el viernes la extensa zona boscosa que rodea la casa de los Went.

La voluntaria Karen Peady, residente en Manson desde hace muchos años, expresó así sus temores: «Las noches son frías y por esta zona hay muchos animales salvajes, pero lo que más miedo me da es que haya podido llevársela un hombre. Es tentador pensar que los males de la América moderna no han llegado todavía aquí a Manson, pero hay mucho enfermo por ahí suelto, incluso en una ciudad pequeña como esta».

La última vez que se vio a Sammy llevaba camiseta amarilla de manga larga y un pantalón corto de pijama color azul. La policía agradece cualquier información que sea de ayuda para la investigación.

El artículo iba acompañado de la misma fotografía que me había enseñado James Finn, solo que en blanco y negro. Los ojos azul intenso de Sammy eran aquí oscuros y su cara con exceso de luz era muy blanca y casi sin facciones.

Una nueva búsqueda me condujo a una fotografía de Jack y Molly Went, los padres de Sammy. Se había hecho en los días inmediatamente siguientes a la desaparición y los mostraba en los escalones de entrada a la comisaría de Manson.

Parecían desesperadamente cansados, con las caras tensas y el miedo grabado en los ojos. En concreto Molly Went parecía víctima de un daño irreparable, como si su alma hubiera abandonado su cuerpo y este funcionara en modo piloto automático. Tenía la boca torcida con una mueca tan rígida que le daba aspecto de trastornada.

Estudié sus facciones en la pantalla y las comparé con las mías. Teníamos la misma nariz larga y angulosa y los mismos párpados caídos. Parecía mucho más baja que yo; en cambio Jack Went debía de medir más de un metro ochenta. Cuanto más los miraba, más me veía en ambos: en las orejas pequeñas y pálidas de Jack Went, en la postura de Molly Went, en las anchas espaldas de Jack, en el mentón afilado de Molly. Un poco de ADN de la columna A y otro poco de la B.

Por supuesto, eso no significaba nada. Sentía lo mismo cuando leía el horóscopo; los horóscopos están pensados para que el lector lea lo que quiere leer.

¿Quiero verme en Jack y Molly Went?, me pregunté. La pregunta me sorprendió y pronto me bulleron otras en la cabeza. ¿Acaso los ojos de Sammy no eran del mismo azul intenso que los míos? ¿No podían esas piernas gordezuelas haberse transformado en los largos palillos que tenía yo? Y si Sammy estuviera viva, ¿no tendría más o menos mi edad?

¿Seguían Jack y Molly Went esperando respuestas? Cada llamada de teléfono, cada golpe en la puerta ¿los llenaría de esperanza, de miedo o de una mezcla de ambas cosas? ¿Verían la cara de Sammy en cada mujer con la que se cruzaban por la calle o habían encontrado la manera de seguir adelante con sus vidas?

La mayor pregunta de todas atravesó mis pensamientos como una esquirla de cristal: ¿De verdad podía Carol Leamy, una mujer que se había formado como trabajadora social y pasado casi toda su vida laboral como responsable de recursos humanos en una empresa que vendía y fabricaba alcayatas, ser capaz de…?

Me abstuve de ir más allá. Las implicaciones eran demasiado graves y, a decir verdad, demasiado absurdas.

Unos fuertes ronquidos me arrancaron del ordenador. Georgia se había quedado dormida en la butaca verde con la copa de vino en precario equilibrio entre los dedos pulgar e índice. Le quité el vino, apagué el televisor y le tapé las piernas con una manta roja esponjosa. Si ocurría lo

que otras veces, seguiría dormida unas cuantas horas. Alrededor de las tres de la mañana se despertaría e iría al baño, antes de volver a su casa dando traspiés.

La dejé donde estaba, me fui al dormitorio y me metí en la cama. Cuando me dormí, soñé con un hombre alto hecho por completo de sombras. El hombre de sombras aparecía en la ventana de mi habitación y me cogía con unos brazos imposiblemente largos. Me llevaba por un camino de tierra largo y estrecho flanqueado por altos árboles.

Manson, Kentucky

Entonces

El martes 3 de abril de 1990 Jack Went vació la vejiga en el cuarto de baño del piso de arriba. Su mujer estaba en la ducha, a unos metros de él. Verla a través del cristal opaco le resultó extrañamente oportuno. La forma imprecisa de la mujer que había conocido en otro tiempo. Sí, eso debía ser.

Molly cerró el grifo, pero siguió detrás de la mampara.

—¿Has terminado, Jack?

—Ahora mismo. —Se lavó las manos—. No entiendo por qué te escondes. No tienes nada que no haya visto ya antes.

—Da igual. Espero. —Molly se quedó detrás de la mampara con los hombros encorvados. Su postura le recordó a Jack a algo de sus libros sobre la Segunda Guerra Mundial: un superviviente del Holocausto con el ánimo quebrantado, o una muchacha aldeana en un prado cubierto de cadáveres.

Las ropas que iba a ponerse aquel día estaban colgadas detrás de la puerta del baño: un suéter rosa pastel de manga larga y una gruesa falda vaquera que terminaba unos centímetros por encima del tobillo. Estilo chic pentecostal.

Hubo un tiempo, antes de que naciera Sammy, en que Molly había sido cálida y tangible, pero en los últimos tiempos parecía haberse diluido. Más que habitar la casa, daba la impresión de deambular por ella. En ese sentido era una mujer fuera de lo corriente: a pesar de que la farmacia familiar marchaba lo bastante bien para que no necesitara trabajar, a pesar de tener tres hijos preciosos y el consuelo de su fe, siempre conseguía encontrar motivos para estar triste.

Molly abrió dos centímetros la mampara de la ducha para asomarse. Tenía la carne de los hombros de gallina.

—Venga, cariño, me estoy quedando helada.

—Ya voy, ya voy —dijo Jack. Después salió al pasillo y cerró la puerta detrás de él.

Encontró a dos de sus hijos en el piso de abajo, delante del televisor, absortos en un episodio de *Las tortugas ninja*. Ninguno le dio los buenos días. Stu, un niño regordete de nueve años, se estaba recuperando de un resfriado. Estaba sentado con una manta de lana y una caja de pañuelos de papel mirando la pantalla con los ojos como platos y la boca floja.

—¿Te encuentras mejor, campeón? —preguntó Jack mientras le ponía el dorso de la mano en la frente. Stu no contestó. Las tortugas lo tenían embelesado.

Sammy, la niñita angelical de dos años, también estaba viendo la televisión, pero no parecía tan interesada como su hermano mayor. Sus ojos iban de los dibujos animados a la cara de Stu. Cuando Michelangelo tuvo una ocurrencia y Stu rio, le imitó como un loro, no solo en el volumen de la risa, también en el ritmo. Cuando Shredder puso en marcha un plan malvado y Stu dio un respingo, Sammy lo dio con él.

No queriendo interrumpir la escena de felicidad doméstica con la que se había encontrado, Jack salió despacio de la habitación.

Su hija mayor, Emma, estaba comiendo copos de maíz en la mesa de la cocina, con un brazo rodeando el cuenco, como supuso Jack que debían de comer los reclusos de una cárcel.

¿Es así como ve esta casa?, se preguntó. *¿Como una condena que hay que cumplir?* A veces también Jack se sentía así.

—Buenos días, tesoro… —dijo, y se puso a hacer café—. El entrenador Harris pasó ayer por la farmacia. Dice que no pudiste hacer gimnasia porque tenías otra vez dolor menstrual. ¿Quieres que te traiga naproxeno?

Emma gruñó:

—No entiendo por qué a los hombres adultos les parece normal hablar de mi periodo.

—¿Eso de usar la regla para librarse de hacer gimnasia no es un cliché?

—No es un cliché, papá. Es un clásico. Además, el entrenador Harris es un pervertido. Nos hace trepar por las cuerdas para «mirarnos». Lo que me recuerda que tienes que firmar esto.

Buscó en las profundidades de su mochila, sacó una hoja de autorización y se la dio a Jack.

—¿«Autorización para participar en el estudio de la ciencia y la evolución»? —leyó este—. ¿Necesitas permiso de tus padres para dar una asignatura?

—Cuando la mitad de los alumnos son unos putos fundamentalistas, sí.

Jack bajó la voz.

—¿Ha visto esto tu madre?

—No.

Se sacó un bolígrafo del bolsillo de la camisa y firmó deprisa el papel de la autorización.

—Mejor así. Y que no te oiga decir esa palabra.

—¿Cuál? ¿Putos?

—Fundamentalistas.

Emma dobló el papel y se lo guardó en la mochila.

Aunque tanto Jack como Molly eran técnicamente miembros de la Iglesia de la Luz Interior —Molly después de haberse convertido, Jack de nacimiento—, Molly se lo tomaba mucho más en serio. Asistía a tres servicios religiosos por semana. Era algo corriente en personas que habían llegado tarde a la fe, por lo general tenían un agujero que necesitaban llenar.

Jack había empezado a alejarse de la Luz Interior de adolescente y dejado de ir a la iglesia cuando nació Emma. Se justificaba diciendo que era por razones de seguridad; como muchos otros fundamentalistas pentecostales, la Luz Interior manipulaba serpientes venenosas e ingería distintos tipos de veneno como parte de su culto, un entorno nada seguro para niños. De manera que Jack se quedaba en casa cuidando a sus hijos y dejaba que Molly fuera sola. Seguía llamándose a sí mismo miembro de la Luz Interior para evitar que Molly lo dejara y que sus padres lo repudiaran —aunque en ocasiones ninguna de esas posibilidades le desagradara demasiado—, pero en realidad hacía tiempo que había perdido la fe.

Molly bajó poniéndose su suéter rosa pastel.

—Buenos días, Em.

Emma gruñó a modo de respuesta.

—El entrenador Harris le ha dicho a tu padre que estás usando el periodo de excusa para no hacer gimnasia. ¿Es verdad eso?

—Papá ya me ha dado la charla, así que relájate.

—Bueno, espero que te haya dicho que mentir es pecado y que tus estudios son ahora mismo lo más importante en tu vida.

—Ya empezamos.

—Em. —Molly dio golpecitos con el puño en la mesa de la cocina—. «Cada árbol por su fruto se conoce. Porque de la abundancia del corazón habla la boca. Quien pronuncia su nombre en vano…»

—«… deshonra la fe» —terminó Emma con voz hastiada y monótona. «Las palabras atestiguan tu devoción a Dios y dicen la verdad de quién somos.» Entendido. Gracias. —Dejó el cuenco en el fregadero—. Tengo que irme, he quedado con Shelley.

Cogió la mochila, cruzó a zancadas la cocina con sus sucias deportivas Chuck Taylor y desapareció por la puerta.

—Habría estado bien que me apoyaras —le dijo Molly a Jack.

—Me ha parecido que no necesitabas ayuda. —Jack le pasó un brazo por los hombros y trató de hacer como que no notaba que el contacto físico la volvía rígida.

—Me preocupo por ella, Jack.

—No es un alma descarriada todavía —dijo este—. Solo anda un poco perdida. ¿No te acuerdas de cómo éramos nosotros a su edad? Además, no creo que su predilección por mí dure demasiado. He leído en alguna parte que cuando las niñas llegan a la pubertad algo se libera dentro de su cerebro, que se reprograma para odiar el olor de su padre. Dicen que es algo evolutivo. Para prevenir el incesto.

Molly puso cara de desagrado.

—Una razón más para no creer en la evolución.

Sammy dio un tirón a una las perneras del pantalón de Jack. Había caminado hasta la cocina arrastrando un gorila de peluche.

—Papá —dijo—. ¿Incesto?

Molly rio. Era agradable oír su risa.

—A ver cómo sales de esa. Voy a ver cómo está Stu.

Cuando Molly salió de la cocina, Jack cogió en brazos a su hijita y se la acercó mucho a la cara. El bigote y el aliento cálido hicieron reír y revolverse a la niña. Olía a polvos de talco recién puestos.

—¿Incesto? —repitió Sammy.

—Insectos —dijo Jack—. Hormigas, escarabajos y esas cosas.

Went Drugs, el negocio familiar, estaba en la esquina de las calles Main y Barkly, en el corazón del barrio comercial de Manson. La farmacia también proporcionaba un atajo entre un gran aparcamiento y la calle principal de la ciudad, por lo que el tráfico peatonal era intenso. Las personas no dejaban de enfermar y el negocio siempre iba bien.

Cuando Jack llegó, Deborah Shoshlefski estaba embolsando el pedido de un cliente en el mostrador principal. Deborah era la más joven y seria de los ayudantes de Jack, una muchacha desaliñada con unos ojos muy grandes que siempre la hacían parecer sorprendida.

—Buenos días, jefe. Hay un montón de recetas para despachar. Se las he dejado en su pincho.

—Gracias, Debbie.

Esta puso los ojos en blanco, riendo, y le dijo a la cliente:

—Sabe que odio que me llamen Debbie, así que me lo llama siempre que puede.

Jack sonrió con educación a la mujer antes de meterse detrás del mostrador. Casi no le había dado tiempo a ponerse la bata blanca cuando una mano esquelética le sujetó el brazo por encima del mostrador.

—Me duelen muchísimo las articulaciones, Jack —jadeó una voz de persona mayor. Graham Kasey vivía en Manson desde siempre y ya de niño a Jack le había parecido viejo. Hablaba a través de una dentadura postiza mal encajada con ese estertor de persona anciana que había adoptado el padre de Jack en sus últimos años—. Es como si los huesos me estuvieran castigando por algo que no consigo recordar. Nada de lo que vendéis sin receta me hace efecto, Jack. Dame algo más fuerte que esta mariconada. —Enseñó una caja vacía de Pain-Away, una crema de efecto calor extrafuerte pensada para calmar el dolor superficial.

—¿Le ha visto un médico, Graham?

—¿Pretendes que conduzca hasta Coleman para que el doctor Arter me mande de vuelta aquí con un trozo de papel? Venga, Jack. Sabes lo que necesito.

—No soy un camello. Y además, ¿quién dice que tenga que ir hasta Coleman? Tenemos a la doctora Redmond aquí en Manson.

—Redmond y yo no nos entendemos.

Jack guiñó con disimulo el ojo a Deborah, que ahogó una carcajada. Graham Kasey era una de esas personas capaces de conducir más de treinta kilómetros en un viejo Statesman que devoraba gasolina antes que pedir una receta a una mujer doctora y negra.

—Lo siento, Graham. Yo no hago recetas, solo las despacho.

Graham no había soltado el brazo de Jack. Tenía unos dedos fríos y huesudos que le recordaban a gusanos blancos muertos.

—¿Y qué pasa con el respeto a los mayores?

—Es ilegal.

—Ilegal y unas narices. Puedes darme cualquiera de los medicamentos que tienes ahí detrás del mostrador y que parezca un despiste. Se pierden cosas todos los días. Desaparecen, se las comen las ratas o caducan.

—¿Y cómo sabe usted eso?

—Bueno, digamos que Sally no gestionaba esto de una manera tan rígida.

Al oír el nombre de su madre, Jack notó calor que le subía por la nuca. Went Drugs había abierto dos años antes de que él naciera, tal y como le recordaba a diario el letrero que había encima de la puerta: WENT DRUGS. DESDE 1949. Jack había comprado su participación con todas las de la ley cuatro años después de terminar la universidad, pero nunca lo había sentido completamente suyo.

No ayudaba el hecho de que su madre, farmacéutica también y en teoría jubilada, se presentara allí una semana sí y otra no con la excusa de coger un frasco de aspirina o un paquete gigante de papel higiénico para luego dedicarse a pasear entre estantes y decir cosas del tipo: «Ay, pero ¿por qué has puesto aquí los antihistamínicos?». En una ocasión, hasta pasó el dedo índice por el estante del fondo para comprobar si tenía polvo, igual que una niñera inglesa estirada.

Graham debió de ver demasiado fuego en la mirada de Jack, porque se tranquilizó y le soltó el brazo. Sus dedos habían dejado marcas pálidas en la piel.

—Al cuerno. Dame otra caja de la mariconada esta.

Jack sonrió y le dio una palmada en el hombro a Graham. Habría jurado que de la americana del anciano subía una nube de polvo.

—Ya le has oído, Debbie —dijo—. Una caja de mariconada para el señor Kasey. Pónsela en una bolsa.

—Ahora mismo, jefe.

Jack se fue a la rebotica a despachar recetas, pero no conseguía relajarse. Graham Kasey

había metido el dedo en una vieja herida y ahora se sentía irritado.

Un hombre hecho y derecho que tiene problemas con su mamá, pensó. Menudo cliché.

De cliché nada, oyó decir a su hija. *Es un clásico.*

Intentó concentrarse en su trabajo, pero cuando sacó la primera receta del pincho estuvo a punto de rasgarla en dos. Por suerte las partes importantes seguían siendo legibles: «Andrea Albee, fluoxetina, dosis de mantenimiento».

Cogió un frasco pequeño de plástico, paseó entre altas estanterías llenas de pastillas en la rebotica y luego volvió a su mesa con el Prozac para Andrea Albee y encendió el gran ordenador. El aparató zumbó y empezó a arrancar con esfuerzo. Unos minutos más tarde apareció una pantalla en negro con un directorio en verde. Encontró «fluoxetina» en la base de datos y le dio al botón IMPRIMIR EFECTOS SECUNDARIOS para el lateral del frasco.

La impresora tembló y chilló mientras surgía la lista. «Urticaria, agitación, escalofríos, somnolencia, disminución del ritmo cardiaco, convulsiones, piel seca, boca seca.» ¿Cómo de triste estaría la tal Andrea Albee? ¿Anestesiar así su cerebro —porque eso era exactamente lo que estaba haciendo, ya que, en contra de la opinión extendida, el Prozac no te hacía sentir ni feliz ni bien— compensaba los efectos secundarios?

Deborah asomó la cabeza.

—Tiene una llamada, jefe. ¿Quiere que se la pase aquí?

—Sí, gracias, Deborah.

Los ojos de esta se abrieron más de lo normal.

—¡No me ha llamado Debbie!

Jack le dirigió la misma sonrisa que a Graham Kasey y Deborah le pasó la llamada al teléfono de su mesa.

—Aquí Jack Went.

—Hola, Jack. —Reconoció la voz de inmediato—. ¿Comemos?

A las dos de la tarde Jack entró en el aparcamiento del lado este del lago Merri y esperó recostado contra su Buick Reatta rojo descapotable, un coche al que Emma se refería con cariño como su bólido de la crisis de la mediana edad. Medio kilómetro de espesos matorrales impedía ver el aparcamiento desde la autopista. Estaba casi vacío incluso en aquella época del año, en que el tiempo primaveral comenzaba de nuevo a atraer a la gente al lago.

Travis Eckles llegó diez minutos después en su furgoneta de servicio de limpiezas. Bajó vestido con un mono blanco y se arregló el pelo despeinado por el viento en el reflejo del parabrisas. Tenía un ojo a la funerala de aspecto feo.

—¡Pero bueno! ¿Qué te ha pasado? —preguntó Jack.

Travis se palpó la magulladura e hizo un gesto de dolor.

—Es menos de lo que parece.

Jack sujetó la cabeza de Travis con ambas manos y examinó la herida. Le hinchaba la cara, dándole un aspecto de matón que recordaba a su hermano mayor.

—¿Te duele mucho? ¿Quieres Advil?

Travis se encogió de hombros.

—No, no hace falta.

—¿Te lo ha hecho Ava?

Travis le ignoró, lo que equivalía a contestar de forma afirmativa.

Ava Eckles era la madre de Travis, una borracha a la que, de cuando en cuando, gustaba expresarse con los puños. Y si eran ciertos los rumores, también se había acostado con la mitad

de los hombres de Manson.

El padre de Travis había pertenecido a las fuerzas aéreas y se encontraba en el interior de un helicóptero CH-53 Sea Stallion cuando se estrelló durante unas maniobras cerca de la costa de Carolina del Norte en 1983. Todos los que iban a bordo murieron.

Travis también tenía un hermano mayor, Patrick, pero en aquel momento cumplía condena en el centro penitenciario Greenwood por asalto con agravante. Luego estaban sus primos, una colección de estudiantes fracasados, camellos y delincuentes.

Menuda familia, pensó Jack. Pero Travis era un buen chico. A sus veintidós años, aún estaba a tiempo de salir de Manson, y aunque ser limpiador no era el trabajo ideal de nadie, al menos era un empleo estable con un salario fijo. Travis era a veces grosero y áspero, pero también divertido, a su manera. Había pocas personas que vieran ese lado suyo.

Travis deslizó la puerta de la furgoneta. Las palabras «LIMPIEZA SANITARIA» rotuladas en un lateral en grandes letras rojas se habían convertido en «LIM AR». Se hizo a un lado.

—Tú primero.

Jack dirigió la vista hacia el lago. Los árboles de hoja perenne del lado de Coleman cambiaron cuando una fuerte brisa los agitó, pero el agua estaba quieta y vacía. Estaban solos. Se subió a la parte trasera de la furgoneta y Travis lo siguió y cerró la puerta. Dentro hacía calor. Travis se bajó el mono hasta la cintura y Jack se desabotonó los pantalones.

Melbourne, Australia

Ahora

La casa adosada de mi hermana estaba en un laberinto de viviendas de aspecto idéntico en Caroline Springs. Había ido al menos una docena de veces, pero no estuve segura de estar en la correcta hasta que Amy salió corriendo a mi encuentro.

—¿Qué? —gritó—. ¿Qué ha pasado? ¡Dime!

—¿De qué hablas? No ha pasado nada. ¿Quién ha dicho que pasara algo?

Se dobló por la cintura y se apoyó en las rodillas, jadeando exageradamente de alivio.

—Cuando te he visto en la puerta he… No sabía que venías y… Perdona. Supongo que tengo la costumbre de esperar siempre lo peor.

—Pues sí. ¿Qué pasa? ¿No puede una chica visitar a su hermana?

—No cuando la chica eres tú, Kim. No eres de visitas sorpresa.

Exageré poniendo los ojos en blanco porque no quería darle la razón… aunque por supuesto la tenía. Soy solitaria por naturaleza, me siento mucho más cómoda sola, en casa leyendo un libro o paseando por los pasillos de un supermercado durante una hora buscando la marca perfecta de *linguini*.

Amy tenía cinco años menos que yo, cara redonda y amable y un cuerpo lleno de curvas. «Con bultos en los lugares adecuados», solía decir mi madre. Era como si los genes de mi hermana se hubieran definido en oposición a los míos. En el instituto nadie la paraba para decirle: «Perdona, pero me parece que las tetas te están creciendo hacia dentro».

Técnicamente, Amy y yo éramos solo medio hermanas. Su padre (mi padrastro) conoció a mi madre cuando yo tenía dos años y tuvieron a Amy cuando yo tenía cinco. Pero aparte de la sangre y el ADN, no teníamos nada más que fuera a medias. Amy era mi hermana, para lo bueno y para lo malo.

Dean había estado en mi vida el tiempo suficiente para ganarse el puesto de padre oficial, auténtico. Claro que, al no haber conocido a mi padre biológico, no tenía con quién compararlo.

—¡Tía Kim! —Lisa, mi sobrina de tres años, había salido corriendo por la puerta abierta al césped, con dos dedos dentro de la boca. La hierba estaba húmeda y enseguida se empapó los calcetines, pero eso no la detuvo. Cruzó el césped lo más deprisa que pudo. La cogí por las axilas, la levanté y la puse cabeza abajo. Gritó de placer y rio hasta que empezaron a caerle mocos de la nariz.

La deposité en el peldaño de entrada y entró en casa; sus calcetines mojados dejaron huellas diminutas en los suelos de madera. Como de costumbre, la casa estaba manga por hombro. Había una torre de platos sucios en el fregadero y juguetes de Lisa desperdigados por el pasillo; el sofá del salón estaba cubierto de pintadas de ceras de colores y de sus pliegues asomaban trozos de tiza y migas olvidadas.

El televisor, un modelo nuevo de cincuenta y dos pulgadas, estaba encendido y a todo

volumen. Lisa caminó hacia él igual que un zombi. Se detuvo a menos de treinta centímetros de la pantalla, con la boca abierta, como si los personajes estuvieran susurrándole los secretos del universo.

En el centro del cuarto de estar había una caja de Ikea rasgada por la mitad que dejaba ver un revoltijo de madera barata y escuadras de plástico.

Si yo tuviera que ser Amy por un día, me explotaría la cabeza de sobrecarga sensorial, pero ella parecía a sus anchas en ese caos.

—Es un condenado mueble para guardar juguetes para la habitación de Lisa —dijo, cogiendo un soporte en forma de L y dándole vueltas, como si fuera un artefacto arqueológico misterioso —. O por lo menos lo será… algún día. En un futuro muy remoto.

—¿Quieres que te ayude a montarlo?

—No, que lo haga Wade. Y no pienso siquiera comentar lo que dice eso de mí como mujer. ¿Quieres un café?

—Claro.

Amy estuvo hablando del mueble de cajones durante cinco minutos enteros mientras preparaba café en la cocina contigua. Gritando para hacerse oír por encima del ruido de la cafetera eléctrica, me explicó cuánto había costado, en qué sección de Ikea lo había encontrado, qué aspecto tendría cuando estuviera montado y la compleja serie de decisiones que habían conducido a su adquisición. Todo esto me lo contó sin pausa, mientras yo esperaba en el cuarto de estar. Podría haberme marchado, ido al cuarto de baño y vuelto y no se habría dado cuenta. Pero dediqué ese tiempo a examinar sus estanterías buscando álbumes de fotos.

En concreto buscaba una gruesa carpeta rosa con las palabras «PRIMEROS RECUERDOS» escritas en letras moradas mayúsculas en la tapa. El álbum había sido de nuestra madre, y en realidad debería haber estado en casa de Dean, pero cuando murió mamá, Amy se obsesionó un poco con las fotografías.

Las fotografías eran la razón de que yo estuviera allí. La noche anterior me había medio convencido de que podía ser la niña de la fotografía de James Finn, y necesitaba quitarme la idea de la cabeza.

La estantería estaba repleta de deuvedés, revistas, un molde de escayola enmarcado con dos huellas diminutas y la descripción «Lisa, seis meses», pero no había un solo álbum.

—¿Qué buscas? —Amy estaba a mi espalda. Me dio una taza con café solo—. Se nos ha terminado la leche.

—Da igual. Y no busco nada, estaba mirando.

—Mentirosa.

Mierda, pensé. Desde que éramos niñas Amy siempre sabía cuándo estaba ocultando algo. Tenía un talento para ello que bordeaba lo sobrenatural. La mañana siguiente a perder mi virginidad con Rowan Kipling les dije a mis padres que había dormido en casa de mi amiga Charlotte. Amy, con solo once años de edad, me miró por encima del cuenco de cereales y dijo:

—Está mintiendo.

Dando por hecho que Amy sabía algo que ellos desconocían, mamá y Dean empezaron a interrogarme hasta que la dichosa historia salió a la luz. No es que yo no supiera mentir; es que Amy era un detector de mentiras fuera de lo corriente.

Suspirando, confesé.

—Estoy buscando el álbum con las fotografías de cuando éramos pequeñas.

Amy chasqueó la lengua, una técnica para pensar que usaba desde niña. El húmedo *clic-clic* me transportó por un instante a mi dormitorio en el número catorce de Greenlaw Street. El

recuerdo era borroso y fragmentado, le faltaba contexto, como a un sueño que se desdibuja. Pero veía con claridad a Amy, con cuatro o cinco años, vestida con un pijama verde y rosa de rayas. Se subía a mi cama y apartaba las mantas para meterse.

Cuando el recuerdo se desvaneció, me dejó una intensa tristeza.

—Lo más seguro es que todas las fotos estén en el garaje —dijo Amy—. No te lo vas a creer, pero aún no hemos terminado de abrir esas cajas. Y han pasado ya seis meses. Lo tiene que hacer Wayne, pero cada vez que saco el tema me sale con ese suspiro suyo. Ese que suena como un neumático desinflado, ¿lo conoces? Como si le estuvieras pidiendo que te donara un riñón.

—Entonces, ¿tienes el álbum?

—¿Para qué lo quieres?

—Te va a sonar raro, pero es un secreto.

Amy sorbió su café y me escudriñó la cara en busca de una pista o una señal escondidas con las que solía pillarme. Entonces se le iluminó la mirada.

—¿Tiene que ver con mi cumpleaños? ¿Te ha hablado Wayne de los *collages* de fotografías que vimos en el centro comercial? Olvídalo, no me lo cuentes. Quiero que sea una sorpresa. Sígueme.

El garaje olía a pintura vieja y a alcohol metílico. Amy encontró un interruptor de cadena en la oscuridad y una luz fluorescente parpadeó sobre nuestras cabezas dejando ver una habitación atestada con suelo de cemento y techo bajo.

El espacio entre la pared del fondo y el Honda Jazz rojo de Amy estaba ocupado por varias hileras de cajas de embalar. Dedicamos los cuarenta minutos siguientes a transportar cada una de ellas a un pequeño trozo de suelo sin ocupar y a revisar su contenido.

La mayoría contenía morralla variada: facturas de la luz de un año de antigüedad, un librillo de cupones caducados, un delantal raído, un cenicero de cerámica descascarillado con un penique inglés solitario dando vueltas en su interior, una bolsa de la compra llena de imanes que Amy me quitó encantada de las manos diciendo: «Llevo años buscándolos».

Una de las cajas estaba llena con mis trabajos de fotografía, muchos de ellos vergonzosamente similares a los que mis alumnos habían presentado la noche anterior. Encontré mi serie de primer año de universidad, titulada *Cicatrices: físicas y emocionales*. Amy había organizado la colección dentro de una carpeta. La hojeé, horrorizada; parecía más un trabajo del instituto que un porfolio de universidad.

Una de las fotografías era de un cortecito que me había hecho en el dedo pequeño del pie saliendo de la piscina de una amiga un verano; otra el oscuro tajo que recorrió el muslo de Amy después de caerse de su bicicleta de diez marchas. Una quemadura fea en la mano de mi madre y la cicatriz borrosa del labio leporino de una antigua compañera de piso. A continuación había varias fotografías de individuos con aspecto triste, marginal o enfadado. Era un proyecto pretencioso y de lo menos original pensado para obligar al espectador a pensar en las cicatrices que llevamos por dentro además de por fuera.

—Oye, ¿qué tal con Frank? —preguntó Amy mientras hojeaba un boletín de notas del instituto.

—¿Eh?

—¿Cómo que «eh»?

—Ya no nos vemos.

—¿Por qué? —dijo Amy con voz aguda, lastimera.

—Por nada en especial. Es que… bueno… No estábamos enamorados.

—Eres demasiado exigente, Kim. Lo sabes. Y se te acaba el tiempo para tener hijos.

Amy era agresivamente maternal. La reproducción era su único propósito en la vida. Ella y su prometido, Wayne, tuvieron a Lisa en cuanto pudieron y ya estaban planeando el segundo. Yo, en cambio, nunca había sentido el impulso de procrear.

Por fin encontramos los álbumes familiares, en la novena o décima caja, y nos sentamos a lo indio en el suelo para verlos. Cada uno llevaba un título en grandes letras mayúsculas, escrito en colores que hacían juego con el tema de las fotografías que contenía. «VACACIONES DEL 93 EN PERTH» era negro y amarillo, como el emblema de la bandera del estado. «CASA NUEVA», que ilustraba la mudanza de mamá y Dean de su vieja casa en la avenida Osbourne a una más pequeña pero mucho más moderna en la calle Benjamin, estaba escrito en azul y verde: el azul hacía juego con los escalones del porche de la casa de la avenida Osbourne; el verde, con las paredes de los dormitorios de las de la calle Benjamin. Las letras del cómico título de «NUESTRA PRIMERA BODA» eran color naranja intenso, el mismo que vistió mi madre el gran día.

Se podría suponer que había sido mi madre quien dispuso meticulosamente los colores y etiquetó cada fotografía, pero había sido Dean. Ya antes de morir nuestra madre se había dedicado de manera obsesiva a fotografiar, categorizar y dejar constancia de cada recuerdo para la posteridad.

Amy cogió el álbum de la boda en cuanto lo vio. Fue pasando las páginas con una sonrisa triste y recorriendo con el dedo los contornos de la cara de nuestra madre.

En el fondo de la caja encontré el grueso álbum rosa con «PRIMEROS RECUERDOS» escrito en el mismo tono de malva del cabecero de mi cama de infancia. Dentro había fotografías de fiestas de cumpleaños, vacaciones, Navidades; todas de un tiempo que nunca volvería. Había una fotografía mía en el apartamento en que vivimos antes de que naciera Amy; con una sonrisa de oreja a oreja y, de fondo, el feo papel amarillo que recubría todas y cada una de las paredes de la casa. Otra era de mi primer día en el jardín de infancia, con mi madre cogiéndome la mano y sonriendo.

Cuando llevaba dos tercios del álbum me encontré una niñita alegre y regordeta que me sonreía a través del plástico adhesivo. Estaba en la parte poco profunda de una piscina de motel, vestida con un bañador amarillo que le quedaba grande. Su aspecto tenía algo de contemplativo y sabio. En la parte inferior de la fotografía decía, en pulcras letras negras, «Kim, dos años». Conservaba un vago recuerdo de aquel día de piscina, subida a hombros de Dean en la parte que más cubría.

Las páginas restantes estaban en blanco. No había fotografías mías de recién nacida y nada anterior a los tres años. Tampoco lo había esperado. Mi padre biológico no era un «hombre agradable», así lo había expresado mi madre en una de las pocas ocasiones en que hablamos de él. Cuando lo abandonó, lo hizo a toda prisa, con una niña pequeña en un brazo y una bolsa de fin de semana colgada del otro, sin tiempo ni sitio para fotografías. Aquella explicación se me antojaba ahora preocupantemente socorrida.

—¿Estás bien? —preguntó Amy—. Tienes cara de haber visto un fantasma.

En cierto modo así había sido. De pronto el fantasma de Sammy Went acechaba todas y cada una de las fotografías de infancia. Incluso antes de buscar su imagen en mi teléfono ya sabía que el parecido no era superficial. Los ojos azul intenso, el pelo oscuro, la sonrisa de labios apretados, las orejas pequeñas y pálidas. Era algo más que inquietante; o bien Sammy era mi doble, o bien estaba viendo fotografías de la misma niña.

¿Cómo no me había dado cuenta antes? ¿Era porque no recordaba mi aspecto de pequeña o porque no había estado preparada para algo así? ¿Lo estaba ahora?

—Por Dios, Kim. ¿Qué pasa?

—Amy, he venido porque quería comparar fotografías mías de cuando era pequeña con la de una niñita estadounidense que desapareció en los noventa.

—Espera un momento. Entonces, ¿no estás preparando un *collage* para mi cumpleaños?

Cerré los ojos, inspiré hondo y empecé desde el principio. Sentada a lo indio en el suelo del garaje, rodeada de cajas y del olor a pintura vieja y a alcohol metílico, abrí la puerta de Sammy Went e invité a Amy a entrar.

Me escuchó en silencio, con una expresión serena que no delataba emoción alguna. Cuando terminé, parpadeó como un búho; asimilando. A continuación rio. No fue una risa nerviosa ni entre dientes, sino una fuerte risotada. Se puso una mano en la barriga, echó la cabeza atrás y soltó carcajadas, resoplidos y bufidos.

—A ver si lo he entendido: crees que mamá, la mujer que lloró a moco tendido cuando se murió el caballo de *La historia interminable*, era una secuestradora. Y que tú eres la niña a la que secuestró. Te raptó de alguna parte de Estados Unidos y te crio como si fueras su hija. Y en ningún momento, ni siquiera en el lecho de muerte, reveló la verdad.

—No sé, igual…

—Igual te compró en el mercado negro. Si lo piensas, tiene sentido. O quizá bajó hasta tu cuna en uno de esos arneses como los de Tom Cruise o entrenó un dingo para que…

Le enseñé mi teléfono. Se calló, silenciada por la fotografía de Sammy Went en la pantalla. Me quitó el móvil y la estudió mientras se le borraba la sonrisa.

—Joder, Kim.

—Joder, sí.

—¿Qué te dijo exactamente el tipo ese? —Apretaba tan fuerte el teléfono que pensé que lo iba a romper en añicos—. ¿Cómo te localizó? ¿Qué pruebas tiene?

—No lo sé. Lo cierto es que tampoco le di ocasión de contármelo. Pensé que era un chalado.

Después de una retahíla de improperios a cuál más exasperante, Amy dijo:

—¿Te apetece que nos fumemos un porro?

Dejamos a Lisa viendo la televisión y nos sentamos en las escaleras de atrás. El jardín de Amy era pequeño y estaba bien cuidado. Un arenero de plástico azul se había llenado de agua de lluvia, que había convertido la arena en fango. Las paredes grises y lisas de las casas a ambos lados de la valla de Amy tapaban la mitad del cielo.

Encendió el porro y dio una calada larga y profunda antes de pasármelo.

—Es un timo. Seguro.

—¿Un timo para qué? —dijo—. No me pidió dinero, ni información personal, ni…

—Tú espera. Lo más probable es que robara esa foto.

—Ninguna la habíamos visto nunca.

—Pues yo qué sé. La robó.

—¿Hace veintiocho años? ¿Cuando yo tenía dos? ¿Y qué ha hecho todo este tiempo? ¿Esperar para organizar la mayor estafa de la historia?

—¿Que mamá te secuestrara en otro país te parece una explicación más plausible? Una cosa así, si fuera verdad… Dios, Kim. Lo jodería todo. Ya no seríamos hermanas.

El porro me provocó un momentáneo ataque de tos, pero sosegó mis alborotados pensamientos.

—No digas tonterías.

—Kim, si no tenemos lazos de sangre, no te veré jamás. Cuando te he visto llegar hoy casi me da un infarto. Pensé que había pasado algo. —Me cogió el porro—. Y joder, supongo que estaba en lo cierto. No has venido solo de visita, ¿verdad? Estabas reuniendo pruebas.

—Por favor no te metas conmigo —dije—. Ahora no.

Amy suspiró.

El humo bailaba y giraba haciendo que me lloraran los ojos.

—Wayne lo va a oler, supongo que lo sabes —dije.

—Si alguna vez he tenido una buena excusa para colocarme ha sido hoy.

Se secó los ojos. No supe si lo que la hacía llorar era el humo o la situación. Miró hacia la valla trasera. Al otro lado había un chalé, y detrás de ese, otro más.

Cambió de postura y fijó la vista en el esmalte descascarillado de las uñas. Estaba evitando mirarme.

—¿Qué quieres que haga? —pregunté.

—Nada, Kim. No quiero que hagas nada. Borra esa foto del móvil. Borra el número de ese hombre. Olvídalo todo.

—No creo que pueda.

—Me parece que no tienes elección, Kim. Si te pones a investigar, todo cambiará.

—Vale —dije.

—¿Lo juras?

—Lo juro.

Después de salir de casa de Amy, aparqué a un lado de la carretera y marqué el número que me había dado James Finn. Tenía la secreta esperanza de que no cogiera, pero contestó a la primera.

Manson, Kentucky

Entonces

Emma escaneó el suelo del bosque en busca de hongos de psilocibina. Lo ideal era que fueran jóvenes, con bulbos blancos un poco rosados en la parte superior. Con el tiempo se volverían negros y los bordes se curvarían hacia arriba. El primo de Shelley Falkner se lo había explicado todo.

El bosque estaba húmedo por un chaparrón de primera hora de la tarde y olía a moho y a laurel de montaña.

A unos quince metros a la izquierda de Emma, Shelley Falkner se movía entre los matorrales como un *bigfoot,* apartando hojas muertas y partiendo ramas bajas.

Emma pronto se aburrió de buscar hongos, así que se sentó en el tronco de un liquidámbar y buscó un cigarrillo en su mochila. Tuvo que apartar el libro de álgebra para encontrarlo, lo que le recordó al instituto de Manson, lo que a su vez desencadenó en ella una oleada de una ya vieja ansiedad. Se alegró por partida doble de que Shelley hubiera decidido que aquel día no irían a clase.

Encendió el cigarrillo y subió el volumen de su discman hasta que la voz profunda y melancólica de *Every Day is Like Sunday* de Morrisey volvió gris el verdor del bosque. Morrisey era la banda sonora perfecta para una ciudad como la de Emma. Cuando pensaba en Manson, imaginaba un escarabajo con el vientre hacia arriba, pataleando indefenso.

Claro que, a ojos de un observador externo, Manson debía de parecer una población pintoresca y acogedora. Era cierto que no sufría los estragos de la pobreza como las poblaciones vecinas de los Apalaches y Emma suponía que tenía menos palurdos per cápita, pero estaba muy lejos de ser «Un trocito de cielo», tal y como anunciaba un cartel publicitario en el depósito de agua. Los turistas que la visitaban con cuentagotas solo veían la mitad de la realidad. Llegaban en busca de rutas de senderismo, hospitalidad al estilo de los viejos tiempos y para admirar el esplendor de Hunt House, una suntuosa mansión de siglos de antigüedad en Main Street.

Pero Emma sabía cosas que los visitantes ignoraban: que los habitantes solo eran amables en realidad con sus paisanos, que si algo no salía en la Biblia, entonces no merecía la pena saberlo y que Hunt House había sido construida por esclavos (cuyos espíritus, se decía, moraban en ella).

—Qué pasada —gritó Shelley lo bastante alto para que Emma la oyera con los auriculares puestos—. Em, ven a verlos.

Mientras Emma se bajaba del liquidámbar caído, Shelley apareció corriendo entre la maleza con las manos formando un cuenco, como si transportara una cría de pájaro.

Extendió los brazos y le enseñó a Emma dos puñados de pequeños bulbos blancos.

—He encontrado la veta principal.

Shelley era una chica corpulenta, no gorda exactamente, solo corpulenta, con hombros anchos y encorvados y unas gafas que estaba siempre ajustándose con el dedo índice.

—Tienen que ser estos, ¿verdad? Son como dijo Vince.

Le dio uno de los hongos a Emma, quien lo cogió y lo sostuvo a contraluz. Era de color crema, con un anillo marrón en la parte de arriba que le recordó a una areola.

—Supongo —dijo—. Qué gracia. Siempre me los imaginé rojos con pintas blancas, como los que hacen súper a Supermario. ¿Cómo podemos saber que son alucinógenos?

—Solo hay una manera de averiguarlo: comiéndonoslos. Si empezamos a ver… no sé, unicornios o algo así, entonces sabremos que son de verdad y que Vince no es un gilipollas integral. Si se nos cierra la garganta y nos quedamos ciegas, pues…

—Nos los tomaremos este fin de semana —dijo Emma, y volvió a ponerse los cascos. No es que fuera una entusiasta de las drogas (una vez había intentado fumar hierba en pipa en casa de Roland Butcher y casi había expulsado un pulmón del ataque de tos que le dio), pero sabía que había cambiado y necesitaba desesperadamente volver a ser la de antes.

El último verano Shelley y ella lo habían pasado bañándose en el lago Merri; la primavera anterior habían hecho senderismo por el cañón de Elkfish; el otoño pasado se habían dedicado a recorrer Manson subidas en sus bicicletas de diez marchas; el último invierno habían esquiado en los picos nevados de las montañas Apalaches.

Ahora el mundo se había vuelto gris. Quizá las setas de Shelley le devolvieran parte de su color.

—Diles a tus padres que te quedas a dormir en casa —dijo Emma—. Yo les diré a los míos que duermo en la tuya. Podemos cogerle la tienda de campaña a mi padre, ir andando hasta el molino, hacer una infusión con los hongos y luego…

Shelley se metió un hongo en la boca poniendo así fin a la conversación. Lo masticó un instante, con una mueca sombría, como si quisiera juntar las mejillas y la frente. Luego tragó sonoramente y sonrió.

A Emma casi se le salieron los ojos de las órbitas.

—Eres mi ídola. ¿A qué sabe?

—A tierra. Le toca a usted, señorita.

Cogió un hongo con los dedos pulgar e índice y lo acercó a la boca de Emma igual que un padre que quiere convencer a su hijo de que se coma la verdura.

Emma apartó la mano de Shelley.

—Creo que voy a esperar unos minutos a ver si te quedas ciega o algo así.

La sonrisa de Shelley se hizo más ancha.

—Buena idea.

Unos minutos después Shelley parecía estar bien, así que Emma cerró los ojos y se metió el bulbo en la boca. Shelley tenía razón. Sabía a tierra.

Mientras esperaban a que les hicieran efecto las setas, caminaron sin rumbo por el profundo canal de hormigón que separaba el bosque de las afueras de Manson. El canal estaba seco a excepción de un arroyuelo de agua embarrada, lo bastante estrecho en casi todo su recorrido para saltarlo. Estaba sucio de colillas, botellas vacías de cerveza y vino baratos y alguna que otra lata abierta de alubias. Según la madre de Shelley, por el canal merodeaba una comunidad de vagabundos, que había construido refugios a un kilómetro y medio de allí, bajo el paso elevado.

A su izquierda estaban las picudas vallas traseras de las casas de Grattan Street. Era la parte más olvidada de Manson, donde el césped era amarillo en lugar de verde y los habitantes tenían rostros tensos y cansados. Por entre las piedras mal encajadas de las vallas Emma podía ver los jardines: hierba crecida, un perro ladrando, dos niños con caras sucias sentados con las piernas cruzadas en una cama elástica.

A la derecha, al otro lado del canal de hormigón, crecía un bosque espeso. El sol de mediodía se colaba por entre los liquidámbares y proyectaba una telaraña de sombras en la cara de Shelley.

—¿Notas algo? —preguntó Emma.

—Qué va. Todavía no.

—Yo tampoco.

Llegaron a una gran alcantarilla circular que transportaba el triste arroyuelo mayor bajo la autopista. El túnel de hormigón era lo bastante amplio para que entrara Emma, que, aun así, lo hizo encorvada y con los brazos levantados porque le daba miedo que hubiera bichos. Shelley, en cambio, tuvo que agacharse para evitar golpearse en la cabeza.

Emma contuvo la respiración y fijó la vista en el círculo de luz que brillaba al final de la alcantarilla. Imaginó pasadizos secretos a ambos lados del túnel. Si se equivocaban de camino podían terminar deambulando por el alcantarillado de Manson durante el resto de su muy corta…

Shelley la cogió del hombro. Emma gritó tan fuerte que el chillido resonó en las paredes curvas de hormigón durante casi cinco segundos.

—Eres una cagada —dijo Shelley, y empujó a Emma hacia la luz de la tarde. Emma no podía llevarle la contraria. Cuando volvió a oír los sonidos de Manson y una fresca brisa de primavera le hizo cosquillas en la nuca se sintió más aliviada de lo normal de haber dejado atrás la oscuridad.

Siguieron por el canal.

—Tengo que pasar el verano con mi padre en California —dijo Shelley después de varios minutos de silencio amistoso—. No entiendo por qué se ha ido a vivir tan lejos, y solo quiere tenerme allí para fastidiar a mi madre. Desde que se divorciaron es como si estuviéramos en una guerra larguísima. Pero los generales son ellos; yo estoy sola en las trincheras.

—Mmm, pero en el fondo tienes suerte —dijo Emma—. Ya sé que es un asco que tus padres estén divorciados, pero por lo menos es algo proactivo. Su matrimonio no funcionaba, así que le pusieron fin. Es inteligente.

Shelley se opuso.

—Eso es como decirle a un parapléjico que tiene suerte porque puede pasarse el día sentado.

—El matrimonio de mis padres lleva dos años de muerte lenta y ninguno de los dos hace nada por terminarlo. ¿No preferirías ver a tus padres separados pero felices que juntos y desgraciados?

—Pero es que aquí estamos hablando de separados y desgraciados —dijo Shelley, riendo—. No sabía que tus padres discutieran tanto.

—Es que no discuten tanto. Eso es parte del problema. Si discutieran, igual se desahogaban. Pero es como si nunca terminaran las frases. Al final de todo lo que se dicen siempre hay puntos suspensivos, nunca punto y aparte.

—Elipsis —dijo Shelley.

—¿Qué?

—Los puntitos esos al final de una frase se llaman elipsis.

Emma puso los ojos en blanco.

—Pero puede que tengas razón —dijo Shelley—. Igual deberían divorciarse.

Una tristeza punzante se apoderó entonces de Emma. Si sus padres llegaban a separarse, su padre volvería a casarse; lo sabía. Entonces se alejaría aún más de la Iglesia, encontraría la felicidad y hablaría con amargura de la fundamentalista de su exmujer. Pero ¿qué sería de su madre? Sin Jack Went para hacer de boya espiritual, se entregaría vez más a la Iglesia de la Luz Interior. Con el tiempo, la mujer que Emma había conocido terminaría por desaparecer.

—¿Notas algo? —preguntó.

—Qué va.

Medio kilómetro después, bosque adentro, llegaron al molino, un edificio en ruinas rodeado de robles rojos. El sol se había ocultado detrás, creando una silueta rectangular que subía del suelo igual que un cadáver que se levanta de su tumba.

Hasta pocos años antes, el molino había estado en funcionamiento. Claro que sacaba más dinero por la tienda de regalos y las visitas guiadas que de la venta de harina de trigo y maíz.

Emma había estado una vez con su madre. Su padre había ido a visitar a unos primos en Coleman y se había llevado a Stu para pasar un día de chicos. Su madre había dejado que Emma decidiera qué hacían ellas y esta había sugerido el molino.

En aquel entonces una ancha carretera asfaltada y flanqueada por bosque conducía hasta él desde la autovía. La carretera atravesaba un tembloroso puente colgante sobre un arroyo poco profundo que alimentaba un manantial. Emma recordaba bajar la ventanilla al acercarse y sacar la cabeza para oír el parloteo del riachuelo.

Habían estado en silencio, recordó Emma ahora. Pero no un silencio incómodo, sino orgánico.

El molino ya no era de esos sitios a los que las madres llevaban a sus hijas para admirar poleas y beber Coca-Cola sentadas en la hierba. La «desaceleración de la economía» —Emma conocía las palabras, pero solo entendía a medias lo que significaban— había puesto fin a la financiación del molino, y lo que había sido una popular atracción turística pronto cayó en el abandono. Las correas dejaron de tirar, las poleas dejaron de girar y las ventanas se recubrieron de una gruesa capa de polvo. La pared este se descolgó y amenazaba con derrumbarse con cada ráfaga de viento fuerte.

Shelley empujó la puerta y Emma la siguió al interior. Estaba casi a oscuras, excepto por jirones de luz que entraban por las ventanas sucias y amarillentas. Un olor agrio a moho flotaba en el aire. Por efecto de las lluvias, parte del segundo piso se había derruido y dejado al descubierto un plano transversal dentado de vigas de madera y barras metálicas retorcidas.

La pared interior del molino estaba cubierta de nombres garabateados a bolígrafo y rotuladores de distintos colores. Emma reconoció algunos: políticos y estrellas del pop y «Rich Witherful», un cretino de categoría del instituto. Otros nombres no los reconoció: «Summer DeRoche, Jonathon Asquith, Chris Dignum, Sophie Lane, Angie Sperling-Bruch». Solo supo que alguien les deseaba la muerte.

Eso decía la leyenda urbana: escribe el nombre de tu enemigo en la pared del molino y en menos de veinticuatro horas estará muerto.

Era una leyenda fácil de refutar; por lo que ella sabía, ni una sola de las personas mencionadas en la pared había muerto… al menos no dentro de las veinticuatro horas anunciadas. Pero dudaba de que eso fuera lo importante. Escribir el nombre de tu enemigo resultaba extrañamente terapéutico. Ella misma había escrito allí varios nombres.

Encontró el de Henry Micket garabateado en la madera con su letra. Henry era el guapo campeón de atletismo del instituto de Manson y Emma había cometido el error de pasarse un año y medio enamorada de él. Henry no le había hecho daño de ninguna manera concreta —de hecho, Emma dudaba que supiera quién era—, pero le había roto el corazón cuando empezó a salir con Cindy Kites, otra guapa campeona de atletismo.

Emma había escrito en la pared el nombre de Henry en plena desolación y más tarde había vuelto a tacharlo con grueso rotulador azul. Lo que se veía ahora era «Henry Micket».

Se había sentido bien escribiendo su nombre, y tachándolo, mejor aún. Unos pocos trazos de

rotulador que habían representado furia primero y, después, perdón. Buscando una vez más expresar su ira, y quizá incluso perdonar, se sintió tentada de escribir ahora otro nombre en la pared.

Solo como terapia, se dijo. Pero, si eso era cierto, ¿por qué le temblaban las manos?

—Tengo que hacer pis —dijo Shelley, y desapareció por la puerta delantera.

Mientras esperaba, Emma subió por un tramo de escalones quejumbrosos al segundo piso. Todas las superficies estaban cubiertas de polvo. Por cerca de una docena de agujeros del techo goteaban restos del chaparrón de primera hora de la tarde y formaban charcos de agua marrón sucia en el rellano.

Despejó un trozo de suelo con los pies, se sentó a lo indio y encendió un cigarrillo.

Cuando se le acostumbraron los ojos a la oscuridad reparó en una larga hilera de hormigas carpinteras que desfilaba por los anchos tablones del suelo y bajaba por un agujero situado debajo de la ventana. El camino sorteaba cristales rotos y escombros, un condón usado —*puaj*— y, en su tramo más estrecho, pasaba peligrosamente cerca de una telaraña. Aunque Emma no podía verla, imaginó una araña negra y gorda con prominentes ojos amarillos acechando en las sombras.

Se levantó enseguida, moviendo la cabeza con incredulidad. Tenía que hacer algo para ayudar a aquellas hormigas. Así que se puso a mover los obstáculos que les bloqueaban el camino. Apartó los escombros a patadas. Encontró una pesada barra de metal y la usó para alejar el condón y destruir la telaraña, enviando al arácnido invisible y completamente imaginario a una de las profundas grietas entre los tablones del suelo.

Se mordió el labio y esperó a que su buena acción se viera recompensada.

—Joder —siseó—. No.

La fila de hormigas se había dispersado y se estaba deshaciendo en algunos tramos. Las hormigas estaban desorientadas sin los cristales rotos, el preservativo usado y la telaraña para guiarlas. Emma les había quitado sus referencias y ahora no sabían por dónde ir.

Le dolió más de lo que debería, más de lo que habría sido razonable, y de pronto se sintió abrumada por las ganas de llorar. No, lo que quería era sollozar y estremecerse.

Entonces tuvo un momento de torpe lucidez. Los hongos le estaban haciendo efecto. No estaba alucinando ni viendo colores y luces raras —el primo de Shelley les había dicho que podía pasar—, sino que tenía los cinco sentidos agudizados. Era como si se hubiera despejado la niebla y fuera de pronto consciente del mundo que la rodeaba: su cuerpo, las hormigas carpinteras, el molino, el bosque, Manson, el planeta, el universo.

Colocarse no se parecía a lo que había imaginado, desde luego no tenía nada que ver con lo que salía en las películas. Tampoco era como fumar hierba. Esto era sutil y maravilloso y Emma pasaría muchos años buscando aquel primer y verdadero colocón. Recordaría la primera vez que comió setas alucinógenas en el bosque con Shelley como el último día de su infancia.

Abrió la cremallera de su mochila y encontró un rotulador negro.

Mientras bajaba despacio las escaleras, se concentró en el sucio suelo de madera bajo sus pies, en el crujido de cristales rotos, el chapoteo de un charco, la página resbaladiza de una revista pornográfica, el tintineo de un espray usado de pintura verde.

Cuando quiso darse cuenta, estaba en el piso de abajo garabateando en la pared interior del molino.

(… Emma, ¿me oyes? ¿Has…)

Dio un paso atrás para admirar su trabajo.

(… oído lo que te he dicho? ¿Quieres…)

Entre las docenas, o quizá centenares de nombres, Emma había escrito «Sammy Went» en pulcras letras mayúsculas.

Lo siento, pensó. *No es nada personal. Lo he hecho por terapia.*

(… ¡por Dios, haz el favor de espabilar!…)

Las manos carnosas de Shelley dieron una palmada en los hombros de Emma y la obligaron a girarse.

—¿Me has oído, Em? ¿Te has enterado de lo que te he dicho?

Emma tocó el cristal izquierdo de las gafas de Shelley.

—Eres muy guapa, ¿lo sabes, Shell? ¿Me dejas probarme tus gafas?

—Ay, mierda. Estás alucinando. Genial, de verdad.

A medida que la atención de Emma pasaba de las gafas a la cara detrás de ellas, vio que Shelley palidecía. Tenía la boca cerrada en una mueca de preocupación y los ojos muy abiertos y agitados. No parecía Shelley.

—Escucha, Em, tienes que controlarte.

—¿Qué pasa?

—Hay alguien más aquí.

—¿Qué? ¿Quién?

—No lo sé… —dijo Shelley seria—. He oído pisadas junto al centro de visitantes.

Emma sonrió.

—Eso es que estás alucinando.

—No, te lo juro.

—Te lo has imaginado —dijo Emma—. Son las setas. La verdad es que son…

Se calló cuando una sombra cruzó la ventana de la pared del fondo. El cristal estaba resquebrajado, sucio y cubierto de enredaderas, pero por un momento breve y alarmante distinguió una silueta humana. Quienquiera que fuera se escabulló antes de que a Shelley le diera tiempo a volverse y mirar.

—¿Qué pasa? —dijo Shelley.

—Creo que he visto a alguien.

La puerta del molino arañó el suelo cuando salieron dando traspiés, medio a la carrera. Emma se volvió enseguida para examinar el área donde había visto la sombra. No había nadie.

Podían haber sido las setas, pero Emma sentía un terror callado.

—Creo que quiero irme a casa —dijo Shelley.

—Sí. Yo también.

Poco a poco las hojas del suelo se convirtieron en tierra seca, luego en gruesa hierba, en una acera gris plana y, por fin, en el asfalto lleno de socavones de Cromdale Street.

Emma supo enseguida que algo no iba bien. Había demasiados vecinos en los jardines y porches, mirándola pasar. Roy Filly la observaba desde su garaje abierto fumando uno de sus apestosos puros. Loraine Voorhees se mecía atrás y adelante en el balancín de su porche, una taza de té en una mano y su fox terrier miniatura en la otra. Pam Grady, teórica de la conspiración de barrio residencial y de la que hacía tiempo se rumoreaba que era lesbiana, estaba en la acera con los brazos en jarras y la cara arrugada en una expresión de… ¿Era curiosidad? No, preocupación.

¿Sabrían que estaba colocada?

La energía extraña de la calle se intensificó a medida que Emma se acercaba a su casa. Cuando llegó a lo alto de la cuesta que bajaba hasta su casa, vio el descapotable de su padre aparcado en la mitad del camino de entrada, en el césped. La puerta del pasajero estaba abierta de

par en par.

Apretó el paso. Había pasado algo. Algo malo.

Shelley dijo alguna cosa, pero Emma no la oyó. Ya había echado a correr. La mochila le estorbaba, así que se la quitó de la espalda y la dejó en la acera.

Había pasado algo malo.

A medida que se acercaba a la casa, el recuerdo de lo que había escrito en la pared del molino se esfumó de sus pensamientos con la rapidez e irrevocabilidad con que se aleja una marea.

Melbourne, Australia

Ahora

En los periodos turbulentos de mi vida siempre me he sentido atraída por el agua. Cuando murió mi perra Shadow fui en bicicleta hasta el lago Orel y estuve tres horas sentada en la orilla. No volví a casa hasta que me quedé sin lágrimas y empecé a tiritar de frío. Cuando murió mi madre, pasé toda la tarde sentada sola en mi coche, mirando el estrecho de Bass.

Para cuando volví al hospital, Amy estaba furiosa, pero Dean me comprendió. Sabía tan bien como yo que las masas de agua tienen poderes extraños y que cuanto mayor es el problema en tu vida, mayor tiene que ser la extensión acuática.

Una ruptura después de una relación de tres años, por ejemplo, podía aplacarse con el agua que cabe en una bañera. Una simple ducha puede curar el bloqueo del escritor. Pero las cosas malas de verdad, cosas como que se muera tu madre o la posibilidad de que toda tu vida sea una mentira, requerían algo grande, rebosante de energía. Así que fui a Dight Falls, una ruidosa presa construida al otro lado del río Yarra.

Aparqué y enfilé un estrecho camino de tierra hasta el bosque. Bajo mis pies crujían las agujas de pino. Aunque aún no veía el río entre los árboles, la naturaleza bullía con el sonido de las cataratas y en el aire flotaba una niebla húmeda.

Cuanto más me acercaba al río, más inclinados y espaciados se volvían los árboles, hasta que dejaron ver un ancho paisaje, imponente y furioso. Estuve más rato del que había sido mi intención al borde las cataratas, preguntándome qué puertas abriría si me veía otra vez con James Finn. Había accedido a comer conmigo y yo no estaba preparada en absoluto. Me sentía mentalmente inestable; bastaría un golpecito del contable americano para desestabilizarme. Y, sin embargo, ¿qué elección tenía?

Un pescador solitario estaba sentado en un saliente rocoso de la orilla opuesta. De pronto se puso de pie y empezó a recoger sedal con gran nerviosismo. Cuando vio que salía vacío se desinfló, volvió a echarlo al agua y se sentó a esperar.

James esperaba en una mesa casi al final de la cafetería, con las manos alrededor de una taza de té y leyendo en un Kindle. Tenía el mismo aspecto frío e insensible que la primera vez que nos vimos.

—Me alegro de que hayas venido —me dijo al verme.

«Eso se lo dirás a todas», habría contestado Dean, incapaz de resistirse a la oportunidad de hacer un chiste. Me dolía pensar en mi padrastro, en preguntarme lo que pensaría si supiera que estaba investigando a su querida y difunta mujer por posible secuestro.

Pedí un café y miramos la carta incómodos, aunque en ese momento lo último que me apetecía en el mundo era comer.

—Claire no me deja tomar café —dijo James—. Mi mujer. Sabe que me pone muy nervioso. De ahí el té.

—¿No ha venido contigo?

—Se ha quedado cuidando la fortaleza.

Abrí la carta, simulé leerla y la cerré.

—Me parece que antes de nada debería decirte que haber venido no significa que te crea.

—Entendido.

—Lo que quiero decir es que el nombre de mi madre figura en mi partida de nacimiento. Y creo que me habría dado cuenta si hubiera tenido acento americano.

—Y sin embargo has venido —dijo sin entonación—. Y para que conste, los acentos pueden falsificarse con la misma facilidad que las partidas de nacimiento.

—¿Me puedes explicar por qué haces esto?

—Ya te lo dije —dijo—. Creo que eres…

—Sammy Went, ya lo sé. Pero ¿por qué te interesa tanto? Me refiero a qué pretendes conseguir con esto. Pasó hace casi treinta años. ¿Además de contable eres detective privado?

—Más bien sabueso aficionado —dijo. Sus dedos tamborilearon nerviosos la mesa. Hasta el momento se había mostrado seguro, comedido y un poco robótico. Ahora parecía incómodo, nervioso y un poco humano—. Como te he dicho, conozco a la familia Went. Estaba en Manson cuando pasó. La desaparición de Sammy… se me quedó clavada.

Llegó mi café.

—¿Cómo me encontraste? —pregunté.

—Deja que te lo enseñe.

Cogió una mochila pequeña de la silla de al lado y sacó una carpeta marrón. En ella decía «Leamy, Kimberly».

Abrió la carpeta y me enseñó una cara con ojos hundidos y fantasmales y una expresión que me resultaba vagamente familiar. No era una fotografía ni un dibujo, sino algo a medio camino: una composición artística en 3D de una mujer de pelo oscuro, nariz larga y labios muy apretados y sin vida. En la parte inferior de la página decía: «Predicción de Sammy Went a la edad de veinticinco-treinta años».

—Encargué a un artista forense que dibujara este simulacro —dijo James—. Basándose en el físico de Sammy y en la historia familiar determinó que este podría ser su aspecto hoy.

La composición se parecía a mí en abstracto, pero si hubiera cometido un delito y la policía tuviera que usarla para localizarme, podría tomarme mi tiempo para huir a Nueva Zelanda.

—Pasé el dibujo por una docena de programas de reconocimiento facial para compararlo con millones de imágenes en línea. Obtuve algo más de siete mil resultados. Comprobé cada uno, reduje la lista a alrededor de novecientos y luego los investigué.

—Has debido de tardar siglos.

—Mi madre decía de mí que tengo la paciencia de Job —dijo—. El dibujo coincidía con una fotografía en la que salías etiquetada en Facebook, lo que me llevó a donde das clases. Pensé en enviarte un correo electrónico, pero tenía una intuición. Una corazonada.

—Pues has viajado muy lejos por una simple corazonada —dije—. Y esto no es una prueba. Tú mismo lo has dicho; en tu lista había novecientas caras. Y, aunque sea cierto lo que dices, ¿no recordaría yo algo?

—Igual sí recuerdas algo —dijo—. ¿Has oído hablar de la teoría del decaimiento de la huella?

—No —dije.

—Pues cuando se forma un recuerdo, el cerebro crea un rastro neuroquímico de manera que puedas recuperarlo cuando lo necesites. Piensa en ello como en un grueso hilo rojo que empieza en tu consciencia y conduce hasta las profundidades de tu mente. Cuando quieres evocar un recuerdo concreto, tiras del hilo y el recuerdo aflora.

A modo de demostración subió y bajó la bolsita de té en su taza.

—Sencillo. Y lógico. Pero la teoría del decaimiento de la huella sugiere que cuando un recuerdo no se evoca durante un largo periodo de tiempo, el hilo se desdibuja y debilita y al final… —Sacó la bolsa de té de la taza y partió el hilo en dos. La bolsa desapareció debajo del té con leche—. Cuando se rompe el hilo, el recuerdo se queda flotando en el cerebro, desprendido, sin anclaje. Es posible que no recuerdes haber vivido en Kentucky cuando eras una niña pequeña, pero esa niña pequeña puede seguir dentro de tu cabeza. Quizá ha encontrado la manera de ponerse en contacto contigo. Quizá por eso estás hoy aquí.

Imaginé a Sammy Went sentada en un inmenso vacío negro donde iban a parar los recuerdos perdidos. Tenía un hilo rojo atado alrededor de la cintura, pero con el otro extremo suelto. Tiraba y tiraba del hilo, pero este siempre volvía vacío, como el del pescador de Dights Falls.

—No estoy aquí por eso —dije.

Asintió con la cabeza y tocó dos veces la carpeta marrón.

—Ya lo sé. Has venido para que te enseñe pruebas. La pistola humeante. ¿Te importa si voy primero al baño?

Cuando se fue, miré mi nombre en la carpeta. La había dejado en la mesa, bien a la vista. ¿Quería que la leyera? Si era verdad que contenía pruebas, quizá negarme a saber había dejado de ser una posibilidad.

Decidí no hacer caso de la carpeta de momento y cotilleé su Kindle. Según mi experiencia, una estantería, digital o de las otras, suele dibujar un retrato bastante preciso de su dueño.

La mayoría de los libros de la librería digital de James Finn eran de no ficción: algo de historia, algo de guerra, pero la mayoría eran sobre crímenes reales. Reconocí algunos: *Un amigo el asesino,* de Ann Rule; *Medianoche en el jardín del bien y del mal,* de John Berendt, y *A sangre fría,* de Truman Capote, pero otros muchos no. Había libros sobre asesinatos políticos, crímenes relacionados con la mafia, asesinatos de famosos, casos no resueltos, asesinatos en serie y, oh sorpresa, secuestros de niños.

Lo extraño fue que ver toda aquella oscuridad me tranquilizó. La librería digital de James delataba que era un detective aficionado con una curiosidad macabra por el asesinato.

A no ser…

Busqué deprisa el nombre de Sammy mientras me preguntaba si no sería también un escritor de novela policiaca. Sus maneras torpes y excéntricas desde luego encajaban. Tal vez estaba escribiendo un libro sobre Sammy Went y yo era el desenlace.

Cuando volvió del baño, respiró hondo antes de sentarse.

—¿Estás preparada?

Abrió su mochila. Dentro había informes policiales, mapas y carpetas. Mientras rebuscaba, sacó un fajo de documentos para tener más sitio. El primero era una lista de nombres que llevaba por título *Agresores sexuales en Manson y condados vecinos*. Cerca de un tercio de los nombres estaban tachados, lo que supuse significaba que James los había eliminado como sospechosos. Otros estaban subrayados o rodeados con un círculo.

La mochila me puso nerviosa. Aquello no era simple curiosidad de un detective aficionado y tampoco parecía material para una novela policiaca. Aquello era una obsesión.

Sacó un único documento del sobre y me lo pasó. En la parte de arriba había un logo de

pequeño tamaño con el nombre «Me-Genes» escrito debajo.

—¿Qué es esto de Me-Genes?

—Una compañía de genómica y biotecnología de Melbourne. Les envías una muestra de ADN, pagas una tarifa modesta y te envían los resultados. Si pagas un poco más, los envían urgentes.

El grueso del documento estaba dividido en tres columnas con las etiquetas «Marcados», «Muestra A» y «Muestra B». Cada columna contenía múltiples combinaciones de números y letras, muchas de las cuales coincidían. Me dio la impresión de que hacía falta un grado universitario en genómica para entender aquello.

Pero la parte importante, la que hizo que me diera un vuelco el corazón, estaba escrita en grandes letras mayúsculas en la parte inferior derecha de la página: «Probabilidad de hermandad: 98,4 por ciento».

—Tú eres la muestra B —dijo James.

A medida que empezaba a entender lo que estaba leyendo, me puse roja y todo el cuerpo empezó a temblarme de furia.

—¿Me… me has hecho pruebas de ADN? ¿Se puede saber de dónde has sacado la muestra?

—El día que nos conocimos te estabas tomando un refresco.

—Por Dios. Eso es ilegal.

—En realidad no —dijo—. Tenía que asegurarme. Por eso he venido.

Me aparté bruscamente de la mesa y salí de la cafetería sintiéndome como una lombriz colgando de un sedal, zarandeada por la corriente mientras me esperaban las fauces de un pez hambriento.

Crucé la calle, me metí en mi coche y arranqué el motor. Por el espejo retrovisor vi a James. Había salido a la calle y me miraba con las manos metidas en los bolsillos de sus vaqueros. Sus zapatillas amarillo chillón destacaban en la tarde gris. En el cielo retumbaban truenos.

—Maldita sea. —Apagué el motor, bajé del coche y fui hasta él—. ¿Quién es la muestra A?

—Kim, escucha…

—Dice que soy hermana de la muestra A —dije—. ¿Quién es?

—Mi mujer me advirtió de que fuera poco a poco. No quería espantarte.

—¿Quién es la muestra A?

—Yo —dijo—. Mi verdadero nombre es Stuart Went. Soy tu hermano.

Manson, Kentucky

Entonces

Chester Ellis, el *sheriff* de sesenta y cuatro años de Manson, estaba sentado a su mesa leyendo el *Manson Leader*. El periodicucho local traía momentos estelares del Día del Tractor, fotografías de la inauguración de las obras para el nuevo museo de historia cristiano y una crónica jugada a jugada del partido de los Manson Warriors, que, como casi siempre, habían sufrido una derrota humillante a manos de los Coleman Bears.

Aquel iba a ser otro día tranquilo en Manson. Un día tranquilo en un mes tranquilo de un año tranquilo.

Pasó las páginas despacio, buscando algo de interés en los titulares. «Guerra al apagón: un nuevo proyecto para reducir el gasto energético»; «El club de atletismo de Manson estrena sede»; «Nuevo enfoque a los fármacos de toda la vida: sesiones informativas para ayudar a las personas mayores a saber si son adictas».

Llegó a la sección de anuncios clasificados y encontró el suyo al final de la segunda columna: «Hombre afroamericano, profesional en activo y atlético, con valores cristianos busca mujer para compañía y/o relación sentimental».

Ellis había perdido a su mujer por culpa de un tumor cerebral veintidós años atrás, pero con dos hijos de los que ocuparse, no se le había pasado por la cabeza salir con mujeres. Ahora sus hijos eran adultos, tenían sus propias parejas y Ellis necesitaba… ¿qué? No buscaba una relación de amor apasionado. Ni siquiera buscaba amor, aunque si lo encontraba sería bienvenido. Simplemente quería a alguien con quien compartir su vida.

Claro que el anuncio era una patraña en su mayor parte. Quizá habría pasado por «atlético» en sus años universitarios, pero ahora todos los músculos se habían convertido en grasa. La parte de «valores cristianos» también era una verdad a medias. Amelia Turner, que llevaba la sección de anuncios clasificados y la recepción del *Leader* los viernes, le había convencido de que la añadiera.

Sí, Ellis creía en Dios y se esforzaba en no decir demasiadas palabrotas ni odiar demasiado a nadie, pero en Manson el cristianismo era algo de muy amplio espectro. Él se encontraba en el extremo informal y cómodo de «ama a tu prójimo». Pero en el extremo opuesto había personas a las que no le interesaba atraer: gente de la Iglesia de la Luz Interior.

El «grupo» —había aprendido a llamarlos así en lugar de «sección» o de, oh Dios mío, «secta» de pentecostalistas— practicaba su fe ayudado de serpientes venenosas y escorpiones. De creer los rumores que circulaban, también bebían estricnina, hablaban lenguas ininteligibles y, según contaba Tom Kirker después de tomarse demasiados whiskys en el Cubby’s Bar, bebían sangre y adoraban al diablo.

Uno de sus ayudantes llamó a la puerta.

—Perdone que le moleste, *sheriff*. ¿Tiene un segundo?

—Adelante, Beech. ¿Qué pasa?

Llamar «hombre» a John Beecher era prematuro. Ellis estaba seguro de que lo sería algún día, pero ahora mismo era un muchacho de diecinueve años pálido y casi imberbe, con una piel que se volvía como la grana cada vez que estaba nervioso, algo que ocurría a menudo.

—Acaba de llamar Jack Went. De la farmacia Went. Su hija ha desaparecido.

—¿Su hija? —Ellis miró su reloj. Pasaban un poco las cuatro de la tarde—. Lo más seguro es que se haya retrasado al volver del instituto.

—No. La pequeña. —Beecher consultó su libreta—. Sammy Went. Dos años. Vista por última vez hace unas dos horas.

—Vaya por Dios. Que vayan para allá Herm y Louis.

—Ya han salido, *sheriff*. He pensado que debía saberlo. —Beecher miró el periódico abierto —. ¿Ha contestado alguien a su anuncio?

Ellis guardó el *Leader* en el primer cajón de su mesa.

—¿Te acuerdas de dónde metimos aquel libro, Beech? Ese sobre la escena del crimen. Puede que Herm y Louis lo necesiten.

Beecher negó con la cabeza.

—Se titula *Escena del crimen* no sé qué. *Diseccionar la escena del crimen* o *Deducciones en la escena del crimen*… Hay un capítulo sobre personas desaparecidas; las preguntas que hay que hacer, instrucciones, sugerencias, cosas así.

—Ah, sí. Es como un manual, ¿verdad? Estoy casi seguro de que lo he visto en el baño, señor.

Tenía sentido.

Aunque los hijos de Ellis ya eran hombres hechos y derechos, recordó lo pequeños y frágiles que habían sido una vez. Jack y Molly Went debían de estar desquiciados.

—Ahora que lo pienso, olvídate del libro. Dame la dirección de los Went. Voy a ir a verlos.

Cromdale Street era una calle amplia y arbolada. Las casas, a excepción de una, eran mansiones de estilo colonial. La excepción era el número nueve, el hogar de los Eckles. Ellis aminoró la marcha al pasar delante de la casa. La recordaba a la perfección: el buzón torcido, el letrero de PROPIEDAD PRIVADA. PROHIBIDO EL PASO en la valla que parecía ridículamente redundante. ¿Quién en su sano juicio querría entrar en una casa así?

El jardín estaba cuidado. Travis, el hijo pequeño de los Eckles, se ocupaba de ello. Pero la casa estaba deteriorada y era de construcción barata. Si alguien decidiera entrar en el jardín de los Eckles y abriera de una patada la puerta de mosquitera verde, ¿qué haría a continuación? Los únicos objetos de valor eran la urna de cobre que contenía las cenizas de Jeff Eckles y los cheques a cuenta de la pensión de viudedad que, desde su muerte, llegaban una vez al mes.

Sus ayudantes estaban ya allí y habían dejado las luces del coche patrulla encendidas, de manera que la casa de Jack y Molly parpadeaba azul y roja contra la puesta de sol. Ellis aparcó junto al descapotable de Jack y echó a andar por el camino de entrada a la casa.

—*Sheriff* —dijo una voz suave desde el porche. Apareció una silueta delgada. Era Emma Went con expresión seria—. Ha desaparecido, *sheriff*. Dentro de unas horas va a ser de noche y hará frío y mamá ni siquiera se acuerda de si llevaba jersey.

Su tono era más serio del que correspondía a una chica de trece años. Había algo impreciso y zombi en sus movimientos. Ellis supuso que se debía a la conmoción.

Le puso una mano en el hombro.

—Vamos dentro a hablar.

Emma le hizo pasar al cuarto de estar, donde Molly estaba desplomada en un gran sofá color rojo. Era una mujer atractiva incluso ahora, con el pelo recogido en una coleta descuidada y los ojos hinchados y húmedos. Tenía a un niño regordete de ocho o nueve años sentado en el regazo. Los brazos de Molly lo rodeaban y, cada pocos segundos, lo estrujaban como si fuera una pelota antiestrés. El niño parecía incómodo, pero era lo bastante considerado para dejar que su madre siguiera estrujándolo.

Los ayudantes del *sheriff*, Herm y Louis, parecían no saber qué hacer. Herm, más joven y atlético, caminaba de un lado al otro y Louis, mayor y más tranquilo, se mecía atrás y adelante en un mismo sitio. Los dos parecieron aliviados al ver al *sheriff*.

—Herm, empieza hablar con los vecinos —dijo Ellis tratando de que su voz sonara autoritaria—. A ver si alguno ha visto u oído algo fuera de lo normal. Lo que sea. Cualquier detalle, por trivial que parezca. Si os dejan, mirad en sus jardines, y si alguno no os deja, decídmelo. Louis, vamos a organizar una búsqueda. Tenemos que peinar calles, alcantarillas, el bosque…

—Dios mío, el bosque —dijo Jack Went. Estaba de pie junto a la ventana al otro extremo de la habitación, apartando una cortina de encaje blanco para mirar fuera—. ¿Creéis que ha podido irse sola tan lejos?

—No se ha ido sola a ninguna parte, Jack —dijo Molly estrujando al niño en su regazo tan fuerte que este emitió un breve resoplido—. Alguien se la ha llevado. Seguramente entró en la casa y se la llevó.

—Eso no lo sabemos, Molly. Por favor, no te pongas histérica. Es lo peor que podemos hacer ahora mismo. Tenemos que estar tranquilos. Solo han pasado…

—¿Que no me ponga histérica? ¿Me lo dices en serio, Jack? Nuestra niña ha desaparecido.

Antes de mandar a Herm y a Louis que se fueran, Ellis se los llevó al pasillo.

—La casa de los Eckles vamos a dejarla de momento. La registraré yo cuando termine.

—Usted solo, no. De eso nada —dijo Herm.

—Puedo perfectamente. Vamos, marchaos ya.

Los ayudantes salieron con expresión resuelta, y Ellis volvió con Molly y Jack.

—¿Por qué crees que se la han llevado, Molly?

—Su ventana estaba abierta. De par en par.

—Eso no significa nada —dijo Jack—. Tú siempre te dejas la ventana abierta.

—Esta vez no, Jack. Estoy segura.

—¿Habláis de la ventana de su cuarto? —preguntó Ellis.

—A veces la dejo abierta para que entre un poco de aire. No tiene mosquitera ni nada, pero está demasiado alta para que llegue Sammy. De otra manera nunca… El caso es que esta vez la cerré. Lo recuerdo muy bien.

—¿Cuándo la viste por última vez?

—Sobre la una —dijo Molly—. No suelo dejarle dormir la siesta tan tarde porque luego se pasa toda la noche despierta, pero estaba nerviosa y de malhumor, así que pensé… Cerré la ventana. Recuerdo haber cerrado la ventana.

—¿Tiene pestillo la ventana? —preguntó Ellis.

Molly dijo que no con la cabeza.

—Está roto —añadió Jack—. Lleva roto un tiempo, pero no tenía prisa por arreglarlo porque es el segundo piso y porque… bueno, esto es Manson, no precisamente la capital del delito de Estados Unidos.

Ellis asintió.

—Y cuando fuiste a ver cómo estaba, había desaparecido, Molly.

—Entré sobre las dos y media. Su cama estaba vacía, y la ventana, abierta de par en par.

Jack caminó de un lado a otro.

—Escuche, *sheriff*, no quiero parecer mala persona, pero Molly se deja la ventana abierta todo el rato.

—Por Dios bendito, Jack.

—Lo siento, Molly, pero es verdad. No quiero dar a entender que una condenada ventana abierta puede ser la clave cuando lo más probable es que la dejaras tú así. Te recuerdo que está en el segundo piso, así que, si alguien se la ha llevado, tiene que ser el hombre más alto del mundo.

—¿Has oído hablar de las escaleras de mano, Jack?

Jack levantó las manos al cielo.

—Mira, lo más probable es que bajara y saliera a la calle. Igual, yo qué sé, vio un pájaro, o al gato de Grace King y lo siguió, se desorientó…

Molly puso los ojos en blanco. El niño que tenía en brazos se pegó más a ella.

Ellis sonrió al pequeño.

—¿Cómo te llamas, hijo?

—Stuart Alexander Went, señor.

—Le llamamos Stu —dijo Molly.

—Muy bien. Stu, ¿tienes alguna idea de dónde puede estar escondida tu hermana? ¿Hay algún sitio del vecindario donde le guste jugar?

Stu negó con la cabeza.

—No lo sé. Lo siento.

—No está fuera jugando —dijo Molly con frialdad—. No vio un pájaro ni el gato de Grace King ni se ha ido caminando sola. Alguien entró por la ventana y se la llevó.

—¿A qué hora volviste del colegio, Stu? —preguntó Ellis.

—No ha ido —dijo Molly—. Se está curando de un catarro. Pensé que le vendría bien quedarse un día más en casa.

—¿Has visto hoy algo raro, Stu? —preguntó Ellis—… O igual has oído alguna cosa. ¿un ruido? ¿Algo?

El niño miró a su madre y continuación negó con la cabeza.

—He estado casi todo el día jugando a *Zelda.*

—¿Qué es *Zelda?*

—Uno de sus juegos de Nintendo —dijo Jack.

Ellis notó los ojos de Emma en su espalda, pero cuando se volvió a mirarla, esta fijó la vista en sus pies.

—¿Y tú, Emma? ¿Tienes idea de dónde puede estar tu hermana?

Emma dijo que no con la cabeza.

—¿Notaste algo raro de camino a casa desde clase hoy? Lo que sea.

—Pues… creo que no.

Daba la impresión de tener algo que decir.

—¿Estás segura? Hasta el detalle más pequeño puede ayudar.

—Ya se lo he dicho. No he visto nada.

Después de asentir, Ellis se volvió de nuevo hacia los padres de Sammy.

—¿Puedo ver su cuarto, por favor?

La habitación de Sammy era un caos mágico de rosas pastel y malvas intensos. Un gran baúl

para juguetes en un rincón estaba lleno a rebosar de animales de peluche. De las paredes colgaban fotos enmarcadas de la familia de Sammy, algunos dibujos infantiles, una S gigante cubierta de purpurina plateada y dos carteles de películas: *Cariño, he encogido a los niños* y *La sirenita*.

En la cama también había juguetes: un par de muñecas y más animales de peluche. En la cama deshecha, con las sábanas revueltas, se veía la huella desdibujada de un cuerpo de pequeño tamaño. A Ellis se le encogió el corazón.

Fue hasta la ventana. Era lo bastante grande para que saliera por ella un niño, pero demasiado alta para alguien de dos años de edad. Aunque Sammy hubiera conseguido alcanzar el alféizar, no habría podido impulsarse para subir. Además, al otro lado, la distancia del suelo era de casi cuatro metros. Teniendo en cuenta que en el jardín no habían encontrado el cuerpo inerte de una niña, era razonable asumir que Sammy no se había escapado por la ventana… al menos no sola.

—Entonces, ¿cuando entraste estaba abierta?

—De par en par —dijo Molly—. Busqué huellas de botas debajo de la ventana o indicios de una escalera, pero no vi nada.

Jack miró a Molly.

Ellis dio la espalda a la ventana y miró hacia la habitación, hacia la puerta y el pasillo que había fuera.

—Y cuando acostaste a Sammy, ¿esta puerta estaba cerrada?

—No —dijo Jack—. Nunca cerramos la puerta. Sammy llega al picaporte y no le gusta que la encierren. ¿Verdad, Molly?

Molly mantuvo la vista fija en Ellis.

—Estaba de muy mal humor, así que…

—¿Cerraste la puerta? —dijo Jack—. Pero si lo odia.

—Tú no estabas en casa. Nunca estás.

—¿Qué me quieres decir con eso?

—¿Dónde estabas cuando te llamé a la farmacia?

—¿Podemos hablar de esto en otro momento, por favor?

Ellis se volvió hacia la ventana y miró afuera. Desde aquella atalaya tenía un panorama despejado de la casa de los Eckles. Poco a poco, la tarde daba paso a la noche y la oscuridad que envolvía a Manson resultaba lúgubre.

El pestillo había sido reemplazado por un trozo de cordel desgastado. Ellis lo desató y abrió la puerta, que emitió un sonido inquietante, de película de terror. El letrero de NO PASAR tembló. Dio un último vistazo a la casa de los Eckles, al fondo del jardín, y echó a andar.

Ellis había cruzado aquel jardín algunos años antes, acompañado de siete ayudantes armados. Había ido a arrestar a Patrick Eckles por asalto con agravante. Patrick había pegado a Roger Albom en la cabeza con un palo de billar en el Cubby’s Bar y nadie sabía exactamente por qué.

La luz del porche se encendió y dejó ver una puerta mosquitera rota y un sofá viejo y polvoriento. Cuando se abrió la puerta principal, un instinto básico, primario, impulsó a Ellis a llevar la mano a su revólver del 45. No necesitaba sacar el arma, solo recordarse a sí mismo que la llevaba. Y tampoco estaría de más recordárselo a quien le abriera la puerta.

Ellis escudriñó el interior de la casa. Una mujer menuda salió a la luz, con una lata de cerveza en una mano y un cigarrillo en la otra.

—Buenas noches, señora Eckles, ¿le importa si hablamos un momento?

Ava Eckles era una mujer de físico corriente, con pelo rubio enmarañado, brazos fuertes y un

vientre grueso y protuberante. Vestía *leggings* negros y una camiseta rosa vieja y grande en la que Ellis distinguió las palabras «2% Ángel, 98% Chica mala».

—Me imaginé que alguien vendría —dijo Ava antes de dar una calada a su cigarrillo—. Llevo todo el día viendo a sus hombres ir de puerta a puerta. La única casa que no han visitado es la nuestra.

—Tengo que preguntarle por Sammy Went. La hija de Jack y Molly Went, de esta misma calle. ¿Los conoce?

A modo de respuesta, la mujer tiró el cigarrillo al jardín y encendió otro.

—Sammy ha desaparecido, señora Eckles. ¿Ha visto u oído algo raro esta tarde?

La mujer cruzó los brazos a la altura del pecho.

—La única cosa interesante que se ve por aquí es en la televisión, *sheriff*.

—¿Ha visto algún coche distinto o a algún desconocido?

La señora Eckles dio una calada al cigarrillo y negó con la cabeza.

—¿Y ha estado en casa todo el día?

—¿Tengo pinta de ser una persona que sale mucho?

—¿Y qué me dice de su hijo, Travis?

—¿Qué pasa con Travis?

—¿Ha oído o visto algo raro esta tarde?

—Tendría que preguntárselo a él.

—Me gustaría —dijo Ellis—. ¿Está en casa?

—Está trabajando.

—¿Sigue en Limpiezas Sanitarias?

—Es un trabajo decente.

—No seré yo quien diga lo contrario.

Ava dio un paso hacia el *sheriff*. Era treinta centímetros más baja que él, pero poseía una ferocidad impredecible que lo ponía nervioso.

—La tiene tomada con esta familia, ¿verdad, *sheriff?*

—Me…

—Desaparece una niña y da por hecho que un Eckles ha tenido algo que ver. No le basta con haber metido en la cárcel a uno de mis hijos, ahora quiere encerrar al otro.

—Estamos preguntado a todos los vecinos de esta calle si han…

—Me parece que es hora de que se vaya a casa, *sheriff*. Como siga aquí corro el peligro de decir algo impropio de «gente de bien».

—¿Como por ejemplo, señora Eckles?

Entonces la mujer sonrió. Tenía dientes pequeños y amarillos.

—Pues, por ejemplo, podría decir que no sé qué me disgusta más: si abrir la puerta y encontrarme a un poli en el porche de mi casa o abrir la puerta y encontrarme a un negro.

Ellis suspiró con fuerza. Aquello no se lo esperaba. Ira y vergüenza subieron por su interior como un géiser, pero las suprimió.

—Una última pregunta, señora Eckles. En esa furgoneta que su hijo usa en el trabajo, ¿lleva una escalera de mano?

Melbourne, Australia

Ahora

Había un hueco en la entrada a la casa de Dean entre su *jeep* y el Jazz de Amy, pero aparqué en la calle por si necesitaba salir deprisa de allí. Dean seguía viviendo en la misma casa espaciosa de tres dormitorios que había compartido con mi madre. Estaba pintada de marrones y rojos intensos, pero aquel día una lluvia brumosa lo cubría todo de gris.

Mi plan para aquella comida dominical —y la única manera que veía de poder avanzar— era contarlo todo. Era posible que Dean no supiera nada de Sammy Went y que la noticia hiciera pedazos el recuerdo que tenía de mi madre. Pero por el camino decidí que ese no era mi problema; en aquella situación yo era la víctima, no la culpable.

Dean me saludó en la puerta principal con un gran abrazo que, como de costumbre, se prolongó dos o tres segundos de más.

—Dios, Kimmy, estás esquelética. ¿Estas comiendo bien? Entra, que hace mucho frío.

Era alto y delgado y vestía como el padre de una comedia televisiva de los noventa: camisa blanca de manga corta metida por dentro de vaqueros, deportivas blancas y americana marrón. La americana hasta tenía coderas. Me hizo pasar. Scout, el gato de trece años de Dean y su principal compañía, salió de su escondrijo a saludarme. O a juzgarme; era difícil decirlo.

Amy, su prometido, Wayne, y mi sobrina, Lisa, estaban en el salón alrededor de un fuego que crepitaba. Amy casi saltó del sofá cuando me vio. Se acercó con una sonrisa triste y me cogió por los hombros.

—¿Todo bien?

—Todo muy bien —dije.

—¿No has sabido nada nuevo?

Di un respingo.

—No.

—¿Nada nuevo de qué? —preguntó Dean, que llegó con dos copas de vino tinto y me ofreció una.

—De nada. —Me bebí media copa de un trago—. Hola, Wayne.

—Hola, Kimberly.

El prometido de Amy era la única persona del mundo que me llamaba por mi nombre completo. No era un tipo feo; incluso podía haber sido atractivo de tener algo de personalidad. Pero hablaba tan poco y en voz tan baja que resultaba fácil pensar que formaba parte de la casa, un adorno encontrado en el mercadillo de los domingos que Dean aún no había decidido dónde colocar.

Dean se sentó en el sofá, sorbió su vino, se alisó las perneras de su pantalón y se levantó de nuevo para ocuparse del fuego. Era incapaz de estarse quieto demasiado tiempo.

—¿Comes nueces, Kimmy? —preguntó—. Tienen moléculas que bloquean el crecimiento de

células cancerosas. Quiero que te comas un kilo de nueces al día. Y no estoy de broma.

—¿Un kilo?

Desapareció de nuevo para volver instantes después con un saco gigante de nueces. Me lo dio, guiñó un ojo y dijo:

—Son del mercado.

A todo el mundo le asusta el cáncer, pero el miedo de Dean rozaba lo irracional. Desde que se llevó a su mujer estaba convencido de que iba a acabar con todos nosotros. No lo asustaba tanto enfermar él —bebía un poco de más y, aunque no lo reconocía, a veces la ropa le olía a tabaco—, pero lo aterrorizaba que pudiera volver un día a llevarse a una de sus niñas.

Apartó la rejilla de la chimenea y empujó un leño prendido con el hurgador. La mitad del leño se deshizo en cenizas rojas brillantes.

—Oye, Wayne, ¿te importa ir a buscar otro tronco? Están en la caja esa en el porche trasero.

Wayne se puso de pie, asintió solemne con la cabeza y salió de la habitación.

—Bueno, Kimmy, ¿cómo te va la vida? —preguntó Dean.

—Como siempre.

Amy me dirigió una mirada rebosante de preocupación. Por suerte, Dean estaba demasiado concentrado en el fuego para verla.

—Ayer en el centro comercial había una mujer haciendo retratos de animales de compañía y pensé en ti. Se estaba forrando. Iba a llevar a Scout cuando vi la lista de precios. Cuarenta dólares por tres fotografías y ni siquiera te lo enmarcan. ¿Te lo puedes creer?

—Kim no se va a dedicar a hacer retratos de animales —dijo Amy—. Tiene demasiado talento para eso.

—No estoy diciendo que tenga que dedicarse exclusivamente a retratar animales. Solo que podría sacarse un dinero extra con la fotografía. Tiene una cámara de cinco mil dólares cogiendo polvo en un estante. En serio, cariño, me gustaría que no dejaras beber tanta cola a Lisa. ¿Sabes lo nocivo que es el aspartamo para un cuerpo que está creciendo?

Lisa estaba junto a la mesa baja metiendo los dedos en la Coca-Cola Light de Wayne y lamiéndoselos después. Nos miró a los tres adultos con ojos muy abiertos.

Wayne volvió al salón con un leño de gran tamaño en los brazos.

—¿Dónde te lo dejo, Dean?

—Adivina, Wayne.

Dean había preparado una pasta con atún al horno que olía y sabía a nostalgia. Sirvió más vino y tuve que resistir la tentación de bebérmelo de un trago. Lisa estaba en el salón viendo la tele porque se negaba a comer en la mesa con los mayores. Amy y Wayne estaban sentados enfrente de mí y la primera me miraba con tristeza mientras el segundo seguía los resultados del críquet en su móvil.

—¿Qué preferiríais? ¿Estar en una isla desierta solos o con vuestro peor enemigo? —preguntó Dean.

Le encantaba hacer eso. Plantear dilemas durante las comidas para provocar «conversaciones interesantes, llevar la filosofía a la mesa y salir de lo prosaico».

«Si vuestra vida fuera una película», preguntaba, por ejemplo, «¿cómo se titularía?» «¿Te saltarías alguna ley por salvar a la persona que quieres? ¿Cuál?» «¿Cuáles son las tres cosas más interesantes de ti y por qué?»

Rara vez repetía una pregunta y siempre tenía su respuesta bien pensada y preparada. A mí aquella manía me gustaba, a Amy no tanto.

—Venga, papá —dijo ahora—. Sabes que no disfruto de la comida cuando tengo que pensar.

Me vino un recuerdo a la cabeza: sentada en la habitación de mi madre en el centro de cuidados paliativos, con su empapelado amarillo y el leve olor a mierda del que todos hacíamos caso omiso por un acuerdo tácito. Amy había llevado bocadillos y los estábamos comiendo alrededor de la cama. Dean trajo café instantáneo de la máquina del pasillo, apagó la televisión, que nadie estaba viendo, y preguntó:

—Si pudierais enviar un mensaje a todas las personas del planeta, ¿cuál sería?

—Todas las noches igual —dijo mi madre. Estaba partiendo su sándwich en pedacitos en lugar de comérselo—. Anoche pedimos una *pizza* grande de *pepperoni* y cuando está abriendo la caja, va y me pregunta: «¿Qué cambiarías de tu vida si supieras que eres inmortal?». ¿Qué se supone que tengo que contestar a eso?

Antes de enfermar, mi madre había sido una mujer fuerte y menuda con penetrantes ojos azules. Para aquella noche, cada parte de su cuerpo se había encogido y amarilleado, a excepción de los ojos. Conservaron su color azul hasta el final.

¿Había querido contarme la verdad?, me pregunté. *¿Hizo eso más difícil aún sus últimos meses de vida? Quizá el secreto fue lo que la mató. Quizá ocultar algo tan grande y tan feo se manifestó en forma de…*

—Yo, por mi parte, elegiría estar varado con mi peor enemigo —dijo Dean ahuyentando mi recuerdo—. Porque incluso la peor compañía es mejor que la soledad, y si las cosas se pusieran demasiado tensas entre los dos, al menos tendría algo que comer.

Amy me miró por encima de la mesa.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas y teníamos un padre fuerte y callado? Qué tiempos aquellos.

—Hablando de mala compañía, ¿se puede saber qué te pasa? —dijo Dean.

Amy llevaba toda la tarde de mal humor. Apenas había abierto la boca, salvo para hacer comentarios breves y ásperos. De haber sido yo, a nadie le habría llamado la atención, pero que Amy se mostrara retraída era motivo de alarma.

—¿Eh? Estoy bien —dijo.

—Lleva así toda la semana —gruñó Wayne sin apartar la vista de su teléfono.

Dean apoyó los hombros en la mesa y estudió a Amy.

—¿Qué te pasa, cariño?

Amy me miró con una expresión que parecía decir al mismo tiempo «cuéntaselo» y «no digas nada».

—Muy bien —dijo Dean—. Olvidemos mi maravillosamente estimulante e intelectual tema de conversación. Hablemos del tiempo, ¿os parece? O de los precios de la gasolina. O de política.

—Hablemos de Esmé Durand —dijo Amy.

—¿Quién es Esmé Durand? —preguntó Dean.

—¿Te acuerdas de mi amiga del instituto Fiona Durand?

Dean se tomó un instante para pensar.

—¿Fiona era la que se hacía pis en la cama?

—Esa era Michelle. Fiona era la pelirroja, menuda, monísima. Vino al funeral de mamá.

—¿La que vino a casa después del baile de graduación y se comió mi queso Jarlsberg?

—Esa fue Natalie. El caso es que su madre, Esmé, se ha quedado soltera. Su marido la ha dejado por una compañera de trabajo. Trabaja en finanzas, o algo así, y ella era su jefa y tiene como… diez años más que él.

—Menudo escándalo —dijo Dean rellenando su copa de vino.

—Sí, bueno. El caso es que está soltera.

—¿Y?

—Pues es que está soltera y es guapa y que creo que os llevaríais bien.

—Ah, pues gracias por la oferta, Amy, pero no necesito que mi hija me organice citas con mujeres.

—Alguien tiene que hacerlo.

Dean se quedó callado.

—Ahora mismo no es algo que me apetezca.

—Han pasado cuatro años, papá. ¿Quieres estar solo para siempre?

El tono de Amy se había vuelto vehemente y serio. Dean parecía un ratón asustado tratando de escapar de una trampa.

—De verdad que estoy bien así. Solo quiero… No es tan fácil…

—Mamá habría querido que encontraras a alguien.

—Déjalo, Amy —dije—. Ya te ha dicho que no está preparado.

Amy tenía los ojos enrojecidos y llorosos.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Dean, ahora en un tono más serio y en el que me pareció detectar también algo de enfado—. ¿Por qué lloras?

—No me pasa nada —exclamó Amy mientras se secaba los ojos con la servilleta—. Solo que no quiero que te sientas solo.

—No me siento solo. Os tengo a vosotras, y a Lisa, y a Scout.

Amy lloró más fuerte. Wayne la miró con expresión atónita y horrorizada.

—Cariño… —Dean hizo ademán de levantarse de su silla, pero Amy lo disuadió con un gesto.

—Estoy bien.

—No estás bien en absoluto. ¿Qué te pasa? ¿He hecho algo mal? Cuéntamelo.

—No es por nada tuyo.

—Entonces, ¿por qué es?

Amy se retiró la servilleta de los ojos el tiempo suficiente para mirarme. Luego dijo, con desdén, con amargura.

—Es por la Sammy Went de los cojones.

—¿Sammy Went?

Amy se volvió hacia mí. Dean se volvió hacia mí. Incluso Wayne se volvió, pestañeando, aturdido. Era ahora o nunca.

—Sammy Went es… —Me tomé un instante para serenarme—. Vino a verme un hombre. Estaba investigando.

—Espera, ¿estás…? —Dean seguía sin entender—. ¿Fue a verte un policía?

—Un policía no. Un contable. Está investigando la desaparición de una persona. Un caso de hace muchos años. De 1990. Desapareció una niña pequeña. Se llamaba…

Me interrumpí cuando vi la cara de Dean, tensa y pálida. Estrujaba la servilleta con tal fuerza que tenía blancos los nudillos. Me asaltó una certeza estremecedora. *Lo sabe*.

Había oído aquel nombre antes. Quizá no durante un tiempo, durante años incluso, pero sabiendo siempre que volvería a oírlo. Se lo contó. Se lo contó a él y a mí no.

Aquella información fue como un puñetazo en el estómago y por un momento pensé que iba a regar el salón de pasta a medio digerir, al estilo de la niña de *El exorcista*. Pero en lugar de eso me incliné hacia delante y me agarré a la mesa.

Dean se apresuró a levantarse, tirando su servilleta.

—No —dije—. No te acerques a mí.

Amy me miró a mí, luego a Dean y a continuación de nuevo a mí.

—Kim…

Me daba vueltas la cabeza. Cuando intenté ponerme recta, volqué mi copa de vino a medio beber en la mesa. Empezaron a fallarme las rodillas. Me habría desmayado de no ser por Wayne, quién lo habría imaginado. Se apresuró a pasar un brazo por debajo del mío y me ayudó a seguir vertical.

—¿Cuánto sabes? —le pregunté a Dean.

Amy seguía mirándonos alternativamente, como la espectadora de la partida de pimpón más triste del mundo.

—¿De qué hablas, Kim? Dean no sabe…

—Tranquilízate, Kim, por favor —dijo Dean—. Tenemos que tranquilizarnos y hablar de esto con calma.

—¿Desde cuándo?

Pero no le di ocasión de responder. Ahora que estaba segura, tenía ganas de vomitar. Me aparté con brusquedad de la mesa y corrí al cuarto de baño.

Arrodillada delante del váter, miré los restos de la pasta de Dean y me pregunté si aquella sería la última cena dominical de los Leamy. Intenté incorporarme, pero tuve un ataque de vértigo que me devolvió a las baldosas del suelo. Llamaron a la puerta del baño. Era Dean.

—Voy a entrar, ¿vale?

La urgencia por vomitar otra vez fue más fuerte que la de decirle que no. Segundos después, noté su manaza en mi espalda.

—Toma, bébete esto. —Me puso un vaso de Coca-Cola en la mano. Di un sorbo y se lo devolví. El corazón me latía con fuerza.

—Cuando tu madre se puso enferma solo hablamos de que se iba a curar —dijo, apoyando la espalda en la pared y deslizándose hasta sentarse a mi lado—. Luego, cuando se hizo evidente que no se iba a curar, empezamos a hablar de lo que pasaría después.

Cogí unos centímetros de papel higiénico para limpiarme los labios y tiré de la cadena.

—Tienes que entender, Kimmy, y esto te va a sonar muy siniestro, que yo quería morirme con ella y se lo dije. Me hizo prometerle que viviría todo lo posible y que no me convertiría en uno de esos hombres que mueren de un corazón roto a los pocos meses de perder a su mujer. Era muy importante para ella. ¿Sabes por qué?

—Por nosotras —susurré—. Quería saber que alguien cuidaba de Amy y de mí.

—Exacto. Lo único que quería era que estuvierais sanas y salvas y que fuerais felices. En los últimos días, cuando el personal del centro empezó a subirle la medicación y todos sabíamos lo que iba a pasar, hablamos de…

—¿Sammy Went?

—Me hizo prometérselo, Kimmy. Quería que el secreto muriera con ella.

Se le llenaron los ojos de lágrimas y, por un momento, la furia en mi interior desapareció. La única ocasión en que le había visto llorar fue cuando murió mi perra, Shadow, llamada así por *Shadow, el perro pastor,* el libro de Enid Blyton, de una hipertrofia cardiaca. El veterinario nos dijo que lo mejor que podíamos hacer por ella era ponerle una inyección. A Dean le correspondió hacer el último viaje con ella en el viejo Datsun. Cuando volvió a casa con el collar en la mano le rodaban lágrimas por las mejillas.

Nos quedamos callados un minuto. Estudié las baldosas color verde apagado del baño. Las

juntas estaban grises y sucias. Imaginé a Dean de rodillas poniendo todas aquellas baldosas, una a una. Mi madre le habría llevado un sándwich y le habría insistido en que hiciera un descanso para comer.

—¿Sabes qué veo cuando pienso en el pasado? —dijo—. Un océano inmenso y profundo. Los recuerdos son los peces, supongo. Cuando vadeo en el bajío puedo coger uno, si quiero. Puedo agarrar un recuerdo con las manos, mirarlo y luego soltarlo y dejar que se aleje nadando. —Miró la pared del cuarto de baño sin dejar de llorar—. Pero cuanto más te adentras, más profundas son las aguas. Pronto dejas de verte los pies. Tampoco puedes ver los peces, pero sí sentirlos moverse a tu alrededor, rozándote las piernas. Esos peces pertenecen al mar, a las profundidades. Son… tiburones, Kimmy. Tiburones y monstruos. Es mejor dejarlos tranquilos. ¿Entiendes lo que te digo?

En silencio, me puse de pie una vez más y comprobé aliviada que había recuperado el equilibrio. Pasé por encima de las largas piernas de Dean y lo dejé allí, en el suelo del cuarto de baño. Cerré la puerta detrás de mí, bajé las escaleras y salí a la fría noche.

Al océano, pensé.

Manson, Kentucky

Entonces

—Sammy… Sammy… ¡Sammy!

Cientos de personas la llamaban. La procesión de voluntarios para la búsqueda se extendía desde el canal de hormigón y cruzaba el bosque, trazando una línea irregular hasta el cortafuegos. Caminaban despacio, con un metro de distancia entre cada uno, con los ojos fijos en el suelo, escudriñando la maleza mientras gritaban.

—¡Sammy! ¡Sammy!

Uno de cada doce buscadores era policía. Travis sabía que no había tantos agentes en Manson —como miembro de la familia Eckles tenía motivos para saber algo así—, así que supuso que los habían traído de Coleman o de Redwater.

En el agua había más acción. Travis hizo un descanso en la búsqueda y se asomó al mirador que daba al lago. Contó siete botes hinchables y un número mayor de buzos. Cada uno llevaba a remolque una boya pequeña de color.

Supuso que quienes buscaban en el bosque seguramente estarían rezando para que apareciera la niña; en cambio los del agua, no.

Le vino a la cabeza un pensamiento macabro: esa niñita está muerta.

Si sacaban su diminuto cuerpo del agua a Jack se le rompería el corazón y eso se lo rompería a él.

Unirse a la búsqueda era una buena tapadera —daba la impresión de que la mitad de la población se había presentado voluntaria—, pero Travis estaba allí con un propósito: ver a Jack. La farmacia estaba cerrada y Travis dudaba de que volviera a abrir pronto, y no se atrevía a llamarlo a su casa. En circunstancias más prosaicas no se le pasaría por la cabeza llamar a su Jack a casa y arriesgarse a que los descubriera la mujer de este. Y ahora mucho menos.

Caminó hasta la fila de búsqueda tratando de atisbar a alguien conocido. Era casi mediodía, pero durante la noche había llegado una niebla lúgubre que se negaba a marcharse.

Travis vio a Fran Hampscomb, la mujer con cuerpo en forma de manzana que trabajaba en la gasolinera Canning Gas & Co. Travis llenaba el depósito de su furgoneta allí una vez a la semana y Fran siempre tenía ganas de conversación. Igual que todo el mundo, sabía que Travis era un Eckles, pero lo consideraba uno de los «buenos». Esto por supuesto quería decir que pensaba que su hermano, su madre y la mayoría de sus primos eran «malos». En fin, qué se le iba hacer.

Travis la saludó con la mano. Fran le devolvió el saludo y sonrió. Entonces recordó que estaba peinando el bosque en busca de una niña de dos años desaparecida y puso una cara de preocupación más acorde a las circunstancias.

—Hola, Travis —dijo en un tono sombrío a tono con su expresión—. Menuda tragedia, ¿no? Oyes que estas cosas pasan en la ciudad, pero en Manson…

Negó con la cabeza y miró hacia el bosque, y los dos escucharon las llamadas de los

voluntarios.

—¿Has visto a Jack? —le preguntó Travis.

—¿Jack? ¿Te refieres a Jack Listi, de la ferretería? Con su pierna no puede caminar por estas cuestas, aunque estoy segura de que le gustaría ayudar. Ya sabes que dice que se quedó cojo por una vieja lesión de fútbol, pero para mí que tiene gota. Sé de buena tinta que se bebe dos cajas de cerveza Rolling Rock a la semana, y vive solo en la granja. Así que o se la da a las vacas o…

—Jack Listi no, Jack Went. El padre de Sammy.

Fran se ruborizó.

—Ah claro, Jack Went. Antes estaba en el aparcamiento del lago, repartiendo material a los buscadores. A mí me dio esto. —Le enseñó a Travis una botella de agua y luego se la pegó al pecho como si fuera un tesoro secreto—. ¿Conoces a Jack Went? —preguntó en un tono que pareció levemente suspicaz.

—No —dijo Travis—. Bueno, sí y no. Somos vecinos.

Vecinos con derecho a roce, pensó, y los labios se le curvaron en una sonrisa.

Fran se animó de pronto.

—¿No vives en la calle de donde se llevaron a Sammy? ¿Viste algo? Tiene que haberse montado un auténtico circo después. —Se inclinó hacia delante, buscando la más mínima brizna de «información privilegiada».

—Pam Grady vive justo al lado de los Went —dijo Travis bajando mucho la voz—. La tarde en que ocurrió dijo que vio a un hombre alto y rubio en un sedán de color oscuro. Estaba aparcado a la puerta de Jack y Molly, vigilando la casa.

—Ay, señor.

—Pam dice que llevaba gafas oscuras y, lo que resulta más extraño, que no tenía pinta de secuestrador de niñas pequeñas. Hasta vestía un traje caro.

—¿Un traje?

—Pam cree… y esto que quede entre tú y yo … cree que trabaja para el gobierno.

—¡No!

Travis asintió con la cabeza y se tocó la punta de la nariz con el dedo índice.

Estaba tomándole el pelo a Fran, pero todo lo que le había contado era técnicamente cierto. Pam Grady afirmaba haber visto a un hombre alto y rubio en un sedán oscuro cruzar la calle desde casa de Jack la semana en que Sammy desapareció. Pero Pam Grady también afirmaba que la llegada a la luna era falsa y que George Bush estaba fumigando Manson en secreto con sustancias químicas nocivas usando las largas estelas blancas que dejaban los aviones. Además, ¿cómo podía Pam saber que el hombre rubio era alto si había estado sentado en su coche?

Aun así, Fran se comportó como si Travis le hubiera hecho un regalo maravilloso y este presintió que iba a pasarse el resto del día saboreando aquel cotilleo.

Se despidió de ella y bajó por el camino, alejándose del radio de búsqueda. El suelo estaba pisoteado, húmedo y embarrado.

—¡Sammy… Sammy… Sammy!

Las voces de la fila de búsqueda no paraban de llegar. Travis cayó en la cuenta de que, un día antes, solo un puñado de personas conocía la existencia de aquella niña.

—¡Sammy… Sammy!

Escudriñó la vegetación a sus pies medio esperando ver una mano diminuta, ensangrentada, asomando debajo de un tronco caído, y un cadáver mirándolo con ojos muy abiertos.

Esto me va a dar pesadillas, pensó, y, a continuación: *Por favor, Dios, que no sea yo quien la encuentre.*

Si era Travis Eckles quien encontraba el cuerpo… Madre mía, eso sí que daría a Fran Hampscomb para cotillear un rato.

«Al final resultó que no era de los buenos», diría. Y no sería la única. Ya veía el titular del *Manson Leader:* «El hijo de los Eckles encuentra el cuerpo: ¿demasiada casualidad?».

En el extremo norte del aparcamiento se había montado un centro de operaciones móvil. Había un remolque largo y plateado con *Iglesia de la Luz Interior* estampado en grandes letras blancas a ambos lados con la T en forma de crucifijo. Travis dudó de que hubieran consultado a Jack antes de presentarse allí a ayudar.

Junto al remolque habían levantado una gran carpa, bajo la cual un puñado de fundamentalistas con manga larga hacían corro alrededor de una mesa plegable. En la mesa había tres hileras de agua embotellada, varias bolsas pequeñas de patatas fritas, cerca de una docena de sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada (envueltos individualmente) y un fajo de fotocopias con la misma foto de Sammy Went.

En la foto Sammy parecía un ángel, vestida toda de blanco. Tenía los ojos de Jack: brillantes, azul intenso, como planetas en miniatura.

La parte inferior de las hojas llevaba un logo de pequeño tamaño verde y azul de la tienda de fotocopias Copy & Hunt. Sin duda Jerry Lawson les había hecho un descuento por incluirlo. «No hay publicidad mala», pensó Travis con cinismo.

Y, ya puestos a ser cínicos, la idea de repartir fotos de Sammy a los voluntarios para la búsqueda le parecía morbosamente innecesaria. ¿Es que había desaparecido más de un niño? Imaginó a uno de los voluntarios apartando una rama caída y encontrando una niñita temblorosa y asustada debajo. El voluntario consultaría entonces la fotocopia con Sammy, la compararía con la niña en el suelo del bosque y gritaría: «Falsa alarma, no es esta».

Una mujer de aspecto ratonil salió de debajo de la carpa y fue hasta Travis. En una mano llevaba una botella de agua y en la otra un envoltorio de plástico con sándwiches. Vio que era Becky Creech. Su hermano mayor era el mandamás de La Luz Interior.

—Hola —dijo la mujer—. Eres Travis Eckles, ¿verdad?

Travis estaba tan concentrado en la falda azul claro hasta los tobillos de Becky que no se detuvo a pensar por qué sabía su nombre. No era fea para ser fundamentalista, aunque resultaba difícil saberlo con toda aquella ropa holgada que la cubría. Llevaba el pelo sujeto detrás de dos orejas perfectas —Travis era un admirador de las orejas bonitas en ambos sexos—, pero su sonrisa parecía forzada.

—Si buscas algo que hacer, necesitamos a alguien que reparta sándwiches a los buscadores. Pronto harán un descanso para comer y es mejor que no se muevan de donde están.

Levantó el envase con los sándwiches y Travis se fijó en una cicatriz pequeña y fea entre los dedos pulgar e índice.

Una mordedura de serpiente. Los de Luz Interior manipulaban serpientes en el complejo de la iglesia. Si te cruzabas con uno por las calles de Manson, lo más probable era que tuviera una o dos mordeduras.

—¿Todo bien por ahí? —dijo una voz sonora.

El reverendo Dale Creech acababa de salir del remolque y se dirigía hacia ellos. Dale era alto y guapo, con un mentón llamativo y espesa melena oscura. Travis sabía que tenía que estar loco, todos los fundamentalistas lo estaban, pero algo en su sonrisa le transmitía tranquilidad.

—Travis Eckles —dijo Becky—. Él es mi hermano, Dale.

Se estrecharon la mano. La de Dale era suave.

—Me alegro de conocerle, señor Eckles —dijo Dale—. Aunque me gustaría que fuera en

circunstancias más alegres. Que Dios nos ayude a encontrar a esa niñita.

—Amén —dijo Becky.

Buscadores y mirones (Travis sospechaba que aquellos dos grupos no eran mutuamente excluyentes) deambulaban por el aparcamiento en pequeños grupos hablando en susurros solemnes. Travis tuvo la esperanza de encontrar la cara de Jack entre ellos, pero no fue así, aunque sí vio su descapotable rojo aparcado junto al lago.

Caminó hasta el coche. Jack había dejado la capota bajada y Stuart, su hijo de nueve años, estaba sentado en el asiento trasero jugando con una Game Boy.

—Hola, Stuart —dijo Travis.

El niño lo miró con ojos tristes, conmovedores, y Travis volvió a tener el sombrío pensamiento: la hermana pequeña de este niño está muerta.

—Soy Travis, vecino de tu calle. ¿Te acuerdas de mí?

El niño dijo que sí con la cabeza.

—Están todos buscando a mi hermana.

—Lo sé.

—Yo quería ayudar, pero dice mi padre que soy muy pequeño.

—Bueno, tu padre tiene razón —dijo Travis.

—¿Travis? —Jack se acercaba desde el lago.

Su aspecto era terrible. Estaba ojeroso y pálido y, aunque era imposible, daba la impresión de haber perdido diez kilos en las últimas veinticuatro horas. Llevaba la camisa amarilla mal abotonada, dejando una abertura que le recordó a Travis a una boca extraña y flácida.

—Hola, Jack. Dios —dijo Travis.

Sentía un impulso casi insoportable de besarlo, sin importarle quién los viera. Quería acariciarle la cabeza y decirle que todo saldría bien. Pero se quedó quieto con los brazos a ambos lados del cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —dijo Jack.

—Estaba preocupado por ti.

Jack miró a Stuart, que estaba de nuevo concentrado en la Game Boy. Luego se pasó una mano por el pelo y suspiró.

—Vete a casa, Travis.

—Quiero ayudar.

—Puedes ayudar marchándote de aquí.

—¿Podemos vernos luego? Solo para hablar. Para lo que quieras.

Travis tocó a Jack en el brazo. En aquel momento Kathryn Goodman, que escribía para el *Manson Leader,* los miró. Estaba con un grupo de voluntarios apuntando nombres y comentarios. Mordisqueó un lapicero mientras miraba a Jack y a Travis alternativamente.

Travis imaginó otro titular: «El hijo de los Eckles mantiene una tórrida relación con el padre de la niña desaparecida».

Jack se soltó y se alejó un paso.

—Tengo que volver.

Travis comprobó que Kathryn Goodman estaba de nuevo hablando con los voluntarios.

—Quiero apoyarte, Jack —dijo.

Jack hizo una mueca y a continuación le hizo un gesto de rechazo con la mano mientras se volvía hacia su hijo.

—Stu, ven a comer algo.

Jack ayudó a Stu a bajar del coche y los dos se marcharon sin decir una palabra.

La niebla empezaba a disiparse para cuando Travis volvió a su furgoneta, que había aparcado en el arcén de la carretera, justo a la entrada al lago. Aun así, las condiciones de búsqueda no habían mejorado. En el horizonte asomaban grandes nubes de tormenta; un aguacero vespertino pronto reemplazaría la bruma.

Cuando llegó a la furgoneta, Travis encontró al *sheriff* Chester Ellis con la cara pegada a la ventanilla trasera y las manos ahuecadas a ambos lados de la cara para ver mejor. Aunque dentro no había nada que ver más que cosas de limpieza, Travis se puso nervioso. La policía siempre tenía ese efecto en él, pero sospechaba que incluso el ciudadano más temeroso de la ley se alarmaría al ver al *sheriff* de Manson, no a uno de sus ayudantes ni a un agente, sino al *sheriff* en persona, mirando sus cosas a hurtadillas

—¿Necesita algo, *sheriff?* —dijo Travis cuando estuvo lo bastante cerca.

Sobresaltado, Ellis se volvió.

—Travis —dijo—. Travis. Hola.

—Veo que estaba admirando la aspiradora Sysson Cyclonic. No es tan buena como la Rowenta Silence Force de toda la vida, si quiere saber mi opinión. Esa es prácticamente un robot.

—Eh… Esto…

—¿O estaba mirando el limpiatuberías Lagger Max? Tiene una boquilla hidromecánica optimizada y, aunque no sé muy bien lo que son las boquillas hidromecánicas, no me he encontrado todavía una tubería que no consiga desatascar. Aunque no creo que haya conseguido ver gran cosa por la ventanilla trasera. Espere, déjeme que lo ayude.

Fue a la puerta lateral corredera y la abrió.

No tengo nada que ocultar, viejo, pensó, pero por un instante terrible imaginó el cuerpo sin vida de Sammy Went cayendo a la carretera. Comprobó con gratitud que el suelo de la furgoneta estaba cubierto de cosas: mangueras, boquillas, aspiradoras y productos químicos, pero no había ningún cadáver.

La cara enrojecida de Ellis tenía una expresión grave.

—Disculpa, hijo. Supongo que estaba fisgando.

—No pasa nada, *sheriff* —dijo Travis—. Estoy acostumbrado. Y sé que ahora mismo en Manson las cosas están muy tensas.

—Por decirlo suavemente —dijo Ellis—. ¿Te contó tu madre que estuve en tu casa?

Travis asintió con un gesto de la cabeza.

—Por lo que me dijo, no le hizo un recibimiento demasiado cálido.

Ellis se encogió de hombros.

—No demasiado.

—*Sheriff,* no quiero parecer maleducado, pero ¿por qué estaba esperándome?

—Volvía a la oficina cuando la vi y pensé en hablar un rato contigo si estabas por aquí. —Se subió los pantalones color marrón caca de perro, el uniforme del departamento del *sheriff* de Manson, y dio un suspiro hondo, contemplativo—. Hay un par de preguntas que quería hacerte y más vale pronto que tarde, ¿no te parece?

—¿Es sobre Sammy Went?

El *sheriff* hizo un pequeño gesto con la cabeza.

—Sí, hijo, me temo que sí. ¿Sabes lo que es una batida?

Travis se encogió de hombros.

—Cuando pasan cosas como esta, solemos ir de puerta a puerta en busca de información. A veces es útil. Es posible que alguien viera algo raro u oyera un grito; cosas así. ¿Me sigues?

Travis asintió con la cabeza.

—La noche en que desapareció Sammy, mis ayudantes fueron por las casas de los vecinos. Les dije que preguntaran si alguien había notado algo fuera de lo corriente y un par de ellos… bueno, en realidad la mayoría, te mencionaron.

Menuda sorpresa, pensó Travis. *Ocurre algo malo en Manson y el primero al que se culpa es a un Eckles.*

—Tenemos testimonios que dicen que has pasado mucho tiempo delante de la casa de los Went —continuó Ellis—. A todas horas, dice la gente. Dicen que pasas por las ventanas de noche y miras dentro. Dicen que merodeas.

—¿Que merodeo? —De pronto Travis notó la boca más seca que un estropajo. Por supuesto que pasaba a todas horas por delante de casa de los Went; por supuesto que merodeaba. Pero aquello no tenía nada que ver con Sammy y mucho con su padre—. Supongo que sabe que Pam Grady dijo que había visto un hombre rubio alto en un sedán oscuro aparcado en la acera contraria de…

Ellis levantó una mano para silenciar a Travis.

—Voy a ser sincero contigo, hijo. Le doy tanta credibilidad a lo que han dicho de ti los vecinos como a la teoría de hombres de negro de Pam Grady; es decir, ninguna. Lo cierto es que la gente enseguida busca alguien a quien culpar. Diablos, si hasta creo que necesitan alguien a quien culpar. Y si ese alguien es de tu familia, pues mucho mejor.

—Sí —dijo Travis—. Ya me he dado cuenta.

—El problema es que no estaría haciendo mi trabajo si no investigara cada pista, por improbable que sea. Así que tengo que preguntarte: ¿dónde estuviste el martes por la tarde entre la una y las dos y media, cuando desapareció Sammy?

Chupándole la polla a su padre, pensó Travis.

—Trabajando —dijo.

Ellis apuntó la respuesta de Travis en una libreta de bolsillo.

—Limpiando, ¿verdad? ¿Y dónde?

—La empresa para la que trabajo tiene contratas por todo Manson.

—¿Dónde estuviste el martes?

—El martes creo que en el parque empresarial Manson —dijo Travis.

—¿En qué empresa?

—Clinical Cleaning tiene contratas con muchas empresas allí.

—¿En cuál estabas limpiando el martes?

—Esto…

—Seguro que tu empresa lleva registros. Puedo consultarlos, si tú no te acuerdas.

—No —dijo Travis—. Estaba en Miller & A.

—¿Miller & A.?

—Miller y asociados. Es una empresa de contabilidad.

—Y estuviste allí entre la una y media y las dos. Estupendo, les llamaré.

—Espere, perdone. Entre la una y media y las dos estuve fuera.

—¿Dónde?

—Comiendo.

—¿Te llevaste la comida o saliste?

—No me acuerdo.

—¿No te acuerdas?

Travis tragó un objeto invisible que le bloqueaba la garganta. Ellis se subió una vez más los

pantalones y dijo:

—Como te decía, no hago más que mi trabajo.

—Creo que me comí una hamburguesa.

—¿De dónde?

—¿Eh?

—¿Dónde compraste la hamburguesa?

—… En Wendy's…

—En Wendy's. Bien. Me pasaré para confirmarlo y de paso igual me tomo un helado. —Garabateó en su libreta y a continuación levantó la vista—. ¿Y el ojo morado?

Travis tardó un momento en reaccionar.

—Ah. El ojo. No es nada. Me tropecé con una puerta. Soy tonto, lo sé.

Ellis miró largo rato a Travis o, al menos, eso le pareció a este. Por fin cerró la libreta y se la guardó en el bolsillo de la camisa.

—Con eso hemos terminado, hijo. Gracias por tu colaboración.

—Sí, claro. Lo que haga falta. ¿Me puedo ir entonces?

—¿Por qué no ibas a poder?

A modo de respuesta, Travis cerró la puerta, se subió a la furgoneta y se incorporó a la carretera a una velocidad razonable y respetuosa con la ley.

La madre de Travis estaba tumbada en el sofá viendo la televisión, todavía consciente, pero no por mucho tiempo. Apenas eran las dos de la tarde y las persianas ya estaban echadas. Travis no se molestó en subirlas. Aquella casa estaba mejor a oscuras.

—¿Qué me cuentas, tesoro? —preguntó su madre.

A Travis le sorprendió darse de cuenta de que solo estaba un poco borracha. Por lo general, a las dos de la tarde la encantadora y divertida Ava Eckles ya estaría borracha y debajo de la mesa, y la triste y pesarosa Ava Eckles la habría sustituido. La Ava Eckles de «¿Cómo pudo abandonarnos tu padre de esa manera?». Como si el padre de Travis hubiera tenido más elección a la hora de morir que John Lennon cuando le dispararon por la espalda.

—Hola, mamá.

—¿La han encontrado?

—¿Eh?

—A la niña —dijo la madre—. ¿No habías ido a ayudar en la búsqueda?

—Ah, sí. No, no se sabe nada aún.

—Es imposible que la encuentren viva. ¿Cuánto ha pasado? ¿Tres días? ¿Te imaginas cómo estará a estas alturas, embarrada y pálida, comida por insectos? Mañana será peor, y pasado peor. La carne se le caerá a tiras e incluso se le pudrirá la ropa. Si es que le dejó algo puesto.

—¿Quién? —preguntó Travis.

—Pues quien sea. El degenerado que se la llevó. —Se interrumpió para dar una calada al cigarrillo sin apartar la vista del televisor. Ponían un culebrón. *Belleza y poder* o *Los días de nuestras vidas* o *Jóvenes e inquietos*. A Travis todos le parecían iguales—. Si quieres que te dé mi opinión, era cuestión de tiempo.

—¿Qué era cuestión de tiempo?

—Que Manson alcanzara al resto del mundo en número de violaciones y asesinatos per cápita. —Dio otra calada y tuvo un ataque de tos—. ¿Y si tardan un año en encontrarla? No será más que huesos y polvo.

Buscó en el suelo, entre sus pies, y sacó una lata de cerveza de la nevera portátil. Si a Ava

Eckles se le daba bien una cosa, era mantener una borrachera. Durante las pocas horas de sobriedad que pasaba despierta, yendo de una habitación a otra con los ojos entrecerrados y dolor de cabeza, se preparaba para el día. Vaciaba el cenicero y ponía revistas en la mesa baja junto con un sándwich, patatas fritas de bolsa y una cajetilla de tabaco sin empezar. Y, lo más importante de todo, dejaba la nevera azul llena junto a su butaca. El frigorífico estaba a menos de cuatro metros del sofá, pero cuatro metros empezaban a parecerle quince después de la sexta o la séptima cerveza, y treinta después de la decimotercera y decimocuarta. Con la nevera portátil a su lado podía desenchufar el teléfono, instalarse en el sofá con sus telenovelas y beber hasta perder el conocimiento.

Prácticamente es una experta en cocerse, pensó Travis. *Y no es de extrañar, con todo lo que ha practicado.*

Ava no siempre había sido la encarnación de la basura blanca estadounidense. Siempre había tenido mucho temperamento, pero no empezó a pensar con los puños hasta que empezó a beber, y no empezó a beber hasta que murió el padre de Travis. Travis solo tenía trece años cuando se estrelló el helicóptero de su padre. Desde entonces la vida de Ava había estado financiada, y justificada, por la pensión de viudedad de veterano de guerra.

Travis salió adelante como pudo, pero Patrick nunca lo superó del todo y Ava parecía tener prisa por reunirse con su marido en la tumba.

—¿Cómo es que no estás en el trabajo? —dijo—. ¿Te han despedido? Si no pagas el alquiler a principio de mes, te vas ir con una patada en el culo, ya lo sabes.

—No me han despedido —dijo Travis—. Lo que pasa es que hoy no me apetecía limpiar. —Se sentó al lado de su madre en el sofá—. ¿Me das una?

Una cerveza le calmaría el nerviosismo que le había provocado el *sheriff* Ellis.

—Depende. ¿Me la vas a pagar?

—Venga, mamá.

—Si quieres enemigo, presta al amigo —dijo. Era uno de sus refranes favoritos—. Además, solo estoy cubriendo gastos; no saco beneficio.

Travis encontró un billete de un dólar en su cartera y lo dejó caer en la mesa baja.

—No tengo cambio —dijo la madre.

—Da igual. Quédatelo.

Travis abrió la lata de cerveza y se la bebió entera. El alcohol enseguida le hizo efecto. Encontró otro dólar en la cartera, lo dejó en la mesa y sacó una cerveza de la nevera. Esta se la bebió a pequeños sorbos.

Una agradable bruma empezaba a instalarse en sus pensamientos y a mitigar sus preocupaciones cuando oyó el crujido familiar de la puerta delantera al abrirse.

—Ve a ver quién es —le ordenó Ava.

Con un suspiro, Travis se levantó de mala gana del sofá y fue hasta la ventana. Subió la persiana y escudriñó el día gris y luminoso. Cuando distinguió al hombre que subía las escaleras del porche, Travis estuvo a punto de darse de bruces contra el cristal.

—Joder —dijo.

—Esa boca —dijo la madre abriendo una lata—. ¿Quién es?

—Es Patrick —dijo Travis en tono incrédulo—. Ha vuelto Patrick.

Hartford County, Connecticut

Ahora

El 787 descendió por el cielo azul despejado, aterrizó con suavidad y empezó a rodar despacio hacia las terminales. La bandera estadounidense bailaba y revoloteaba en un poste junto a la pista de aterrizaje.

Cuando llegué a la recogida de equipajes encendí el teléfono. Tenía seis llamadas perdidas de Amy y un mensaje de texto de Dean: «¿Dónde estás?». No tenían ni idea de que había salido del país. Las palabras de Dean seguían resonando en mi cabeza: «Cuanto más te adentras, más profundas son las aguas». Incluso si Dean conocía la historia completa de lo ocurrido —cosa que dudaba—, nunca surcaría ese océano conmigo. No si significaba manchar el nombre de mi madre.

Cansada y furiosa, apagué el teléfono.

Stuart y su mujer me esperaban en la salida de aduanas. Claire era una mujer menuda y bonita. Cuando llegué prácticamente me abrazó: me rodeó el cuello con los brazos y me estrechó contra ella. Las muestras inesperadas de cariño como aquella solían alarmarme, pero Claire tenía algo cálido y genuino que me gustó enseguida. O quizá es que necesitaba un abrazo.

—Qué alegría conocerte por fin —dijo—. Todo esto es tan… ¡Madre mía!… Espero que no te importe que me haya autoinvitado a venir.

—Pues claro que no.

—Me encanta tu acento —dijo.

Stuart me estrechó la mano con solemnidad y me cogió la maleta.

—No me puedo creer que estés aquí —dijo.

—Yo tampoco.

—No me gustó cómo nos despedimos —dijo—. Digamos que el tacto no es una de mis virtudes.

—Doy fe —dijo Claire.

Stuart y Claire vivían en Grundy, a una hora en coche del aeropuerto. Grundy, me contó Claire, era una ciudad dormitorio de Nueva York y Stamford, y estaba llena de universitarios. Aparte de eso, en el trayecto no hablamos gran cosa. Era mi primera visita a Estados Unidos, pero el paisaje, los establecimientos de comida rápida y, de alguna manera, incluso el olor me parecieron impregnados de nostalgia. Supongo que es lo que pasa cuando creces viendo programas de televisión americanos.

Cogimos la carretera con vistas para pasar por el nacimiento del río Pequannock. Stuart me dijo que la palabra *pequannock —paguseet*, para ser exactos— era la que usaban los indios americanos para designar «tierra rota» o «lugar de matanza».

Su casa era un pequeño chalé estilo californiano en el límite de la ciudad. Me recordó a una felicitación navideña. La habitación de invitados era acogedora y estaba caldeada. Estaba

exhausta por el largo vuelo y lo único que quería era meterme en la cama y dormir a pierna suelta y sin soñar. Pero estaba decidida a adaptarme al horario de allí, así que me obligué a seguir despierta.

Stuart fue a buscar comida china y cenamos sentados a una mesa pequeña en la cocina. Después de los intercambios triviales y preámbulos de rigor, solté:

—Hablé con mi padrastro.

—¿De Sammy?

—De todo.

—¿Qué dijo?

—… Lo sabía.

Stuart pareció dispuesto a saltar de su silla.

—¿Cómo que lo sabía? ¿Cuánto sabía? Kim, ¿estás diciendo que lo confirmó?

—Tranquilo, Stu —dijo Claire.

—No lo confirmó, pero tampoco lo negó —expliqué—. No creo que lo sepa todo, y, aunque fuera así, no me lo va a contar.

Claire me cogió la mano.

—Dios, Kim. Debió de ser muy duro.

Asentí con la cabeza.

—Lo fue. Por eso he venido. —Miré a Stuart a los ojos, algo que ni siquiera en los momentos buenos me resultaba fácil—. Necesito saber por qué la mujer que me crio entró en tu casa hace veintiocho años y se llevó a tu hermana.

—Yo también lo quiero, Kim. —Por un momento pareció que iba a llorar—. Nuestra primera parada será Martha, en Virginia Oriental. Allí es donde vive mi…, perdón, nuestra hermana. Al menos es donde dijo que vivía la última vez que hablamos. No nos vemos mucho, pero estoy seguro de que querrá conocerte.

—No sabía que tuvieras una hermana.

—Tengo dos —dijo, subiendo una ceja.

Pensé en Amy.

—Desde Martha iremos directos a Kentucky —dijo Stuart—. Llegamos a Manson, nos presentamos en casa de mi madre y seguro que le da un ataque al corazón.

—¿Y tu padre? —pregunté.

Stuart y Claire intercambiaron una mirada nerviosa. Luego Stuart se miró los nudillos.

—Mi padre vive ahora en Wyoming. Le llamé, le dejé un mensaje, pero no estoy seguro de que no haya cambiado de número de teléfono. ¿Has oído eso de que las tragedias unen más a algunas familias? Pues en nuestro caso fue al contrario.

Le miré a los ojos. Había esperanza en ellos y eso me preocupó. ¿Esperaba que yo fuera el pegamento que volvería a unir a su familia?

—En total os esperan cerca de quince horas de coche —dijo Claire—. Para cuando lleguéis a Manson estaréis hartos el uno del otro.

—¿Tú no vienes? —le pregunté a Claire.

—Me encantan los viajes largos en coche, pero esta vez me voy a quedar a defender la fortaleza. Me parece importante que vosotros dos os conozcáis.

Eso era lo que me preocupaba. Claire era afectuosa de una manera natural y hasta el momento había sido un excelente amortiguador. La idea de pasar tanto tiempo con alguien, y en concreto con alguien que acababa de conocer, ponía nervioso a mi yo introvertido. Para Stuart era una hermana a la que había perdido muchos años atrás, pero para mí él era un desconocido.

—¿Cuánto recuerdas de lo que pasó? —le pregunté.

—No mucho.

Apretó los labios y tuve la inquietante impresión de que se estaba callando algo. Al principio me había parecido un capullo, luego un trastornado con un pasado triste y una mente obsesiva, pero ninguna de estas cosas terminaba de describirlo. La expresión «punta del iceberg» parecía haber sido acuñada expresamente para Stuart.

—Casi todo lo que sé del caso lo descubrí después —dijo—. Hablando con mis padres, leyendo informes policiales. Cosas así.

—¿Hubo sospechosos? —pregunté, sirviéndome una cucharada de arroz en el cuenco.

—El sospechoso favorito de todo el mundo era Travis Eckles —Se le trabó la lengua al decir el nombre, vaciló un momento y luego siguió—. Travis vivía en la misma calle que nosotros y venía de una familia bastante complicada. Otros pensaban que había sido mi madre. Que había perdido los estribos. Que había zarandeado, o pegado a Sammy, y la había matado sin querer.

—¿Por qué iba a pensar nadie algo así?

—La gente suele culpar a los padres en primer lugar, y al parecer hay razones para ello —dijo Stuart—. Mi madre perdía los estribos de vez en cuando, lo mismo que todo el mundo, pero nunca nos pegó.

—¿Sigue viviendo en Manson?

—Y se morirá en Manson —dijo Claire poniendo un poco los ojos en blanco.

—¿Incluso después de que la acusaran de matar a su propia hija?

—Mamá nunca abandonaría su iglesia —dijo Stuart—. Es… Tuvo una educación pentecostalista. Estaba muy metida en la Iglesia de la Luz Interior. Papá no tanto.

—¿Qué es la Iglesia de la Luz Interior?

Stuart miró a Claire, que alzó una ceja, curiosa. Siempre me habían admirado e irritado a la vez las parejas capaces de comunicarse de esa manera, telegráfica.

—¿No se lo has contado? —preguntó Claire.

Stuart se puso rígido, se volvió hacia mí y preguntó:

—¿Has oído hablar de los que manipulan serpientes?

—No.

—Algunas iglesias manipulan serpientes venenosas y creen que Dios las protege.

—Entonces… ¿tu madre manipulaba serpientes?

—No —dijo Stuart—. No las manipulaba. Las manipula. Ya no hablamos demasiado de ello, pero, por lo que sé, sigue siendo miembro de la iglesia.

—¿Y tú te criaste así?

—Bueno… sí y no —dijo—. En casa nunca hubo serpientes ni nada de eso. Esas cosas se hacían en la iglesia. Mi madre intentaba convertirnos y mi padre hacía el mismo esfuerzo por mantenernos alejados.

—¿No es una persona religiosa?

—Se educó en la Iglesia de la Luz Interior, pero con el tiempo se fue distanciando cada vez más de ella. Lo increíble es que mamá se inició en la manipulación de serpientes por la rama paterna de mi familia.

—No parece un buen entorno para un niño.

Se encogió de hombros.

—Supongo que papá siempre pensó que mi madre entraría en razón y mamá esperaba lo mismo de él.

—Pero es un simulacro, ¿verdad? —pregunté—. Lo de manipular serpientes. En realidad no

lo hacen, ¿no?

—No es un simulacro. A veces las serpientes están un poco aletargadas, infraalimentadas seguramente, pero no están sedadas ni les quitan los colmillos. Eso iría en contra de los principios.

—¿Y no muerden a nadie?

—Claro que sí. Cualquiera que lleve haciéndolo un tiempo termina con una mordedura. También ha habido muertes.

—Un tío de Stuart, Clyde, murió de una mordedura —dijo Claire.

Asintiendo con la cabeza, Stuart dijo:

—En realidad no era tío mío. Solo lo llamábamos así. Pero, sí, al parecer Clyde cogía un puñado de serpientes de cascabel y se las pegaba al pecho. Una noche le mordieron. Aquí, en el hombro. Se negó a recibir tratamiento y murió dos días después. Debió de ser una muerte horrible: una mordedura de cascabel destruye nervios, tejidos e incluso hueso.

—¿Por qué se negó a que lo trataran?

—Porque no lo necesitaba. Dios iba a salvarlo. Pero supongo que Dios estaba ocupado aquel día con los niños que se mueren de hambre en África o algo así.

Inexplicablemente, me vino a la cabeza el hombre envuelto en sombras de mis pesadillas.

—Pero ¿por qué serpientes?

Stuart suspiró. Fue ese sonido que hacen las personas cuando tienen que contestar a la misma pregunta por enésima vez.

—Porque están locos, Kim. Y por los Hechos 28:1-6 de la Biblia: «Pablo había recogido leña y la estaba echando al fuego. De repente, una serpiente salió huyendo del fuego y le mordió la mano a Pablo. Cuando los que vivían en la isla vieron a la serpiente colgada de la mano de Pablo, dijeron: “Este hombre debe ser un asesino porque, aunque se salvó de morir ahogado en el mar, la diosa de la justicia no lo deja vivir”».

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal.

«Pero Pablo arrojó la serpiente al fuego. Todos esperaban que Pablo se hinchara, o que cayera muerto en cualquier momento, pero se cansaron de esperar, porque a Pablo no le pasó nada. Entonces cambiaron de idea y pensaron que Pablo era un dios.»

¿Qué voy a encontrarme en Manson?, me pregunté.

Queríamos salir por la mañana temprano, así que Stuart se fue a la cama después de cenar. Yo me quedé a tomarme dos o tres copas de vino con Claire. Mi preocupación por el *jet-lag* resultó ser innecesaria, en compañía de Claire me resultó fácil mantenerme despierta. Su amabilidad complementaba a la perfección los modales algo bruscos de Stuart.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Claire? —dije cuando el vino me armó de valor—. ¿Qué le parecería a Stuart que yo hiciera este viaje sola?

—¿Por qué no quieres que vaya contigo?

—Como puedes suponer, todo esto es bastante abrumador y me gustaría ir a mi ritmo.

Claire pensó un momento.

—¿Puedo enseñarte una cosa?

Me condujo al jardín por la puerta trasera. Al final de la propiedad había un cobertizo de gran tamaño. Claire abrió la puerta con llave y la empujó. Al otro lado había oscuridad.

—El interruptor está a la izquierda.

—¿Qué hay aquí?

—Algo que mi marido no quiere que veas —dijo— pero que yo creo que tienes que ver.

Intrigada y un poco nerviosa, entré y localicé el interruptor. Las luces parpadearon, al principio intermitentes, e iluminaron el interior del cobertizo. Solo que no parecía un cobertizo; era como el interior de una comisaría. En la pared del fondo había una hilera de pizarras blancas y en cada una de ellas había diferentes nombres y apuntes escritos en rotulador de distintos colores. Había también fotografías, cada una acompañada de un nombre y, por lo que deduje, su relación con Sammy Went.

Empecé a leer por encima de las caras, de izquierda a derecha: «Deborah Shoshlesfki, empleada de Went Drugs, canguro de Sammy en una ocasión, coartada desconocida; George Gregson-Rull, condenado en el 97 por el asesinato y posible violación de Melissa Jennings y Rachel Kirby, ambas de cuatro años, relación con Sammy desconocida, coartada desconocida; Ava Eckles, vecina, coartada desconocida…».

La lista continuaba, pero mi mirada viajó hasta un gran mapa de Manson fijado a la pared. En él había marcadas áreas de búsqueda y senderos. Había un área rodeada con un círculo rojo y marcada: «molino».

Aquello me sobrepasó.

—¿Por qué me enseñas esto?

Claire se quedó un momento en la entrada mientras se cerraba una chaqueta de punto extragrande. Habló con suavidad y en frases cuidadosamente medidas.

—Es a modo de recordatorio, Kim. Tú llevas menos de tres semanas enfrentada a eso. Para Stuart ha sido su vida.

La única ventana de la habitación estaba cubierta por un *collage* de docenas de fotografías de Sammy Went. Hasta el momento, la única Sammy que había visto yo era la que me había enseñado Stuart en Australia. De pronto allí estaba, a distintas edades y vista desde ángulos diferentes. Sammy Went de recién nacida; sus primeras Navidades; de vacaciones en Cumberland Falls; dormida en brazos de su madre. Todas mis fotografías perdidas, ahora recuperadas.

Soy yo, pensé.

Con una expresión que parecía triste, Claire me cogió una mano entre las suyas. Estaba claro: tenía alma de madre. Me hizo pensar en Amy.

—Nunca te ha olvidado —dijo—. Incluso en las épocas más felices siempre había una tristeza en él por no tener a Sammy a su lado. Encontrarte ha sido la tarea más importante de su vida. Llévalo contigo. Lo vas a necesitar, creo que lo sabes. Pero, sobre todo, él te necesita a ti.

Manson, Kentucky

Entonces

Jack Went pensaba en las pequeñas cosas: el cepillo de dientes despeluchado y solitario de Sammy junto al lavabo, un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada a medio comer olvidado en su trona junto a la mesa de la cocina, sus pequeñas —diminutas— botas de agua junto a la puerta principal.

Iba de camino a casa después de un día infructuoso peinando el lago y los bosques de alrededor. Sammy iba a pasar su cuarta noche fuera de casa.

Seguía pensando en las pequeñas cosas cuando una camioneta azul entró a gran velocidad en la calle Glendale. Le cortó el paso y estuvo a punto de hacerle estrellarse contra la pared de ladrillo de una escuela infantil.

Pisó los frenos y sintió rabia, una rabia ardiente e imprevisible, circular por sus venas. Pero la rabia era mejor que el terror que se había apoderado de él durante todo el día. Con la rabia podía hacer algo. Podía bajar del coche, caminar rodeado del olor a goma quemada y partirle la cara al gilipollas del conductor de la furgoneta.

Cuando salió del coche y empezó a cruzar la calle, en dirección a donde se había detenido la furgoneta, tenía los puños cerrados y los oídos le palpitaban con el latido de su propio corazón. Estaba lleno de adrenalina.

—¿Se puede saber qué manera es esa de conducir? —gritó—. Vas a conseguir que…

Se interrumpió cuando la puerta de la furgoneta se abrió y vio al conductor. Era una mujer pequeña y fuerte de unos cuarenta años, vestida con una blusa blanca limpia y con los ojos muy maquillados. De menos de un metro sesenta de estatura, tuvo que saltar del asiento del conductor extendiendo los brazos para conservar el equilibrio. Aterrizó con un gruñido de dolor y echó a andar hacia Jack, los ojos muy abiertos y sin pestañear, como los de un pez.

—Lo siento muchísimo. Ay, Dios mío, ¿está usted bien?

Jack respiró hondo. Estuvo callado unos instantes. Tuvo que concentrarse para reprimir eso violento, primario, que tenía dentro. Si se precipitaba al hablar, era posible que saliera al exterior en forma de grito.

—Estoy bien.

—No sé lo que ha pasado. Es un coche alquilado y no estoy acostumbrada a conducir algo tan grande. Supongo que he pisado demasiado el acelerador y, ay, Dios mío, ¿se ha hecho daño?

Hablaba con acento, inglés o irlandés habría dicho Jack.

Este consiguió esbozar una pequeña sonrisa.

—Bueno, no ha habido heridos. Eso es lo importante.

—¡Gracias a Dios! ¿Está seguro de que está bien? —Se interrumpió y estudió el rostro de Jack—. ¡Espere! ¡Yo a usted lo conozco!

—Lo dudo —dijo Jack.

—Lo he visto en las noticias. Es usted. Es el padre de esa niña, ¿a que sí?

Jack asintió con la cabeza y le dirigió una mirada de tristeza imprecisa que a aquellas alturas se le antojaba artificial.

La mujer dio un paso atrás. Parecía espantada. Miró la furgoneta a su espalda y, a continuación, de nuevo a Jack.

—Bueno, pues si está seguro de que se encuentra bien…

—Estoy bien —dijo Jack por segunda vez mientras caminaba hacia su coche.

Se subió, se apartó con brusquedad de la acera y siguió conduciendo por Glendale dejando la furgoneta en un lado de la calle y a la mujer mirándolo.

Cuando Jack entró en su casa, sintió que el peso emocional colectivo de la familia lo oprimía. No había dormido. Tenía la impresión de que su cuerpo se desintegraba. Imaginaba trozos de sí mismo desprendiéndose mientras cruzaba el vestíbulo del piso de abajo: una oreja, un par de dedos, el brazo izquierdo.

Oyó a alguien haciendo ruido en la cocina y se preguntó: *¿es posible que sea mi mujer?*

Desde la desaparición de Sammy, Molly no había hecho otra cosa que llorar y rezar, las dos cosas menos útiles en una emergencia. Si su mujer había dejado de llorar y rezar el tiempo suficiente para dar de comer a los niños supondría un gran avance. Al menos la comida era algo tangible, real.

Lo más probable era que el ruido de la cocina fuera de Emma preparando sus famosos sándwiches de queso fundido. A sus trece años, su hija estaba mostrándose a la altura de las circunstancias. Se había hecho cargo de los deberes maternos con Stu, asegurándose de que estaba limpio y alimentado, y cuando una pesadilla lo despertó la noche anterior, fue Emma quien entró a su habitación y se metió en la cama con él.

Pero en la cocina no estaban ni Molly ni Emma. Ver a su hijo de nueve años con un delantal de *Besos para el cocinero* le habría sorprendido menos que encontrarse a la persona que iba del calientaplatos al horno con un trapo de cocina al hombro.

—¿Mamá?

Sandy Went chupó algo de color rojo de la punta de su dedo, cerró los ojos y asintió con suavidad.

—¿Tienes ajo? Pero ajo de verdad, no la pasta esa de tubo.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Preparar la cena para tu familia. —Se acercó a él para abrazarlo. Jack mantuvo los brazos pegados a ambos lados del cuerpo—. Vendré también por las mañanas a hacer el desayuno y a cuidar a los niños, y les dejaré la comida hecha antes de irme a la farmacia.

La rabia que había empezado a sentir Jack cuando la furgoneta lo echó de la carretera empezó a bullir una vez más, subiéndole por el cuerpo e instalándose en su mandíbula.

—He cerrado la farmacia.

—Tonterías —dijo la madre—. ¿Crees que soy demasiado vieja para ponerme otra vez la bata blanca?

—Estamos bien —dijo Jack.

—Cariño, estáis cualquier cosa menos bien. Necesitáis concentraros en encontrar a Sammy. Pero mientras tanto la vida sigue. He venido para ocuparme de las cosas pequeñas, Jackie.

—Nadie te lo ha pedido.

—Somos familia —dijo Sandy—. La familia está para eso. Y además te equivocas. Molly me llamó. Me dijo que no estás rezando.

La rabia le tensó el cuello y los hombros. Su mujer estaba más unida a su madre de lo que jamás estaría él. Si Jack se había apartado de la Iglesia de la Luz Interior, Molly se había entregado a ella de cabeza.

—Voy a ver cómo están los niños.

En el cuarto de estar estaba puesta la versión de Disney de *Robin Hood*. Durante un par de años había sido la película favorita de Stu. La ponía casi en bucle y con cada visionado la cinta de VHS perdía calidad. Jack no sabía qué tenía la película que gustaba tanto a Stu, pero suponía que si la veía tantas veces, era en parte porque sabía cómo terminaba.

Llamaron al timbre.

—¿Quién será ahora? —murmuró Jack para sí. En las últimas setenta y dos horas habían recibido visitas continuas de gente brindando pensamientos, plegarias y fuentes de comida.

Abrió la puerta y se encontró a un hombre con una cara que le resultaba vagamente familiar. Estaba gordo y llevaba ambas manos dentro de los bolsillos de sus vaqueros de cintura elástica. Tenía una perilla blanca y rala y llevaba un sombrero fedora blanco.

A medida que los pensamientos de Jack se adaptaban —igual que los ojos cuando se sale al sol de una habitación a oscuras—, empezó poco a poco a reconocer al hombre. *Si tuviera veinte años menos y pesara cuarenta kilos menos, y si se quitara ese sombrero ridículo, sería idéntico a…*

—¿Buddy?

—Hola, Jack —dijo el hombre.

—Madre mía, Buddy Burns. ¿Cuánto tiempo hace?

—Veinte años, o casi —dijo Buddy Burns—. Te he visto por la calle alguna vez, pero nunca he tenido el valor de saludarte.

—¿El valor? ¿Por qué no?

Buddy se sacó las manos de los bolsillos y las entrelazó sobre su enorme barriga.

—Siempre me he sentido mal con cómo terminamos, Jack. Quería haberte dicho algo, pero me pudo siempre el orgullo. Pero cuando me enteré de lo de la pequeña Sammy, me…

—¿Por qué no entras? —dijo Jack—. ¿Te apetece una cerveza?

Buddy dio un respingo.

—Ah, sí, perdona. Nada de alcohol. ¿Y una Coca-Cola?

Antes de que Jack se marchara de la iglesia sabiendo que no volvería, sintiéndose más ligero con cada kilómetro que dejaba atrás su viejo Ford, Buddy Burns había sido su mejor amigo. Entonces eran inseparables. Iban a cazar, a pescar, a hacer senderismo o se sentaban en la parte trasera de la camioneta de Buddy y charlaban. Hablaban durante horas. De Dios, de la vida, de la muerte, del amor, del universo, de la teoría de la evolución.

No beber alcohol no era exactamente una regla de la iglesia, pero sin duda no se veía con buenos ojos. Aun así, Buddy llenaba una nevera de cervezas y aquel gesto daba un toque de rebelión juvenil a la relación.

La última noche que hablaron habían aparcado junto al lago. Buddy y él se habían besado, y no por primera vez. La única diferencia era que ahora, mientras subía la temperatura entre los dos, Jack había sugerido a Buddy abandonar la iglesia. «Podríamos marcharnos juntos. Irnos al sur y empezar de cero, practicar la fe a nuestra manera».

De pronto Buddy se había vuelto de hielo. Había llamado maricón a Jack y le había obligado a recorrer a pie los diez kilómetros de vuelta al pueblo.

—¿Cinco hijos?

—Sí, señor —dijo Buddy—. No me gusta hacer las cosas a medias.

—Ya veo.

Estaban sentados en un banco bajo de madera en el jardín trasero.

—Molly habla maravillas de tu mujer —dijo Jack.

—Se llevan bien.

Jack sorbió su Coca-Cola y miró hacia la casa. La lámpara del cuarto de Sammy estaba encendida. No podía ver a Molly, pero sabía que estaba allí, hecha un ovillo entre los juguetes, llorando o rezando o ambas cosas a la vez.

—¿Cómo está? —preguntó Jack, cogiéndose a sí mismo por sorpresa.

—¿Mi mujer?

—La mía. Me refiero a antes de esto. Debes de verla en los servicios religiosos.

Buddy asintió con la cabeza, incómodo. Se quitó el sombrero, lo hizo girar entre las manos y volvió a ponérselo.

—Está buscando a Dios y, por lo que yo veo, Dios le responde. Es a todo lo que podemos aspirar.

Se levantó una brisa fría que agitó las hojas a lo largo de la valla trasera y Jack pensó en Sammy. *¿Tienes frío, cariño, donde quiera que estés?*

—¿Qué tienes para mí, Buddy?

—¿Por qué me dices eso, Jack?

—Llevamos décadas sin hablar. Sé que no has venido a contarme que estoy en tus pensamientos y tus oraciones… por mucho que te lo agradezca.

Buddy se levantó y caminó poniendo despacio un pie delante del otro, como un niño haciendo tiempo antes de darle a sus padres el boletín de notas.

—Caramba, Jack, ahora que lo dices, hay una cosa que… A ver, no sé muy bien cómo decirte esto, y espero que comprendas que no puede saberse que ha salido de mí…

—¿Qué es, Buddy?

—En serio, Jack, tienes que prometerme que no revelarás la fuente. Si se enterara mi mujer, o la iglesia…

—Buddy Burns —se oyó la voz aguda de la madre de Jack. Sandy cruzaba el jardín secándose las manos en el delantal—. De haber sabido que venías, habría hecho más comida.

Buddy pestañeó deprisa y Jack vio algo extraño en su expresión. Al principio podría haberlo descrito como sorpresa incómoda, pero no era exactamente eso. Buddy Burns parecía atemorizado.

—Hola, Sandy —dijo, llevándose una mano trémula al ala del sombrero—. No pasa nada, mi mujer nos habrá hecho la comida a mis hijas y a mí cuando llegue a casa. Dicho lo cual, tengo que irme.

—Un segundo, Buddy —dijo Jack, y se volvió a su madre—. ¿Nos dejas un minuto, mamá?

Sandy Went entrecerró los ojos mientras miraba a Jack y a Buddy alternativamente. A continuación, sonrió.

—Pues claro. Pero no tardes mucho, que la comida se enfría.

Jack esperó a que su madre hubiera entrado en la casa para hablar.

—¿Qué me estabas diciendo?

Pero era demasiado tarde. Buddy estaba asustado.

—En otro momento, Jack.

Jack se quedó un minuto en el jardín mirando a Buddy Burns recorrer el sendero que

conducía a la casa. *Hubo un tiempo es que estuve enamorado de ese hombre,* pensó.

No habían transcurrido diez segundos de la marcha de Buddy cuando apareció Emma. Llevaba un guante rosa de látex puesto y otro en la mano.

—Te llaman por teléfono, papá.

Jack se levantó tan deprisa del banco de madera que casi cayó de cabeza al jardín.

—¿Alguna noticia?

Emma negó con la cabeza.

—No tiene pinta.

—¿Quién es?

—No lo ha dicho. Un hombre. Pero, papá —Emma hizo una pausa para mirar hacia el interior de la casa y, a continuación, dijo—: Parecía que estaba llorando.

Supo que era Travis antes incluso de oír su voz.

—Lo sé, lo sé —dijo Travis—. Ahórrate el sermón, ¿vale? No llamaría si no fuera importante.

Emma tenía razón; Travis estaba emotivo, con la voz quebrada y llorosa. Sin embargo, Jack no le ahorró el sermón.

—¿Cómo se te ocurre? —susurró al teléfono—. No me puedes llamar a casa y punto. Y menos ahora en pleno…

Su madre asomó la cabeza por la puerta. Jack había cogido el teléfono en el dormitorio de arriba para tener algo de intimidad, pero al parecer no iba a ser así.

—¿Todo bien, cariño? —preguntó la madre.

—Todo bien, mamá.

La madre siguió allí un momento, con expresión desconcertada. Luego, con un suspiro deliberado, salió al pasillo y cerró la puerta.

Jack oyó cháchara, risas y música al otro lado del teléfono.

—¿Dónde estás? —dijo.

—En el Cubby’s —dijo Travis.

Jack se imaginó a Travis en el Cubby’s Bar, hablando por el teléfono público junto a los cuartos de baño, enredándose el cable en los dedos, nervioso.

—El *sheriff* Ellis cree que lo hecho yo, Jack.

—¿Que has hecho qué?

—Llevarme a Sammy.

Jack hizo un esfuerzo por comprender.

—¿Cómo? No, es imposible.

—Claro que sí, Jack. Ha estado husmeando y haciendo preguntas.

—Por Dios, Travis, hace preguntas a todo el mundo. Está investigando, nada más.

—Me preguntó dónde estaba cuando desapareció.

Jack tomó aire tenso, nervioso.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada. Y fue peor.

—¿Qué quieres de mí, Travis?

Este se calló y estuvo así tanto tiempo que Jack pensó en colgar. Luego dijo:

—No quiero nada de ti, Jack. Te he llamado para avisarte.

—¿Avisarme? ¿De qué?

—De que pronto puede ir a verte la policía a hacerte unas preguntas muy incómodas. A mí

no me gustaría que me cogieran desprevenido. —Dio un sorbo de algo que Jack dedujo que sería cerveza—. Lo siento, Jack, pero tengo que contarle lo nuestro a Ellis.

Cuando Jack tenía trece años había subido con sus amigos hasta Paw's Bluff, un saliente del cañón Elkfish a unos diez metros de altura sobre las aguas prístinas y gélidas del lago Merri. Una combinación letal de hormonas, presión de grupo y varios sorbos de brandi para cocinar a escondidas de su madre le habían dado valor para saltar. La caída en sí había sido emocionante, pero el agua helada de noviembre lo había atacado desde todos lados igual que miles de pequeñas agujas de acero. Peor fue el desalojo repentino de oxígeno de su organismo.

Hasta ahora no había vivido nada comparable a aquella experiencia. La amenaza de Travis —¿o era un decisión?— dejó sin aire a Jack, que tuvo que hacer respiraciones cortas mientras se repetía que tenía que tranquilizarse, relajarse, contar hasta diez. Necesitaba recuperar el control de su cuerpo y de la situación.

—Es instinto de conservación —dijo Travis—. Ellis va a seguir viniendo a verme hasta que le dé una coartada. ¿Te acuerdas de dónde estaba cuando tu hija desapareció, Jack?

Jack cerró los ojos y el recuerdo acudió a él: Travis de rodillas, con la boca y las manos alrededor de él, él mordiéndose con fuerza el labio inferior para no gritar.

—¿Cuánto has bebido?

—No eres mi padre, Jack.

El sonido regresó de pronto al mundo de Jack. Podía arreglar aquello. Tenía que arreglarlo.

—Quédate donde estás.

Lo alivió ver la furgoneta de Limpiezas Industriales de Travis estacionada en el aparcamiento del Cubby's Bar, y todavía más ver a Travis sentado al volante con una cerveza en la mano.

Jack bajó de su coche y dio golpecitos en la ventanilla de la puerta del pasajero, medio esperando que Travis escondiera la cerveza. Este no se molestó. Apuró lo que quedaba en la lata, sacó una nueva de la nevera del asiento contiguo y se inclinó para abrir la puerta.

Jack subió. Latas vacías formaban un montón desordenado en el suelo de la furgoneta. Las contó.

—¿Cuatro?

—Cinco, incluida esta. —Travis abrió la lata como para dar énfasis a su frase. Buscó en la nevera, pero estaba vacía—. Vaya, es la última. Podemos compartirla.

Jack abrió un poco su ventanilla para que entrara algo de aire fresco en la furgoneta.

—No quiero, gracias.

Travis se arrellanó más en el asiento y apoyó una mano en el volante. Miró hacia el bar.

—¿Quieres que entremos a tomar una copa?

—No, Travis.

—Ya me lo imaginaba. —Travis dio vueltas a la lata de cerveza, estrujando los extremos con los dedos pulgar e índice—. No sé para qué has venido hasta aquí, Jack.

—Tenemos que hablar.

—No hay nada de que hablar. Es la única opción. Si no digo la verdad…

—Eso no lo vas a hacer, Travis.

—Y cuando me manden a Greenwood, ¿entonces qué? ¿Quieres que termine como mi hermano?

A Jack lo asaltó una pregunta de lo más terrible: *¿Hasta dónde estoy dispuesto a llegar para proteger este secreto? ¿Tiene el Cubby's circuito cerrado de televisión? ¿Habrá reconocido alguien ya mi coche?*

—Di algo, por el amor de Dios —dijo Travis. Parecía desesperado, pero Jack vio algo en él que le dio esperanza.

No lo ha decidido aún, pensó. *Quiere que lo convenza de que no lo haga.*

—Travis, si llega un momento en que Ellis presenta una acusación formal, entonces intervendré. Lo explicaré todo, no dejaré que te pase nada. Te lo prometo.

—¿No estás cansado de esconderte, Jack? ¿No estás cansado de resistirte? ¿A veces no tienes ganas de empezar a vivir?

—¿Cuánto tiempo crees que íbamos a durar en un pueblo como este?

—Podríamos marcharnos. Juntos. Dejar de escondernos y…

—Mi hija ha desaparecido, Travis.

—Lo sé. Joder. Quiero decir después. Cuando la encontréis.

—Yo no quiero eso —dijo Jack—. Siempre te lo he dejado muy claro.

—Sí, siempre me has dejado claro lo que quieres de mí. —Travis terminó lo que le quedaba de cerveza, estrujó la lata y la tiró al suelo de la furgoneta—. Entonces, ¿quieres que vayamos a la parte de atrás o prefieres hacerlo aquí, en el asiento delantero?

—Por Dios, cállate. —Jack miró a su alrededor.

—¿No es eso lo que quieres de mí? —dijo Travis.

—Te estás portando como un niño pequeño. Muy bien, cuéntaselo a Ellis. Lo negaré todo y ¿a quién piensas que va a creer la gente? ¿Al farmacéutico con mujer y tres hijos o a un Eckles?

—¿A quién piensas que creerá tu mujer?

De pronto Jack fue consciente del peso de su anillo de casado.

Un autocar se detuvo a la entrada del aparcamiento. En uno de los lados llevaba escrito en grandes letras: *El bar rodante*. Debajo, más pequeño: *Suba y disfrute de nuestro tour por los bares de Kentucky.* Un grupo bullicioso de hombres con camisas de cuello abotonado, que Jack supuso eran de una despedida de soltero, bajaron del autobús y entraron armando alboroto por la puerta principal del bar. Jack imaginó que aquella no era su primera parada.

Travis puso una mano en la pierna de Jack. Este quiso apartarla de un manotazo. Quería estrangular a aquel chico. La rabia ardió en su vientre. Pero en lugar de eso le besó y Travis le devolvió el beso.

Segundos después eran una maraña de brazos y piernas. Travis le desabotonó los vaqueros a Jack, deslizó una mano por la cintura de sus calzoncillos y…

—¡Aaaj!

Jack se quedó paralizado.

—¿Qué ha sido eso?

Miró a su izquierda. Uno de los hombres se había acercado a donde estaban ellos y estaba apoyado en una camioneta negra vomitando con violencia. Las delgadas piernas le temblaban como a un potrillo recién nacido.

—¡Aaaj! —gimió el hombre. Escupió. Luego, al darse la vuelta para recomponerse, los vio en la furgoneta. Sonrió de oreja a oreja y caminó hasta ellos—. Siento la interrupción —dijo, deteniéndose para hipar y limpiarse vómito de la barbilla con la palma de la mano—. ¿Quién soy yo para interponerme en el camino de una pareja… —entonces vio lo que había allí: dos hombres en la cabina de una furgoneta y no un hombre y una mujer. Resolvió la ecuación en su cabeza y esbozó un gesto agrio— de maricones —murmuró, y a continuación empezó a cruzar la calle hacia el Cubby's.

Jack puso la mano en la manilla de la puerta.

—No —dijo Travis—. Ha venido en el bar rodante. Es de fuera de la ciudad. No nos ha

reconocido.

Pero era demasiado tarde. Jack ya había bajado de la furgoneta y estaba cruzando el aparcamiento detrás del hombre flaco.

—Oye, espera un momento, colega —lo llamó—. Eso que… Lo que crees que has visto no era…

El hombre flaco se giró con la mirada perdida. Rio.

—Para gustos, colores, colega.

—No, lo que quiero decir es…

—Jack. —Travis había bajado de la furgoneta—. Déjalo, Jack. Este tío lo único que quiere es volver al bar y tomarse una copa. ¿A que sí, colega?

—Sobre todo ahora que he hecho sitio —dijo el hombre flaco con una palmadita en el estómago.

Un par de tipos de la despedida de soltero vieron a su flaco amigo.

—¿Todo bien, Don? —dijo uno de ellos. Era un hombre grande con hombros anchos y tórax en forma de tonel.

El tipo flaco, Don, los saludó con la mano.

—Todo bien. Aquí, disfrutando del «ambiente». —Se echó a reír, apoyando las manos en las rodillas y jadeando de placer. Se volvió hacia Jack y le dijo—: El «ambiente». ¿Lo pillas?

Jack dio un paso hacia él.

Don el flaco levantó las manos simulando rendirse.

—No quiero enzarzarme con usted, señor mío —canturreó—. En casa tengo a una mujer a la que no le haría demasiada gracia.

—Jack, para. —Travis estaba a su lado y sujetaba con fuerza el brazo de Jack—. Déjalo.

Los amigos de Don el flaco estaban cruzando el aparcamiento en dirección a ellos.

Estupendo, pensó Jack. La rabia se había apoderado de él. Era posible que más tarde, cuando volviera a casa con la nariz rota y ensangrentada, tuviera que explicar lo que había estado haciendo allí, pero era una preocupación lejana. Ahora quería pelear. Quitarse el dolor y el pánico, el miedo y el odio a puñetazos. Olvidarse a puñetazo limpio de la iglesia, de Molly y de su madre, de Buddy y de Sammy.

¿Dónde estás, Sammy? ¿Dónde coño estás? Vuelve ahora mismo a casa, ¿me has oído? ¡Vuelve a casa EN ESTE MOMENTO!

Empujó a Travis, que se tambaleó hacia atrás, moviendo los brazos como aspas para conservar el equilibrio. Por un momento Jack pensó que iba a caerse, pero en el último momento lo evitó.

—Esto es una equivocación, Jack —dijo Travis con voz ferozmente sobria, algo impresionante dada la cantidad de cerveza que había ingerido en la última hora.

Llegaron los dos hombres de la despedida de soltero. El de tórax en tonel le dio una palmada en el hombro a Don el flaco y preguntó:

—¿Qué pasa aquí?

—Pues que he interrumpido una pelea de enamorados —dijo Don el flaco.

—No era una… —Jack dio un paso en dirección a Don el flaco, pero el hombre-tonel le cerró el paso. El tercer tipo —ligeramente atractivo, con pinta de intelectual— miraba con los ojos muy abiertos intentando ponerse al día de lo que ocurría allí.

—¿Hay algún problema? —preguntó pecho-tonel.

Jack tenía el cuello rojo de rabia.

—Ninguno —dijo Travis interponiéndose entre los dos hombres—. Ningún problema. Ha

sido un malentendido, nada más.

Pecho-tonel miró durante un segundo a Travis y a continuación a Jack. Negó con la cabeza, se dio la vuelta para marcharse y murmuró:

—Maricones.

—¿Qué has dicho? —dijo Jack, solo que en realidad no lo dijo. Parecía Jack y salió de la boca de Jack, pero quien hablaba era otra persona: algo oscuro y furioso. La rabia.

El demonio, pensó de pasada.

Pecho-tonel se giró.

—Vuelve con tu amiguito antes de que te haga algo de lo que te arrepientas.

Jack notó que se curvaban las comisuras de los labios en lo que esperaba fuera una sonrisa aterradora.

—Cuidado —dijo Don el flaco, clavándole a pecho-tonel un dedo en el costado a modo de broma—. Este tío tiene pinta de que le va la marcha. Lo que para nosotros es pelear para estos es «hacer el amor».

Pecho-tonel miró a Jack de arriba abajo, escupió y se crujió los nudillos.

—Muy bien, pues vamos a ello. Por la pinta que tienen, no creo que tardemos mucho.

Don el flaco se puso a dar saltitos alternando los pies mientras reía igual que una hiena acorralando a su presa.

Para entonces habían salido del bar más hombres de la despedida de soltero. Esperaban cerca del autobús, riendo y cantando. Unos pocos miraban a Jack. A este le dio igual. Cuantos más, mejor.

—Jack, por favor —dijo Travis.

Pero Jack ya caminaba con chulería hacia pecho-tonel crujiendo el cuello hacia la izquierda y hacia la derecha. Y pecho-tonel también se acercaba a Jack con los puños cerrados.

Seis o siete hombres de la despedida de soltero cruzaron el aparcamiento; eran refuerzos para pecho-tonel. Jack supo entonces que iba a perder aquella pelea. Aunque consiguiera darle unos cuantos golpes a pecho-tonel, y confiaba en ser capaz, no podría ganar a todos aquellos hombres, estuvieran o no borrachos.

Daba igual.

No te andes con remilgos, pensó. *Saca el puño directamente*.

Se apoyó en el pie que tenía delante, cerró el puño y…

—Yo te conozco. —Era el tercer tipo, el atractivo. Por su expresión, ya se había puesto al día —. Sí, sí, esperad. Conozco a este tío.

—De eso nada —dijo Jack.

—Que sí. Te he visto en las noticias esta mañana, a la hora del desayuno. Conozco a este tío. —Se volvió a los otros, que acababan de llegar—. Lo he visto esta mañana en la televisión. Han secuestrado a su hija o algo así, ¿verdad?

Pecho-tonel se ablandó.

—¿De qué habla?

—De nada —dijo Jack.

—Ah, sí. Yo también lo he visto —dijo otro de los hombres. Era un tipo bajo y fornido con una espesa barba castaña, pero sin pelo en la cabeza—. Joder, tío, eso es una putada de las buenas. Yo tengo cuatro hijos y… joder.

—¿Tienes una hija desaparecida? —murmuró, dócil, tonel—. Mira, colega, vamos a dejarlo aquí.

—¿Sabe la madre que estás aquí? —preguntó Don el flaco.

Jack olió vómito en su aliento. Todos los ojos estaban puestos en él. Sabía lo que parecía aquello. No, lo que parecía no. Lo que era.

—No —dijo—. No lo sabe. Y me gustaría que no se enterara.

Los hombres hablaron entre sí. Algunos miraron a su alrededor, perplejos; otros sonrieron con aire de superioridad.

—Para que conste, esto no es lo que parece —dijo Jack. Dirigía sus palabras al hombre de tórax en tonel. Parecía ser el cabecilla del grupo—. Como ha dicho tu amigo, mi hijita ha desaparecido y… —Se volvió hacia Travis—. Y creo que este hombre ha tenido algo que ver.

Travis pareció abatido, pero no sorprendido. Era como si una parte de él hubiera estado esperando que Jack lo traicionara.

—Estaba interrogándolo —dijo Jack.

Pecho-tonel miró a Travis por encima del hombro de Jack y a continuación a sus amigos.

Don el flaco preguntó a Travis.

—¿Es eso cierto?

—Me voy. —Travis se encaminó hacia su furgoneta.

Don el flaco fue hacia él.

—¿Eres uno de esos pervertidos? —le dijo furioso—. ¿Qué pasa? ¿Te gusta jugar con niñas pequeñas?

—No quiero líos —dijo Travis. Miró a Jack con ojos que daban a entender que tenía el corazón roto.

Don el flaco tiró de la espalda del peto de Travis y lo acercó a él. Travis se giró y se abalanzó contra él, pero Don el flaco lo esquivó dando saltitos con pies alternos y riendo de nuevo como una hiena.

Travis dio unos pasos en dirección a Jack. Luego unos cuantos más.

—¿Qué quieres que haya hecho, Jack? Dímelo y confesaré ahora mismo.

Jack miró a pecho-tonel, que parecía perplejo.

Déjalo, Travis, pensó Jack. *No me obligues a hacerlo.*

—Me has usado de una manera ya, Jack. Úsame ahora de otra.

Estaba lo bastante cerca para poder hablar en susurros, a menos de medio metro de Jack.

Los hombres de la despedida de soltero hicieron corro, ávidos de espectáculo.

—¿Qué vas a hacer al respecto, señor mío? —dijo Don el flaco.

Pecho-tonel le puso una mano en el hombro para apaciguarlo.

—Tranquilo, Don.

—Es una buena pregunta —dijo Travis—. ¿Qué vas a hacer al respecto, señor mío?

—Apártate —dijo Jack.

—¿Qué vas a hacer, Jack?

—He dicho que te apartes.

—No puedes tener las dos cosas. No puedes tenerme para las dos cosas. No puedes odiarme y quererme…

Jack le dio un puñetazo en la cara. Travis se tambaleó hacia atrás, confuso y gimiendo. Tenía la nariz ensangrentada, rota seguramente. Cayó sobre una rodilla como si fuera a proponer matrimonio, con la mano en la nariz y mirando la sangre gotear entre los dedos. Tenía dos dientes rotos.

Se dobló hacia delante y dijo:

—No pensé que fueras a hacerlo.

Jack le pegó otra vez.

Jack llegó a casa pasada la medianoche. No se molestó en encender ninguna luz, conocía bien el camino. Fue al cuarto de estar, se desplomó en el sofá y rompió a llorar.

Oyó pisadas en las escaleras. Apareció Molly en el pasillo, una silueta delgada con camisón blanco. *Como un fantasma,* pensó Jack.

—¿Jack?

—¿Te he despertado?

—Ya no duermo nunca. —Encendió las luces y cuando vio el estado del sofá abrió mucho los ojos—. ¿Qué te ha pasado?

—Estoy bien —dijo Jack, aunque no era verdad—. La sangre no es mía.

—¿Tiene esto algo que ver con Sammy?

Jack negó con la cabeza.

Entonces Molly podría haberse puesto furiosa, haberle exigido respuestas y citado la Biblia. Pero en lugar de ello fue hasta él. Le secó las lágrimas, se sentó a su lado en el sofá y le cogió la cabeza con ambas manos.

—He hecho una tontería, Molly —dijo Jack. Se recostó contra su mujer. Su olor le resultaba natural, conocido. Tenía la piel suave, mucho más suave que la de Travis. Por primera vez en muchos años, Molly le acarició con suavidad el pelo.

—¿Quieres hablar de ello? —preguntó.

—La verdad es que no —dijo Jack.

Molly no insistió.

En algún lugar de Pensilvania

Ahora

Bajé un poco la ventanilla de mi lado para que entrara aire fresco en el Prius.

—En cuanto llegó internet, empecé a investigarlo —dijo Stuart—. Por entonces no teníamos en casa, así que tenía que entrar desde la biblioteca de mi instituto. Busqué información sobre otros niños desaparecidos, o asesinos de niños condenados que podían haber tenido algo que ver con lo ocurrido.

Circulábamos por un largo tramo de autovía. Detrás de los robles blancos y los arces noruegos que flanqueaban la carretera había campos interminables y alguna que otra granja solitaria. El mundo parecía más grande en aquel lugar, desde luego más que en mi pequeño y cómodo rincón de Melbourne. A medida que el sol subía por el horizonte dejando al descubierto una extensión de tierras cada vez mayor, tenía la sensación de que estábamos siendo absorbidos, de que, más que atravesar el país, estábamos adentrándonos en él.

—Por entonces había un máximo de horas que podías estar navegando —continuó Stuart—. Así que pasaba treinta minutos frenéticos, imprimiendo toda la información que encontraba. Cuando se me acababa el tiempo, recogía el material de lectura, me lo llevaba a casa escondido en la mochila y rezaba para que mis padres no se enteraran.

—¿Tan grave habría sido? —pregunté—. Tu comportamiento parece bastante normal, dadas las circunstancias.

Se encogió de hombros.

—Lo más seguro es que me hubieran mandado al psicólogo.

No te habría venido mal, pensé.

—Entonces, ¿llevas desde el instituto investigando sin parar?

—Durante una época corta en la universidad intenté olvidarme de todo el asunto fumando un montón de hierba, pero eso solo me ayudó un tiempo. Estaba enganchado. A la investigación, quiero decir, no a la hierba. Si te soy sincero, lo sigo estando. Esta cosa —impulso, necesidad, compulsión, lo que sea— estaba ahí. Y no se puede volver a meter el dentífrico en el tubo. Luego conocí a Claire y me ayudó a evitar que mi obsesión se convirtiera en patológica… y en parte lo consiguió.

—Suena a amor.

—No te habría encontrado sin ella.

Nunca le había visto tan vehemente ni emotivo y por primera vez sentí una gran empatía hacia aquel hombre.

Si perdiera a Amy, yo haría lo mismo, pensé.

—¿Qué tal lo llevó Emma? —pregunté.

—Te organizó un funeral.

—¿Perdón?

—Sí. Llenó una caja de madera con tus libros y juguetes y la enterró detrás de su casa. Invitó a toda la familia, pero yo no fui.

—¿Por qué no?

—Me pareció que era como darse por vencido.

Imaginé a Emma Went llorando a su hermana pequeña mientras, en otro continente, era posible que yo estuviera bajando en bicicleta por Oliver Street, o sentada en el cuarto de estar viendo la televisión con Amy, o paseando con Dean, o con mi madre mientras me cepillaba el pelo.

—¿Pensaste alguna vez en no decirme nada? —pregunté—. No solo por mí, sino por tu familia. Si habían encontrado una manera de seguir adelante, entonces…

—¿Has leído *Enoch Arden?* —me interrumpió.

—No.

—Es un poema inglés del siglo XIX. Lo estudiamos en el instituto. Habla de un soldado, Enoch Arden, que naufraga y pasa diez años en una isla desierta. Cuando por fin vuelve a su familia, se detiene delante de su casa y mira por la ventana. Ve que su mujer ha vuelto a casarse. Es feliz, ha conseguido dejar atrás el pasado. Enoch lo entiende y decide no entrar porque sabe que su mujer está mejor sin él. Así que se marcha y muere de pena.

Me temblaban las manos.

—El señor Baily nos mandó hacer un comentario sobre el poema —dijo Stuart—, explicando por qué Enoch tomó esa decisión y, sobre todo, si era más acertada.

—¿Y tú crees que lo era?

Rio.

—Evidentemente no. Si yo fuera Enoch Arden, no habría dudado ni un segundo. Habría echado la puerta abajo y me habría liado a puñetazos con el marido nuevo. Igual eso me convierte en egoísta. ¿Tú qué piensas?

—¿De Enoch Arden?

—De… esto. ¿Preferirías que no te lo hubiera contado?

—Todavía no lo he decidido —dije—. Siempre me he considerado realista, más de «pastilla roja», pero la verdad es que tengo miedo.

—¿Miedo de qué?

—Del daño que puedo hacer a mi familia. Amy y Dean son mis únicos referentes en mi vida, las únicas relaciones a largo plazo que he tenido.

Stuart se quedó callado. Se inclinó hacia delante y encendió la radio. Supuse que así daba por terminada la conversación. No me importó. El zumbido melódico del motor y la cháchara amortiguada del coloquio radiofónico apaciguaron mis agitados pensamientos.

Continuamos por la ancha carretera panorámica a través de Pensilvania y hasta Virginia Occidental, rodeando poblaciones rurales, dejando atrás grandes extensiones de cultivos y bosques, atravesando maizales y plantaciones de tabaco. No hablamos mucho, pero cuanto más tiempo pasábamos en la carretera, más cómodos estábamos en silencio. Poco a poco fui teniendo la impresión de que empezábamos a acostumbrarnos el uno al otro.

Después de recorrer tantos kilómetros que el respaldo de mi asiento tenía la huella perfecta de mi espalda, llegamos a Martha, en Virginia Occidental. Era un pueblo miserable de casas deshabitadas, edificios de cemento abandonados y cobertizos de chapa. Paramos en el Big Wind Motor Inn, un cubo de cinco pisos que surgía del suelo como un pulgar gigantesco y color mostaza, a alrededor de las ocho de la tarde. Cogimos una habitación cada uno y quedamos para

desayunar antes de ir a ver a Emma.

Mi habitación era individual estándar. La cama era mullida y funcionaba la calefacción. Me di una larga ducha, casi todo el rato sentada en la baldosa contemplando mi ombligo llenarse de agua. Después me senté en la cama y pasé de un canal a otro, viendo noticias locales y sintiéndome extranjera en tierra extraña.

Sonó mi teléfono. Era Dean. Lo puse en silencio y miré su nombre en la pantalla. Me vino a la cabeza una imagen de lo más nítida: de Dean mirando su teléfono con expresión alicaída, llevándose una mano a la cara, los ojos llenos de lágrimas. Con un suspiro, descolgué.

—Hola, Dean.

—Gracias a Dios —dijo—. Ya me estaba hartando de hablar con tu contestador.

—Lo siento. He estado ocupada.

—¿Dónde estás? Como no me cogías, fui hasta tu casa. Tu vecina, esa mujer grande, me dijo que no te había visto. Así que llamé a tu trabajo y tu jefe me dijo que te habías cogido unas semanas.

—Necesitaba un poco de tiempo.

—Amy se está volviendo loca —dijo Dean—. Entiendo que no contestes a mis llamadas, pero no hay necesidad de castigar a tu hermana por…

—¿Cuánto le has contado?

—¿De qué?

—De Sammy Went, joder.

—No le he contado nada, Kim. Y no es porque no me haya preguntado.

—Tengo que colgar, Dean.

—Espera, Kimmy. Entiendo que necesites espacio. Tómate el que necesites. Pero, por favor, no me digas que estás pensando en ir a Estados Unidos.

—No lo estoy pensando. Estoy aquí ya.

Hubo un silencio al otro lado del teléfono.

—Kim, no vuelvas a Manson.

—¿Por qué no?

—Hay cosas que no sabes.

—¿Cómo qué?

—… No puedo. Se lo prometí a tu madre.

—Dile a Amy que la quiero.

—Kim, espera…

Colgué y apagué el teléfono. Luego encontré una botella de vino en el minibar y subí el volumen del televisor. Se suponía que el sonido tenía que acallar los pensamientos que me gritaban dentro de la cabeza, pero no ayudó gran cosa. El vino, en cambio, sí.

Unas horas más tarde me quedé dormida pensando en la familia, la vieja y la nueva.

Había dos enormes águilas de plástico a ambos lados de un gran letrero de madera encima de la entrada al parque de caravanas. El letrero decía *Elsewhere Park*. Las águilas estaban pintadas con barras y estrellas.

Stuart condujo despacio por el gigantesco parque, orientándose por un complicado entramado de calles, algunas de ellas sin salida. Cuando me dijo que Emma vivía en un parque de caravanas había imaginado hogares rotos, jardines sin cuidar, ancianos en mecedoras con la mirada perdida y perros salvajes ladrando atados a una cadena. Pero Elsewhere tenía la energía pintoresca de un *camping* vacacional.

Había niños jugando, chutando balones y montando en bicicleta. Gente que paseaba perros. Tuvimos que parar para preguntar y siempre encontramos caras amables, amistosas.

—Tenéis que seguir por esta calle hasta que encontréis una caravana Fleetwood rojo oscuro —nos dijo un hombre apoyando un codo en la ventanilla y mientras llenaba una pipa de tabaco igual que un personaje de Tolkien—. Es la casa de Kate Fenton, aunque a saber qué pasará cuando tenga los papeles del divorcio. En cualquier caso, cuando lleguéis a la caravana de Kate, tenéis que torcer a la izquierda y buscar un bungaló color cáscara de huevo. Es la casa del viejo Nigel Ryan y sin duda os regalará un saludo de los suyos cuando paséis delante de su porche. Cuando paséis por donde Nigel, tenéis que buscar…

La casa rodante de Emma era una Fleetwood beis de gran tamaño con un tejado de tablillas y remate color borgoña situada al final de una calle sin salida que bajaba hacia un arroyo poco profundo, alimentado por un manantial. Bien mirado, no parecía un mal lugar en el que criar a una prole. Emma tenía tres hijos adolescentes.

Había sitio en la entrada, pero Stuart dio la vuelta y aparcó en la calle, en la dirección opuesta a la que habíamos venido. Me sonreí, reconfortada por esa maniobra que me resultaba tan familiar.

—¿Por si tenemos que salir corriendo? —pregunté.

—Con Emma nunca se sabe —dijo Stuart sin atisbo de humor.

La puerta delantera de la caravana estaba abierta de par en par y la mosquitera estaba cerrada. Stuart caminó delante de mí y llamó al timbre. Un momento después apareció una mujer flaca; se la veía gris y distorsionada por malla metálica.

—¿Sí? —dijo.

—Soy yo, Em —le dijo Stuart a la silueta detrás de la mosquitera—: Stuart.

—¿Stu? —Abrió la puerta mosquitera con una mano y con la otra se quitó un cigarrillo de la boca. Sonrió radiante—. Joder, ¿qué haces aquí?

Emma tenía cuarenta y un años, pero aparentaba cincuenta. Llevaba el pelo teñido de rubio recogido en una coleta suelta. Tenía la cara bronceada y rugosa. Vestía un polo grande del Burger King.

—Pasaba por aquí —dijo Stuart.

—Sí, por los cojones. Ven aquí.

Tiró el cigarrillo al suelo, lo apagó con el calcetín y abrazó a su hermano pequeño. Con las manos todavía en los hombros de Stuart, dio un paso atrás para mirarlo.

—Ha pasado demasiado tiempo, caraculo.

Stuart negó con la cabeza y se volvió hacia mí.

—Así me llamaba cuando éramos pequeños. Encantador, ¿verdad?

Emma sonrió por entre unos dientes pequeños y torcidos.

—¿Y quién es tu amiga? ¿Nos vas a presentar o qué? Imagino que Claire ha pasado a la historia.

Stuart se puso colorado.

—No, Claire y yo seguimos casados. Esta no es… Es… —Se calló buscando las palabras adecuadas.

—Escupe, caraculo —dijo Emma. Se le borró la sonrisa cuando vio la expresión seria de Stuart.

—Pues… Esta es Sammy.

Emma dio un respingo.

—Encantada de conocerte, Sammy. Teníamos una hermana que se llamaba Sammy. Stu te lo

habrá contado.

—No, Em. Sammy es ella.

Siguió un silencio intenso. Emma nos miró alternativamente a Stuart y a mí.

—No tiene gracia.

—No es ninguna broma. Es ella. La he encontrado. P… p… por fin la he encontrado.

—Que te den. —Las palabras le salieron a Emma de la boca como un suspiro—. Que te den, Stu. —Se le llenaron los ojos de lágrimas.

Stuart también se puso a llorar, lo que me sorprendió. No lo había creído capaz de mostrar sus emociones al aire libre, donde cualquiera podía verlo. Era fácil imaginarlo llorando con la cara pegada a una almohada solo en su casa, o sollozando en silencio bajo el chorro caliente de una ducha, pero no a la puerta de una caravana en Elsewhere.

Emma me cogió por los hombros y por un momento pensé que iba a atacarme. Su expresión era feroz y viva.

—¿Es verdad eso? ¿Eres mi hermana pequeña?

Pestañeé.

—Es posible… probable… —dije—. No lo sé… Sí.

—Pero, ¿y el acento?

—Australiano.

—Joder. —Le fallaron las rodillas. Se dejó caer en el escalón y sollozó. Me arrodillé a su lado y descubrí que también yo estaba llorando.

—No pasa nada —susurré, principalmente porque era lo que se suponía que había que decir a una persona cuando lloraba—. No pasa nada.

—Pensaba que estabas muerta —dijo—. Todos estos años y… joder.

—Shhh —le dije, y le pasé los brazos por los hombros. Estuvimos abrazadas lo que me pareció una hora, aunque probablemente fueron un minuto o dos, antes de que uno de sus hijos asomara la cabeza desde detrás de la puerta de mosquitera, asustado.

—Mamá, ¿qué pasa?

Emma se secó los ojos y se puso de pie. Con una mano siguió sujetando mi brazo con fuerza, como si le diera miedo soltarme.

—No pasa nada, cariño. Estoy bien. Estoy genial, de hecho.

—¿Por qué estáis todos llorando? —preguntó el chico.

Emma rio.

—Son lágrimas de felicidad, Charlie. Ahora, sal a saludar a tu tía.

Manson, Kentucky

Entonces

Entrar en la comisaría del *sheriff* de Manson era como meterse entre las nalgas del diablo. El radiador se había estropeado durante la noche, lo que no habría sido tan grave de no haberlo hecho con el botón de encendido en *on*. Incluso con todas las ventanas abiertas, el edificio parecía una sauna.

De camino a su despacho, Ellis se quedó en la camiseta interior que llevaba puesta desde el día anterior y se frotó el sueño de los ojos febriles, cansados. En las últimas cuarenta y ocho horas había dormido un total de cuatro. Y ese era el menor de sus problemas.

Hacía cinco días de la desaparición de la niña. Cinco días de buscar, organizar, hacer tormentas de ideas, investigar y Dios sabía cuántas cosas más. Cinco días de pedir disculpas, una y otra vez, por no estar más cerca de encontrarla.

Su ayudante Beecher salió del cuartito del café con manchas de sudor en las axilas y bolsas debajo de los ojos grandes como platos.

—He llamado a Barry, *sheriff*. Tiene un trabajo en Redwater y no puede venir a arreglar el radiador hasta mediodía como muy pronto.

—Pareces un cadáver, Beech —dijo Ellis—. ¿Has ido a casa?

—He dormido un par de horas en el calabozo. Tiene gracia, esa habitación me ponía mal cuerpo. Pero ahora mismo, la idea de encerrarme ahí con el camastro y la almohada no suena nada mal.

—Y que lo digas.

—Entonces, ¿qué hacemos con lo del radiador? —dijo Beecher.

—Bueno, supongo que comparado con todo lo demás, un radiador estropeado no es nuestro problema más grave.

—En circunstancias normales estaría de acuerdo con usted, *sheriff*, pero con la rueda de prensa…

—¡Mierda! Es hoy, ¿no?

—Louis cree que deberíamos sacar todas las sillas al césped para que por lo menos los periodistas puedan sentarse en algún sitio sin ponerse a sudar.

—Me parece muy bien —dijo Ellis—. Consígueme una aspirina, haz el favor, Beech.

—¿Tiene jaqueca, jefe?

—Aún no.

Pero estaba seguro de que la tendría antes de que terminara el día. No era tanto la investigación lo que le daba dolor de cabeza como el politiqueo que la acompañaba. Todos tenían un problema y esperaban que Ellis lo resolviera, y cada solución parecía traer consigo un problema nuevo.

La rueda de prensa era un ejemplo perfecto. Lo que debería haber sido una tarea más que

tachar de una lista amenazaba con convertirse en un desastre. Un simple radiador estropeado era lo que separaba un grano de arena de una montaña. ¿Y si se ponía a llover? ¿Cómo interpretaría la prensa una cosa así?

«La policía de Manson se ahoga en cuatro gotas.»

Además, no era solo el condenado radiador. Amelia Turner, del *Manson Leader*, había llamado a la comisaría la noche anterior para pedir un «favor especial». Necesitaba que le reservaran dos asientos para la rueda de prensa en primera fila: uno para ella y otro para su hija de dieciséis años, Beth, fotógrafa en ciernes.

Lo de pedir favores especiales no era ninguna novedad, pero Ellis esperaba medios de comunicación de los condados vecinos, quizá de incluso pesos pesados como la NBC o la CNN. ¿Y si Amelia Turner se quedaba sin sus asientos de primera fila? ¿Les diría a sus colegas del *Leader* que Ellis no tenía autoridad ni para reservar asientos?

O, peor aún, ¿les contaría lo del anuncio en la sección de clasificados? «Afroamericano profesional en activo y atlético…»

Ay, señor.

El problema mayor y peor, por supuesto, era que no tenía nada que contar a los medios de comunicación. No había novedades ni tampoco pistas. El objetivo de la rueda de prensa era solicitar la colaboración ciudadana, pero los periodistas querrían algo. Se vio a sí mismo abriendo la jaula del león y entrando a la hora de la comida sin nada que darle excepto una libra de carne de su espalda.

Imaginó los titulares del día siguiente, no solo el del *Leader*, sino los de todo el país: «*Sheriff* incompetente sin pistas sobre el caso»; «Búsqueda de Sammy en entredicho por torpeza policial»; «Rueda de prensa pasada por agua».

—Y hay otra cosa, jefe —dijo Beecher—. Anoche llamó Clara Yi, del centro penitenciario Greenwood.

—¿Sí?

—Han soltado a Patrick Eckles.

Había oído que la puesta en libertad de Patrick se iba a adelantar. Expresiones como «recluso modelo», «buen comportamiento» o «rehabilitación probada» circulaban por ahí, y era cuestión de tiempo que volviera a casa.

—¿Cuándo ha salido?

—El miércoles —dijo Beecher—. Un día después de que se llevaran a Sammy Went. Se ha librado por poco.

Desde luego que sí. Que Patrick estuviera entre rejas en el centro penitenciario Greenwood era la mejor coartada a la que podía aspirar. De haber salido una semana antes, era posible que todos lo estuvieran acusando a él en lugar de a su hermano pequeño.

—Parece que fue ayer cuando lo detuvimos —dijo Ellis—. Lo han soltado muy pronto.

—Igual encontró a Dios en la cárcel —dijo Beecher.

Ellis resopló, entró en su despacho y se encontró con que el teléfono parpadeaba. Tenía diecisiete mensajes en el contestador. Se sirvió un café y se sentó a su mesa para oírlos.

El primero era de un ayudante del *sheriff* de Coleman. El Departamento de Policía de Coleman había proporcionado personal e investigado pistas de fuera de la ciudad y, por un nanosegundo, Ellis pensó que quizá tuvieran algo que dar a los hambrientos periodistas. Pero el ayudante del *sheriff* no tenía novedades. *Quien dijo eso de que la falta de noticias es una buena noticia puede irse a tomar viento,* pensó mientras pulsaba el botón para oír el siguiente mensaje.

Piii.

El mensaje siguiente era de Doris Wong, una vecina cotilla que se las había arreglado para conseguir el teléfono directo de Ellis. «Puede que te haya hecho tu trabajo, *sheriff*», decía el mensaje. «Un hombre negro de mediana estatura con pantalones caídos y holgados acaba de pasar por mi calle. Parecía de lo más sospechoso.»

Piii.

Los dos mensajes siguientes también eran de Doris Wong para añadir lo que, al parecer, consideraba detalles pequeños pero significativos: «Ah, se me ha olvidado decir que el perpetrador llevaba gorra de béisbol. La gorra era azul y la llevaba del derecho. Algunos las llevan del revés, pero este no».

Piii.

«Soy yo otra vez, Chester. Han pasado quince minutos desde mi última llamada, así que aquí estoy, mirando por la ventana preguntándome por qué no has mandado un coche patrulla para recogerme y ayudaros a hacer un retrato robot del sospechoso ahora que todavía tengo los detalles recientes…»

Piii.

«Ah. Uy. Hola.» Era una voz de mujer, agradablemente nerviosa. Ellis no la identificó. «Esto es muy raro, perdón. Me llamo Sue Beady y, esto... Bueno, mido uno sesenta, peso sesenta y ocho kilos en mis días buenos, estoy a punto de celebrar mi cincuenta y tres cumpleaños y no me importa decirlo. A ver, ¿qué más? Qué raro me resulta esto. No estoy acostumbrada a hacer estas cosas.»

Ellis sujetó el teléfono entre el hombro y la mejilla y encontró un bolígrafo que escribía. Apuntó el nombre y las medidas de la mujer. No sabía bien por qué, pero para una investigación los detalles eran esenciales y aquello, sin duda, eran detalles.

«Tengo pelo rubio, ojos castaños y, oye, el resto mejor que sea una sorpresa, ¿no?» Rio. Tenía una risa preciosa. «Vaya, hombre, aquí estoy describiéndome y seguramente no tienes ni idea de por qué llamo. Leí tu anuncio en el *Leader*. El de “profesional en activo”, “atlético”, “valores cristianos” y todo eso.»

Ellis dejó el bolígrafo y sujetó el teléfono con ambas manos pegado a la oreja. Se le encendieron las mejillas.

«A ver, yo no soy de misa dominical», continuaba el mensaje de Sue Beady. «Pero creo en los diez mandamientos y trato de incumplirlos lo menos posible. Lo de honrarás a tu padre y a tu madre no se me dio demasiado bien, pero es que Dios no tuvo la desgracia de conocer a Frank y a Carla Beady, que, dicho esto, en paz descansen. En cualquier caso, si te apetece salir a cenar con una desconocida de metro sesenta y sesenta y ocho kilos de peso, llámame.» A continuación decía su número de teléfono. «Y si no lo haces, te prometo que no me lo tomaré a mal. Que pases un buen día.»

Piii.

Había tres mensajes más, pero ninguno importante y, de haberlo sido, es posible que Ellis no los hubiera oído siquiera. La voz suave y hermosa de Sue seguía resonando en sus oídos.

La rueda de prensa estaba prevista para las diez de la mañana. A las nueve y cuarto, el jardín delantero de la comisaría rebosaba de periodistas, productores, cámaras, fotógrafos y mucha más gente ocupada en distintas tareas.

El aparcamiento estaba atestado de equipos móviles de televisión, cada uno con su acrónimo: CNN, NBC, STKV, WKYP, GRMTV. Entre otros. Y llegaban más vehículos, que aparcaban delante de casas y en las aceras, sin importarles un comino las normas de tráfico. La fila llegaba

hasta Francis Avenue y daba la vuelta a la esquina.

Además de eso, medio pueblo estaba allí. Ellis no había esperado que se presentara tanta gente, pero lo entendía. Aquella niña representaba a todos los niños de Manson y lo que le ocurriera, fuera lo que fuera, representaba todo lo malo. Cosas como asesinos en serie o violadores. Cosas que ocurrían en lugares lejanos como Fráncfort, Nueva York o Detroit.

Ahora las cosas malas habían llegado a Manson.

Mientras Ellis observaba la marea de gente desde las escaleras de entrada, Beecher se acercó a él y dijo:

—No vamos a tener sillas para tanto trasero, jefe.

—No pasa nada, Beech. Que se queden de pie.

Beecher había dispuesto varias filas de sillas plegables en ángulo. Incluso había puesto pequeñas tarjetas de «Reservado» en dos de los asientos de primera fila para Amelia Turner y su hija. Faltaba un estrado, pero, en líneas generales, Beecher había hecho un buen trabajo.

—Bien hecho, Beech —dijo Ellis.

Beecher se puso como la grana.

—Como organizador de bodas no habría tenido precio.

—No es demasiado tarde para cambiar de profesión —dijo Ellis, y no bromeaba del todo.

La familia de Sammy (Jack y Molly Went, su hija adolescente, Emma, y el niño de nueve años, Stu) llegó poco antes de las diez. La prensa los asaltó de inmediato.

Los Went estaban incoloros; eran figuras en blanco y negro abriéndose paso entre un colorido paisaje de periodistas. La cara de Molly era apática y seca, Jack daba la impresión de llevar días sin comer y tenía una…

¿Una venda?, se preguntó Ellis. *¿Llevaba Jack Went la mano derecha vendada?*

Como si le hubiera leído el pensamiento, Molly pasó un brazo por debajo del de Jack y le cogió la mano, tapándola.

Eran la viva imagen de la tristeza, pero lo más duro era ver al pequeño Stu. Estaba frágil y pálido; un cuerpo vivo que se ha quedado sin alma.

Ellis tuvo que hacer un esfuerzo por no llorar. Si Sammy representaba lo que podía ocurrir cuando llegaban las cosas malas a Manson, Stu Went era para Ellis un recordatorio punzante de su culpa y su fracaso. La infancia de aquel niño desaparecía como agua por el desagüe de una bañera. Necesitaba que alguien pusiera un tapón a aquel agujero. Necesitaba esperanza, y Ellis no podía dársela.

Empezaron a temblarle las manos, así que se las metió en los bolsillos del pantalón y encontró un papel doblado con sus notas para la rueda de prensa. Lo sacó y lo desdobló. Su escritura apenas ocupaba media página. Todo el espacio en blanco que quedaba era como una acusación.

—Ya es la hora, jefe —dijo Beecher.

Más que una rueda de prensa, fue como un pelotón de fusilamiento. Sin pistas ni respuestas que ofrecer, Ellis no consiguió convencer a nadie de que el *sheriff* local estaba capacitado para encontrar a Sammy Went. Hubo preguntas muy difíciles, pero la que más le dolió vino precisamente de Amelia Turner, vecina de Manson. Desde su asiento reservado en primera fila, y armada con una grabadora plateada que lo apuntaba como una pistola, había preguntado: «¿Qué seguridad tiene de resolver este caso, *sheriff?*».

Este había farfullado una respuesta vaga que no conseguía recordar y que imaginaba leería en la edición del *Leader* del día siguiente.

Luego había vuelto a su despacho y se había desplomado en su silla sintiéndose como una

herramienta vieja colgada en algún cobertizo. Miró la libreta en su mesa. Había escrito con pulcritud el número de teléfono de Sue Beady en el arranque de una página en blanco. No era el momento idóneo para concertar una cita, pero llevaba unos días muy negros. Necesitaba un poco de luz. Así que marcó el número en su teléfono con dedos sudorosos y le salió el contestador.

«Eh… sí, hola», le dijo al contestador. «Soy Chester Ellis. Me has llamado y dejado un mensaje, así que ahora lo hago yo.» Se interrumpió para darse una palmada en la frente. «Hay un restaurante italiano elegante en Redwater que se llama Barracuda's. Bueno, en realidad, ahora que lo pienso, no sé si es muy elegante, pero hacen buenas pizzas. Y si estás libre en algún momento, me gustaría aceptar tu ofrecimiento. Ah, puedes llamarme, si quieres. Tienes mi teléfono del trabajo. O puedes llamarme a casa. El número es…»

La mujer descolgó.

—Chester, ¿estás ahí?

—Sí, señora.

—¿Qué te parece el domingo?

—¿Perdón?

—Para cenar en la pizzería elegante —dijo—. ¿Demasiado pronto?

Ellis tomó aire.

—No es demasiado pronto.

—Estupendo. Aunque tengo una condición.

—¿Cuál?

—Que no me llames señora.

Ellis sonrió.

—Hasta el domingo entonces.

Segundos después de colgar el teléfono, entró Beecher en el despacho enjugándose el sudor de la frente.

—Parece que hemos encontrado algo, jefe.

Ellis detuvo el coche patrulla en el extremo norte del aparcamiento del lago, donde la búsqueda de Sammy seguía en marcha. Algunos voluntarios charlaban en la gran carpa junto a la caravana de la Luz Interior. La iglesia se había instalado allí al día siguiente de la desaparición de Sammy. Puede que fueran un hatajo de chiflados, pero Ellis agradecía toda la ayuda que pudieran proporcionar.

Aparcaron. Ellis y Beecher bajaron del coche y fueron al encuentro del ayudante del *sheriff* Louis.

—¿Habéis encontrado algo, Louis? —preguntó Ellis.

—Es posible, jefe. Uno de los buzos ha visto algo a la altura de Willow's Point. Puede no ser nada, pero pensé que debía oírlo de primera mano.

Los condujo al embarcadero, donde una mujer de corta estatura estaba guardando su equipo de buceo en la parte de atrás de una camioneta. El traje de neopreno estaba colgado del espejo retrovisor lateral y chorreaba. Entre viaje y viaje del embarcadero a la camioneta daba ávidos mordiscos a un sándwich.

—Oficial Beaumont, estos son el *sheriff* Ellis y su ayudante Beecher —dijo Louis—. Beaumont es una de los mejores buzos de Coleman y se maneja muy bien con una botella de oxígeno, así que nos ha estado ayudando en la búsqueda.

—Cuando esto termine, vamos a deber al Departamento de Policía de Coleman un millón de favores.

—No tiene ninguna importancia —dijo la mujer—. Llamadme Terry.

—¿Qué has encontrado, Terry?

—Estaba en el agua cerca de Willow's Point. Como podréis imaginar, buscar un cuerpo en el lago Merri es como buscar una virgen en un prostíbulo.

Beecher suprimió una risa.

—Willow's Point está lejos de cualquier carretera; no es el lugar ideal donde tirar un cuerpo a no ser que estés dispuesto a cargar con él diez o doce kilómetros.

—O que tengas una barca —dijo Beecher.

—Aun así. La forma del lago se estrecha mucho allí y hay un montón de rocas escarpadas en las que encallar. Si esa niña terminó en el agua y los peces han dejado algo que podamos encontrar, supuse que Willow's es un lugar tan bueno como cualquier otro donde buscar.

—¿Y encontraste algo? —preguntó Ellis.

—En el agua no. Fuera, puede. En esta época del año el cieno es un auténtico coñazo y la visibilidad es pésima, así que tuve que salir mucho a la superficie para limpiarme la mascarilla. Una de las veces me fijé en que un hombre me miraba desde la orilla. —Lanzó una correa sobre su equipo de buceo y fue al otro lado de la camioneta para sujetarla—. No tenía pinta de cazador ni de senderista, y tampoco llevaba aperos de pesca. Mi bote hinchable era la única embarcación en el agua y, como he dicho, la zona está a kilómetros de distancia de cualquier carretera de acceso. Así que enseguida pensé que aquello no cuadraba. Entonces me hizo un gesto con la mano, como si quisiera hablar conmigo.

—¿Hablaste con él?

Terry empujó la puerta trasera de la furgoneta, la cerró y asintió con la cabeza.

—Nadé cinco o seis metros, pero no quise acercarme más. Por lo general buceo con un compañero, Dave, pero su mujer está a punto de dar a luz su tercer hijo y no le deja salir de casa si no es para comprar pastelitos. Así que me quedé a una distancia prudencial. Por si las moscas. Aquel tío en mitad de la nada me daba mala espina. Cuando estuve lo bastante cerca, me preguntó si estaba en el grupo de búsqueda de la niña que había desaparecido. Cuando le dije que sí, me preguntó si habíamos encontrado algo.

Ellis esperó.

—¿Eso es todo?

—¿Os acordáis de Virginia Schorbus? —preguntó Terry.

—El nombre me suena.

—Virginia Schorbus desapareció de Redwater en… Vamos a ver, debió de ser en el 81 o el 82. Fue un caso muy sonado. Un compañero mío trabajó en él y me contó que había un tipo que siempre andaba por allí haciendo preguntas, ayudando en la búsqueda. Incluso les preparó un rollo de carne a los padres de la víctima. En el momento nadie le dio importancia, pero un par de meses después encontraron el cuerpo de Virginia enterrado en su jardín trasero.

—Uf —dijo Beecher—. Se me ha puesto mal cuerpo. ¿Por qué hacía eso?

—Es posible que quisiera enterarse de cómo iba la investigación —dijo Terry—. O que lo excitara, por la sensación de poder y todo eso. En cualquier caso, es lo que me vino a la cabeza cuando el hombre del lago empezó a hacer preguntas. Así que le pregunté su nombre. Sin decir otra palabra, se dio la vuelta y regresó al bosque. Como si lo hubiera espantado.

—¿Hace cuánto de esto? —preguntó Ellis.

—No han podido pasar más de veinte o treinta minutos. Volví aquí en cuanto pasó.

—¿Pudiste verlo bien?

—Cuando estoy en el lago no llevo las gafas —dijo Terry—. Claro que las de bucear son

graduadas. Pero tenía pelo oscuro. Puede que tuviera treinta y muchos o cuarenta y pocos años. No puedo estar segura.

—¿Podrías describirlo para un retrato robot?

—Puedo intentarlo —dijo Terry.

—¿Nos puedes indicar en el mapa dónde lo viste?

Beecher desplegó un mapa de Manson encima del capó de la camioneta de Terry. Ellis y él sujetaron cada uno una esquina para que no se volara, mientras Terry señalaba el sitio con una pequeña equis roja.

—¿Qué me dices, Beecher? —dijo Ellis—. ¿Te apetece dar un paseo?

Antes de que a este le diera tiempo de contestar, del bosque llegó un silbido agudo. Los pájaros abandonaron los árboles espantados. El silbido duró cinco o seis segundos y lo siguió una serie de bocinazos breves y agudos.

—¿Se puede saber qué ha sido eso? —preguntó Beecher.

Ellis miró hacia los árboles.

—Uno de los buscadores ha encontrado algo.

Ellis, Beecher, Louis y una fila de voluntarios corrieron hacia el bosque sorteando los altísimos árboles. Se abrieron paso rodeados de olor a plantas en descomposición, tierra húmeda, leña y lluvia. Cada treinta o cuarenta segundos, el pitido volvía a oírse y Ellis se guiaba por él para orientarse.

A alrededor de medio kilómetro del lago se encontraron con Harry Barr. Además de ser miembro de la Iglesia de la Luz Interior, Barr era teleoperador de la compañía de asistencia en carretera Easy-Time Towing y, por lo que Ellis sabía, aspirante a novelista. Llevaba el pelo recogido en una larga trenza. Cuando los vio, el silbato le quedó colgando del cuello. Tenía los carrillos rojos de tanto soplar.

—Por aquí —dijo. Había marcado un trozo de suelo con una banderita amarilla, pero Ellis no conseguía ver lo que había encontrado—. Está aquí, al lado del arbusto.

Cuando estuvieron a unos seis metros de Harry, Ellis le dijo a Louis que impidiera acercarse a los voluntarios. Beecher y él se aproximaron con cautela. La hierba alrededor de la bandera estaba húmeda y llena de pisadas.

—Me temo que esas huellas de botas son mías, *sheriff*.

Ellis se arrodilló junto a la bandera y examinó el suelo del bosque. A los pies de una mata de calistemo había un gorila de peluche. Estaba empapado, sucio de tierra y barro.

—¿Cree que es de la niña, *sheriff?* —preguntó Harry.

—Veremos si la familia lo reconoce —dijo este, pero su instinto le decía que era de Sammy. Tenía que serlo. Había estado allí. Había estado allí mismo.

Ellis se puso de pie con un crujido de articulaciones y un gruñido e inspeccionó los alrededores. Los rodeaban antiguos pinos de Virginia que por momentos obstruían los rayos de sol.

—Una niña de dos años no se aleja tanto de casa sola. Alguien la trajo hasta aquí. El muñeco debió de caérsele por el camino.

El único motivo lógico que se le ocurría para llevar una niña pequeña hasta allí era el asesinato. Estaba seguro de que Beecher, e incluso Harry, pensaban lo mismo, pero los tres tenían la prudencia de no decirlo en voz alta. Quien se hubiera llevado a Sammy hasta allí buscaba intimidad, y Ellis sabía dónde había podido encontrarla.

La silueta irregular del molino se alzaba ante ellos. Era un lugar deprimente, lleno de aristas

cortantes, pintadas y cristales rotos.

Se aproximaron desde el lado sur. Quince metros antes de llegar al molino vieron un edificio gris de poca altura con todas las ventanas tapiadas. Sobre la puerta de entrada estaba escrito, en letras blancas desconchadas, CENTRO DE VISITANTES. Solo que la V y la R habían desaparecido hacía tiempo, dejando solo líneas imprecisas. Ellis vio que el pestillo estaba roto. Lo habían golpeado con algo pesado, como una piedra o una palanca. La madera de alrededor estaba astillada y hundida, formando un dibujo de estrella dentada.

—Niños, lo más seguro —dijo Beecher, pero tenía las mejillas encendidas.

—Puede —dijo Ellis. Empujó con suavidad la puerta, que se abrió con un chirrido. La luz se colaba entre las ventanas condenadas proyectando franjas amarillas en la habitación vacía. Los mostradores ya no estaban, pero habían dejado marcas blancas en el suelo.

—¿Qué me dice de esto? —preguntó Beecher. Había encontrado varios montones ordenados de cristal y tierra detrás de la puerta, como si alguien hubiera barrido—. Los niños no suelen recoger, ¿verdad?

Ellis sacó la linterna para iluminar una forma contra la pared del fondo. Era un macuto del ejército. Junto a él había un saco de dormir desenrollado, una almohada hinchable, una lámpara de propano y una garrafa de plástico llena de agua hasta la mitad.

—Alguien ha estado durmiendo aquí.

—¿Cree que es el tipo al que vio la buceadora?

—Es difícil saberlo.

Ellis examinó el macuto a la luz de su linterna y le vino a la cabeza un pensamiento atroz. *Una niña de dos años cabe ahí.*

Sujetó la linterna debajo de la axila y bajó despacio la cremallera del saco rezando para no encontrarse los ojos sin vida de una niña muerta. Por suerte, dentro del macuto no había ningún cadáver. Solo una manta de lana, cerillas, una docena de latas de atún y una bolsa de papel marrón. Dentro de la bolsa había cómics: *X-Men, Barman, Wonder Woman.*

—¿Quiere que avise por radio? —preguntó Beecher—. ¿Que diga que hemos encontrado la escena del crimen?

—No —dijo Ellis—. Vamos a dejar todo exactamente como lo hemos encontrado. Es posible que el dueño de estas cosas vuelva a por ellas. Avisa por radio a Herm y a Louis. Diles que quiero que vigilen este lugar.

Mientras Beecher llamaba a Herm y Louis para que montaran guardia, Ellis fue a inspeccionar el molino. Empujó la puerta a un lado y se detuvo en silencio en el umbral. Sombras gigantescas se transformaban en correas y poleas cubiertas de polvo. Entonces distinguió el esqueleto del segundo piso medio derruido.

El cemento bajo sus pies estaba húmedo en algunas partes, cubierto de botellas rotas, preservativos usados y una revista pornográfica empapada. Olía a pis.

Subió las escaleras, que rechinaron y gimieron bajo su considerable peso. Se imaginó cayendo al piso de abajo, sepultado en basura y escombros. Por suerte, consiguió llegar ileso al rellano del piso de arriba.

La parte exterior de las ventanas estaba cubierta de enredaderas. La escasa luz que dejaban pasar proyectaba sombras selváticas en el suelo del molino. Allí no había más que escombros.

De camino al piso de abajo reparó en que una de las paredes estaba cubierta de palabras. A la luz de su linterna, escudriñó aquel mar de nombres escritos a mano:

Stephen Rumbold, Catherine Dixon, Margie Foss, Ellia Fleming, Patricia Carrasco, Jerry Baker, Robert Ammerman, Trinity Hinkle, Karen Garland…

Apareció Beecher en el umbral.

—Vienen para acá, jefe. ¿Ha encontrado algo más?

Ellis señaló la pared con la linterna.

—¿Qué crees que es esto, Beech?

Beecher entró en el molino y se unió a Ellis frente a la pared. Miró los nombres.

—Es una de esas leyendas urbanas, jefe.

—¿Qué quieres decir?

—Se supone que tienes que escribir el nombre de tu enemigo en esta pared y al cabo de veinticuatro horas estará muerto.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo contó mi hermano pequeño. A veces viene aquí con sus amigos.

—¿Y de esto sabe algo tu hermano pequeño?

Ellis enfocó la linterna a la revista pornográfica.

Beecher rio.

—¡Espera un momento! —dijo Ellis acercándose a la pared. Era posible que tuviera las articulaciones hechas una pena y empezara a quedarse sordo, pero tenía la vista de un jovencito —. Mira esto, Beech.

—¿Qué pasa, jefe?

Sin decir nada, Ellis enfocó la linterna para iluminar un nombre entre cientos: *Sammy Went*.

Martha, Virginia Occidental

Ahora

Estábamos sentados en el cuarto de estar de la caravana de Emma, alrededor de una falsa chimenea de ladrillo en la que ardía una estufa de gas. Todas las paredes de la casa estaban cubiertas de fotografías enmarcadas, pero en ninguna de ella vi a Sammy Went.

Los hijos de Emma —Charlie, de doce años; Harry, de quince, y Jack, de dieciocho— estaban apretujados en un sofá estudiándome como el tribunal de un examen. Eran todos chicos guapos. Emma había decidido que los dos mayores tenían edad suficiente para beber, así que compartían una lata de cerveza Pabst. Charlie en cambio tenía que contentarse con leche chocolateada.

—Hice una prueba de ADN y salió que éramos hermanos —dijo Stuart. Estaba sentado en una butaca junto a la ventana—. Y las fechas coinciden. Las fotos de infancia de Kim coinciden con las de Sammy y su padrastro prácticamente lo confirmó.

—¿Qué es eso de que «prácticamente lo confirmó»? —preguntó Emma. Estaba sentada a mi lado cogiéndome fuerte del brazo y fumando.

—No lo negó —dije—. Dean, mi padrastro, no conoció a mi madre hasta que yo tenía dos años. Pero en algún momento después ella debió de confesarle… Debió de contarle… que yo no era su hija biológica.

—¿Y fue ella la del…? ¿La que te secuestró?

—No lo sabemos —dijo.

—¿Qué te dijo cuando se lo preguntaste?

—No se lo he preguntado. No he podido. Murió hace cuatro años.

Emma frunció el ceño.

—Pues vaya putada.

Lo cierto era que no yo estaba segura de haber sido capaz de preguntárselo a mi madre de haber estado viva. Que Dean hubiera sido cómplice ya me había roto el corazón, pero al menos él tenía una excusa para mentir, por pobre que fuera. Estaba protegiendo a su mujer y cumpliendo una promesa. Pero Carol Leamy me arrancó de mi familia. Habría necesitado todas mis fuerzas para hacerle la pregunta y más aún para asimilar la respuesta. De haber estado ella con vida cuando Stuart me abordó, es posible que nunca me hubiera puesto en contacto con él.

—¿Habéis hablado con la policía? —preguntó Emma—. El FBI tiene un expediente sobre Sammy, ¿no? Si lo que decís es verdad, querrán saberlo.

—Aún no hemos hablado con nadie —dijo Stuart.

—¿Por qué no?

Stuart me miró.

—Porque lo estamos haciendo todo al ritmo de Kim. Y eso me recuerda, chicos, que de momento esto no se puede contar a nadie. ¿Vale?

Jack, Harry y Charlie miraron a Stuart al unísono con la misma expresión aturdida y bocas en forma de «o», como si la hubieran ensayado.

—Lo que quiero decir es que no le contéis nada de esto a vuestros amigos del instituto. Ni mandéis un tuit o esas cosas.

Emma se volvió hacia mí.

—¿Has pensando en dar una rueda de prensa? —preguntó.

—Una rueda de prensa… No.

—Tesoro —dijo—, no quiero ni imaginar por lo que estás pasando y supongo que toda esta mierda ya te ha hecho mucho daño, pero tienes que entender que no eres la única aquí que va a tener preguntas. Y no me refiero solo a la policía. Lo que tenemos aquí es una historia real. Y todos van a querer un trozo; más vale que lo tengas presente. Si no lo controlas, este asunto pronto se te va a ir de las manos.

El control es una ilusión, pensé.

Emma me soltó el brazo, me miró a los ojos y me lo cogió de nuevo.

—No tenemos que decidirlo ahora mismo, pero sí tenerlo presente ¿Me oyes?

—Sí… —dije.

—¿Tú qué crees que pasó? —preguntó.

Stuart contestó por mí.

—Su secuestradora pasaba por la ciudad, quizá estaba visitando a alguien de Manson, cuando vio a Sammy en algún sitio con sus padres. En el parque de Wilton Street, por ejemplo, o haciendo la compra en Home Foods. Es posible que hubiera perdido un hijo hacía poco o tuviera un historial médico de enfermedad mental que…

—Le he preguntado a Kim.

Ambos me miraron. Yo tenía la boca seca y la cerveza no ayudaba.

—No lo sé. Esto os va a parecer ingenuo, pero la madre que conocí no era la clase de persona capaz de hacer algo así.

—Pero sí era capaz de mentirte durante toda tu vida —dijo Emma—. Lo que quiero decir es que en realidad no sabes qué clase de persona era. —Se volvió a su hermano—. Refréscame la memoria: ¿hubo declaraciones de testigos que mencionaran haber visto a una mujer cerca de nuestra casa coincidiendo con la desaparición?

Stuart negó con la cabeza.

—No hubo mujeres sospechosas. Aparte de mamá, claro.

—¿Vas mucho a Manson? —le pregunté a Emma.

—Uf. Hui de Manson con diecinueve años y no he vuelto más de una docena de veces. Es lo que se dice de Manson: «No te vas, huyes». Aquello fue… —se interrumpió y contó con los dedos que sostenían el cigarrillo— seis años después de que pasara todo. Me marché a Cincinnati con Karl Asbrock, también de Manson. Es el padre de Jack.

La lavadora estaba en la habitación contigua. Cuando cambiaba de ciclo, las paredes de la caravana temblaban.

—Las cosas no funcionaron entre Karl y yo. Después del divorcio supongo que estuve un tiempo sin rumbo. Me matriculé en la universidad, la dejé, conocí a Ron —mi marido actual—. Luego tuve a estos dos trastos. —Señaló a sus hijos en el sofá—. Y supongo que el resto es historia.

El sol de la tarde entró por la ventana iluminando cientos de ácaros suspendidos en el aire.

—Ron no pasa mucho tiempo en casa —dijo, encendiendo otro cigarrillo—. Conduce camiones, cosa que odio bastante. Pero seguramente por eso llevamos tantos años casados. La

ausencia hace el cariño.

—Y tú ¿sigues trabajando en el Burger King? —preguntó Stuart.

Yo no detecté condescendencia en su voz, pero Emma sí debió de hacerlo.

—No todos podemos ser contables. —Aludió a la profesión de su hermano con el mismo tono afectado que podía haber usado de ser Stuart un científico espacial, un neurocirujano o el rey de Inglaterra.

Stuart levantó las manos para defenderse.

—Pero ¿qué he dicho?

Emma se dirigió a mí.

—Trabajo solo en el turno de desayunos. Ron gana bastante dinero con el camión, pero, si no trabajara, me volvería loca, ¿vale?

Me terminé la cerveza. Emma se levantó para servirme otra sin preguntarme siquiera. Eso me encantó.

Volvió a sentarse a mi lado, abrió su lata y sonrió.

—Entonces, ¿se puede saber qué pasó contigo? —Dio un trago de cerveza y eructó con suavidad—. ¿Dónde creciste? ¿Qué estudiaste? ¿Estás casada? ¿Tienes hijos? Es evidente que no te has pasado la vida encerrada en una mazmorra comiendo cabezas de pescado.

—Ja. No.

—Bueno, chica. Pues cuenta.

Algo ebria por la lata y media de Pabst, le hice un resumen de mi vida hasta que Stuart entró en ella. Le hablé de mi infancia en Australia, de Dean, de Amy.

Cuando le conté la muerte de mi madre, suspiró con fuerza. Cuando le dije que no estaba casada y que no tenía hijos, se limitó a encogerse de hombros.

—Son cosas sobrevaloradas.

—Vaya, muchas gracias, mamá —dijo Jack, el hijo mayor, con una sonrisa.

A modo de respuesta, Emma se limitó a eructar otra vez, lo que hizo reír a sus tres hijos.

Sonó el timbre.

—Será la pizza —dijo Emma—. Oye, Sammy… Perdona, Kim. ¿Tienes suelto? Hoy no me ha dado tiempo a ir al cajero.

Stuart miró a Emma con desaprobación.

—No pasa nada —dije—. Yo invito.

Hablamos durante horas. Nos trasladamos a la mesa de la cocina para comer pizza y seguir bebiendo cerveza y pronto oscureció y Elsewhere empezó despacio a recogerse para la noche, una caravana detrás de otra. Los chicos se escabulleron en busca de sus pantallas y Stuart se acostó en el cuarto de Jack, sin duda agotado por la efusión sentimental a la puerta de la casa de Emma.

Así que nos quedamos Emma y yo solas en la cocina. Las cajas de pizza estaban vacías y nos habíamos bebido cinco cervezas cada una. De una caravana vecina llegaba música *heavy metal.* Los perros ladraban, los grillos chirriaban y una suave brisa arañaba la puerta mosquitera.

Resultó que Emma y yo teníamos mucho en común. Las dos odiábamos que la gente chasqueara los nudillos, sentíamos una intensa aversión por los pies y nos gustaban las novelas de Gillian Flynn. Las dos nos habíamos hecho tatuajes de jóvenes de los que ahora nos arrepentíamos. El mío era de un búho con ojos rojos y brillantes en la cara interior de mi brazo derecho; el suyo, el nombre de su primer marido enmarcado en un corazón rojo en el pecho derecho.

En varios momentos de la velada había deseado que Amy estuviera allí. Mi teléfono seguía recibiendo llamadas perdidas de ella y de Dean y cada vez me resultaba más difícil no hacerles caso.

Unos minutos antes de medianoche, Emma dijo:

—Bueno, pues ya estoy lo bastante borracha, eso seguro.

—¿Lo bastante borracha para qué?

Se puso de pie, estuvo a punto de caer de bruces por el aturdimiento alcohólico y recobró el equilibrio en el último momento.

—Lo bastante borracha para enseñarte una cosa que no podía enseñarte cuando estaba sobria. Al menos no a estas alturas de nuestra… relación.

Sacó dos linternas de debajo del fregadero de la cocina, me dio una y me condujo en silencio al final de la calle.

—¿Dónde vamos? —pregunté, mientras encendía mi linterna y me subía la cremallera del anorak. El aire era frío y una niebla fina se extendía por el parque de caravanas.

—Si te lo dijera, no me creerías —dijo Emma. Pasó por encima de una barandilla y echó a andar por una pendiente de hierba al otro lado de la calle sin salida.

La seguí a la luz de la linterna a través de la hierba crecida y pronto llegamos a un estrecho arroyo.

—Por aquí podemos cruzar —dijo cuando llegamos a un puente de aspecto inestable hecho de grandes piedras planas con varios centímetros de separación entre sí—. Ten cuidado con la tercera piedra. Se mueve y es resbaladiza de cojones. Espera a que haya cruzado yo y te doy luz.

Riendo, borracha y bastante perpleja, iluminé el camino a Emma. Me preocupaba que el atracón de cerveza la hiciera caer al arroyo, pero le hacía el efecto contrario; le daba la seguridad necesaria para pasar de una piedra a otra con resuelta agilidad.

Cuando llegamos sanas y salvas al otro lado, juntó los pies, estiró los brazos e hizo una reverencia. Me sujeté la linterna debajo del brazo y aplaudí.

—Gracias, gracias —dijo con otra reverencia—. Ahora te toca a ti.

Proyectó el haz de su linterna en el camino de piedras y, segundos después, yo ya había cruzado medio arroyo, temblando de miedo y de emoción.

—Espero que el viaje merezca la pena.

Cuando Emma no contestó, la alumbré con la linterna y vi que fruncía el ceño. Se puso la mano a modo de visera para protegerse de la luz.

—Cuidado con la linterna.

—Perdón —dije.

—Por aquí —dijo Emma—. Cuidado, es empinado.

Subimos por un terraplén y caminamos por un promontorio cubierto de hierba. A un lado estaba Elsewhere: cientos de rectángulos oscuros, algunos con las luces encendidas. Al otro lado había un gran complejo industrial: fábricas con altas chimeneas de las que salía humo de color blanco. Las chimeneas hacían que el aire oliera a gas.

—¿Falta mucho? —grité al viento.

El frío me estaba quitando la borrachera y no estaba segura de que eso fuera bueno.

—No. Un poco más adelante. Ahí, ¿lo ves?

Llegamos a un cerezo joven agitado por el viento. Junto a él había una hamaca rodeada de latas de cerveza vacías y colillas.

—¿Qué es esto?

—Esto, querida hermana perdida y reencontrada, es tu tumba.

Apunté la linterna a su cara para asegurarme de que no bromeaba, pero no habría hecho falta. Lo supe por la tensión en su voz. Al volver a enfocar el cerezo, me fijé en que a sus pies había un juguete empapado por la lluvia en una caja de cristal. Un gorila de peluche.

—Leí una cosa sobre el duelo —dijo Emma—. Me pasaba el día leyendo cosas de ese tipo en internet, para encontrar la manera de superar todo aquello. —Miró hacia las luces parpadeantes de las fábricas—. Una de las que leí hablaba de cómo hacer duelo si no tenías cadáver. Sugería hacer un simulacro de funeral, metiendo objetos de la persona muerta en una caja o un cajón y enterrándolos. Así que eso hice. En cierto sentido me sentí un poco ridícula, pero en otro… no sé. Creo que algo ayudó.

Arrodillada junto a mi propia tumba, iluminé el gorila de peluche, mojado y mustio, tuerto. Me habría gustado hacerle una fotografía. Cuando toqué la caja de cristal, la tristeza brotó dentro de mí. De haber estado sola, es posible que me hubiera abandonado a ella, que me hubiera puesto a llorar al viento.

—Este gorila era suyo, ¿verdad? —pregunté—. Mío, quiero decir. De Sammy.

Emma asintió y encendió un cigarrillo.

—Ahorré y te lo regalé cuando cumpliste un año. Lo llevabas a todas partes hasta que… Estuvo un año y pico en un depósito de pruebas policiales. Joder, perdona. Ya estoy otra vez.

Estaba llorando. Se terminó la cerveza, estrujó la lata y la tiró con las otras. Se sentó en la hierba, a mi lado.

—¿No te acuerdas de nada?

—Creo que no.

Mi respuesta no le gustó.

—Me gustaría, Emma. Me gustaría acordarme de ti. Y de Stuart.

—Tampoco es algo que dependa de ti.

—Ya lo sé. Pero me siento culpable por vivir mi vida y hacer mis cosas mientras Stuart y tú me buscabais.

—Yo no te buscaba —dijo—. Al principio sí, pero luego te enterré, guardé luto por ti. Pasé casi veinte años intentando olvidarme de que habías existido. —Tiró el cigarrillo al aire. Voló desde el promontorio y aterrizó en el arroyo de debajo. Brilló un instante, luego se apagó—. Yo soy la que debería pedir disculpas. Te di por perdida, Sammy. Kim. Lo que sea. Stuart, en cambio, no. Tuvimos unas cuantas discusiones a costa de eso. Yo le dije que estaba negando la realidad. Él me dijo que yo era una mala hermana. Supongo que en eso tenía razón.

Buscó en su bolsillo y encontró sus llaves. Uno de los muchos llaveros era una navaja suiza en miniatura. Sacó la cuchilla, la usó para abrir la caja de cristal y me dio el gorila de peluche.

—Deberías quedártelo. En realidad es tuyo.

Emma se puso de pie y echó a andar de vuelta al arroyo sin decir palabra.

Los chicos se habían acostado todos en la habitación de Harry, así que me quedé en la de Charlie. Estaba demasiado agotada para que me importara que los pies me colgaran al final de la cama. Había una lamparita giratoria sujeta a la cabecera que proyectaba estrellas y planetas en un arco del techo.

Me adormecí con el ruido del susurro agitado de Emma al teléfono, el silbido de otra lata de Pabst al abrirse y la chispa de su mechero. Me dormí abrazada al gorila con más fuerza de la que me habría gustado.

Aquella noche volví a soñar con el hombre de sombras.

Me desperté con un dolor pulsátil detrás de los ojos. La luz del sol entraba por la ventana. Se me había olvidado apagar la lámpara de Charlie y, con la claridad matinal, los planetas y estrellas

del techo eran apenas visibles.

Me levanté de la cama, me vestí y encontré a Stuart esperándome nervioso en la cocina. Era temprano, pero Elsewhere sonaba despierto y activo.

—Buenos días —dije—. ¿Qué pasa?

Enseguida supe que algo iba mal. Stuart caminaba nervioso de un lado a otro junto a la ventana, deteniéndose de vez en cuando para apartar la cortina y mirar afuera.

—Lo siento, Kim.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

Apartó la cortina una vez más, miró fuera con una mueca y la corrió de nuevo.

—Los ha llamado. Emma los ha llamado. Maldita sea.

—¿Llamado a quién?

Fui hasta la otra ventana. Aparté la cortina amarilla con costuras deshilachadas para mirar. Lo primero que vi fue un hombre robusto de mediana edad con un anorak azul claro y una cámara de televisión al hombro.

Alargué el cuello y vi a una mujer bien vestida al principio del camino de entrada. Tiritaba por el frío de la mañana e intentaba desesperadamente alisarse el pelo que la brisa agitaba.

En la calle había más periodistas; unidades móviles, preparando equipos de sonido y montando trípodes.

Mi primer pensamiento fue que algo trágico tenía que haber ocurrido durante la noche para atraer a tantos medios de comunicación; un asesinato tal vez. Un microsegundo después, cuando la parte racional de mi cerebro se despertó, pensé en Amy y en Dean, y en Lisa y en Wayne, y en que el control es una ilusión.

Se había acabado lo de ir a mi ritmo. Aquello ya no dependía de mí. Me sentí como un suéter viejo que se deshilacha. Alguien había cogido una hebra y salido corriendo con ella.

No, alguien no, pensé. *Emma.*

Entonces me di cuenta de que estaba en la calle, con una bonita camisa rosa y vaqueros negros ajustados. La estaba entrevistando un periodista de unos cuarenta años con una llamativa melena blanca.

—A todos —dijo Stuart—. Los ha llamado a todos.

Manson, Kentucky

Entonces

De vuelta a casa después de la rueda de prensa, nadie abrió la boca. La atmósfera dentro del Taurus de la madre era tensa. Desde el asiento trasero, Emma miró las manos de su padre en el volante. Se había quitado la venda de la derecha. Tenía los nudillos despellejados y sucios de sangre y se imaginaba cómo se le habían puesto así.

Jack conducía despacio. Nunca había sido un loco de la velocidad —sobre todo si sus hijos iban en el coche—, pero hoy parecía pisar el acelerador menos de lo habitual. No tenía prisa por llegar a casa, supuso Emma. Ella tampoco. Dos tías por parte de su madre se habían instalado la noche anterior y aquella mañana esperaban a una tercera acompañada del primo de Emma, Todd. Anne, Pauline y Tillie. Su padre las llamaba las novias de Drácula. Emma estaba de acuerdo excepto por un detalle: los vampiros solo entraban en casas previa invitación.

Manson discurría al otro lado de la ventanilla: casas, parques, tiendas, lagos, zanjas, acequias, prados, alcantarillas.

Sammy podría estar en cualquiera de esos sitios, pensó Emma. La rueda de prensa no le había dado ninguna confianza. La policía no tenía nada. Emma no tenía nada… excepto los nudillos desollados de su padre.

—Oye, papá, ¿te importaría parar? —preguntó inclinada hacia delante.

—¿Estás mareada, cariño? —preguntó Molly.

—No, solo me apetece caminar un rato. ¿Puedo?

Jack miró a Molly y a continuación el espejo retrovisor.

—¿Estás bien, Em?

—No mucho.

—La verdad es que es una pregunta estúpida.

Jack puso el intermitente y acercó el coche a un lado de la carretera.

Molly se giró en su asiento para mirar al trasero.

—No tardes mucho —dijo.

—No.

—Lo digo en serio, Emma. Estate en casa antes de que se haga de noche. Prométemelo.

—Lo prometo.

Stu tocó a Emma en el brazo y preguntó:

—¿Puedo ir contigo?

—Esta vez no, hermanito —dijo Emma, y bajó del coche. En cuando cerró la puerta y vio alejarse a su familia, se sintió más ligera.

Era última hora de una mañana despejada y azul. Sus gastadas zapatillas Chuck Taylor golpeaban el asfalto. Fue hasta el canal de hormigón y lo siguió durante medio kilómetro. De cuando en cuando, miraba hacia los jardines crecidos de Grattan Street, pero casi todo el trayecto

lo hizo con los ojos fijos en el suelo delante de ella.

Tenía un cigarrillo en el bolsillo, pero no le apetecía demasiado fumárselo. Había empezado a fumar para dar un toque de oscuridad a su vida, pero ahora tenía oscuridad de sobra.

Subió por el terraplén de Lytton Street y se dirigió a casa de Shelley Falkner. «Su segundo hogar» solía llamarlo. Sin embargo tenía la sensación de que habían pasado años desde que había estado allí por última vez. En realidad solo habían sido dos semanas, pero en los tiempos de la preoscuridad. Entonces Emma solo había tenido catorce días menos, pero le parecían cuarenta.

Shelley vivía en un apartamento de dos habitaciones en Elgin Avenue, justo enfrente de Canning Gas & Co. A Shelley le gustaba decir en broma que en casa de Emma cabían tres apartamentos y medio como el suyo; seis si incluías los jardines delantero y trasero.

Emma llamó a la puerta. La señora Falkner («¿Cuántas veces tengo que decirte que me llames Nicky?») abrió y se quedó un momento mirando a Emma, pasmada.

—¡Ay, Emma! —La rodeó con los brazos y le dio un abrazo apretado, maternal. La señora Falkner era alta y corpulenta, igual que su hija.

»Voy a llamar a Shelley —dijo volviéndose hacia el interior del apartamento—. ¡Shelley! ¡SHELLEY!

Shelley salió al pasillo. Se detuvo al ver a Emma en el escalón y dio pasos pequeños y pausados hacia ella.

—Emma, Dios. ¿Estás bien?

Emma trató de asentir con la cabeza y decirle a Shelley que sí, que estaba bien. En lugar de eso, rompió a llorar. Era la primera vez que lloraba de verdad desde la desaparición de Sammy y fue como si se hubiera abierto la compuerta del dique.

—Lo siento —susurró—. No he venido aquí para… para esto.

—Cállate —dijo Shelley abrazándola.

—Hemos estado rezando por tu familia y por ti —dijo la señora Falkner—. Si hay algo que podamos hacer… ¿Necesitan algo tus padres? Lo que sea. ¿Y tú? De verdad que no sé en qué mundo vivimos cuando…

—Ya me ocupo yo, mamá —dijo Shelley.

—La habitación de Shelley estaba todo lo desordenada que cabía esperar de una chica de trece años, pero era un desorden acogedor, como de nido. Las paredes estaban forradas de arte malo. No había otra manera de describirlo. Enormes lienzos salpicados de pintura al óleo que representaban globos oculares, calaveras, un caballo mirando un planeta con una lágrima solitaria rodándole por la mejilla larga y blanca.

Uno pensaría que los cuadros eran de Shelley, pues tenían un cierto aire melancólico, adolescente. La verdad era aún más triste. Los había pintado su padre, un artista frustrado que llevaba una vida de silenciosa desesperación como agente de viajes de California.

Shelley sabía que los cuadros eran malos, pero no los había colgado en su cuarto con intención irónica. La familia era la familia, en lo bueno y en lo malo.

—Ya soy casi famosa en el instituto —dijo Shelley acercándose las rodillas al mentón—. Por asociación, claro. Pero ya me conoces, a caballo regalado…

Se sentaron en el suelo. Emma miró a su alrededor y pensó en las veces que se había quedado a dormir allí, en las largas tardes de conversación, de estudio, de cotilleos, de sesiones de espiritismo. *La niña en mi interior se ha muerto,* pensó.

—Quieren cotillear, nada más —dijo Shelley, con un atisbo de tensión en la voz—. Volverán a ser los de siempre en cuanto aparezca Sammy. Volverán los empujones y las provocaciones.

Emma sonrió por deferencia a Shelley.

—¿Qué cotilleos les has contado?

—Oiga usted, yo no hago esas cosas.

—Ya, oye, perdón por no contestar tus llamadas. Es que…

—Para. Después de lo que has pasado, por lo que estás pasando. Dios, Em, yo solo…

—No —dijo Emma reparando en que los ojos de Shelley estaban húmedos detrás de las gafas —. O empezaré a llorar otra vez.

—Pero qué va. Si es alergia. Soy tu roca emocional.

Emma alargó la mano y Shelley se la cogió.

—¿Qué más dicen en el instituto? —preguntó Emma.

Shelley vaciló, se acercó las grandes gafas a la cara con el dedo índice.

—Pues ya te lo puedes imaginar, Em. Manson High es como un puesto de salchichas: lleno de desechos.

A Emma no le sorprendía que los chicos de su instituto culparan a la iglesia de su madre. Los fieles de la Luz Interior estaban como regaderas, pero aun así radio patio se encargaba de exagerar y adornar sus prácticas. La gente creía que bebían sangre, adoraban a Satán y sacrificaban animales (y niños también, al parecer) en un altar dedicado al Diablo.

Eso incluye también a tu madre, susurró una vocecilla como de serpiente dentro de su cabeza. *Acuérdate de cómo se enfadó con Sammy aquella vez, cuando pensaba que no había nadie más en casa.* Emma trató de silenciar el pensamiento, pero la voz persistía. *Cuando nació Sammy a tu madre se le oscureció el carácter y tu familia empezó a desmoronarse. ¿No habrían sido más fáciles las cosas de no existir Sammy? ¿Y no crees que también tu madre lo creía*?

Shelley la observó un momento.

—¿Hay alguna novedad?

Emma negó con la cabeza y guardó un instante de silencio antes de hacer la pregunta que la había llevado allí.

—Shell, necesito que me hagas un favor.

—Lo que quieras.

—Algo pasa con Travis Eckles. ¿Has oído algo?

—Sí, claro. Los que no sospechan de tu madre sospechan de Travis. ¿Por qué?

Emma se encogió de hombros.

—Anoche llamó a casa.

—¿Travis?

—Cogí yo el teléfono. No dio su nombre, y cuando se lo pregunté, no me lo dijo, pero le reconocí la voz. Estoy casi segura de que estaba llorando.

—¿Llorando? ¿Y qué quería?

—Hablar con mi padre. No sé lo que dijo, pero después mi padre salió y… Esto no se lo puedes contar a nadie, ¿vale?

Shelley se hizo una cruz sobre el corazón y levantó dos dedos a modo de saludo.

—Palabra de *scout*.

—Mi padre volvió a casa tarde y tenía las manos desolladas y rojas, como si se hubiera metido en una pelea.

—¡Madre mía! ¿Qué pasó?

—No tengo ni idea. Él no cuenta nada y no he tenido valor para preguntárselo.

—¿Crees que tiene algo que ver con Sammy?

—No puede ser otra cosa. Mi padre ha tenido que enterarse de algo.

—Pero si tu padre tuviera alguna prueba, la policía ya estaría investigándola, ¿no?

—Eso es lo que necesito que me ayudes a comprobar —dijo Emma—. Tengo que ir a un sitio, pero no creo que deba ir sola. ¿Puedo contar contigo?

—Cuando quieras y para lo que quieras —dijo Shelley—. ¿Cuál es el plan?

Se detuvieron a la puerta del número nueve de Cromdale Street, delante de los canalones atascados por la lluvia, la mosquitera rota, el césped ahogado en maleza, el letrero de PROHIBIDO EL PASO.

Shelley se había puesto sus Doc Martens, por si había necesidad de dar patadas a alguien.

—¿Estás segura de esto, señora mía?

Pero Emma ya estaba desenrollando el largo cordel que servía de cerrojo de la cancela a la casa de los Eckles. La puerta se abrió con un chirrido y Emma entró, con Shelley a su lado. Más que andar, marcharon por el césped, subieron los escalones podridos del porche y llegaron hasta la puerta principal. Sin vacilar —era tarde ya para echarse atrás—, Emma levantó la mano para llamar, pero antes de que le diera tiempo…

—¿Os habéis perdido, chicas?

Ava Eckles estaba sentada en un sofá marrón y raído en el porche, fumando un cigarrillo. Parecía la muerte, con la piel pálida, ojos saltones y amarillentos y brazos casi esqueléticos.

Era posible que las tías de Emma no fueran las únicas vampiresas de Manson.

—Ah, hola, señora Eckles.

Ava miró a Emma con ojos entrecerrados.

—Yo a ti te conozco.

—Sí, vivo en esta calle. Soy Emma Went. Esta es Shelley.

—Emma Went. —Las palabras parecieron dejarle un mal sabor en la boca—. ¿Qué haces a este lado de la valla de mi casa, Emma Went?

—Quería hablar con Travis —dijo Emma—. ¿Está en casa?

Los dientes de Ava relucieron amarillos en contraste con sus labios pálidos.

—Ajá.

—¿Podemos verlo?

—¿Para qué?

—Solo queremos hacerle unas preguntas.

—Como por ejemplo «¿Has asesinado a mi hermana pequeña?». ¿Esa clase de preguntas?

Emma cruzó una mirada con Shelley, quien parecía más pequeña que nunca. Siempre se había sentido a salvo con su imponente mejor amiga, pero en presencia de los Eckles incluso los gigantes perdían su valor.

—No —dijo Emma. Pero era mentira.

—Mira, nadie se merece que se le muera alguien. Y mucho menos un niño. Pero todo el mundo está diciendo que mi hijo ha tenido algo que ver con lo que le pasó a la pequeña Samantha y eso tampoco está bien.

—Sammy —corrigió Emma—. Se llama Sammy.

—Mira, niña, me importa una mierda cómo se llame. Y si crees que mi hijo es capaz de llevarse a tu hermana al bosque y rajarle la tripa o lo que sea que estés imaginando, ¿de verdad te parece buena idea presentarte aquí? ¿Meterte en la boca del lobo?

Shelley se ajustó las gafas y dijo:

—¿Es eso lo que cree que pasó, señora Eckles?

Ava se encogió de hombros.

—Lo que pensemos los de este lado de la valla no importa.

—Me parecía oír voces.

Un hombre alto y delgado apareció desde detrás de la puerta de mosquitera oxidada. Tenía facciones pequeñas, ligeramente femeninas, y pelo corto y negro azabache. Al principio Emma no lo reconoció.

—Mamá, ¿ya estás asustando otra vez a testigos de Jehová?

—No somos testigos de Jehová —dijo Emma—. Soy…

—La hija de Jack Went. Lo sé. Perdona. Estaba haciendo una broma. Una broma mala, al parecer. Soy Patrick.

Alargó la mano para que Emma se la estrechara; tenía los dedos calientes y rígidos. Olía a fresco y a limpio y llevaba una camisa metida por la cintura de unos vaqueros negros ajustados.

—¿Por qué no pasáis? Acabo de hacer café.

—Eso, pasad —dijo Ava Eckles, y chasqueó los labios alrededor de la boquilla de su cigarrillo—. Pasad a la boca del lobo.

Patrick Eckles sostuvo la puerta.

—Tenéis que perdonar a mi madre. Perro ladrador poco mordedor. Aunque no quiero decir que no muerda, pero ya me entendéis.

Sin decir palabra, Emma y Shelley entraron en la casa.

Después de guiarlas por un pasillo estrecho y poco iluminado, Patrick las invitó a sentarse a la mesa de la cocina. La idea de Emma del aspecto que debía de tener un expresidiario, de cómo debía comportarse y hablar se trastocó el día que conoció a Patrick. Este hablaba usando sujeto, verbo y predicado y no tenía ningún tatuaje casero.

En el escurridor había un montón de platos limpios y la habitación olía a friegasuelos con aroma a limón. Patrick cruzó la cocina, sacó tres tazas de un armario y se las enseñó a Emma.

—¿Alguna preferencia? —preguntó.

En la primera taza estaba escrito «Al empleado más mejor del mundo»; en la segunda, «Cancelen mi suscripción, sus números cansan», y en la tercera, «El café me da cagalera».

Emma sonrió con educación.

—Sorpréndeme.

—Yo quiero la de la cagalera —dijo Shelley, y Patrick echó la cabeza atrás y rio.

Llenó las tazas de café recién hecho, añadió crema y le dio a Emma la de «Al empleado más mejor del mundo».

—Y dime, Patrick, ¿desde cuándo estás…? —Emma no se decidía entre «libre» o «en casa».

Patrick acudió en su ayuda.

—Desde el miércoles. Dos días antes de lo previsto, señoras y señores. Mirad, chicas. Si dices «por favor» y «gracias» y no intentas clavarle un pincho a tu compañero de celda, la cárcel no está tan mal.

Emma y Shelley se intercambiaron una mirada nerviosa.

—Otro chiste malo —dijo Patrick—. No sabría diferenciar un pincho de un cuchillo de cortar queso.

—Te tomaremos la palabra —dijo Shelley.

—Lo sentí mucho cuando me enteré de lo de tu hermana pequeña, joder —le dijo serio a Emma—. Sé lo que es perder a alguien de la familia. Estás siempre como si se te hubiera olvidado algo. ¿Hay alguna pista?

Emma se encogió de hombros.

—Alguna.

Aquello era mentira. El *sheriff* Ellis lo había dejado bien claro en la rueda de prensa, pero eso

Patrick no tenía por qué saberlo. Claro que era probable que terminara por deducirlo si veía las noticias de la noche.

—No os lo toméis a mal —dijo Patrick—, pero, ¿qué hacéis aquí?

—Queremos hablar con Travis —dijo Shelley—. ¿Está en casa?

De pronto Patrick se puso muy serio. Cruzó de nuevo la habitación y cerró la puerta. Cuando volvió a la mesa, habló con voz deliberadamente baja.

—Mi hermano pequeño no tiene nada que ver con lo que ha pasado.

—¿Quién dice lo contrario?

—Medio Manson —dijo Patrick—, incluido el *sheriff*. Pero es más por su apellido que porque tengan pruebas. Y estoy seguro de que cuando se sepa que he vuelto, más de uno pensará que yo también he tenido algo que ver.

Emma sorbió despacio su café. Estaba caliente. Eso era bueno.

Supuso que el café hirviendo podía ser un arma efectiva.

—¿Por qué dices eso?

—Soy un Eckles —dijo Patrick—. Peor todavía, soy expresidiario.

Shelley se levantó y se sirvió más azúcar.

—¿Dónde está tu hermano?

—Arriba.

—¿Podemos hablar con él? —preguntó Emma.

—Está descansando. Lamiéndose las heridas.

—¿Qué heridas?

Patrick apoyó los codos en la mesa, se inclinó hacia delante y miró a Emma a los ojos.

—Ojo morado, labio partido, mandíbula fracturada, dos dientes arrancados…

—¿Se lo hizo mi padre?

Patrick se sentó en su silla y dio un sorbo de café.

—¿Por qué iba a hacer tu padre algo así?

—Porque se enteró de que Travis tiene algo que ver con la desaparición de Sammy.

—¿Eso te ha dicho?

—No ha hecho falta —dijo Emma—. ¿Por qué otra razón se iban a pelear?

—Por amor —dijo Patrick—. Como suele ocurrir en estos casos, fue por amor.

Manson, Kentucky

Ahora

Manson apareció de pronto cuando llegamos a la cima de una colina, un paisaje irregular de edificios bajo un cielo gris flema. En el centro se alzaba la imponente torre de un depósito de agua con unas letras rojas gigantes atravesando su fachada. No conseguí leerlas, pero Stuart se las sabía de memoria: «Bienvenidos a Manson, un trocito de cielo».

La ciudad tenía espesos bosques a ambos lados. Más allá de estos, se extendía una serie de promontorios verdes y frondosos y valles. De camino a la ciudad, pasamos junto a un enorme letrero que decía: «Jesús es el rey».

Virginia Occidental había actuado como una cámara de descomprensión antes de Kentucky, aquella extraña y seductora tierra nueva de paisajes interminables, enormes raciones de comida, música *country* y tertulias radiofónicas cristianas. Había en el aire una energía nerviosa que parecía espesarse a medida que nos acercábamos a Manson y yo no conseguía quitarme de la cabeza la imagen de una langosta en una olla con agua puesta a hervir.

—Lo hemos conseguido —dijo Stuart.

—Pareces sorprendido.

—Después de lo que pasó en casa de Emma, pensé que ibas a cancelar el viaje.

—Se me pasó por la cabeza. No tanto por mí sino por mi hermana. Me refiero a Amy.

La expresión de Stuart hacía pensar que era la primera vez que se paraba a considerar cómo estaría afectando aquello a mi familia. Y ahora que lo había hecho, ¿sentía culpa? ¿Arrepentimiento? ¿Ligera curiosidad? Recordé nuestra conversación sobre *Enoch Arden* y decidí que lo más probable fuera que no.

—Reaccionaste muy bien —dijo—. Con todos aquellos periodistas. No debió de ser fácil.

—No lo fue —dije—. Pero es como si me hubiera caído de un barco justo entre dos islas, y, llegados a este punto, caminar por el agua no es una opción. ¿Me entiendes?

Stuart asintió.

—Tienes que nadar hacia alguna parte.

—Exacto. Tengo que nadar hacia alguna parte.

Poco después de las dos de la tarde cogimos dos habitaciones en un hotel a unos dos kilómetros del centro de la ciudad. El Manson Confort Inn era sorprendentemente caro, pero tenía unas vistas espectaculares del paisaje circundante.

Cuando íbamos de la recepción a nuestras habitaciones, que estaban en extremos opuestos del hotel, Stuart me preguntó si me importaba que fuera a un sitio solo por la tarde.

—Claro que no —dije—. ¿Dónde vas a ir?

—A ver a mi madre. —Se tiró incómodo de una oreja—. Creo que debo ir primero yo solo.

Siento si esto te parece raro, pero ahora que va a salir todo en las noticias y va a ser una auténtica locura… No creo que sea buena idea que te presentes ante ella de pronto.

No me importó en absoluto. De hecho me tranquilizó que Stuart quisiera ir primero a preparar el terreno, por decirlo de alguna manera. Presentarnos sin avisar en casa de Emma no me había parecido bien. Además, necesitaba pasar algo de tiempo sola.

Me senté en la cama y saqué el teléfono para oír mis mensajes. Había dieciséis y aquello era solo el principio. El primero era de un productor junior con un acento sureño lento y seductor. Después de explicar quién era y para qué medios trabajaba —Phil Wride, KLTV, Action News —, me pedía que lo llamara para hablar de una «compensación económica a cambio de exclusividad».

Compensación económica, pensé, recordando que había pagado las pizzas en casa de Emma. *¿Por eso llamó a la prensa?*

El siguiente mensaje era de un policía. «Qué tal, señorita Leamy. Le habla el detective Mark Burkhart de la policía de Manson. Me preguntaba si podría sacar algo de tiempo para pasarse por la comisaría. Parece que todas las cadenas de televisión la conocen y creo que ya es hora de que lo haga yo también.»

Dejaba un número para que lo llamara, pero no tuve prisa.

El tercer mensaje de voz era de Amy. «Kim, ¿dónde estás? Tenemos que…»

Me aparté el teléfono de la oreja. Lo más probable era que los medios de comunicación australianos estuvieran intentando ponerse en contacto con ella y con Dean para unas declaraciones. Era posible que también la policía estuviera por medio. Sabía que estaría desesperada por oír mi voz. Querría que le dijera que todo estaba bien, que pasara lo que pasara seguíamos siendo hermanas y lo seríamos siempre. No cogiéndole el teléfono estaba confirmando sus temores respecto a mí. «Si no tenemos lazos de sangre, no volveré a verte», había dicho en el jardín trasero de su casa un millón de años atrás.

Pero no podía. Aún no. De manera que apagué el teléfono sin escuchar el resto de mensajes y lo metí en el cajón de la mesilla, con la Biblia de Gideon.

Encontré una cerveza en el minibar y —lo que quizá fue un error— encendí el televisor.

Fui pasando canales buscando algo reconfortante y cómodo como una telecomedia, pero me conformé con un episodio antiguo de un *reality* sobre antigüedades. Un hombre británico mayor acababa de enterarse de que un jarrón de su propiedad costaba cerca de dos mil libras. Demostraba el mismo entusiasmo que alguien admirando una patata bien asada.

La cerveza aplacó el ruido dentro de mi cabeza, hasta que el programa hizo una pausa para la publicidad y el texto: «WKYP Avance informativo» atravesó la pantalla de derecha a izquierda acompañado de una música rápida, extrañamente desasosegante. Los sobretítulos se disolvieron y dieron paso a un hombre con traje y expresión seria. «Esto es un avance informativo de la cadena WKYP y les habla Richard Looker», dijo cogiendo un fajo de papeles y formando con ellos un montón ordenado. «Estos son los titulares de las noticias de las siete: un apuñalamiento en Lexington ha dejado un adulto muerto y un joven herido; la policía no descarta que el incendio de la fábrica de Clark County fuera provocado, y una noticia local: la posible solución de un misterio que ha torturado a una familia durante casi treinta años. Nos lo cuenta Beth Turner.»

Plano general de una mujer con pelo negro abultado. La había visto por la mañana, a la puerta de la caravana de Emma. «Gracias, Richard. Tal y como recordarán algunos espectadores, la niña de dos años Sammy Went desapareció de su casa de Manson en 1990 y desde entonces el caso ha permanecido sin resolver. Es posible que hasta hoy. Cada vez son más las pruebas que

apuntan a que Kimberly Leamy, una mujer de Melbourne, Australia, puede ser en realidad Sammy Went. La señora Leamy no ha querido hacer declaraciones.»

En las últimas semanas había vivido varios momentos surrealistas, pero aquel era el más extraño de todos. Primero oír mi nombre mencionado en unas noticias de la televisión y a continuación verme en la pantalla saliendo deprisa de la caravana de Emma, después pasando junto a un grupo de periodistas y metiéndome en el coche de Stuart.

—¿Es usted Sammy Went? —decía una voz detrás de las cámaras.

—No… —decía yo—. Sin comentarios.

Beth Turner se ponía delante de la cámara y decía: «Aunque la policía local todavía no ha hecho declaraciones, la hermana de Sammy, Emma Went-Finkel, cree que por fin ha encontrado a la hermana que perdió hace tantos años».

De pronto aparecía Emma en la pantalla con su bonita blusa rosa y sus vaqueros negros ajustados, sin ninguna pinta de tener resaca. «¿Mentiría si dijera que estaba resignada por completo?», decía Emma. «Me siento aliviada, exhausta, confusa…» Su vista viajaba de la cámara al micrófono de WKYP debajo de su barbilla. «Ha sido como una montaña rusa. Estoy feliz de tener a mi hermana pequeña…»

Apagué el televisor y miré mi reflejo en la pantalla oscura. Me había cambiado la cara. La diferencia era sutil y estaba segura de que solo yo la percibía, pero estaba ahí. Tenía los ojos más hundidos que de costumbre, las mejillas más delgadas. Es la combinación de estrés, comida de carretera y falta de sueño, me dije. Pero eso era solo una parte. Estaba cambiando, transformándome en Sammy Went tanto por fuera como por dentro.

¿Me convertiré en una persona completamente distinta? ¿O solo a medias: ni Kim Leamy ni Sammy Went, sino una combinación de las dos, como el retrato robot de Stuart?

Durante la cena, Stuart estuvo callado. Se dedicó a mirar por la ventana las luces parpadeantes de Manson.

—¿Qué tal estaba tu madre? —pregunté.

—Ya lo sabía. Un periodista la había llamado esta mañana. E imagino que Emma también. Le pregunté cómo se sentía medio esperando que me gritara que fuera a buscar el coche para venir a conocerte enseguida.

—Pero no lo hizo.

—No lo hizo, no —dijo Stuart—. Las madres a veces pueden ser frías. Es como un interruptor. Siempre se lo guarda todo.

—De tal palo, tal astilla —dije con una sonrisa irónica, burlona.

—¿Hablas de mí o de ti?

—Ahí me has pillado.

—Supongo que es de familia —dijo—. Emma es la excepción. Es capaz de contar lo que siente a los cuatro vientos si piensa que hay alguien escuchando. Las redes sociales se inventaron para personas como nuestra hermana.

Llamé al camarero y pedí otra ronda. Stuart levantó una ceja. Aunque no lo dijo, saltaba a la vista que pensaba que estaba bebiendo demasiado. Y para los estándares americanos, así era.

—He llamado a Claire —dijo.

—¿Qué tal está?

—Preocupada —dijo—. Han emitido un avance en la CNN y ya circula por internet. Me preguntó cómo estabas tú.

—¿Y qué le has dicho?

—Que no te lo había preguntado. No le pareció bien.

Reí.

—Ha llamado mi padre —dijo.

—¿De verdad? ¿Qué ha dicho? ¿Crees que vendrá a Manson?

—He dicho que ha llamado, no que le haya cogido el teléfono. —Stuart suspiró incómodo—. Ha dejado un mensaje en el buzón. Lo llamaré después de cenar. Antes voy a necesitar un par de esos.

Señaló su whisky con soda. Quizá no le preocupara tanto que yo bebiera, después de todo.

—Tienes una familia… —estaba entonada y me sentía segura y extrañamente infantil, así que dije en voz alta lo que pensaba— rota, ¿no?

Stuart asintió con la cabeza.

—Lo has notado.

—¿Crees que seguiríais unidos si nada de esto hubiera pasado?

—No —dijo tajante—. Los Went ya éramos una familia rota antes de la desaparición.

Un silencio se apoderó del restaurante. Por un momento los camareros desaparecieron y, aparte de nosotros, solo había un puñado de comensales.

—Antes pensaba que cuando te encontrara la familia volvería a unirse. Pensaba que estábamos incompletos porque nos faltaba una pieza, y que si la encontraba y la devolvía a su sitio, todo se arreglaría. Pero las cosas no funcionan así, ¿verdad? Emma se lo cuenta todo a los periodistas y mi madre... Bueno, mi madre es mi madre.

—Yo soy la pieza que falta —dije dándole vueltas a esa idea en mi cabeza—. Es curioso, pero en cierta manera extraña y abstracta, siempre me he sentido así. Siempre he estado buscando las otras piezas del puzle, pensando que cuando las encontrara todo encajaría. En muchos sentidos, nos parecemos mucho.

—Ya lo he notado —dijo Stuart—. Oye, Kim.

—Dime.

—¿Cómo estás?

Sonreí.

—Puedes decirle a Claire que estoy bien.

Me desperté en la habitación del hotel a las cuatro de la mañana bañada en sudor. Las sábanas estaban empapadas y me pregunté si no habría una gotera. O quizá había dejado el termostato demasiado alto y había sudado la ropa de cama. Pero no hacía calor en la habitación y el termostato estaba a la razonable temperatura de sesenta y nueve, que, después de demasiados cálculos, deduje que eran veinte grados centígrados.

Entonces percibí el fuerte olor a orina y tuve una certeza repentina y dolorosa. Por primera vez desde que era niña, había mojado la cama.

Manson, Kentucky

Entonces

A Travis lo despertaron voces en la casa. Parecían voces de mujer, aunque aquello no tenía demasiado sentido. Seguramente era la televisión, pero decidió levantarse de todas maneras. Se incorporó de la cama, se puso la ropa interior del día anterior y fue a mirarse en el espejo de detrás de la puerta de su dormitorio.

El hombre del espejo era un desastre. Tenía el ojo derecho cerrado por la hinchazón. En la base de las fosas nasales había pegotes de sangre seca y los puntos de su labio roto estaban recubiertos de pelusa y de algo color amarillo. Jack le había montado una buena, de eso no había duda. Lo peor de todo, lo que el doctor Redmond no había conseguido arreglar —«Para eso vas a tener que ir a un dentista, Travis, y puede que sea lo bastante tonto para creerse que te has caído por las escaleras, pero desde luego yo no»—, eran los dos dientes que se le habían desprendido de la encía.

Después de ver al doctor Redmond, Travis había decidido pulir su versión de los hechos. Caerse por las escaleras era la explicación que daban las mujeres maltratadas a la policía cuando llamaba a su puerta.

¿Es eso lo que soy?, se preguntó quitándose una pelusa de almohada de uno de los puntos. *¿Una mujer maltratada?*

No, decir que lo habían atracado era una mentira más creíble. Cuando llegara el *sheriff* Ellis, le diría que tres tipos con pasamontañas lo habían asaltado a la salida del Cubby's Bar. Aquello no serviría de nada, claro, si uno de los hombres del bar rodante se iba de la lengua, y le sorprendería que no fuera así, o que no hubiera ocurrido ya.

Eres tonto si piensas que esto no se va a saber, le dijo a su reflejo. *Lo más seguro es que ya se sepa y que la gente esté sacando la conclusión equivocada: Jack Went se enteró de que Travis se había llevado a su hija y había buscado justicia.*

—Si supieran la verdad —dijo en voz alta.

El chirrido familiar de la cancela de entrada lo empujó hasta la ventana.

Una punzada de ansiedad lo recorrió cuando vio quiénes eran: Emma Went y su corpulenta amiga Shelley Nosequé. Se marchaban.

Salió corriendo al pasillo y estuvo a punto de chocarse con su hermano, que subía las escaleras.

—Venía a hablar contigo —dijo Patrick.

—¿Qué hacía aquí Emma Went?

Patrick frunció el ceño.

—Se te están abriendo los puntos. ¿Has estado tocándotelos?

—¿Qué quería, Pat?

—Y hay que cambiarte la venda, también. Ven.

Patrick lo condujo al cuarto de baño. Travis se sentó en el borde de la bañera mientras su hermano le quitaba la gasa de la nariz y la tiraba en la papelera. Estaba roja y pegajosa. Impregnó de alcohol un bastoncillo de algodón y le limpió la cara con él.

—¿Te duele? —preguntó Patrick.

—Muchísimo, joder.

—¿Has comprado las pastillas que recetó el doctor Redmond?

—Todavía no —dijo Travis.

Patrick le había puesto una gasa limpia en la nariz con cuidada precisión.

—No me gusta nada verte así, niño. En otro tiempo habría sacado a ese viejo cabrón de su casa a rastras y le habría pateado a base de bien.

—No es tan viejo —dijo Travis—. Y la última vez no te dio muy buen resultado.

Su hermano mayor calló un momento. Era raro tenerlo otra vez en casa. Travis quería a Patrick con locura y Ava se mostraba más tratable cuando estaba en casa, pero lo encontraba fantasmal, distinto. La cárcel lo había cambiado, y no de la manera que habría esperado Travis. Habría entendido que Patrick hubiera vuelto a casa con la actitud de un hombre roto; que lo despertaran pesadillas repentinas o se sintiera nervioso o abrumado en espacios abiertos. Sin embargo, Patrick iba de un lado a otro con la cabeza bien alta. Había dejado de fumar y casi no bebía ya. ¿Era posible que la cárcel lo hubiera reformado?

—La culpa no fue toda de Jack, tengo que decir —dijo Travis.

—No me digas más. ¿Te lo estabas buscando? —Patrick se sentó al lado de Travis en la bañera—. Emma quería saber lo que había pasado. Como el resto de Manson, daba por hecho que la pelea había tenido algo que ver con Sammy.

Considerar pelea lo ocurrido a la puerta del Cubby's Bar era una ficción. Jack le había dado una paliza a Travis y Travis se había dejado. Entonces, ¿por qué no odiaba a Jack?

—¿Qué le has dicho? —preguntó Travis. Cuando Patrick dudó, repitió la pregunta—. Pat, ¿qué le has dicho?

—La verdad.

Aquellas dos palabras fueron como dos granadas.

—Dime que no —dijo Travis en tono suplicante—. ¿Qué derecho tenías, Pat? Dime que me estás mintiendo. Dime…

—Eres sospechoso de un secuestro y Jack Went es tu única coartada. Es hora de que dejes de protegerlo y empieces a protegerte a ti mismo.

—Lo estoy haciendo —dijo Travis—. No será solo la vida de Jack la que cambie. También la mía; la tuya. Y la de mamá, joder. ¿Te imaginas lo que dirá cuando se enteré de lo que soy?

—De lo que eres no, Travis. De quién eres. Y créeme, mamá sabe más de lo que parece.

—No tenías ningún derecho. No tenías…

—Nunca llegué a contarte lo que pasó en el bar aquella noche, ¿verdad? Cuando pegué a Roger Albom con el palo de billar.

Travis se calló. Negó con la cabeza. Había intentado preguntar a su hermano unas cuantas veces, pero Patrick siempre se había mostrado esquivo, insistido en que no había sido más que una estúpida pelea de bar.

—Estaba jugando al billar con unos colegas —dijo Patrick—. Roger Albom y un par de chicas habían pedido la mesa para cuando termináramos. Pero cuando le di el palo, no quiso cogerlo. Dijo: «No, gracias, los genes maricones pueden ser de familia».

—Entonces… ¿qué? ¿Estás diciendo que fuiste a Greenwood por mi culpa?

—Pues claro que no —dijo Patrick—. Hacer lo que hice fue elección mía. Y la verdad es que

no fue tanto lo que dijo Roger. Fue más porque representaba toda la mierda a que te ibas a tener que enfrentar solo por ser quien eres. —Se levantó del borde de la bañera y le puso a Travis una mano en el hombro—. Voy a salir un rato, niño. Te veo luego.

—Vale —dijo Travis—. Hasta luego.

Cuando se fue Patrick y Travis oyó la cancela abrirse y cerrarse, deambuló un rato por la casa sintiéndose dolorido y deprimido. Su madre estaba inconsciente en el cuarto de estar con una lata de cerveza en la mano izquierda y el mando a distancia en la otra.

Ella sí que sabe, este día es para pasárselo dormido, pensó Travis. De camino a la cama pasó junto a la habitación de Patrick. La puerta estaba entreabierta. Habría pasado de largo de no haber visto algo que lo hizo detenerse. Empujó la puerta y entró, convencido de que lo que había en la mesilla de noche no era lo que le había parecido.

El dormitorio de Patrick estaba exactamente igual que como lo dejó el día que los ayudantes del *sheriff* se lo llevaron. Una cama individual frente a un cartel gigante de los Sex Pistols con una de las esquinas dobladas. Pegadas alrededor del cartel, había fotografías más pequeñas recortadas de distintas revistas, de los Ramones. Dead Kennedys. Circle Jerks, Black Flag. Detrás de la puerta había un letrero amarillo oxidado que decía ZONA RESTRINGIDA, seguramente robado de una obra.

Lo único distinto (y lo que había empujado a Travis a entrar) era la presencia de una Biblia.

Antes de ir a la cárcel, Patrick se había enorgullecido de ser ateo y, hasta donde Travis sabía, continuaba siéndolo. Y sin embargo allí estaba, una Biblia en la mesilla de noche.

La cogió. Estaba gastada por el uso. En el interior de la cubierta había una dedicatoria escrita a mano: «Patrick: tienes en las manos el único regalo que no se agota nunca. Con cariño, B».

—¿Quién es B? —se preguntó en voz alta dejando que la Biblia se abriera por una página marcada con un grueso sobre. Había un pasaje subrayado: Hechos 3:19: «Por tanto, arrepentíos y convertíos, para que vuestros pecados sean borrados».

Abrió el sobre. Dentro había un montón de cartas, todas escritas por la misma persona.

¿Becky Creech?

Había visto a Becky el día anterior con su hermano, Dale, en la búsqueda de Sammy Went. Había sabido cómo se llamaba Travis.

Se sentó en la cama y desdobló la primera carta. Llevaba fecha del 7 de octubre de 1987:

> Querido Patrick:
> Espero que no te moleste que te escriba a la cárcel. No me conoces, pero, si he hecho bien los cálculos, tenemos más o menos la misma edad y, de no haber estudiado yo en casa, seguro que habríamos estados juntos en más de una clase en el instituto de Manson (¡aúpa Warriors!).
>
> Te escribo en representación de la Iglesia de la Luz Interior. Vista desde fuera, la iglesia puede parecer radical y, seamos sinceros, una locura. Pero en realidad está llena de personas buenas, honradas y temerosas de Dios que solo quieren formar parte de una verdad mayor. Si alguna vez has pensado en ser parte de algo más grande, o simplemente si tienes ganas de hablar, escríbeme.
>
> Con cariño.
>
> Beck Creech
>
> P. D.: Adjunto una fotografía.

Buscó la fotografía en el sobre, pero no estaba. ¿Había intentado Becky convertir a Patrick? Y, lo que era peor, ¿lo había conseguido?

Pasó a la carta siguiente, que tenía fecha de 3 de noviembre de 1987.

Querido Patrick:
Estoy muy contenta de que me hayas escrito, y gracias por el cumplido. Me alegra que te gustara la foto. Igual puedes mandarme una tuya.

Déjame que intente contestar algunas de tus preguntas:

Sí, manipulamos serpientes venenosas. No, no nos comemos sus corazones ni nos bebemos su sangre. No, no adoramos al Demonio en secreto (esa es la que más me ha gustado, ja, ja, ja). Sí, a veces las serpientes muerden.

Cuando Dios te empuja a coger una serpiente, hay dos razones por las que puede morderte. Una, para que Dios pueda salvarte de tu sufrimiento. Dos, para que Dios pueda llevarte al cielo con él. Puede ser una serpiente quien se te lleve, o un accidente de coche o de avión; también la vejez. Como quiera que ocurra, creemos que todos tenemos una cita con la muerte y que la muerte nos devuelve a Dios.

«La muerte nos devuelve a Dios»: siempre me ha gustado cómo suena esa frase.

Ahora tengo algunas preguntas para ti: ¿naciste en Manson? ¿Qué has hecho desde que terminaste el instituto? (No escatimes detalles.) ¿Qué tal es estar en la cárcel?

La última es una pregunta muy amplia, supongo, así que igual puedes dividir la respuesta en dos partes. En la primera me podrías describir todas las cosas prácticas, como la comida, tu celda, los otros reclusos, lo que haces en tu tiempo libre. ¿Es verdad que hacéis matrículas de coche o es un mito?

La parte dos iría sobre cómo te sientes. Yo entiendo lo que significa sentirse atrapado. Claro que mis paredes no son de cemento y no duermo en una celda con barrotes en las ventanas. Mis paredes están hechas de culpa. Uy, eso ha sonado muy melodramático, ¿verdad?

Quiero que sepas que no te juzgo, Patrick. Estás ahí porque has pecado, pero pecar es humano. Cuando creces en la religión pentecostal oyes a menudo que eres indigno de Dios, pero hasta hace poco no empecé a entender qué significaba de verdad eso. Si no lleváramos el pecado en nuestro corazón, ¿qué sentido tendría todo? Creer entonces sería demasiado fácil, ¿no te parece?

Un pastor joven (Dave Flenderson, peculiar y con un físico también peculiar) me dijo una vez que el comportamiento ético requiere sacrificio. Esa es la clave. La semana pasada, por ejemplo, es posible que quisiera gritarle a Erin Taylor por llamarme «p___ fundamentalista» en el aparcamiento de Home Foods, igual que tú quisiste darle a ese hombre en la cabeza con un palo de billar, y no pasa nada. De hecho, es normal querer hacer esas cosas, pero no haciéndolas es como nos ganamos el amor de Dios.

Con cariño.

Becky

Travis siguió pasando cartas y encontró una con fecha del 3 de marzo de 1988.

Querido Patrick:
Quiero hablarte de Clementine. Es una cascabel de los bosques de dos años de edad. Una cascabel puede llegar a vivir veinte años en libertad, pero después de dos años en nuestra iglesia es prácticamente una anciana. La media de vida son diez meses. El estrés a menudo se las lleva antes.

Clementine es una gruñona que, de cuando en cuando, ha mordido a algún fiel de la Luz Interior. Pero nunca JAMÁS ha mordido la mano que le da de comer. Hasta el día que lo hizo. Y la mano era mía.

Déjame que retroceda un poco.

Nuestra iglesia está en una enorme parcela de propiedad familiar a las afueras de la ciudad. El terreno es boscoso a excepción de un claro, donde está la iglesia, y una carretera sin asfaltar que lleva hasta ella. Cuando digo que es boscoso hablo de bosque CON MAYÚSCULAS. Es espeso, profundo y oscuro. Si sobrevolaras la propiedad, verías cuarenta hectáreas de verde y poco más.

Los servicios religiosos de la Luz Interior se celebran tres veces por semana: martes y viernes por la noche y domingos por la tarde. El primer domingo de cada mes me toca quedarme a dar de comer a las serpientes, que viven juntas en un corral de madera. Es una de mis tareas.

Sí, tengo veintiséis años y aún tengo tareas, como los niños.

El corral de las serpientes es, en realidad, un cobertizo. Un refugio pequeño con suelo de cemento sin ventanas y un techo dolorosamente bajo (digo «dolorosamente» porque me doy en la cabeza cada vez que entro). Dentro hace siempre un calor insoportable por las lámparas de infrarrojos.

Junto a los cubículos de las serpientes tenemos ratones dentro de baldes de plástico con tapas agujereadas. Los ratones están vivos, por cierto. Cuando mi padre estaba a cargo, los comprábamos congelados y resultaba menos sangriento, pero cuando mi hermano, Dale (ahora reverendo Creech, algo a lo que aún no me he acostumbrado del todo), se hizo cargo del «negocio familiar», empezó a criarlos él mismo para ahorrar dinero. Dice que la clave es no ponerles nombre.

Dar de comer a las serpientes es fácil. Abres la tapa del terrario, echas un ratón, cierras la tapa y pasas al siguiente. El día que me mordió Clementine yo estaba pensando en otras cosas, hablando conmigo misma o canturreando. Me había distraído. Entonces llegué al cubículo de Clementine y ¡zas! Me hincó los dientes en la mano. Con fuerza. En la membrana entre el dedo pulgar y el índice. Fue como si me hubiera estado esperando.

Me sangraba mucho la mano, pero en la iglesia tenemos un botiquín además de unas cuantas ampollas de antisuero (aunque esto mejor no lo cuentes, a la mayoría de manipuladores de serpientes no les gusta que se sepa que hay antisuero a mano porque, oye, no deberíamos necesitarlo si Dios está mirando por nosotros, ¿no?). Luego resultó que no necesitaba ninguna de las dos cosas. No sé cuánto sabes de serpientes, pero hay una cosa llamada mordedura seca (cuando no se libera veneno), que es la me hizo Clementine. La mordedura seca duele mucho, te lo aseguro, pero no te mata.

Aquí es cuando la cosa se complica, así que atento. Clementine agitándose furiosa en su jaula me recordó a ti. Me pareció una metáfora (perdona que me ponga intelectual). La mordedura representaba lo que pasó en el Cubby's Bar y supongo que la piel entre los dedos pulgar e índice representaba la cabeza de Roger Albom. La jaula de Clementine sería tu celda, y su vida, tu condena. Caramba, incluso su cara plana y ancha me recuerda a ti (no te ofendas, ¡Clementine me parece un bombón!).

De pronto no pude soportar la idea de que Clementine estuviera encerrada. Así que la metí en un saco de arpillera y me fui con ella al bosque. No quería soltarla demasiado cerca de la iglesia. Cuando Dale se diera cuenta de que no estaba, saldría en su busca (de hecho lo hizo, aunque sin éxito).

Me adentré con ella en el bosque y encontré un rincón tranquilo donde el sol se colaba por entre los liquidámbares. Dejé el saco en el suelo, lo abrí y di un paso atrás. Vale, podría haberla sacado del saco, pero quería que fuera elección suya.

No parecía querer marcharse. Asomó la cabeza unas cuantas veces (¿Te imaginas ver un enorme bosque norteamericano después de dos años viviendo en una caja de cristal?), pero luego volvía a esconderla.

Esperé.

Casi una hora después, cuando el sol se ponía y empezaba a hacer frío, cuando mi madre estaría mirando por la ventana de la cocina y preguntándose por qué no estaba ya en casa, Clementine se decidió. Deslizó medio cuerpo fuera del saco. Disfrutó un momento del sol poniente y habría jurado que sonrió.

Al momento siguiente había salido del saco y reptaba entre la maleza. No se volvió ni una sola vez. Estuve un rato mirándola antes de volver a la iglesia. Hasta ese momento no me di cuenta de que estaba llorando. También ahora, mientras te lo cuento, lloro.

Clementine no es una «serpiente de exterior», pero estoy segura de que sabrá salir adelante, y tengo que decirte, Patrick, que poner en libertad a alguien por una vez fue de lo más satisfactorio. Clementine se rebelaba contra el mundo que la aprisionaba. Cómo viva ahora su vida es elección suya, pero rezo porque encuentre misericordia en su corazón. También rezo porque a ti te ocurra lo mismo, Patrick.

Con cariño.

Becky

Travis fue pasando, frenético, el resto de cartas. ¿Se había convertido su hermano en un fundamentalista? ¿Empezaría a manipular serpientes y a beber veneno o lo que fuera que hicieran en ese lugar?

Sacó una de las del final. Era del 1 de febrero de 1989.

Queridísimo Patrick:

Solo unas líneas para contarte lo ilusionada/nerviosa/eufórica/aterrorizada que estoy con nuestro «encuentro especial». Después de todos los obstáculos que hemos tenido que superar para poder estar cuarenta minutos a solas, una parte de mí se había hecho a la idea de que este día no llegaría nunca.

No puedo garantizarte ser una experta en la cama, pero lo que sí te digo es que tengo muchas ganas, cariño. Y también que mi amor por ti es profundo y sincero y absoluto. Estoy preparada para entregarme a ti. Por completo.

Con cariño y expectación.

Becky

Había una última carta, con fecha del 10 de diciembre de 1989

Dijiste que sería más fácil, Patrick, pero cada día es más duro. A veces rezo para que mi luz se apague. Y entonces recuerdo que mi luz eres tú. Eres la luz de mi corazón y la luz al final del túnel. Pero no sé cuánto tiempo más podré sobrevivir. Vuelve a casa, Patrick. Vuelve a casa y sácame de este lugar. Vuelve a casa y rescátame de estas personas.

Con amor, con todo mi amor.

Becky

Travis leyó las cartas una y otra vez, pero no encontró respuestas a las muchas preguntas que se le agolpaban en la cabeza. ¿Qué había pasado exactamente entre la primera carta y la última? ¿De quién quería Becky Creech que la rescataran? ¿Cuál era la naturaleza de aquella relación?

¿Un Eckles y una Creech? Casi daban ganas de reír.

La única otra pista, si es que podía llamarse así, era el título de un versículo de la Biblia anotado apresuradamente con bolígrafo al pie de la última carta: Mateo 24:29-34.

Cogió la Biblia que estaba junto a la cama de Patrick y pasó las páginas hasta encontrar el versículo. De nuevo había texto resaltado. Travis lo leyó tres veces. Era inquietante, preocupante incluso: «El sol se oscurecerá y la luna perderá su brillo; las estrellas caerán del cielo y las fuerzas celestes se estremecerán».

Manson, Kentucky

Ahora

Antes del amanecer me despertó un sueño sobre un árbol frutal que proyectaba una sombra alargada en un césped recién segado. Aunque no había nada en el sueño que lo sugiriera, supe que era el jardín trasero de la casa de Sammy Went. Los pájaros trinaban en algún punto lejano y, por un momento, me sentí a salvo.

Como la noche anterior apenas había dormido, me sentía aturdida y desorientada. Después de lavar las sábanas en la bañera a las tres de la madrugada, había colgado en la puerta el cartel de «No molestar». Nunca había usado esas palabras de manera tan sincera. Después me había tumbado en un sofá moderno y rígido y me había hecho un ovillo, tensa, humillada. A ratos me quedaba dormida. Cada vez que me despertaba, examinaba el sofá y comprobaba con alivio que estaba seco.

Me había hecho pis en la cama. ¿Es que había bebido demasiado durante la cena o se trataba de algo más complicado?

A los trece años le había ocultado a mi madre mi primer periodo, no porque me diera apuro o vergüenza, aunque estoy segura de que algo de eso había, sino porque me preocupaba que la entristeciera. No quería que pensara que me estaba convirtiendo en una mujer porque a mí misma me daba miedo convertirme en una mujer. Ahora tenía miedo de volver a ser una niña.

Me vestí y salí con una taza de café al balcón, donde me lo bebí despacio mientras miraba el bosque. Era denso y enorme.

Si las masas de agua me tranquilizaban, las zonas densamente boscosas parecían tener en mí el efecto contrario. Eran sitios oscuros y llenos de monstruos, poderosos y salvajes, brutales y primarios. Provocaban en mí una urgencia repentina por… ¿fotografiarlos?

Había metido mi polvorienta Canon SLR en el equipaje casi por instinto, sin intención de usarla. Pero ahora la saqué de la mochila, la encendí y enfoqué un trozo de bosque. La cadena montañosa resultaba menos amenazadora vista a través de la lente de la cámara.

Cuando Sammy desapareció, ¿había pasado Molly Went días, meses, años mirando el mismo bosque que estaba fotografiando yo ahora, preguntándose si estaría allí su hijita? Claro que Sammy Went no había terminado medio enterrada en el bosque, hinchada y putrefacta con profundos cardenales alrededor del cuello, allí donde el «hombre malo» le había hecho daño. En lugar de ello había sido llevada en secreto a Australia, donde la habían criado, querido, alimentado, vestido, educado y cien cosas más.

Era agradable volver a sacar fotografías. La Canon filtraba mi realidad y, aunque fuera un poco, me permitía ejercer cierto control sobre ella. Me pregunté si sería eso lo que me había empujado a la fotografía. Con la cámara colgada del cuello, me sentí preparada para enfrentarme a Manson.

Sin perder de vista el depósito de agua, caminé hacia el centro, deteniéndome aquí y allí a sacar fotografías. Un largo canal de hormigón pasaba debajo de la carretera y transportaba un ancho arroyo de turbia agua de tormentas. *Clic.* Una vaca muerta a un lado de la carretera. *Clic.* Una motocicleta con manillar alto modelo Buckhorn que pasaba a toda velocidad conducida por una mujer de unos sesenta años. *Clic.*

Quizá ingenuamente había medio esperado tener *flashbacks* a mi llegada a Manson; un árbol o un río, un rincón o una colina determinados desencadenarían un recuerdo reprimido y, de pronto, volvería a tener dos años. Pero en Manson nada iba a ser tan sencillo. No hubo una oleada inesperada de nostalgia ni la estremecedora constatación de que aquel era el lugar que me correspondía.

Quizá esos recuerdos —formados solo parcialmente en el cerebro de una niña tan pequeña— estaban demasiado profundos para que pudiera acceder a ellos y ese hilo del que me había hablado Stuart no podría repararse nunca. Sammy estaba allí, con un cordel rojo atado a la cintura, tirando una y otra vez desde la oscuridad sin que apareciera nada en el otro extremo.

O quizá era la ciudad. Saltaba a la vista que Manson había cambiado mucho en veintiocho años. Eso me causó cierta tristeza. El tiempo pasaba y yo podía o no seguirlo, pero nunca retroceder. La vida que podía haber llevado como Sammy Went, nacida y criada en Manson, sencillamente no existía.

¿Qué esperabas encontrar?, me pregunté.

Pasé la hora siguiente deambulando sin rumbo por las calles y haciendo fotografías, empezando en el bullicioso centro de la ciudad antes de alejarme en círculos hasta que las casas empezaron a espaciarse y los jardines a ensancharse.

Llegué a Cromdale Street por casualidad. Sería bonito imaginar que fue la providencia divina la que me llevó allí, que una mano invisible me empujó en la dirección adecuada. Lo más probable es que se tratara de una coincidencia. Reconocí el nombre de la calle por los artículos que había leído sobre Sammy Went. Sabía que se la habían llevado de una casa de Cromdale, pero no de cuál. Recorrí una y otra vez la calle deseando que se me formara un recuerdo. Un recuerdo no, un sentimiento. Me habría conformado con un atisbo. Pero no me vino nada.

Me llamó la atención la casa del número nueve y la tercera vez que recorría la calle me detuve delante de ella y miré la vieja valla de alambre. Era el único edificio de Cromdale Street que parecía no haber cambiado en treinta años. La casa destartalada estaba tapiada, oculta por un jardín selvático y descuidado. Las casas a ambos lados estaban cuidadas y eran relativamente modernas, pero la del número nueve parecía una tétrica cápsula del tiempo.

Quité barro y porquería del buzón y encontré el nombre «Eckles». Me disponía a hacer una foto cuando vi a la anciana. Estaba sentada en los escalones de entrada a la casa, tan quieta que se fundía por completo con el entorno. Tenía la piel acartonada y amarilla, como un maniquí olvidado al sol. Me miraba. Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Bajé la Canon y seguí caminando.

De vuelta en el centro, me paré a tomar un segundo café y a mirar las fotografías que había hecho. El café acababa de abrir y tuve que esperar a que la encargada encendiera todas las luces antes de venir a la barra a atenderme. Cuando lo hizo, se detuvo en seco, parpadeó un par de veces detrás de unas grandes gafas y luego sonrió.

—Perdón —dijo—. ¿Qué va a tomar?

La carta se cernía sobre mi cabeza con abrumadoras opciones.

—¿Puedo tomar un café solo?

—Claro —dijo la mujer, me miró un par de segundos más y se puso a hacer café. Era

corpulenta y estaba en la cuarentena, con la postura encorvada propia de alguien que se ha pasado la vida peleándose con su estatura. Yo no era tan alta como ella, pero sí más que la mayoría, de modo que tenía una idea de cómo se sentía.

Cuando volvió a la barra con mi café, la mujer robusta se ajustó las gafas con el dedo índice y dijo:

—Te conozco.

—¿Ah, sí?

—Te he visto en las noticias —dijo—, pero también me acuerdo de ti de los viejos tiempos. De antes. Yo era amiga de Emma. ¿Qué tal está?

—No lo sé —dije con sinceridad mientras me apresuraba a ponerle una tapa de plástico al café para salir cuanto antes de allí—. ¿Qué te debo?

—Estás invitada —dijo—. Bienvenida a casa, Sammy.

¿Estaba en casa? ¿Era yo Sammy?

Volví hacia el hotel por el arcén de la carretera sorbiendo mi café. Aún era temprano, así que no había demasiado tráfico. Mi Canon se balanceaba a izquierda y a derecha mientras caminaba y la sentía extrañamente pesada.

Llegué a un letrero polvoriento de madera que decía «Molino. Centro de visitantes: 4 km». Había llegado a la ciudad por esa misma carretera, pero entonces no había visto el letrero. Debajo había una flecha que apuntaba a un viejo camino de tierra que se internaba en el bosque. Los árboles se curvaban hacia dentro y sobre la entrada, casi escondiendo el sendero. Lo que pude ver era estrecho y con hierba que llegaba hasta la rodilla.

Todavía no entiendo por qué decidí coger aquel sendero. Es posible que, después de todo, una mano invisible me guiara.

El camino se ensanchaba un poco a medida que me adentraba por él, pero una imponente muralla de árboles a ambos lados amortiguaba los sonidos del caminoy me hacía sentirme aislada del mundo. El aire estaba impregnado de olor a tierra mojada y agujas de pino, y la suave brisa que susurraba por entre las ramas me causó desazón.

Me considero una mujer acostumbrada a estar al aire libre. Tampoco soy Bear Grylls, pero en mi juventud hice mucho senderismo, natación y exploración. Pero en aquel momento Australia quedaba muy lejos. Allí teníamos la sabana, que tenía tanto amarillo como verde. Puede que estuviera llena de criaturas peligrosas, pero era territorio conocido. Aquel sitio no era sabana, era bosque. Los bosques eran unos lugares peligrosos salidos de los cuentos, donde niños eran separados de sus padres y raptados por brujas.

Dean se equivocaba cuando dijo que el pasado es como un océano, pensé. *Es más bien como un bosque tenebroso lleno de monstruos.*

Cuanto más me internaba entre los árboles, más me oprimían. Aun así, no di la vuelta.

Llegué hasta un puente colgante viejo e imponente. Se veía que lo habían construido para que pasaran coches, pero, a juzgar por las pintadas y el deterioro causado por los elementos, aquello había sido mucho tiempo atrás. Los tablones se hundieron y gimieron cuando crucé.

Al otro lado del puente y a veinte metros por el camino llegué a…

Ninguna parte.

Si había habido un molino allí alguna vez, había desaparecido tiempo atrás. En su lugar había una gran zona rectangular de tierra desnuda. Los sonidos del bosque se aquietaron cuando me dirigí al centro del mismo. La tierra bajo mis pies era negra. Hacía años que no crecía nada allí. Tuve la sensación de que me vigilaban fantasmas.

En este sitio pasó algo malo, pensé, cogiendo la cámara y sacando unas cuantas fotografías.

Tierra muerta. *Clic.* Árboles caídos. *Clic.* Una luz espectral que se colaba por las ramas altas. *Clic.*

Algo era distinto.

La sensación de control que había tenido cuando fotografiaba las montañas había desaparecido. Se había caído el filtro y el entorno eran tan amenazador visto a través de la lente de la Canon como en la realidad.

Apagué la cámara y volví deprisa hacia el puente.

He venido a enfrentarme a Manson, pensé. *Y Manson me ha derrotado.*

Manson, Kentucky

Entonces

Emma mantuvo la cabeza debajo del agua todo lo que pudo en un intento por aislarse de los sonidos del mundo. La ventana empañada del cuarto de baño pasaba de blanca a gris a medida que se ponía el sol. Otro día terminaba.

Durante las horas de luz no era demasiado difícil imaginar que Sammy estaba fuera jugando, en los columpios del parque Atlas quizá, o hurgando en la arena junto al lago. Pero cuando caía la noche su ausencia se hacía más evidente. Se suponía que los niños de su edad no se quedaban fuera después de anochecer. Se suponía que estaban bañándose, viendo dibujos animados y yéndose a la cama.

Emma salió del agua, se secó y se puso uno de los albornoces de su madre, asegurándose de atarse bien el cinturón: había pillado a su primo Todd mirándole el pecho una docena de veces desde su llegada.

Las novias de Drácula estaban viendo viejos álbumes de fotos en el cuarto de estar.

—Ven aquí con nosotras, Emma —dijo Tillie. Era la tía más joven—. Estamos rememorando.

—Luego quizá —dijo Emma—. ¿Dónde están todos?

—Tu hermano está en el sótano jugando a los videojuegos con Todd —dijo Pauline, la tía de mayor edad—. Tu madre se ha echado un rato y tu padre anda desaparecido.

—Papá no anda desaparecido. Está buscando a Sammy.

Las tías se miraron unas a otras. Sin duda tenían sus propias teorías sobre por qué Jack había vuelto a casa tarde y con las manos desolladas, pero no tenían ni idea. Les explotaría a todas la cabeza si supieran que Jack y Travis Eckles estaban…

¿Qué?, pensó Emma. *¿Enamorados?*

Cuando Emma salió de la habitación, Pauline le dijo:

—No hagas ruido al subir las escaleras. Deja dormir a tu madre.

El dormitorio principal estaba silencioso y vacío, pero la puerta del cuarto de Sammy estaba cerrada y de debajo salía luz. Emma llamó.

—¿Qué hay? —dijo su madre desde el otro lado de la puerta.

—Soy yo, mamá. ¿Puedo pasar?

—Ah. Sí, claro.

El dormitorio de Sammy estaba tal y como lo había dejado, solo que más limpio. El mueble de los juguetes estaba lleno de animales de peluche que formaban un mar de rosas y malvas. Los retratos enmarcados de la familia parecían encerrar ahora un significado nuevo. Molly había cogido uno de la pared y lo hacía girar con las manos.

—Perdona por ser tan brusca —dijo—. Pensaba que eras una de mis hermanas.

—¿Estabas durmiendo?

—Más bien escondiéndome.

—¿Te importa si me escondo un rato contigo?

Molly sonrió con tristeza. Tenía la piel seca y enrojecida. Se hizo a un lado en la cama para dejar sitio a Emma.

—Huele a productos químicos.

—He limpiado las alfombras —dijo Molly—. Quiero que esté todo perfecto para cuando vuelva. Hice lo mismo cuando estaba embarazada de ti, ¿lo sabías? Limpié la casa de arriba abajo.

Emma miró la fotografía que tenía su madre en las manos. La había sacado su padre. Era de Molly y los niños tostando sándwiches de galleta y malvavisco en la chimenea de una casa en Cumberland Falls. Sammy estaba en brazos de Molly mordiéndose feliz los dedos y mirando fuera de cámara.

—¿Te acuerdas de ese viaje? —dijo Molly—. Fue por esta época hace un año, pero es como si hubiera pasado un siglo. Qué felices éramos.

Emma recordaba bien el viaje, que no había tenido nada de feliz. Sammy había estado echando los dientes e irritable, lo que ponía a su madre insoportablemente tensa. Momentos antes de que Jack la llamara para la fotografía, Molly había estado caminando nerviosa, meciendo con brusquedad a Sammy y diciendo cosas como: «¿Qué quieres de mí?» y «¿Qué quieres que haga?» y «Jack, cógemela. Me está volviendo loca». La fotografía recogía un momento, no la historia entera.

Emma se preguntó si Molly estaba intentando no evocar las partes malas o bloqueándolas directamente.

Molly tocó la cara de Sammy en la fotografía y sonrió. Tenía los labios pegajosos y pálidos.

—¿Te acuerdas de lo que dice Mateo 19:14?

—Refréscame la memoria —dijo Emma.

— Jesús dijo: «Dejad que los niños vengan a mí, y no se lo impidáis, porque el reino de los cielos es de quienes son como ellos».

Molly se pegó la fotografía al pecho.

—¿Es ahí donde crees que está Sammy? —preguntó Emma—. ¿En el cielo?

Su madre la miró largo rato, pero no dijo nada. En lugar de ello apoyó la cabeza en el regazo de Emma y solo dio un leve respingo cuando esta empezó a acariciarle el pelo. Emma quería contarle lo que había averiguado sobre Travis, pero pasaría mucho tiempo hasta que encontrara las palabras adecuadas.

Siguieron quietas y calladas en aquella cama durante la hora siguiente. Fue el rato más largo que habían pasado juntas desde el nacimiento de Sammy. Podrían haberse quedado mucho más de no haber irrumpido Tillie en la habitación.

—Molly, te llaman por teléfono —dijo jadeando después de haber subido deprisa las escaleras—. Es el *sheriff*. Parece que tiene novedades.

El *sheriff* Ellis estaba en el vestíbulo frío y húmedo de la comisaría. Tenía grandes círculos de sudor alrededor de las axilas y debajo de los ojos. Últimamente todos en Manson parecían exhaustos.

—Molly, Emma, hola. Gracias por venir —dijo—. ¿Dónde está Jack?

—No he conseguido localizarlo —dijo Molly—. ¿Qué ha pasado, *sheriff?*

—Seguidme.

Condujo a Emma y a su madre a la sala de reuniones, un espacio amplio con una cafetera

borboteando en un rincón. En el techo zumbaba un tubo fluorescente. Sobre una mesa alargada había una caja de cartón en la que ponía: «PRUEBAS».

—Sentaos —dijo Ellis. Permaneció de pie mientras Emma y Molly se instalaban en unas sillas de plástico rígido—. Como sabéis, hemos estado coordinando una operación de búsqueda en el bosque. Uno de los voluntarios encontró algo. Nos gustaría que nos dijerais si pertenece a Sammy.

Abrió la caja de las pruebas y sacó una bolsa de plástico pequeña. Dentro, raído y sucio de barro, estaba el gorila de peluche de Sammy. Emma tardó un momento en aceptar la realidad de lo que estaba viendo. Le había comprado aquel juguete a su hermana cuando esta cumplió un año y Sammy se lo llevaba a todas partes. Que existiera sin ella no tenía sentido.

De pronto la asaltó un pensamiento terrible y terriblemente infantil: *Ahora Sammy sí que está sola.*

Emma esperaba que su madre rompiera a llorar o, peor aún, se arrodillara en el suelo y empezara a rezar. Pero no hizo ninguna de las dos cosas. Sacó el gorila de la bolsa y lo miró con expresión pétrea.

—Está sucísimo. Tengo que lavarlo. Es peligroso para un niño.

—Mamá.

—¿Es de su hija? —preguntó Ellis.

—Sí, es suyo —dijo Emma.

Ellis hizo ademán de coger el gorila. Los dedos de Molly se aferraron a él un momento antes de soltarlo. Siguió el juguete con la mirada hasta que estuvo de nuevo guardado en la caja de pruebas.

—Me ocuparé de que se lo devuelvan lo antes posible, Molly. Tiene mi palabra.

—¿Qué significa esto? —dijo Molly—. ¿Está por ahí, en el bosque? ¿Está Sammy en el bosque?

—Hay más —dijo Ellis—. El juguete apareció no lejos del viejo molino. Lo registramos y encontramos indicios de que alguien ha estado viviendo allí.

—¿Viviendo allí?

Un recuerdo borroso se coló en los pensamientos de Emma como un mal olor. Era fragmentario, pero tenía que ver con el molino. Emma sabía que había estado allí el día que Sammy desapareció, pero la combinación del choque y las setas alucinógenas le impedía recordar gran cosa.

—Creemos que quien se llevó a Sammy la retuvo allí durante la noche. Quizá más tiempo.

—¿Por qué?

—Bueno, no lo sabemos. Es un lugar apartado. Escondido. Puede que la llevaran allí para mantenerla a salvo y tranquila mientras preparaban la petición de rescate.

—Déjese de paños calientes, *sheriff* —dijo Molly—. Si alguien tuviera intención de pedir un rescate ya lo habría hecho. Si alguien se la llevó a un sitio apartado y tranquilo fue por una razón bien distinta.

Emma dio un respingo. Hasta entonces había logrado con éxito bloquear determinadas situaciones en su imaginación. Ya fuera negarse a ver la realidad o esperanza ciega, Emma estaba convencida que quien tuviera a Sammy en aquel momento —y alguien la tenía, no se había ido sola al bosque y se había perdido— estaría tratándola bien. Pero esa idea era infantil y tonta y ¿qué había pasado aquel día en el molino con Shelley?

Setas alucinógenas… hormigas carpinteras…

—En cualquier caso —dijo Ellis carraspeando incómodo—. Este detalle no lo vamos a contar

a la prensa. Tenemos la esperanza de que la persona que estuvo en el molino vuelva a por sus cosas y así poder interrogarla.

—Quien se llevó a Sammy ya estará a estas alturas en la otra punta del país —dijo Molly—. Y Sammy, o estará con ellos o…

—Mamá, para.

—¿Tienen algo? —dijo Molly—. ¿Alguna pista? ¿Algún sospechoso? ¿Lo que sea?

—Es posible que tengamos un sospechoso —dijo Ellis—. Uno de los buzos vio a un hombre de aspecto sospechoso cerca de Willow's Point.

—¿Qué hombre? —dijo Molly.

Ellis fue hasta una mesa que había en un rincón cubierta de pilas de informes, carpetas, fotografías, libretas y *post-it*. Si una mesa desordenada equivalía a una cabeza desordenada, que Dios ayudara a Sammy. Ellis encontró un retrato robot y lo puso en la mesa delante de ellas. La cara dibujada se parecía a cien habitantes de Manson. Era un hombre ni delgado ni gordo; no tenía ni cicatrices ni tatuajes; iba sin afeitar o con una barba muy corta y tenía ojos negros y hundidos.

¿Serán esos los últimos ojos que vio mi hermana?, se preguntó Emma.

—¿Quién es? —dijo Molly.

—No lo sabemos, pero lo vamos a averiguar. Hemos mandado una copia de este dibujo a todas las comisarías y oficinas de prensa de aquí a Redwater. Aún hay esperanza, Molly. Y una cosa más.

Molly se pasó los dedos por el pelo y emitió un sonido a medio camino entre un suspiro y un gemido.

—¿El qué?

—Esto va a sonar un poco descabellado —dijo Ellis—, pero circula una leyenda urbana sobre el molino, no sé si la conocéis. Si escribes el nombre de alguien en una pared concreta, dice la leyenda, esa persona morirá en las veinticuatro horas siguientes.

El recuerdo maloliente empezó entonces a cobrar nitidez y de pronto Emma supo lo que iba a decir Ellis a continuación. *Un rotulador negro moviéndose por la pared. Escribiendo un nombre. Los ojos asustados, como platos, de Shelley. La silueta en la ventana.*

—Alguien escribió el nombre de Sammy en la pared —dijo Ellis.

—¿Cómo? ¿El nombre de Sammy? —dijo Molly—. Eso es absurdo.

Ellis metió la mano en la caja de pruebas, sacó una polaroid y la deslizó por la mesa hacia ellas. Mostraba el nombre de Sammy escrito por Emma en la sucia pared. Esta sintió náuseas. ¿Qué clase de persona era?

—Es una leyenda urbana —dijo—. No es real. La gente que escribe esos nombres no quiere que esas personas mueran. Son tonterías de niños.

—Seguramente sea una broma pesada —dijo Molly—. Lo habrán escrito después de que Sammy desapareciera. Algún adolescente, lo más seguro.

—Eso mismo pensé yo —dijo Ellis—. Pero al haber encontrado indicios de que alguien durmió en el molino y el juguete de Sammy, tenemos que tomarlo en serio. ¿Se te ocurre quién ha podido escribirlo?

—Sammy tiene dos años —dijo Molly—. No tiene demasiados enemigos.

—¿Reconoces la letra?

Molly cogió la polaroid, la examinó un momento y luego negó con la cabeza.

—No.

De camino al coche, Molly se mordió las uñas. Emma nunca la había visto hacer algo así. Se

subieron al Taurus, pero Molly no arrancó.

—Dime por qué, Emma.

—… ¿Cómo?

—Dime por qué y no volveremos a hablar de esto.

—Mamá, no…

—¿Crees que no reconozco la letra de mi propia hija?

De pronto Emma tuvo mucho frío.

—Se suponía que era una broma.

—Por favor, no me mientas, Emma. No sobre esto. Miénteme sobre lo que quieras menos sobre esto.

—Estaba colocada —dijo Emma—. Shelley y yo hicimos pellas el día que Sammy desapareció y nos comimos unas setas alucinógenas en el bosque.

—Dios.

Hacía años que Emma no oía a su madre pronunciar el nombre de Dios en vano.

—Estaba colocada; fue una estupidez. Por eso lo escribí. Lo siento.

Pero ¿era esa toda la verdad? Cuando las personas se colocaban, comían demasiado, veían películas malas y decían cosas tipo «Si una comida se puede comer, ¿por qué una copa no se puede beber?». No deseaban que sus hermanas no hubieran nacido y, desde luego, no deseaban su muerte.

—¿Se lo vas a contar a la policía?

—No.

—¿Y a papá?

—Dame una razón para no hacerlo.

Emma se echó a llorar.

—Porque le rompería el corazón.

—No entiendo por qué eres así, Emma —dijo Molly—. ¿De qué vas? ¿Qué es lo que te pasa?

—¿De qué vas tú, mamá? ¿Qué es lo que te pasa?

—Esto no tiene nada que ver conmigo.

—Claro que sí, y desde hace mucho tiempo, además. No sé si es que estás deprimida o pasando una crisis de la mediana edad, y no sé por qué hemos decidido todos hacer como si no pasara nada, pero has cambiado.

—Nunca habéis respetado mi fe.

—No tiene nada que ver con la Luz Interior, mamá. Es por Sammy. Cambiaste cuando nació. Fuiste a dar a luz y cuando volviste del hospital eras otra persona.

Emma esperó que su madre montara en cólera, empezara a citar las Escrituras. Esperaba una discusión, pero la discusión no se produjo. En lugar de ello, Molly arrancó el coche, subió la radio y condujo hasta casa sin decir palabra.

Manson, Kentucky

Ahora

Stuart estaba desayunando en el restaurante del hotel cuando volví de mi paseo, sintiéndome derrotada. Abrió mucho los ojos al verme —como no había dormido casi la noche anterior, mi aspecto debía de ser deplorable—, pero eligió no hacer comentario alguno y se lo agradecí. En lugar de eso llamó a la camarera y me pidió café.

—Anoche me llamó mi abuela —dijo ahorrándose cortesías del tipo «Buenos días» o «¿Qué tal has dormido?»—. Quiere conocerte.

—Vale —dije.

—También llamó mi madre; tarde —dijo con timidez—. ¿Qué te parece si quedáis hoy?

—¿Tú no quieres venir?

—Me pidió que no estuviera cuando os vierais.

—¿Por qué?

Se encogió de hombros.

—Puede que haya hablado con Emma. Por teléfono casi discutimos. La conversación empezó con ella diciéndome que lo quiero controlar todo y terminó conmigo mandándola a tomar por culo. —Se frotó el sueño de los ojos—. Bienvenida a la familia.

Llegó la camarera con mi café y evité mirarla. Tenía la sensación de que todo el personal del hotel sabía que en mi cuarto de baño había tendidas unas sábanas mojadas.

—¿No vas a comer nada? —preguntó Stuart.

—No tengo hambre. La verdad es que no me encuentro muy bien.

Lo cierto es que me sentía enferma. Estaba a punto de conocer a mi madre. Imaginaba distintas situaciones. La situación A era un reencuentro lacrimógeno en el que Molly me rodeaba con sus brazos y exclamaba: «Mi niñita ha vuelto a casa». En la situación B, Molly me miraba, decidía que estaba mucho mejor sin tenerme en su vida y me daba con la puerta en las narices.

—¿Había un árbol frutal en vuestro jardín cuando erais pequeños? —pregunté—. Justo al fondo del jardín, pegado a la valla. ¿Podía ser un limonero?

Stuart lo pensó.

—Eh… Sí, sí lo había. Dios, llevo años sin pensar en aquel limonero. —Sonrió—. Papá solía hacer pis en él. Decía que así crecerían mejor los limones. ¿Lo recuerdas?

—Anoche tuve un sueño raro. ¿Te acuerdas de lo que me contaste en Australia sobre la teoría del decaimiento de la huella?

Stuart asintió.

—¿Crees que hay alguna forma de recuperar esos recuerdos, incluso después de que se haya roto el hilo que los unía?

—No lo sé, Kim.

Volvió a mi cabeza la imagen de Sammy Went, sola en un lugar en medio de la nada en lo

más profundo de mis pensamientos. Estaba hecha un ovillo, con las rodillas debajo del mentón, sentada en un cementerio de recuerdos muertos: cosas que podían haber sido importantes para mí en otro tiempo y ahora olvidadas. Tiraba del hilo rojo que llevaba alrededor de la cintura, resignada a no encontrar nada en el otro extremo.

Stuart se limpió la boca con una servilleta, aunque apenas había tocado su comida.

—Oye, Kim, creo que tengo que advertirte. Mamá puede ser bastante… intensa. No lo ha sido siempre, pero con los años se ha… Puede resultar intimidatoria, eso es todo, y…

Cuanto más hablaba, más se enredaba con las palabras, como un cachorro indefenso arañando una puerta cerrada antes de una tormenta. Le toqué la mano, un gesto de lo más impropio de mí.

—¿Qué intentas decirme, Stuart?

Suspiró con alivio o resignación; no supe cuál de las dos cosas era. Luego se puso tenso, apoyó las manos en la mesa, las cruzó con pulcritud y volvió a ser el hombre robótico y comedido que había conocido en Australia.

—Es que no quiero que te asuste.

No quería perderme. Me había encontrado y no quería tener que volver a hacerlo.

Tuve una especie de extraño *déjà vu*. Había tenido antes esa conversación, o una parecida, solo que no con Stuart. Había sido en casa de Amy, mientras nos fumábamos un porro.

«No vas a perderme», quise decirle a Stuart, pero de pronto me pareció muy importante decírselo primero a Amy. Me levanté tan rápido que me mareé, pero de momento estaba menos nerviosa.

—Perdona, tengo que hacer una llamada.

Cuando llegué a los ascensores, me di la vuelta. Stuart estaba sentado a la mesa, donde lo había dejado, con la vista fija en su plato. Parecía que acababa de ver un fantasma y, una vez más, tuve la sensación de que me ocultaba algo.

—… ¿Kim?

—Hola, Amy —dije.

Estaba sentada al borde de la cama con colcha de rayas de hotel, con el teléfono pegado a la cara.

—Hemos estado intentando hablar contigo. Nos han llamado periodistas, no solo australianos, también estadounidenses. Y la policía federal nos ha hecho un millón de preguntas, y…

—Os dejé de lado —la interrumpí—. Os dejé de lado a los dos. Y debería haberme apoyado en vosotros.

—Desde luego que sí, joder —dijo. Se echó a llorar, así que yo también. No lloraba tanto desde la muerte de mi madre.

—¿Puedes perdonarme y volver a ser mi amiga?

—… Vale —dijo.

Me rodaban lágrimas por las mejillas e hice un esfuerzo porque no se colaran en mi voz.

—Necesito un favor.

—Vale.

—Es un favor grande —dije—. Amy, ¿vendrías a Estados Unidos? Sé que es complicado con Wayne y Lisa, pero es que… No me siento con fuerzas para hacer esto sin ti.

Se sorbió la nariz, sin duda para mantener las lágrimas a raya también.

—Estamos de camino al aeropuerto, Kim.

—¿Cómo?

—Papá y yo. Vamos a verte lo quieras o no.

—Te quiero, Amy. Y a Dean también.

—Y nosotros te queremos a ti.

Entonces me inundó una sensación de miedo, un sentimiento repentino, abstracto, de que era posible que no volviera a ver a mi familia.

Hace mucho tiempo leí un artículo sobre clarividencia. Sugería que cuando ocurre una tragedia, puede enviar una onda expansiva de energía a través del espacio-tiempo, como cuando se tira una piedra al agua. El artículo venía a decir que algunas personas pueden sentir esas ondas antes incluso de que la tragedia ocurra. De haber creído en ese tipo de cosas, me habría preocupado más. Pero no era así, de manera que me tragué el miedo, me despedí de Amy y salí a reunirme con Stuart en el aparcamiento.

Molly Went vivía en un apartamento en una zona de la ciudad llamada Old Point. De camino allí, en el coche, Stuart me explicó que su madre nunca había querido dejar la vieja casa —en la que creció Stuart y de la que Sammy desapareció—, pero que su padre había insistido.

—Fue parte del proceso de pasar página, supongo —dijo Stuart—, e, intelectualmente, estoy de acuerdo con él. Estuvieras o no muerta, tu recuerdo siempre iba a seguir presente en esa casa. Pero parte de mí nunca les perdonó que la vendieran.

—¿Has vuelto alguna vez? —le pregunté, recordando mi paseo por Cromdale Street.

—Alguna. Han rehecho el camino de entrada, ampliado la casa, plantado árboles nuevos y talado los viejos. A efectos prácticos, nuestra casa en realidad ya no existe.

Me pregunté si parte de él no me vería a mí así también. Yo era su hermana biológica, pero también había cambiado. Estaba transformada, quizá hasta el punto de resultarle irreconocible.

—Durante un tiempo después de la venta tuve un sueño recurrente. Sammy volvía a casa, pero no había nadie allí para recibirla. La casa estaba vacía, cavernosa. Todos habíamos hecho las maletas y nos habíamos ido.

Los dos guardamos silencio.

Old Point consistía en una calle larga y llena de socavones en la que había varios semáforos colgantes. No se veía casi a gente, así que parecían innecesarios. Pasamos delante de estrechos escaparates, casas viejas y un desguace protegido por una valla de alambre de espino.

Stuart aparcó a la puerta de un edificio de apartamentos barato y bonito, con un supermercado y una licorería a un lado y una iglesia metodista al otro. Señaló un balcón destartalado en la primera planta.

—Esa es la casa, ¿ves? La que tiene su propio bosque.

El balcón rebosaba de macetas con plantas, un carrillón y una escultura de Jesús en la pared. Era el balcón de alguien que había reducido el tamaño de su vivienda, pero no de sus pertenencias. Un globo rojo se había enredado en los cables del teléfono de la calle y se mecía de un lado a otro en la brisa, igual que un barco anclado zarandeado por una suave corriente.

—Es el 2º A —dijo Stuart—. Verás su nombre en el telefonillo. M. Hiller.

—¿Hiller?

—Es su apellido de soltera.

—Ah. Vale.

Era mucho lo que ignoraba de aquella mujer. La mujer que se suponía me había traído al mundo, que me había tenido en brazos, amamantado y querido durante los dos primeros años de mi vida.

—¿Quieres que te espere? —preguntó Stuart—. Puedo dejar el coche en marcha. Por si acaso.

Lo había dicho como una broma, pero no me hizo la más mínima gracia.

—Nos vemos luego en el hotel.

—Pues buena suerte.

Entonces, cosa asombrosa, me dio un abrazo. Fue rígido y torpemente breve, pero un abrazo al fin y al cabo.

Esperé en la acera frente al edificio a que el coche doblara una esquina y desapareciera. Luego subí las escaleras al encuentro de mi madre.

Manson, Kentucky

Entonces

Poco después de mediodía, el coche patrulla del *sheriff* circulaba a gran velocidad por la autovía con la sirena encendida. Conducía Ellis. Beecher estaba a su lado con la vista puesta en la carretera. Nueve minutos antes, el ayudante del *sheriff* Louis había llamado por radio con una novedad. El hombre del retrato robot había vuelto al molino.

—¿Cómo vas, Beech? —preguntó Ellis.

—Más o menos. Bien. Un poco nervioso.

—¿Te acuerdas de cómo se usa esa cosa? —Ellis hizo un gesto para señalar el arma de Beecher.

—Hace bastante que no voy al campo de tiro —dijo este—. Pero me acuerdo de con qué extremo hay que apuntar.

Por Dios, que zanjemos esto de una vez, pensó Ellis. Claro que, aunque no fuera así, salir del despacho y hacer algo real suponía un alivio.

Apagó la sirena, llevó el coche al arcén y lo detuvo junto a un letrero borroso que decía «Molino y Centro de visitantes, 400 metros». El camino estaba bloqueado en parte por árboles caídos y daños causados por las inundaciones. Tendrían que recorrer el resto a pie.

Ellis y Beecher, tranquilos pero sin perder tiempo, bajaron del coche patrulla, sacaron chalecos protectores del asiento trasero y se los pusieron. El de Beecher le quedaba grande. Los brazos delgados le bailaban dentro de las aberturas y parecía más joven que nunca.

Caminaron a buen paso por el sendero, pero cuando estuvieron cerca del molino se escondieron en el bosque.

Los ayudantes Herm y Louis estaban apretujados en un puesto de caza a sesenta metros del molino. Todos habían estado de acuerdo en que era poco probable que el hombre volviera, sobre todo después de que su retrato robot saliera en las noticias. Pero, tal y como lo veía Ellis, si había dejado un montón de posibles pruebas incriminatorias en un sitio y a continuación visto su cara en la televisión, podía asustarse lo bastante para regresar a la escena del crimen.

Va a resultar que tenía razón, pensó Ellis.

—Parecéis dos policías de verdad —dijo Herm cuando Ellis y Beecher llegaron al puesto de caza.

—¿Cuál es la situación, chicos? —preguntó Ellis.

—Nuestro hombre no se ha movido, *sheriff* —dijo Louis después de observar con unos prismáticos.

—¿Y coincide con el retrato robot?

—Caucásico, pelo corto oscuro, cuarenta y tantos años. Vestido con vaqueros y cazadora militar. No le he hemos visto bien la cara, pero ahora mismo está en el molino.

—¿En el molino? ¿No en el centro de visitantes?

—No. Si ha vuelto a por sus cosas, desde luego se está tomando tiempo.

—¿Hay alguna posibilidad de que os haya visto? —preguntó Beecher.

—Pocas. Vamos muy camuflados y estamos lejos. Además, tenemos el viento a favor, así que los pedos que no hace más que tirarse Louis no han podido delatar nuestra posición.

—No es culpa mía —dijo Louis—. A Diane le ha dado por cocinar con especias. Se supone que aceleran la digestión.

—Pues huele como si algo se te hubiera metido por el culo y se hubiera muerto —dijo Herm.

—Chis —dijo Ellis mientras cogía los prismáticos de Herm y los apuntaba por entre los árboles. Ajustó las lentes hasta que tuvo el molino enfocado, sobresaliendo entre el paisaje de árboles y matorrales igual que un templo antiguo. Tanto el molino como el centro de visitantes, más allá, estaban en completo silencio—. ¿Habéis visto a la niña?

—De haberlo hecho, es lo primero que le habríamos dicho, *sheriff* —dijo Herm—. ¿Cuál es el plan?

—Beech y Herm, conmigo. Vamos a entrar sin hacer ruido. Louis, tú quédate aquí.

—¡Venga ya! ¿Es por los pedos?

—Es por si se escapa —dijo Ellis pasándole los prismáticos. Desenfundó su revólver del 45 y Beecher hizo lo mismo.

Herm había llevado una escopeta. Metió un cartucho en la recámara y sonrió.

—Preparado para la acción.

Ellis levantó una ceja.

—Perdón. Siempre he querido decir esa frase.

Una energía nerviosa flotaba en el aire. Los hombres de Ellis estaban excitados, ¿y quién podía culparlos? Estaban haciendo la clase de cosa que uno se imagina antes de unirse al cuerpo de policía, avanzar con sigilo hacia un edificio oscuro y lleno de corrientes de aire para capturar a un malo malísimo. Una persecución con todas las de la ley.

En otras circunstancias, Ellis también habría estado excitado. O nervioso, o asustado, o cualquier otra cosa. Pero no era así. Estaba cansado. Nada más. Sus reservas emocionales se habían secado y lo único que quería era resolver aquel caso de una vez por todas. Estaba deseando volver al papeleo, a las multas por exceso de velocidad y a las detenciones esporádicas relacionadas con las drogas.

—Vamos a entrar despacio y con cuidado —dijo—. Si este tipo tiene a Sammy, necesitamos que nos conduzca hasta ella.

Louis escupió.

—Si este tipo nos conduce a algo, será al cadáver de esa niña.

—Eso no lo sabemos —dijo Ellis—. Disparar tiene que ser el último recurso, ¿entendido?

—De acuerdo, *sheriff* —dijo Beecher.

—Dicho esto, no os arriesguéis lo más mínimo, chicos.

Ellis echó a andar hacia el molino, pero Beecher lo llamó.

—Un segundo, *sheriff*. Esto le va a sonar cursilísimo, pero ¿le importa si rezamos primero?

Ellis no pudo evitar sonreír.

—Mal no nos puede hacer, Beech.

Los cuatro inclinaron la cabeza mientras Beecher rezaba.

—Señor, rogamos nos protejas en la misión que tenemos encomendada. Acompáñanos cuando crucemos las aguas, que los ríos no nos aneguen ni nos quemen las ascuas…

Ellis dijo mentalmente su propia plegaria, no a Dios sino a Sammy Went, dondequiera que estuviera. *Por favor, no dejes que este molino en ruinas sea la tumba de ninguno de nosotros,* le

pidió. *Aunque es posible que haya sido la tuya.*

Como era de esperar, Sammy no contestó.

—Amén —dijeron los hombres.

Faltaba un poco para la una de la tarde cuando el *sheriff* Ellis y sus ayudantes Beecher y Herm se acercaron al molino. La puerta delantera estaba descolgada del marco. Herm, el más corpulento de los tres, la levantó y la empujó hacia dentro, y acto seguido retrocedió para que Ellis y Beecher pudieran pasar. Al principio Ellis solo vio sombras, pero pronto las aristas irregulares de las vigas de madera y los postes de acero cobraron nitidez.

Los hombres se adentraron despacio en el edificio, pisando botellas rotas y latas vacías. No había rastro del sospechoso, pero era casi seguro que tenía que haberles oído entrar. Ellis había esperado que echara a correr, delatando así su ubicación. En lugar de ello, estaba escondido. Aquello sugería una sangre fría que aterrorizó a Ellis.

Mientras se adentraba en el molino, Ellis se giró para echar una rápida ojeada a la pared de los nombres. En la penumbra distinguió cientos de ellos, pero solo leyó uno: «Sammy Went».

Llegaron al pie de la escalera. Ellis les hizo un gesto a sus ayudantes para que siguieran registrando el piso inferior. Él miraría arriba. Beecher le dirigió una expresión nerviosa antes de adentrarse más en la planta baja.

Ellis subió las escaleras. La luz era más tenue que en el piso inferior.

Miró detrás de un tanque de acero grande y viejo y no encontró más que excrementos de rata. Subió a una plataforma baja. En los viejos tiempos el personal del molino debía de usarla para echar maíz a las máquinas. Ahora amenazaba con derrumbarse en cualquier momento, igual que las escaleras que lo habían llevado hasta allí.

Aunque la plataforma estaba a menos de un metro del suelo, era una buena atalaya para inspeccionar el molino. Ellis no vio a nadie, pero había numerosas sombras con las que confundirse y rincones en los que ocultarse.

Pasó junto a una hilera de ventanas amarillas sucias y echó un vistazo fuera. Debajo, más allá de una maraña de enredaderas, vio a su ayudante Louis sujetando su arma con ambas manos, los ojos fijos en el molino.

Después de recorrer el segundo piso entero, decidió que el hombre no estaba allí. ¿Había logrado escapar o estaba en el piso de abajo?

De pronto, el instinto le dijo que tenía que ir en busca de Beecher y protegerlo.

Se dirigió hacia la escalera. Había cruzado media habitación cuando reparó en varias huellas de botas en el suelo cubierto de polvo. Estaba seguro de no haber pasado antes por allí. Sacó la linterna para examinarlas.

Son recientes, pensó. *Muy…*

A su espalda resonaron pisadas. Se volvió justo a tiempo de ver al hombre abalanzándose contra él. Estaba demasiado oscuro para verle la cara y todo lo que le dio tiempo a hacer a Ellis antes de que el hombre lo embistiera fue gritar:

—¡Alto!

Ellis cayó hacia delante y se dio un fuerte golpe contra el suelo. Había aterrizado en algo húmedo. Cuando cerró la mano alrededor de la empuñadura de su revólver, se dio cuenta de que aquella cosa no era su arma. Al parecer se la había enfundado para sacar la linterna.

Un error así puede costarte la vida, viejo amigo, pensó. El hombre estaba encima de él con las manos alrededor de su garganta. Ellis dirigió la linterna hacia su atacante, que la apartó de un manotazo. La linterna rodó por el suelo proyectando ráfagas de luz en la parte inferior de la plataforma.

—Dejadnos en paz —dijo el hombre entre jadeos provocados por el esfuerzo—. ¿Por qué no podéis dejarnos…?

Ellis intentó empujar la cara del hombre, pero fue demasiado lento y estaba demasiado débil y demasiado cansado. Iba a morir allí. Iba a morir en un charco de pis con su revólver del 45 en la condenada funda.

Cuando empezó a perder la conciencia —*¿O es que me estoy muriendo?*—, el hombre se inclinó hacia delante y por un momento sus ojos quedaron atrapados en la tenue luz que se colaba por las sucias ventanas. Ellis no vio maldad en ellos. Ni siquiera vio locura. Solo algo que conocía muy bien: miedo.

Entonces dejó de ver gran cosa. Los ojos se le pusieron en blanco y los sonidos del molino se volvieron distantes. Solo oía sus propios jadeos sibilantes. Los gruñidos entrecortados del hombre. Pisadas que subían. Tres disparos.

¡Disparos!

El hombre aflojó las manos y Ellis pudo volver a respirar. El cuerpo que estaba encima de él se quedó flácido y se deslizó hacia un lado. Ellis se incorporó hasta apoyarse en los codos y miró a su alrededor, pestañeando, respirando con dificultad. Su ayudante Beecher estaba al final de las escaleras. Todavía empuñaba la pistola.

—¿Está bien, jefe? —dijo Beecher con un hilo de voz temblorosa.

Ellis apenas le oyó porque le pitaban los oídos. Trató de contestar, pero las palabras se le quedaron atrapadas en la garganta. Trató de ponerse de pie, pero sus piernas no estaban preparadas aún para funcionar.

Beecher se acercó, le pasó un brazo por debajo y lo levantó.

—¿Está herido?

—No lo sé —dijo Ellis—. C… creo que no.

Beecher cogió la linterna de Ellis de debajo de la plataforma y alumbró la cara del hombre.

Manson, Kentucky

Ahora

El telefonillo me esperaba amenazador. Nunca pulsar un botón me había puesto tan nerviosa. Después de contemplar, por un breve espacio de tiempo, la posibilidad de salir corriendo, reuní algo de valor y llamé al apartamento de Molly.

El altavoz plano y redondo silbó con ruido estático y a continuación habló Molly. Lo hizo en un tono despreocupado y alegre, lo que contradijo una vez más mis expectativas. Su voz no era ni de una desconocida ni de alguien que me resultara muy familiar. Pronunció una única palabra, nítida y segura:

—Sube.

Hubo un zumbido y la puerta del edificio se abrió.

Recorrí un estrecho pasillo, unas escaleras mal iluminadas y el rellano de la segunda planta poniendo un pie detrás del otro, animándolos a seguir.

Cuando estuve cerca de la puerta del apartamento de Molly, esta se abrió y salió un hombre grande. Tendría sesenta y muchos años, pero parecía capaz de arrancar un árbol del suelo de cuajo. Tenía una sonrisa encantadora que se iluminó al verme.

—Ver para creer —dijo cerrando la puerta del apartamento de Molly—. Molly me dijo que ibas a venir. Soy Dale Creech.

Me tendió la mano y se la estreché.

—Encantada de conocerte —dije—. Soy Kim.

—Me encanta ese acento —dijo—. ¿Cómo estás llevando todo esto? No me puedo ni imaginar lo que debe de ser volver aquí después de tantos años.

—La expresión «montaña rusa emocional» es una aproximación muy lejana —dije.

Miré hacia la puerta de Molly. La sonrisa del hombre desapareció y la sustituyó una expresión de ligera preocupación.

—Sé que acabamos de conocernos, pero ¿puedo darte un consejo de amigo?

—Vale.

—Molly lo está pasando mal con todo esto. Le está costando, y en ocasiones puede parecer… Dale un poco de tiempo, solo te pido eso. Ten paciencia con ella.

Creech era la segunda persona que me advertía hoy sobre Molly. Aquello no contribuía demasiado a tranquilizarme.

—Encantado de haberte conocido —dijo.

Volvimos a darnos la mano. Sonrió y se dirigió hacia las escaleras. Esperé a que se fuera antes de llamar a la puerta de Molly.

Abrió una mujer avejentada con cara amable y triste. Tenía el pelo cano y apartado de la cara, que era un gran mapa de arrugas profundas y pliegues.

Molly tenía poco más de sesenta años —tuve que hacer el cálculo en mi cabeza a toda

velocidad—, pero parecía mucho mayor. Lo que más me impresionó fue su peso. De acuerdo, en las fotografías que había visto de ella tenía cerca de treinta años, pero en todas había estado delgada. Es posible que con algunas curvas, pero muy lejos del sobrepeso. En cambio, la mujer que me abrió la puerta era enorme. De no ser por su cara, en particular sus ojos, que reconocí de las fotografías, habría pensado que me había confundido de apartamento.

—Hola, Kim —dijo. La voz era alegre y agradable, tal y como había sonado por el telefonillo —. Soy Molly. Encantada de conocerte.

Me cogió la mano y la estrechó con firmeza. Yo no había esperado que se abrazara a mí llorosa, como había hecho Emma, pero ¿no había pasado aquella mujer los últimos veintiocho años de su vida buscándome? ¿Llorando mi pérdida? Un apretón de manos me resultaba desesperadamente solemne.

—Pasa —dijo.

Su apartamento era más pequeño que el mío de Australia y tenía demasiados muebles: tres sofás, dos butacas, una gran mesa de comedor, armarios y estanterías. Los suelos estaban cubiertos de alfombras superpuestas, cada una con dibujos algo distintos, de manera que era como caminar por una imagen del libro *El ojo mágico.* Me recordó a la casa de Georgia Evvie en Australia. De hecho, ahora que lo pensaba, también Molly me recordaba a Georgia.

A diferencia del resto del apartamento, las paredes estaban desnudas y blancas, a excepción de un pequeño crucifijo de madera.

—Tienes un jardín precioso —dije. Desde dentro de la casa el balcón tenía aún más aspecto de jungla.

—Mmm. Es mi gran orgullo. ¿Te gusta la jardinería?

—No.

Recordé los ricos colores del jardín de mi infancia: los verdes, rojos, rosas y, sobre todo, el púrpura intenso de las ortigas rojas que crecían bajo la ventana de mi dormitorio, y estuve a punto de añadir: «Mi madre en cambio era la mejor jardinera del mundo». Por suerte, me mordí la lengua.

—¿Qué te está pareciendo nuestra pequeña ciudad? —preguntó Molly en su estilo despreocupado de quien solo busca dar conversación.

—Me gusta. Es muy americana, no sé si me entiendes.

La actitud solemne de Molly me había puesto nerviosa. Era como si las alfombras fueran cáscaras de huevo. Durante largo rato ninguna de las dos habló.

Como no me había invitado a sentarme, seguí de pie, cambiando incómoda el peso de un pie a otro. Cuando un hervidor de agua silbó en la cocina contigua y Molly fue a buscarlo, aproveché para sentarme en uno de los tres grandes sofás.

Molly volvió con una tetera de poleo, que olía fuerte y fresco. Sirvió una taza a cada una.

—Tengo entendido que has conocido a mi hija —dijo.

—A Emma. Sí. Parece encantadora.

—Me dijo Stu que podía haberse portado mejor. Que le faltó tiempo para llamar a la prensa.

—No pasa nada. Todo esto es… Cada uno reacciona de una manera. Mi primera reacción, después de negarme a creerlo, fue no contárselo a nadie. Emma hizo justo lo contrario. Yo también tengo una hermana pequeña, en casa. Si se la llevaran de mi lado… Dios… No tengo ni idea de lo que haría.

—Las palabras dan fe de tu devoción a Dios y las palabras son la verdad de quienes somos.

—¿Perdón?

—Cuando dices Su nombre en vano Lo deshonras.

—Ah —dije—. Lo siento. Es una vieja costumbre, supongo.

Se encogió de hombros y sorbió su infusión.

—¿Has hablado con mi exmarido?

—Stuart ha estado en contacto con él, creo.

Molly me miró con una sonrisa torcida, maliciosa.

—Jack es marica, no sé si lo sabes.

Se me tensaron los músculos como cuando un familiar de más edad hace un comentario racista u homófobo como si tal cosa.

—La verdad es que no lo sabía.

—Es una de las muchas cosas que se ha callado Stu, supongo.

Que Jack Went fuera gay era nuevo para mí, pero lo que más me sorprendía era el desprecio en la voz de Molly. Me pregunté si su enfado venía de ser la exmujer humillada o se debía a su fe.

Como si me hubiera leído el pensamiento, continuó: «Si alguno se acuesta con varón como los que se acuestan con mujer, los dos han cometido abominación; ciertamente han de morir». Levítico 20:13. Sé que no es políticamente correcto, pero yo sigo el ejemplo de Dios y me enorgullezco de ello.

Al pensar en Molly no es que hubiera imaginado a la madre de la *Tribu de los Brady,* pero tampoco a la de *Carrie*. Ahora estaba cayendo en la cuenta de un hecho incómodo: aquella mujer no me caía demasiado bien.

Miró el fondo de su copa como una vidente leyendo hojas de té. Es posible que estuviera viendo el pasado allí o quizá el futuro. Ninguna de las dos cosas pareció interesarla.

—Escucha, querida. No sé si esta noticia te va a gustar o no. No sé qué es lo que has venido a buscar aquí ni tampoco lo que has dejado atrás. Pero a Sammy la enterramos hace mucho tiempo y más vale que tú y todos los demás la dejemos descansar.

—No entiendo.

—Tú no eres mi hija.

No dije nada.

—Me avergüenza decir que Jack no es el único pecador de la familia —continuó—. Intenté guiar a mis hijos hacia la luz, pero Jack hizo lo que pudo por llevarlos a la oscuridad. La muerte de Sammy los obligó a elegir: dejar que la luz de Dios los elevara por encima de lo ocurrido o ahogarse en la desesperación. Jack eligió la perversión y puede que te hayas dado cuenta de que Emma tiene una relación complicada con el alcohol. Stu no bebe demasiado y, por lo que sé, tampoco es maricón, pero también tiene al Demonio dentro.

Se recostó en el respaldo de su asiento y apoyó la infusión en su considerable barriga. La luz de última hora de la mañana entró por el balcón y proyectó sombras alargadas en su cara. Me sonrió. Por un momento me recordó a la bruja de *Hansel y Gretel.* De pronto imaginé a Molly Went, de soltera Hiller, removiendo un caldero mágico y echando en él un ojo de tritón.

—Stu miente —dijo—. Ese es su pecado. Miente a los demás y a sí mismo. Es un hombre apasionado. Encantador cuando quiere. Persuasivo cuando se lo propone, por eso le pedí que nos dejara hablar a solas hoy. Te ha atrapado en su tela de PA-TRA-ÑAS y te pido disculpas por ello.

—Escucha, esto es difícil —dije—. Al principio yo tuve la misma reacción, pero… Verás, he… —Las palabras se convirtieron en formas toscas y extrañas en mi boca—. Verás, la cuestión es que…

—Querida, mejor estar callada y que te tomen por tonta que hablar y despejar toda duda.

Me dirigió otra de sus sonrisas de bruja.

Aquella mujer no me gustaba en absoluto. Fuera o no una secuestradora de niñas, el corazón de Carol Leamy estaba lleno de luz y de amor. El de Molly parecía lleno de oscuridad. Pero ¿fue mi desaparición la causante de esa oscuridad? ¿Había dejado abierta una herida que se había enconado, infectado y convertido en… en aquello?

—Tu hijo comprobó mi ADN…

—… Mi hijo estaba tan desesperado por creer que su hermana seguía viva que se inventó todo esto.

—Yo vi las pruebas. La probabilidad era de 98,4 por ciento. Estás en fase de negación, lo entiendo, pero…

—Negación no es más que una palabra barata. Sabía que no eras mi hija antes de que entraras por la puerta, ¿sabes por qué?

Porque a Sammy la enterramos hace mucho tiempo, pensé, pero mantuve la boca cerrada. Estaba furiosa y eso me hacía sentir vulnerable. Si seguía hablando, era posible que me echara a llorar, y una mujer como Molly vería aquello como una señal de flaqueza. No quería darle esa satisfacción. No quería darle nada.

—¿Entiendes de serpientes, querida?

—No demasiado, no.

—Pero sabes que defecan, ¿verdad?

Tensé los labios.

—Sí, claro.

—Defecan mucho —dijo—. Mi fe me hace estar en contacto con serpientes y también con sus zurullos. El reverendo de mi iglesia nos hace recogerlos con bolsas de plástico. ¿Imaginas por qué?

—No tengo ni idea.

—Hay gente que tiene roedores en casa y acude al reverendo después de haberlo probado todo: trampas, veneno, gatos. Él les regala una bolsita de cacas de serpiente para que las repartan por donde han visto ratones o ratas y zas, los roedores desaparecen. Cuando los ratones detectan ese inconfundible tufillo dulzón, carnoso, de caca de serpiente, creen que hay un depredador cerca y salen corriendo. Lo gracioso es que los ratones ni siquiera han visto antes una serpiente en su vida, pero una voz de su interior les dice que hay peligro cerca.

Empezaba a parecerme una loca.

—¿Y cómo crees que saben eso? —preguntó.

—Por el instinto —dije.

Molly se tocó la nariz.

—El instinto. Dios se lo dio a Adán y Adán nos lo pasó a nosotros. El instinto es como un trocito de Dios que llevamos dentro. Sé que no eres mi hija por la misma razón que las ratas saben que deben evitar las cacas de serpiente. ¿Me entiendes?

—Sí, lo entiendo.

Sonrió.

—Así que después de todo no eres tan tonta, ¿verdad, querida?

Manson, Kentucky

Entonces

De camino a casa del supermercado, después de bajar en dirección sur por Rennie Street, torcer a la izquierda por Barkley y a la derecha por Cromdale, Jack se encontró frente a la casa de los Eckles.

Estuvo largo rato mirando la ventana del piso de arriba, con la esperanza de ver a Travis. Pero no había nadie. Se imaginó aparcando el coche, cruzando el jardín y llamando a la puerta. Se imaginó que Travis salía a recibirlo en el porche, aceptaba sus disculpas *(Porque le debes una, Jackie, sabes que se la debes)* y las cosas volvían a la normalidad. Al menos a la normalidad de antes.

Pero esa era otra realidad. En la realidad en la que vivía, Travis no le perdonaría nunca, Molly nunca lo querría, Buddy Burns se había hecho mayor y Sammy se había ido para siempre.

«Ido para siempre.» Las palabras le mordieron los pensamientos con colmillos afilados y se negaron a soltarlos. «Desaparecida», «raptada» y «secuestrada» al menos conservaban un tufillo a final feliz. Eran palabras malas, pero no irrevocables. «Ido para siempre» era una frase fea. Significaba que Sammy no iba a volver.

Las novias de Drácula estaban hablando en corro cuando Jack entró en la cocina a dejar la compra. Las tres se callaron al verlo y tuvo la sensación de que habían estado hablando de él.

Hablad todo lo que queráis, pensó Jack. *Atracaos de chismes sobre mi persona. Atracaos hasta reventar*.

A las hermanas de Molly no es que les gustara el chismorreo, es que lo consumían como si les fuera la vida en ello. En Arlington, Virginia, la breve aventura de un vecino o la excesiva dependencia de una amiga de los analgésicos podrían haber constituido un «chismorreo jugoso». Que su hermana se convirtiera en una pentecostalista que manipulaba serpientes también tuvo que darles fuelle para rato. Pero ahora se estaban dando un verdadero banquete.

Jack las odiaba, lo que era fácil. Juntas habían avasallado y menospreciado a su mujer a lo largo de los años, fomentando una autoestima rota y creando una mentalidad propensa a la conversión religiosa. No se les podía culpar de todo, pero en aquel momento a Jack le parecía justo hacerlo.

Pauline rompió el silencio.

—Tienes cosas más importante en que pensar que en la compra —dijo—. Haz una lista y Todd se ocupará.

A Jack le gustaba hacer la compra. Era una de las pocas tareas que podía empezar y terminar.

—¿Habéis visto a Molly?

—Está en el jardín, con Stu —dijo Tillie. Era una mujer desagradable, pero de las novias de Drácula quizá resultaba la más soportable—. ¿Quieres un café? Tienes pinta de necesitarlo.

Jack negó con la cabeza.

—¿Te apetece rollo de carne para comer? —preguntó Anne. Tenía maneras más suaves que las otras, pero también la furia silenciosa y acomplejada de una hermana mediana.

—No tengo hambre, pero gracias.

—Te dejaré un plato —dijo Anne con una mirada a sus hermanas.

El hijo de Pauline, Todd, estaba sentado en el cuarto de estar viendo un capítulo viejo de *Roseanne*. Pauline lo había traído a rastras desde Virginia porque le daba miedo subirse a un avión y hacer un viaje en coche tan largo sola la ponía nerviosa. A Jack le daba pena el chico. Apenas había abierto la boca desde su llegada y su equipaje seguía sin abrir en el cuarto de invitados, preparado para huir en cualquier momento. ¿Y quién podía culparlo? Aquel era un lugar triste y no parecía haber más que días oscuros por delante.

Ido para siempre, pensó Jack con tristeza.

Encontró a Molly sentada en el banco bajo de madera del jardín trasero. Miraba a Stu jugar en un viejo arenero rojo que no había tocado desde los cuatro o cinco años. Stu parecía estar sufriendo una regresión. Jack temía que empezara a hablar como un niño pequeño y a mojar la cama. No era normal, pero nada de lo que estaba ocurriendo lo era.

Cuando —si— Sammy volviera a casa, habría fracturas que reparar, pero de momento los Went tenían que contentarse con seguir a flote.

Se sentó con Molly en el banco.

—¿Alguna novedad?

—No —dijo Molly—. ¿Tú?

—Nada.

Stu cavaba despacio y metódicamente en una esquina del arenero, como si estuviera desenterrando un fósil de dinosaurio. Mientras Jack lo miraba, pensó en el peluche del bosque, en el desconocido que había sido visto en los alrededores, en el nombre de Sammy escrito en la pared del molino: todas preguntas sin respuesta. Tanto misterio le daba ganas de pegar un puñetazo a alguien.

—Ha llamado tu madre —dijo Molly—. Ha vuelto a abrir la farmacia. Cree que deberías despedir a tu ayudante.

—¿A Debbie? —Jack sonrió débilmente—. Si tiene que trabajar mucho tiempo para mi madre, lo más probable es que se marche por voluntad propia.

—Dice que Travis Eckles fue a por sus pastillas. Que tenía mal aspecto. Ojos a la funerala, un labio roto… Se lo hiciste tú, ¿verdad, Jack? —Molly le tomó la mano con suavidad—. También he oído lo que se rumorea sobre él, pero resistiéndonos al pecado es como nos ganamos el amor de Dios.

Jack no dijo nada. Estaban sentados a apenas quince centímetros el uno del otro, pero la distancia que los separaba parecía insalvable.

Su mujer se merecía saber la verdad, claro, lo merecía desde hacía mucho tiempo. Pero ahora no era el momento. Además, ¿por dónde empezaría?

—¿Te acuerdas de la Nochebuena de…? Dios mío, debió de ser el 75 o el 76 —dijo Molly —. Antes de Emma. Nos habíamos quedado a dormir en casa de mis padres, en ese sofá-cama incomodísimo que se hundía en el centro. ¿Te acuerdas de él?

—Mi espalda desde luego que se acuerda.

—Mis hermanas habían estado volviéndome loca, como de costumbre, y estaba tan… alterada que no me podía dormir. Debí de ponerme a dar vueltas en la cama, porque a eso de las dos o las tres de la mañana te despertaste y me preguntaste qué me pasaba. Empecé a quejarme de Tillie o de Pauline o de Anne, o de las tres a la vez, y dije que quería levantarme e irme de

allí. Pasar el día de Navidad juntos, los dos solos. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste?

Jack sonrió.

—Dije: «Vale».

Molly le estrechó la mano.

—Así que lo hicimos. Recogimos nuestras cosas en silencio y nos fuimos sin dejar una nota. Estuvimos media noche conduciendo y terminamos en una habitación en aquel motel inmundo.

—El Blue Dolphin Inn.

—¿Te acuerdas del nombre?

—Me acuerdo de todo de aquellos primeros tiempos —dijo Jack—. Los tiempos en que éramos nosotros contra ellos.

Molly lo miró con tristeza. Su expresión le recordó a Jack a la mirada comprensiva de Travis del viernes por la noche, segundos antes de que el puño de Jack entrara en contacto con su cara. Empezaba a tener la sensación de que todo el mundo sabía algo que él ignoraba.

—Perdimos el rumbo, ¿verdad? —dijo Molly. Apoyó la cabeza en el hombro de Jack y cerró los ojos. El gesto lo desarmó y, de no haberse contenido, se habría echado a llorar—. ¿Se puede saber qué nos pasó?

Tú encontraste la iglesia y yo encontré a Travis, pensó. *Ambos descubrimientos nos transformaron.*

—Molly, tengo que contarte una cosa… —empezó a decir Jack.

—¿Dónde está Stu? —Molly levantó la cabeza del hombro de Jack y se incorporó del banco de un salto—. ¡Stu no está! ¡Stu! ¡Stu!

En el arenero no había más que una pala pequeña de plástico y un montículo de arena.

—He cerrado los ojos treinta segundos. He… ¡Stu! ¡STU!

—Molly, tranquilízate. Tiene que…

Pero Molly ya había echado a correr hacia el arenero, sus pies descalzos pisando con fuerza el camino de cemento que conducía al jardín.

—¡STU!

Su hijo apareció segundos más tarde de detrás del gran limonero que presidía el jardín. Se estaba subiendo la bragueta.

—Estoy aquí, mamá.

Molly cayó de rodillas y lo cogió por los hombros.

—¿Dónde has ido? ¿Por qué te has escondido? Eso no se hace, Stu. No te escondas de mí. ¿Me has oído?

—Solo estaba haciendo pis en el limonero —dijo Stu—. Así los limones crecen más deprisa, ¿a que sí, papá?

Stu rio y por un momento Jack temió que le pegara. Pero lo que hizo fue estrecharlo contra ella.

—No le hagas eso a mamá. Me has asustado.

—Perdón. —Stu se había puesto a llorar.

—Tranquilo —dijo Molly—. No pasa nada.

Jack estuvo largo rato mirando a su mujer mecer a su hijo bajo el limonero, hasta que sonó el timbre. Entró en la casa y miró hacia el recibidor. El *sheriff* Ellis estaba en la puerta. Las novias de Drácula se estaban cebando con él.

Jack sentó a Ellis en la butaca junto a la ventana y cerró las puertas del cuarto de estar. Molly se sentó con Emma en el sofá frente a ellos. Antes de que pudieran empezar, entró Tillie con cuatro

vasos de té helado, remoloneó y después salió de mala gana.

—¿Qué pasa, *sheriff?* —preguntó Molly—. ¿Hay alguna novedad?

El *sheriff* carraspeó y miró de reojo a Emma, que se había puesto pálida.

—Esta información puede ser un poco delicada para una joven.

—Puede quedarse —dijo Jack. Y, a continuación, a Emma—: Si quieres.

Esta asintió. Jack se sentó junto a su hija y le pasó un brazo por los hombros.

—Hoy ha ocurrido un incidente —dijo Ellis después de un sorbo de té helado—. Quería que os enterarais por mí. El hombre del retrato robot, nuestro sospechoso, ha vuelto al molino. Mis ayudantes estaban vigilando el lugar.

—¿Estaba Sammy con él? —preguntó Molly sentándose, nerviosa, en el borde del sofá.

Ellis negó con la cabeza.

—Me temo que no. Lo abordamos y… hubo un altercado.

—¿Un altercado?

—Me atacó —dijo Ellis—. Si habéis notado que cojeo es porque tuvo tiempo de darme unas cuantas veces antes de que consiguiéramos… contenerlo.

—¿Qué está diciendo? ¿Ha sido él? ¿Ese hombre se llevó a Sammy?

—No tuvimos ocasión de interrogarlo —dijo Ellis mirando alternativamente a Emma, Molly, Jack y sus pies—. Durante el altercado, murió de un disparo.

Molly dio un respingo.

—Y bien, ¿quién es? —dijo Jack, que se había puesto de pie y caminaba de un lado a otro—. Igual dejó a Sammy con alguien de su familia.

Tenía el estómago revuelto de furia. Si aquel hombre misterioso era quien se había llevado a Sammy, las probabilidades de encontrarla habían muerto con él. Habría sido fácil dirigir su ira contra Ellis, acusarlo de mandar a la mierda la investigación. Sería un alivio. Pero no sería justo. Aquel anciano uniformado estaba haciendo todo lo que podía. Nadie en Manson había estado preparado para lo ocurrido.

—Ahora mismo estamos intentando confirmar su identidad —dijo Ellis—. Como el retrato robot salió por televisión, nos han llegado muchas pistas. Una es de una enfermera de un psiquiátrico de Redwater. Cree que el hombre podría ser uno de sus pacientes ambulatorios. Un veterano llamado John Regler.

—¿Cómo que cree? —dijo Jack—. ¿Es él o no?

—Nos hemos puesto en contacto con el ejército y esperamos que nos llegue por la mañana un fax con la foto y su expediente. Mi instinto me dice que es él. La enfermera había estado deseando localizarlo porque se había saltado la última cita médica y estaba preocupada. Parece que es un hombre muy trastornado.

—¿Trastornado?

—Tiene una cosa que se llama trastorno de estrés postraumático. También es esquizofrénico.

—Jesús —dijo Jack.

Emma rompió a llorar. Jack y Molly acudieron a su lado.

—¿Ha sido por el nombre? —preguntó Emma entre sollozos—: ¿Porque leyó el nombre de Sammy en la pared del molino? ¿Por eso ha hecho esto? Si estaba loco, igual lo leyó y…

—Pues claro que no —dijo Molly con una mirada tensa e indescifrable a Emma.

—No —dijo Ellis—. De hecho, si resulta que era John Regler, tenemos razones para creer que no tuvo nada que ver con la desaparición de Sammy.

—¿Cómo? —Jack estaba sobrepasado emocionalmente.

—Estamos comprobando otra vez su historial médico, pero creemos que el 3 de abril, el día

que desapareció Sammy, John Regler estaba en una reunión de un grupo de apoyo.

Emma suspiró de alivio y se echó en brazos de Jack. Este la abrazó con fuerza.

—Siento no tener mejores noticias —dijo Ellis dejando su vaso de té helado a medio beber en la mesa baja y poniéndose en pie. Jack no se había fijado en que cojeaba cuando entró, pero ahora sí lo hizo—. Jack, ¿te importa acompañarme al coche?

—Tenemos que hablar de Travis Eckles —dijo Ellis cuando llegaron al coche patrulla y estuvieron lo bastante lejos de la casa para que ni siquiera las novias de Drácula pudieran oírles.

Una mezcla de furia, miedo y vergüenza le subió a Jack por la espina dorsal. ¿Habría hablado Travis con Ellis después de todo? ¿Cuánto le había contado?

—Lo atracaron el viernes por la noche en el aparcamiento delante del Cubby's Bar tres hombres enmascarados, de raza sin identificar.

Jack no dijo nada.

—Un atraco en Manson. ¿Te lo puedes creer?

—Esta ciudad no es lo que era —dijo Jack.

—Pero hay más: un hombre llamado Joe Holt firmó una declaración a la policía sobre una pelea de la que fue testigo en ese mismo aparcamiento esa misma noche. Dijo, y cito literalmente: «El tipo de la hija desaparecida le partió la crisma al chico que se la había llevado».

—No tengo ni idea de lo que me estás hablando, *sheriff*.

—Escucha, Jack. No pienso contradecir la versión que quieras dar sobre lo que te has hecho en las manos. Travis no ha presentado ninguna denuncia y Joe Holt estaba hasta arriba de *bourbon* aquella noche. Lo único que te pido es que me lo cuentes.

—¿Que te cuente qué?

—Lo que sabes. Eres un tipo listo. Uno de los más listos que conozco. Me resulta difícil creer que le dieras una paliza a un chaval basándote en rumores que, por lo que yo sé, son la única cosa que vincula a Travis con la desaparición de Sammy. Así que, ¿qué sabes tú que yo no sepa?

—Como te he dicho, no tengo ni idea de qué habla ese hombre.

Ellis pareció dolido, y por un momento Jack sintió una profunda lástima de él.

—Como quieras, Jack.

Conmocionado y desesperado, Jack fue a su dormitorio y cerró la puerta. El bolso de Molly estaba sobre su mesilla de noche. Jack lo cogió, le dio la vuelta y vació su contenido en la cama. Un monedero, monedas sueltas, una compresa, una Biblia de bolsillo y…

Bingo, pensó cuando vio su agenda de teléfonos. La abrió, fue hasta la letra B y encontró el número de Buddy Burns. Descolgó el teléfono de la mesilla y marcó.

Al segundo timbrazo, contestó una voz de niña.

—Residencia de los Burns.

—Hola, ¿está tu padre en casa?

—Sí, señor. ¿De parte de quién? —preguntó la chica con voz deliberadamente dulce. Jack imaginó una estampa típica pentecostalista; una joven bonita con jersey de manga larga y falda casi hasta los pies, el pelo recogido en apretadas trenzas, las uñas cuidadas y limpias.

—Soy Jack Went.

La chica contuvo la respiración.

—Usted es el marido de Molly.

—Así es —dijo Jack—. ¿La conoces?

—Sí, señor. De la iglesia. ¿Ha vuelto ya Sammy a casa?

Aquello dolió.

—No, aún no.

—Hemos estado rezando todos por ella, porque vuelva a casa enseguida; hemos rezado porque todo esto no sea un castigo del Señor, alabado sea su nombre.

—¿Un castigo? ¿Por qué?

—Un castigo a Molly por compartir cama con un ateo.

A esta pobre chica le han lavado el cerebro, pensó Jack con tristeza. Tuvo deseos de aleccionarla. En realidad lo que quería era llegar al otro lado del teléfono y abofetearla. Pero en lugar de eso dijo:

—¿Por qué no vas a buscar a tu padre y le dices que se ponga?

La chica obedeció. No pudieron pasar más de treinta segundos, pero en ese silencio la imaginación de Jack se llenó de sombríos pensamientos. ¿Y si la chica tenía razón? ¿Y si Dios, el Dios en cuya fe lo habían criado y en el que había creído firmemente hasta la adolescencia, lo estaba castigando? No solo por haber perdido su fe, sino por lo que había hecho con Travis Eckles y con Buddy Burns y con un puñado de hombres anónimos de Coleman y del condado de Harlan.

¿No había masacrado Dios a los recién nacidos egipcios por la obstinación de su rey? ¿No había matado al hijo de David para castigarlo por su adulterio con Betsabé? ¿No había enviado osos a que atacaran a los niños que se burlaban del profeta Eliseo?

Buddy se puso al teléfono.

—¿Jack?

—Hola, Buddy. Perdón por llamarte así, de sopetón.

—No pasa nada. Me alegro de oírte. ¿Hay alguna novedad sobre Sammy?

—Todavía no —dijo Jack—. Pero, escucha, Buddy, el otro día cuando viniste a casa, empezaste a contarme algo. ¿Te acuerdas?

Buddy calló y Jack lo imaginó de pie junto a su hija, quizá haciendo girar su sombrero fedora entre las manos, quizá pestañeando nervioso igual que hacía antes de que se besaran, pero en lugar del Buddy de ahora imaginó al Buddy de entonces. En otro tiempo había sido delgado, con pómulos marcados y hombros fuertes y protectores. No había sido guapo, pero sí atractivo; delicado y masculino al mismo tiempo.

—Sí, Jack; me acuerdo.

—¿Qué era lo que querías contarme? Tuve la sensación de que podía ser importante. También de que no querías decir nada delante de mi madre.

Buddy respiró hondo y le dijo a su hija, que era de suponer se había quedado cerca del teléfono:

—Cariño, sube un momento a tu dormitorio, ¿de acuerdo?... No me mires así. Venga, vamos… ¿Sigues ahí, Jack?

—Sigo aquí.

—Preferiría no hablar de ello por teléfono.

—¿Podemos vernos?

—No sé, Jack…

—Por favor.

—… ¿Dónde?

—¿En nuestro sitio de siempre?

Buddy guardó silencio, quizá anonadado por una avalancha de recuerdos. Jack se preguntó si

esos recuerdos le darían asco o lo excitarían.

—Puedo estar allí dentro de una hora —dijo Buddy por fin.

Anochecía cuando Buddy detuvo su Ford Bronco en el aparcamiento junto al lago. El de Jack era el único otro coche allí; sin embargo, Buddy aparcó en suyo en el otro extremo, a diez metros de distancia. Jack lo miró bajarse y dirigirse a él con andares de pato, encajándose el dichoso sombrero en la cabeza. Buddy se sacó una cajetilla de cigarrillos del bolsillo y encendió uno.

—Para que conste, dejé de fumar hace más de diez años —dijo—, pero de camino aquí me sorprendí a mí mismo parando en Gas & Go para comprar una cajetilla.

—Gracias por venir, Buddy.

Buddy dio una calada profunda y miró hacia el lago.

Caminaron hasta un murete de piedra y se sentaron uno al lado del otro, de espaldas al lago. Del agua subía una brisa fresca que transportaba olor a peces y basura. Era el mismo aparcamiento en el que Jack había estado reuniéndose con Travis para hacer el amor; el mismo en el que Jack le había pedido a Buddy que se marchara con él muchos años atrás.

—La última vez que estuvimos aquí me obligaste a elegir —dijo Buddy. Su tono era solemne y nostálgico, como si estuvieran en el andén de una estación despidiéndose para siempre—. Me obligaste a elegir entre la iglesia y… bueno, y tú.

—No es así como yo lo recuerdo, Buddy.

—Pues es como fue, Jack. —La voz de Buddy se quebró y por un momento el viejo Buddy Burns, el hombre que Jack amó una vez, asomó.

«Podríamos marcharnos juntos», había dicho Jack… «Podríamos ir al sur y empezar de cero, practicar la religión a nuestra manera.»

Antes de recorrer solo y a pie los casi diez kilómetros de vuelta a la ciudad aquella noche, Jack había mirado hacia el lago y contemplado la posibilidad de ir nadando hasta el centro y ahogarse.

—No era mi intención darte un ultimátum —dijo Jack.

—Pero sabes que lo fue. Los dos lo sabíamos. Lo que estábamos haciendo… Lo que hicimos…

—¿Qué pasa con eso?

—Iba en contra de Su voluntad.

El Señor no deja a nadie sin castigo, pensó Jack.

—No quiero discutir contigo, Buddy. Ya no me quedan fuerzas para pelear.

—Lo que quiero decir es que elegí la Luz Interior y, para bien o para mal, no me arrepiento. Pero el hecho de venir aquí, a contarte lo que estoy a punto de contarte… podría echarlo todo por tierra. Todo aquello sobre lo que he construido mi vida.

—¿De qué hablas, Buddy?

—Esta vez te estoy eligiendo a ti. —Buddy dio una calada profunda a su cigarrillo, lo apagó en el murete y se guardó la colilla en el bolsillo de la camisa—. Nos esperan días sombríos, recuerda mis palabras.

—Es sobre Sammy, ¿verdad? —Jack se sentía alterado e impaciente. Cuantos más rodeos daba Buddy, más se inquietaba Jack. Le sonaban las tripas de los nervios.

—Fue durante la última misa de sanación —empezó Buddy—. Sé que hace tiempo que no vas a la iglesia, pero estoy seguro de que te acuerdas de cómo son esas sesiones.

—Con muchos saltos —dijo Jack.

La Luz Interior celebraba aquellas llamadas misas de sanación cuatro veces al año.

Numerosos fieles acudían para rezar por una cura para esto y lo otro: cáncer, enfisema, esclerosis múltiple, demencia, depresión, lo que fuera. El reverendo, que en tiempos de Jack era Roy Creech, saltaba por los pasillos pidiendo a Dios que le indicara a quién debía curar. A veces llevaba un puñado de serpientes de cascabel, hablaba en lenguas o ponía la mano en la frente de un devoto y ordenaba al Diablo que se marchara.

A menudo el efecto placebo era lo bastante fuerte para levantar a un enfermo de párkinson de su silla de ruedas, o para que alguien casi ciego por cataratas afirmara haber recuperado la vista. Sin embargo, el efecto placebo no era eficaz contra el cáncer. Tampoco contra enfermedades hematológicas congénitas o anormalidades genéticas. En esos casos la voluntad de Dios era que los enfermos se quedaran como estaban.

—La cola de personas esperando a ser curadas salía por la puerta trasera y llegaba hasta el aparcamiento —dijo Buddy—. Tu Molly estaba entre ellas.

—¿Molly? ¿Cuándo fue esto?

—Hace unos meses. A finales de marzo, creo.

—¿Estaba enferma? No lo entiendo.

No le extrañaba que Molly pidiera ayuda a Dios en lugar de a su marido, que daba la casualidad de que era un farmacéutico de primera, si estaba enferma, pero, aparte de un resfriado ocasional, no recordaba que hubiera tenido nada.

—Creech llamó primero a unas cuantas personas —prosiguió Buddy—. A Sherman Harcourt, con su diabetes, Helen Mitchel, que tiene un hijo heroinómano en San Francisco. Luego llamó a Molly.

—¿Qué dijo que le pasaba? —preguntó Jack—. Sé que en Navidades tuvo un par de migrañas, pero…

—No era por una migraña.

Entonces Jack tuvo una sensación extraña. Quería que Buddy se diera prisa y terminara de contarle aquella historia, pero también que cerrara la boca y no dijera nada. Una intuición persistente le decía que más le valía no saberlo.

Buddy fumó, sujetando el cigarrillo con manos temblorosas. El sol había descendido por el horizonte y empezaban a oscurecérsele las facciones.

—El reverendo Creech le preguntó a tu mujer para qué quería la curación de Dios. Molly le dijo que tenía al Demonio dentro.

—¿Por qué iba a pensar algo así?

—Sentía su influjo, Jack. Lo sentía tirar de ella, susurrarle al oído. Dijo que tenía que estar poseída por el Demonio porque, de otra manera, ¿cómo podía explicar lo que le pasaba con su hijita?

—¿Con Sammy? ¿Estaba hablando de Sammy?

Buddy asintió con la cabeza.

—Molly no sentía nada por ella, Jack. Siento tener que contarte algo así, pero lo dijo ella misma delante de Creech, de la iglesia y de Dios.

Ahora que Buddy lo había mencionado, Jack había detectado un cambio en Molly coincidiendo con el nacimiento de Sammy. Pero ¿no habían empezado a ir mal las cosas antes?

—Estaba avergonzada —dijo Buddy—. Mucho. Cayó de rodillas y suplicó a Creech que la ayudara, le suplicó que le hiciera un exorcismo allí mismo. Estaba desesperada por poder querer a su hijita. Que te quede claro, Jack, es posible que no fuera capaz, pero quería…

—Dios Bendito —dijo Jack, y Buddy dio un respingo—. El Demonio no tiene nada que ver con una cosa así. ¿Por qué no fue a ver a un médico? ¿Por qué no habló conmigo?

Entonces se recordó sentado junto a la cama de Molly en el hospital, con Sammy recién nacida en brazos. Molly le estaba hablando de… ¿de qué? De que tenía la sensación de que algo no iba bien. De que aquella vez era distinta de cuando nacieron Emma y Stu… *Te lo dijo,* pensó… O al menos lo intentó. Y tú ¿qué hiciste? La hiciste callar y le dijiste que seguramente era la maldita meperidina.

—¿Qué le dijo Creech? —preguntó Jack imaginando a aquel hombre apoyando una Biblia en la cabeza de su mujer e invocando a Cristo para que expulsara al Demonio.

—En aquel momento nada —dijo Buddy—. Pasó a su lado y fue a ocuparse de Dolly Base y su artritis. Pero luego, cuando terminó el servicio, unos cuantos nos quedamos a ayudar a recoger y los oí hablar.

Se calló. Se quitó el fedora y lo hizo girar entre las manos. Jack tuvo ganas de tirar el dichoso sombrero al lago.

—¿De qué hablaban?

—Si alguien se entera de que te estoy contando esto…

—Por el amor de Dios, Buddy.

—Se volverían contra mí, créeme.

—¿Qué dijo Creech? —Los nervios de Jack habían desaparecido y una furia ardiente ocupaba su lugar, la misma clase de furia que lo había consumido aquella noche a la puerta del Cubby’s.

—Dijo que el Demonio no estaba en ella… —dijo Buddy.

—Pues eso es bueno, ¿no?

—No me has dejado terminar. Creech le dijo a Molly que cuando creía que Satán le susurraba cosas, en realidad era su instinto.

—¿Su instinto? No entiendo.

—Dijo que el Demonio no estaba dentro de Molly, pero que podía estar dentro de su hija.

Manson, Kentucky

Ahora

Salí del apartamento de Molly y eché a andar en dirección a mi hotel, la cabeza baja, los pensamientos como un vaso de agua a punto de rebosar. Desde mi primer encuentro con Stuart en Australia, desde que interrogué a Dean sobre mi madre, desde Emma, desde Manson, el vaso se había ido llenado más y más de agua. Ahora que había conocido a Molly, parecía a punto de hacerse añicos.

No me había alejado ni seis metros del edificio de Molly cuando un coche hizo sonar la bocina y redujo la velocidad al pasar por mi lado. La ventanilla del pasajero bajó y dejó ver a un hombre sonriente. Tendría cuarenta y muchos años, barba pelirroja poblada y una camisa de vivos colores. Detuvo el coche.

—Buenas tardes, señora.

—Hola.

—Es usted Kimberly Leamy, ¿verdad?

—Kim —dije cauta.

—Soy el detective Mark Burkhart. —Buscó su placa y me la enseñó—. ¿Puedo invitarla a un café, Kim?

—¿Cómo ha sabido dónde encontrarme?

—Bueno, señora, soy policía y Manson no es precisamente Nueva York.

Me pareció que no tenía demasiada elección, así que me subí al coche patrulla; mientras atravesábamos la ciudad, me preguntó:

—¿Ha tenido tiempo ya de sacar la cabeza para respirar?

—Unas cuantas veces —dije, pero pensé: *Y cada vez que lo hago, vuelven a hundírmela.*

—De niños nos subíamos —dijo señalando con un gesto la torre del depósito de agua—. Se suponía que estaba prohibido, pero gran parte de la diversión residía en esperar a que se pusiera el sol y vigilar que no viniera la policía. Claro que en aquellos días no teníamos que vérnoslas con esas cosas tan feas—. Señaló cuatro vallas de alambre de espino que bloqueaban cada uno de los accesos al depósito—. En el 86 pusieron también guardas de seguridad, cuando Daryl Wixey se cayó de espaldas subiendo por una escalera. Se fracturó la columna en dos sitios. Probablemente se habría matado de no caer bien, y cayó bien porque iba hasta las cejas de vodka.

Burkhart bajó por Main Street y estacionó en el aparcamiento de la comisaría.

—Que Daryl se cayera del depósito y casi se matara fue el gran acontecimiento de mi infancia. Hasta la desaparición de Sammy Went, claro.

El café de la oficina del *sheriff* de Manson estaba sorprendentemente delicioso. Me había esperado algo negro y rancio de una cafetera eléctrica, pero Burkhart preparó dos capuchinos con su espuma y todo en una gigantesca máquina plateada.

Nos sentamos en la sala del café de la comisaría, yo de espaldas a una hilera de máquinas expendedoras, Burkhart a un tablón de anuncios lleno, no, como habría sido de esperar, de carteles de «Se busca», sino de folletos de comida rápida, un calendario de *Juego de tronos* y un cartel motivacional que decía «No hagas ninguna tontería permanente por un disgusto momentáneo» impreso en distintos tonos de rojo y azul.

Burkhart se sacó una grabadora pequeña del bolsillo interior de la chaqueta y la dejó en la mesa, entre los dos.

—¿Le importa?

—No, está bien.

Así que empecé por el principio. Le hablé al detective y a la grabadora de Carol Leamy, de Dean, de mi hermana, de mi infancia. No había pistas escondidas ni secretos que Burkhart pudiera investigar, pero no pareció importarle. Me miró en silencio, con paciencia, hablando solo para animarme a seguir o para echar a un ayudante que entraba en busca de un tentempié.

Hablar de mi familia australiana me hizo añorar a mi madre. Estaba deseando ver a Amy y a Dean, claro, pero lo que en realidad quería eran cinco minutos más con Carol Leamy. Mis recuerdos de ella se hacían más condicionados cada día que pasaba. Cuando me llevaba de compras navideñas siendo niña, ¿se pasaba todo el rato pendiente de si alguien la seguía? Cuando íbamos a pasar el día a la playa, ¿vigilaría si estaba la policía? Cuando se tiñó el pelo de rubio, ¿fue por vanidad o para disfrazarse?

Cuando llegué al final del relato, pregunté:

—Y ahora, ¿qué?

—Voy a tomar declaración a Jack Went, a Stuart, a Emma, a Molly, a todo el mundo. También a su hermana y a su padrastro. Para eso nos coordinaremos con la policía australiana.

—Igual no hace falta. Están de camino.

—Mejor todavía —dijo Burkhart—. Nuestro objetivo es reconstruir una cronología de lo sucedido desde su desaparición. También tendremos que hacerle un test de ADN, estoy seguro de que lo entiende.

—Claro.

—Sacaremos fotografías de Carol Leamy en las noticias locales, a ver si alguien la reconoce de los viejos tiempos… —Se reclinó en su silla y se acarició la barba—. ¿Qué tal era?

—Pues no tenía perfil de secuestradora, si es lo que me está preguntando.

—Entonces, ¿cree que alguien la ayudó?

No dije nada.

El zumbido de las máquinas expendedoras llenó la salita del café y por un momento me sentí transportada de vuelta a mi apartamento de Australia, al zumbido de la nevera, el runrún del cargador de mi portátil en una mesa en un rincón. Mi casa pareció un lugar muy lejano en el espacio y en el tiempo y me pregunté si alguna vez volvería a ella. Era una sensación abstracta, parecida a la que había tenido la última vez que hablé con Amy. En realidad se trataba de algo peor que una mala sensación, era como una premonición.

—Venga —dijo Burkhart—. Aquí todo el mundo tiene su propia teoría. Seguro que usted también.

—¿Ha oído hablar alguna vez de los niños Hicks? —pregunté.

Burkhart negó con la cabeza.

—Fue en los sesenta, en Ohio, me parece. Un tal doctor Hicks robaba los hijos recién nacidos a madres pobres y se los vendía a parejas que, por un motivo u otro, no podían tener niños. Incluso falsificaba certificados de nacimiento.

—Un mercado negro de bebés —dijo incrédulo—. Así que su teoría es que el secuestrador la vendió a Carol Leamy, quien la crio en Australia.

Me encogí de hombros.

—Bueno, supongo que es una teoría tan válida como cualquier otra —dijo.

También era la única que se me ocurría y que exculpaba a Carol, al menos un poquito. Comprar un niño no deseado era mucho menos imperdonable que robar uno querido.

—¿Y usted? —le pregunté a Burkhart—. Ha dicho que aquí todos tienen su propia teoría de lo que pasó aquel día. ¿Cuál es la suya?

Frunció el ceño y tamborileó en la mesa con los dedos.

—Estoy trabajando en la mía.

—¿Recuerda algo de cuando ocurrió?

—Sí, claro —dijo—. Ahora vivo en Coleman, pero crecí aquí, en Manson. Tenía diecisiete años cuando desapareció Sammy, todavía vivía con mis padres en Old Commons. Todos teníamos un sospechoso y todos éramos sospechosos.

—¿Como quién, por ejemplo?

—Pues, por ejemplo, Molly. Y Jack también. En casos como estos, siempre se piensa en los padres. Travis Eckles, que había crecido en una familia complicada y vivía cerca. Dale Creech, el reverendo de la Luz Interior.

—¿Dale Creech? Acabo de conocerlo. Parecía… agradable.

Burkhart rio.

—Agradable y raro. A ver, todos los fundamentalistas lo son. Hay que ser un poco raro para jugar con serpientes venenosas y esperar que Dios te proteja, ¿no?

Pensé en Molly.

—Pero fue solo un rumor. Uno de muchos. La gente enseguida da por hecho que a todos los sacerdotes les gustan los niños pequeños. —Se terminó el café, se puso de pie y metió unas monedas en una de las máquinas—. ¿Le apetece algo?

—No, gracias —dije—. ¿Llegó la policía a interrogar a Creech?

—Interrogaron prácticamente a toda la ciudad. He repasado los informes de entonces. Creech tenía una coartada que confirmaron unos doce miembros de su iglesia. Claro que eso no quiere decir gran cosa. Los de la Luz Interior son como una puta piña… Perdón por el vocabulario.

Tecleó un código, sacó una chocolatina de la máquina y volvió a la mesa. Abrió el envoltorio con cuidada precisión, como si estuviera haciendo una autopsia.

—Entonces, ¿por dónde íbamos?

—¿Dale Creech? —dijo Stuart.

Estábamos a treinta kilómetros de Manson, conduciendo por una carretera estrecha, sin asfaltar, que atravesaba un bosque, para visitar a la abuela de Stuart. Sandy Went vivía, me había explicado, en mitad del quinto coño.

—¿Lo conocías bien? —Tenía que subir la voz para hacerme oír por aquella carretera llena de baches.

—Mamá sí —dijo Stuart—. Yo estuve un tiempo investigándole. Desde luego es siniestro, pero contaba con una coartada y no tenía móvil.

—¿Querrá alguien de la iglesia hablarnos de él?

—Lo dudo. Los de la Luz Interior…

—¿Son una puta piña?

Rio.

—Iba a decir que son una comunidad muy cerrada, pero lo de la puta piña también sirve. Si alguno sabe algo, se guardará mucho de contarlo. Nadie hace nada que vaya en contra de su iglesia por miedo a ser repudiado.

—¿Y qué me dices de tu abuela?

Stuart se encogió de hombros.

—¿Cómo es?

—No se parece en nada a mamá —dijo—. Si es lo que te preocupa.

—Molly tampoco está tan mal —mentí.

—Claro que sí. Es una mujer rota. Debería haberse marchado de la ciudad, como hicimos todos los demás, pero se quedó y se dedicó a obsesionarse con todo: culpa, tristeza, rencor. Pero entrará en razón; tú dale tiempo.

No era tan fácil. Había perdido una madre y descubierto que tenía otra. En mi fuero interno, había tenido la esperanza de que Molly llenara el vacío que había dejado Carol en mi vida, de encontrar una madre que reemplazara a mamá. Ahora todo me parecía terriblemente injusto.

Sandy Went vivía en una casa de campo grande y vieja al final de un largo camino. Stuart aparcó marcha atrás (su maniobra de escape habitual) y nos dirigimos hacia la puerta delantera. Me había advertido de que su abuela ya no veía demasiado bien y de que, si quería hacerme oír, tendría que hablar muy alto, pero, a sus noventa y un años, dijo, Sandy tenía la cabeza tan lúcida como siempre.

Nos recibió una mujer delgada. Me estudió con ojos entrecerrados y suspicaces y me dijo:

—Bueno, de lo que no hay duda es de que pareces una Went.

Stuart rio.

—Esta es Kali, enfermera de la abuela y tocapelotas residente.

Se abrazaron y ella lo besó en ambas mejillas. Luego se volvió a mí.

—¿Quieres un té, un café o un *bourbon?*

—No, gracias —dije.

Kali nos hizo pasar y nos guio con energía por el pasillo. Era cavernoso y estaba inmaculado.

—Sandy está ahí mismo, en el porche trasero.

Salimos por la puerta del fondo al porche que daba a un amplio jardín. Una mujer anciana y delgada estaba sentada en silencio en un viejo balancín. Cataratas gris pálido le cubrían ambas pupilas. Debió de oír que alguien se acercaba, porque ladeó la cabeza con curiosidad.

—¿Stu?

—Hola, abuela —dijo Stuart.

Ella alargó la mano y encontró la suya.

—Hace mucho tiempo que no venías, niño. ¿La has traído?

—Abuela, esta es Kim —dijo Stuart haciéndome un gesto para que me acercara.

Sandy buscó mi mano y, cuando se la di, la apretó y me acercó hacia ella.

—Es un verdadero placer, Kim. Dime, ¿qué te parece mi jardín? Ahora mismo mis ojos tienen la misma utilidad que las ubres de un toro.

—Ah, pues está muy bien. Es muy bonito.

—No te ofendas, querida, pero voy a necesitar algo más que «bien» y «bonito».

Miré el jardín y me concentré en lo que veía.

—Bueno, las ortigas rojas están algo alicaídas, pero queda bien. Están mojadas, cubiertas de pequeñas gotas de rocío. Parecen contentas.

Sandy Went sonrió y levantó la barbilla. Llevaba el pelo recogido detrás de la cabeza en una coleta suelta. Tenía la cara surcada de arrugas. Husmeó el aire.

—¿Y qué me dices de las campanillas de coral?

—¿Esas cuáles son?

—En esta época del año deberían haber echado unas florecillas rosas, probablemente en la pendiente del final del jardín.

Señaló el lugar exacto, donde unas flores rosas preciosas crecían apretadas en una jardinera hecha de madera reciclada.

—Ah, sí —dije—. Parecen en flor, y hay un pajarillo marrón y negro picoteando alrededor, buscando gusanos.

Sonrió y me volvió a coger la mano. Me la apretó, pero esta vez sin soltarla. Estuvimos un rato sentadas en silencio en el balancín, cogidas de la mano y escuchando la suave brisa que atravesaba el jardín, agitando las campanillas y devolviendo al cielo al pájaro marrón y negro.

Stuart se apoyó en la baranda del porche y nos miró con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Me ha dicho Stuart que fuiste a ver a Molly.

—Sí —dije.

—Imagino que no te recibió con los brazos abiertos, exactamente.

—No, no exactamente. No cree que yo sea… Cree que su hija murió hace mucho tiempo.

—Bueno, en su defensa he de decir que todos lo creíamos. Era más fácil pensar que la luz de Sammy se había apagado. Puede que eso me haga parecer una vieja siniestra, pero es la verdad. Solía rezar porque estuviera muerta porque, si estaba muerta, entonces es que ya no sufría. Estaba con Dios y eso era mucho mejor que vivir encerrada en un sótano de alguna parte o torturada u obligada a hacer cosas atroces.

Stuart dio un respingo.

—Eran las únicas opciones que veía —continuó Sandy sujetándome la mano con fuerza—. Tortura o muerte, y, de las dos, la muerte me parecía preferible. Nunca contemplé la posibilidad de que alguien la estuviera cuidando, de que tuviera una buena vida. ¿Has tenido una buena vida, Kim?

—Sí, Sandy —dije—. Muy buena.

Se volvió hacia mí, pero yo no debía de ser más que una silueta gris oscuro.

—Puede que Molly entre en razón y puede que no. Es posible que esté demasiado mal ya.

—¿Cuándo fue la última vez que vino a verte, abuela? —preguntó Stuart.

Sandy me soltó la mano, sacó un pañuelo del bolsillo de su chaqueta y lo usó para secarse los ojos.

—Llevo sin ver a tu madre, pues… casi cuatro años.

—¿No la ves en la iglesia? —pregunté.

Negó con la cabeza.

—La verdad es que ver, lo que se dice ver, ya no veo a casi nadie, pero dejé la iglesia en el 94. Sigo sintiendo mucho cariño por la Luz Interior, pero el número de fieles ha caído mucho con los años. En los viejos tiempos uno no podía dar un paso en Manson sin toparse con un fundamentalista, pero lo último que supe era que quedaban menos de doce miembros.

—¿Y eso por qué?

De pronto la actitud de Sandy se enfrió.

—Tenía muchas razones para irme —dijo—. La iglesia sacó lo mejor y lo peor de mí. Dejémoslo ahí.

Stuart nos miró a las dos con curiosidad. Era como si todos los Went tuviéramos un secreto.

—Pero ¿la iglesia de la Luz Interior sigue existiendo? —pregunté.

—De momento —dijo Sandy—. Mi opinión es que no desaparecerá del todo hasta que muera

el reverendo Creech.

—Conocí a Dale Creech ayer —dije—. Estuvo muy agradable pero también me pareció un poco…

—¿Intenso?

—Exacto —dije—. Se nota que se le da bien predicar.

—Amén —dijo Sandy—. Dale puede estar hablando a una sala llena y darte la sensación de que se dirige solo a ti, y además sabes que todos los presentes se sienten exactamente igual. Siempre fue apasionado, incluso de niño.

—Hay personas que piensan que tuvo algo que ver con el secuestro.

—¿Qué personas?

—Pues… gente —dije.

Sandy frunció el ceño.

—Te habrás dado cuenta de que ya tengo unos años, Kim. No me queda demasiado tiempo, así que cuando la gente se anda por las ramas en lugar de ir al grano y decir lo que piensa, suelo ponerme nerviosa. Stu ha sido testigo.

Stuart suspiró e hizo la pregunta que yo había estado evitando.

—Abuela, ¿crees que el reverendo pudo tener algo que ver con la desaparición de Sammy?

Sandy agitó una mano como si quisiera matar un mosquito.

—Dale es un hombre honrado y temeroso de Dios. Es un hombre complicado, quizá. Algo solitario incluso. Pero incapaz de hacer daño a una niña pequeña. No es católico.

—¿Complicado en qué sentido?

—Nadie es perfecto, Kim. El truco está en tener más virtudes que defectos.

—Y ¿el reverendo tiene defectos?

Sandy se recostó en el balancín.

—Es implacable esta chica, ¿verdad? En eso es como vuestro padre.

Stuart frunció el ceño.

—El problema de Dale era que se implicaba demasiado. Tiene una hermana, Becky. Debía de ser… seis o siete años más joven que él. De niños eran inseparables. ¿Sabes eso que dice la gente de que algunos gemelos tienen un vínculo casi paranormal? ¿Que si pellizcas a uno el otro lo siente, cosas así? Pues así eran aquellos dos.

Se secó de nuevo los ojos con el pañuelo. Yo había supuesto que estaba emocionada, pero ahora me di cuenta de que los ojos llorosos eran resultado de las cataratas.

—Pero cuando crecieron se volvieron muy distintos. Dale era carismático y apasionado… y supongo que Becky también, a su manera, pero había algo en su manera de comportarse que daba la sensación de que fingía. Él era estricto con ella sin necesidad. Pero solo porque la quería.

—¿Qué quieres decir?

—Becky tenía un lado rebelde. Le gustaba bailar a su propio son. Para Dale eso equivalía a ser «difícil», así que Becky se volvió difícil. Representó el papel que le había asignado su hermano y lo representó bien. Empezó a llevar las faldas un poco más cortas y las blusas un poco más entalladas. Dale era joven. Solo quería ser fiel a sus creencias. Pero cuando fuerzas las cosas, puedes terminar por ahuyentar a las personas.

—¿Eso es lo que hizo Dale? ¿Forzar las cosas?

—Mira, yo conservo una buena relación con Dios, más que buena, pero el problema del fundamentalismo es que o estás con ellos o contra ellos. Y si estás contra ellos, eres un alma descarriada. Y durante un tiempo, así es como veía Dale a Becky.

—¿Dejó Becky la iglesia?

—Oficialmente no, pero estuvimos un tiempo sin verla. La gente hablaba. Si quieres que te diga mi opinión, el rumor es algo que crece cuanto más lo esparces, pero algunos de los fieles de la Luz Interior dijeron que se había quedado embarazada.

—¿De quién?

Se encogió de hombros.

—Vete a saber.

El pájaro marrón y negro volvió, gorjeó y empezó a escarbar en la tierra a un par de metros de donde estábamos. Nubes esponjosas cruzaban el cielo. A lo lejos ladró un perro. Dentro de la casa, una ruidosa cafetera eléctrica hacía café.

—¿Qué le pasó? —pregunté.

Sandy sonrió.

—Dale la devolvió a la Luz. Es posible que el padre del niño no quisiera hacerse cargo o que Becky no siguiera adelante con el embarazo. El caso es que llegó un momento en que tocó fondo. Estaba preparada para salir de la oscuridad y su hermano estaba allí para mostrarle el camino. Le recordó las enseñanzas de Dios y las faldas de Becky recuperaron el largo de antes y se labró una nueva imagen a ojos de su hermano, la de fiel servidora de Dios. Rezaba, manipulaba serpientes y lucía una mordedura como si fuera una insignia del honor.

—¿Le mordió una serpiente?

—Uy, sí. Les pasaba a casi todos. La gente tiene una idea equivocada de la manipulación de serpientes. Creen que es de mentira. Creen que las serpientes están drogadas. Pero muerden, y a base de bien.

—Algo me ha contado Stuart.

—Seguro que te contó lo de su tío Clyde —dijo sonriendo—. Le mordieron varias cascabel y murió con una sonrisa en los labios. Ser mordido equivalía a que te tocara Dios y sobrevivir equivalía a la salvación. Yo he sido devota durante sesenta y tres años y no me han mordido ni una sola vez. Pero a Becky le pegaron un buen viaje, aquí, en la mano.

Se tocó la carne entre los dedos pulgar e índice y de pronto me quedé sin aire.

—¿En la mano izquierda? —dije en voz alta—. ¿Tenía la cicatriz en la mano izquierda? ¿Estás segura?

—Segurísima —dijo Sandy—. ¿Estás bien? He notado como una ráfaga de aire frío.

Mis pensamientos volaron a aquella tarde en el garaje de Amy, revolviendo en casas viejas, reencontrándome horrorizada con mi trabajo de fotografía: *Cicatrices: físicas y emocionales*. Recordé la marca en mi dedo pequeño del pie, la cicatriz en el muslo de Amy, la quemadura en la mano de mi madre.

La quemadura en la mano de mi madre.

Era una marca pequeña y abultada en la base del pulgar izquierdo. A menudo se llevaba los dedos de la mano derecha a la cicatriz, la presionaba y la pellizcaba, sobre todo cuando estaba absorta en sus pensamientos. Afirmaba habérsela hecho de adolescente, cuando se le estropeó el ventilador de su habitación y lo intentó arreglar sin apagar antes el interruptor de la pared. Era abultada e irregular, con una forma que recordaba a unas mancuernas, más grande en ambos extremos. Igual que una mordedura de serpiente.

—¿Sigue viviendo Becky Creech en Manson? —pregunté.

—No —dijo Sandy—. Se marchó hace mucho tiempo.

—¿Hace cuánto? ¿Adónde fue?

—No me acuerdo muy bien. A Misisipi quizá. No estoy segura. Tendrías que preguntárselo a su hermano. ¿Por qué?

Stuart dio un paso adelante.
—Kim, ¿qué pasa?
No contesté. Ya me había puesto de pie y echado a correr por el jardín.

Manson, Kentucky

Entonces

Emma cenó con su hermano, sus tías y su primo un poco después de las siete de la tarde. Trató de no pensar en Travis y su padre, en cómo su madre a veces se enfadaba demasiado con Sammy, en el hombre al que habían matado de un tiro en el molino y en su hermanita, a la que o bien se habían llevado o bien se habían llevado y abandonado muerta en alguna parte.

Muerta. Aquella palabra nunca le había sonado tan absoluta e inapelable.

Pensó en el nombre de Sammy en la pared del molino. Incluso después de que el *sheriff* le dijera que lo más probable era que el veterano de guerra no tuviera nada que ver con la desaparición de Sammy, no podía dejar de imaginarlo leyendo en voz alta el nombre de su hermana. En la imaginación de Emma, era idéntico al retrato robot de la policía, solo que con la piel alrededor de los ojos aún más oscura, más monstruosa, por así decirlo. Su rostro era inexpresivo y anodino, un lienzo en blanco en el que Emma podía proyectar sus miedos más profundos: un asesino de niños loco, un psicópata desquiciado, un pervertido sexual o una salvaje combinación de las tres cosas.

—… Emma, ¿me has oído?

Levantó la vista del plato. Sus tres tías la miraban. Todd, su primo, estaba sentado al lado de Stuart en silencio y con los ojos fijos en su cena.

—¿Qué?

—Te estaba preguntando por el instituto —dijo la tía Tillie mientras daba un sorbito de sidra sin alcohol servida en vaso alto—. No debes quedarte atrás. ¿Has hablado con tus profesores? Igual pueden darte trabajo para hacer en casa.

—Retrasarme en los estudios está al final de una muy larga lista de preocupaciones, tía Tillie —dijo Emma.

—Tampoco hace falta que la tomes con tu tía —dijo Pauline—. Solo intenta ayudarte.

—Es lo que intentamos todas —dijo Anne, la tercera cabeza del monstruo tricéfalo sentado a la mesa—. Y te voy a decir una cosa. Que estés viviendo un infierno no justifica que te comportes como el mismo Demonio. Y ya que estamos, el consejo le vendría muy bien a tu padre también.

Emma tuvo ganas de estrellar su plato contra la pared o, mejor aún, contra una de sus tías. Quería levantarse de la mesa, o quizá servirse un whisky. Sabía dónde lo guardaba su padre, al fondo de la despensa, detrás de la panera.

Mientras las novias de Drácula seguían hablando, Emma miró a Stu.

Este le devolvió la mirada.

—Oye, Em.

—Dime, caraculo.

—¿Dónde está la silla de Sammy?

Emma miró toda la mesa. Stu tenía razón. Alguien había hecho desaparecer la trona de Sammy.

—Eso, ¿dónde está?

—Le he sacado al pasillo —dijo Anne—. Teníamos que hacer sitio para caber todos en la mesa.

—Entonces, ¿dónde se sentará ella? —preguntó Stu.

—¿Qué has dicho, Stewey?

Stu odiaba que lo llamaran Stewey.

—¿Dónde se sentará Sammy cuando vuelva?

—Ya nos preocuparemos por eso en su momento, ¿te parece? —dijo Tillie en tono suave y condescendiente.

Stu miró a Emma, al otro lado de la mesa. Esta quiso decirle que Sammy iba a volver a casa, pero aquello podía ser mentira. Solo había una cosa que podía darle en ese momento.

—Stu tiene razón —dijo poniéndose de pie.

—¿Dónde vas?

—A coger la trona de Sammy.

—Pues la volveré a sacar al pasillo —dijo Tillie—. Tienes que ser fuerte ahora, Emma. No puedes comportarte como una niña pequeña. Tienes que centrarte en lo que está aquí, no en lo que no está.

—Mira que eres ridícula —dijo Emma. Salió de la habitación, encontró la trona roja y azul y la arrastró de vuelta a la cocina. Las patas de atrás arañaban el suelo de madera.

—Siéntate ahora mismo y termina de cenar, Emma. No me obligues a hablar con tu madre y a sumar otra preocupación a…

En aquel momento la puerta se abrió de golpe. Una figura alta apareció en el peldaño de entrada y por un momento Emma pensó que era el hombre del retrato robot, que había vuelto de entre los muertos para exterminar a toda la familia. Pero cuando la luz del recibidor iluminó la figura, vio que era su padre.

—¿Dónde está tu madre? —preguntó con frialdad. Jack estaba tambaleante, con la cara roja y furioso. Entró en la casa como una exhalación—. ¿Dónde está? ¿MOLLY?

—Papá, ¿qué ha pasado? ¿Tiene algo que ver con Sammy?

Su padre no contestó y empezó a subir las escaleras.

—Molly, ¿estás ahí?

Anne, Pauline y Tillie asomaron las cabezas por la puerta de la cocina, como en la escena tonta de una comedia televisiva.

—¡MOLLY!

Emma siguió a su padre escaleras arriba.

—No está aquí, papá.

Su padre se giró sobre un pie. Tenía los puños cerrados.

—¿Dónde está?

—Cuéntame qué pasa.

—Por Dios, Em. Dime dónde coño está tu madre.

Emma rara vez lo había visto así de enfadado, y, en cualquier caso, nunca con ella. Por lo general le ocurría en el coche, cuando alguien le cerraba el paso. Un atisbo de furia que desaparecía tan rápido como había venido y al que, por lo general, seguía una disculpa. Su padre no pensaba con claridad. De ser así, recordaría a la perfección dónde estaba siempre su madre a aquella hora aquel día de la semana.

—Está en la iglesia.

Jack apartó a Emma y bajó las escaleras a toda velocidad, saltando los peldaños de tres en tres. Emma lo miró irse mientras un terror angustioso le subía por la garganta.

Al llegar a la puerta delantera, Jack se detuvo. Respiró hondo y se volvió.

—Perdona, Em. No era mi intención gritar. No estoy enfadado contigo. Esto… no tiene que ver contigo.

Emma bajó las escaleras y puso una mano en la muñeca de su padre.

—¿Qué ha pasado?

—Pues que necesito hablar con tu madre.

—Entonces déjame que te acompañe —dijo Emma—. Así me lo explicas por el camino.

—Emma…

—Déjame que te acompañe.

—Tu hermano…

—Las tías cuidarán de Stu. Estás cabreado, papá. No quiero que hagas nada de lo que puedas arrepentirte.

—No.

—Sé lo de Travis.

Jack se quedó paralizado. Por un momento pareció que iba a desplomarse en el umbral y echarse a llorar.

—¿Qué pasa, Jack? —La voz chillona de Tillie llegó desde la cocina.

—Por el amor de Dios, Tillie. Métete en tus putos asuntos. —Jack se volvió hacia Emma—. Coge tu abrigo.

Durante un rato no hablaron. El silencio entre los dos era tan absoluto, de hecho, que cuando pararon en el semáforo entre Otter Street y Herbert Avenue Emma oyó el rechinar de dientes de su padre. Por fin Jack, mirando con tristeza la autovía que se extendía delante de ellos, dijo:

—¿Cómo te has enterado?

—Me lo dijo su hermano —dijo Emma.

—¿Patrick? ¿Por qué?

—¿Estás enamorado de Travis, papá?

—… Cuando tenía doce años —dijo Jack en voz baja, entrecortada—. Me…

—No cambies de tema. Te he hecho una pregunta.

—Estoy intentado contestarla, Em. Cuando tenía doce años me sacaron de mi cama en plena noche. Cuatro hombres entraron en mi casa, subieron las escaleras y se colaron en mi habitación. Llevaban pasamontañas negros. Uno de ellos me tapó la boca mientras los otros tres me arrastraban fuera de la casa y me metían en una furgoneta blanca sin marca ni matrícula.

—Dios. Qué… ¿Por qué no nos lo contaste?

—Solo pensaba en mis padres. En lo destrozados que estarían si yo desaparecía sin más. Después de meterme en la furgoneta, uno de los hombres me soltó un segundo. Puede que fuera para cerrar la puerta corredera, o que se despistara. Lo único que recuerdo es que aproveché esa fracción de segundo para escapar. Conseguí bajar de la furgoneta y llegar al jardín delantero. Gritaba a pleno pulmón. Había cruzado medio jardín cuando vi a mi madre. Tu abuela. Estaba en la puerta delantera, en pijama. Mi padre estaba detrás de ella. Y pensé: Gracias a Dios, estoy salvado. Pero estaban allí, quietos…

La voz se le llenó de rabia, una rabia profunda y descarnada.

—Les grité: «Mamá, papá, ayudadme, unos hombres malos me quieren llevar con ellos».

Pero ni se movieron. Se limitaron a mirarme. No… No entendí nada. No podía. Cuando estuve cerca, justo cuando llegué a la puerta, la cerraron. Me cerraron la puerta en las narices y oí que echaban la llave. Me cerraron la puerta.

—No lo entiendo —dijo Emma. Luchaba con todas sus fuerzas por no llorar—. ¿Por qué no te ayudaron?

—Porque lo habían organizado ellos, Em. Lo habían organizado todo. Los hombres eran de la iglesia. Nunca descubrí quiénes eran… Formaba parte del plan. Por eso llevaban pasamontañas.

—¿Qué quieres decir con que los abuelos lo habían organizado? —dijo Emma—. Papá, tiene que ser que tu memoria te engaña.

—Me reprogramaron, Em. Así lo llamaban. No sé cómo, mi madre se enteró de que yo era «diferente». De que en lugar de las chicas me gustaban… los chicos. Lo dedujo y pensó que tenía al Demonio dentro.

—Joder, papá.

—Los hombres me arrastraron otra vez a la furgoneta, me llevaron a una granja vieja en Coleman y me reprogramaron.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Me hicieron un exorcismo.

Emma se puso rígida.

—¿Qué significa eso?

—Da igual.

—¿Qué te hicieron?

—No quiero que lo sepas, Em —dijo Jack.

—Quiero saberlo, papá. Por favor. Puedo soportarlo.

Las manos de Jack estaban agarrotadas en el volante.

—Me metieron en una habitación. Me inmovilizaron en un somier oxidado sin colchón. Me apoyaron una Biblia en la frente y se turnaron para leerme pasajes. Cuando uno se agitaba demasiado o se cansaba, lo relevaba otro. Aquello duró horas. Luego me metieron a la fuerza en una bañera profunda llena hasta el borde de agua bendita. Me sumergieron. Durante diez segundos, treinta, un minuto. Una y otra vez.

—Dios mío —dijo Emma. Tuvo que hacer un verdadero esfuerzo por no echarse a llorar.

—Por la noche me dejaron en el sótano. Se llevaron mi ropa y los zapatos y soltaron una serpiente cascabel. Así estuve tres días.

—Lo siento muchísimo, papá.

—Crecer siendo yo en un sitio como Manson, bajo la mirada de «su» Dios… Nunca tuve elección, Em. Quiero a Travis. Claro que lo quiero, pero odio la parte de mí que lo hace.

Llegaron a una carretera sin asfaltar y sin señalizar. Donde la carretera se encontraba con la autovía había un letrero que decía: «Por aquí a la Luz». Al final estaba la iglesia de la Luz Interior, un edificio chato, de cemento, con tejado de chapa. No tenía ni campanario ni vidrieras. Lo único que delataba que era una iglesia era un crucifijo pequeño, pintado a mano sobre la entrada.

Estacionaron en un aparcamiento lleno de coches, camionetas y motos. De dentro salía una música amortiguada.

—Espera en el coche —dijo Jack.

—No, papá.

—Va a haber serpientes. Serpientes, quizá también escorpiones y, lo que es peor, mucha

gente poseída por el Espíritu Santo. Enseguida vuelvo. Solo voy a buscar a tu madre y a traerla a casa. Nada más.

—¿Qué ha hecho? —preguntó Emma.

Su padre no contestó su pregunta. En lugar de ello bajó del coche y entró en la iglesia. Emma tardó menos de un minuto en seguirlo.

Había cerca de cien fieles reunidos en la iglesia de la Luz Interior. El edificio rebosaba de lo que la madre de Emma llamaría presencia del Espíritu Santo, y su padre, histeria colectiva.

En una mesa junto a la puerta principal había una gran caja de madera para donativos. Grabado en uno de los laterales decía «Entrégate por entero a Dios, entrega lo que puedas a la Luz Interior». Por la ranura de la tapa sobresalía dinero.

Una banda de *bluegrass* de seis músicos tocaba una pieza de ritmo frenético al fondo de la iglesia. Iban todos vestidos de blanco y ninguno llevaba zapatos. Un cartel troquelado sobre sus cabezas decía: «Los profetas descalzos».

Delante de la banda se habían retirado algunos asientos para hacer una pista de baile. En ella, Billy Wayne, a quien Emma veía pasear su caniche a lo largo del cortafuegos casi todas las mañanas, bailaba descalzo alrededor de una serpiente de piel cobriza. Llevaba pantalones de algodón blanco enrollados a la altura de las rodillas y reía como un loco. De vez en cuando la serpiente lo atacaba perezosa, pero eso solo le hacía reír más fuerte. Tenía las manos pegadas a los costados del cuerpo y giraba sobre sí mismo.

Sobresaltada, Emma retrocedió. Odiaba las serpientes, siempre las había odiado. Cuando era más pequeña, con diez u once años, sentía curiosidad por la iglesia y le había preguntado a su madre qué se sentía sosteniendo una serpiente.

«Tienen la piel dura y gruesa», le había dicho Molly. «Primero te pones muy nerviosa, como en una montaña rusa antes de la primera bajada. Luego sientes un hálito de calor, como si Dios te bañara en su cálido aliento. Te sientes viva. Te sientes cerca de Dios, tan cerca que es casi como si pudieras tocarlo. Al menos así es como me siento yo.»

Al estar allí, en el mundo de su madre, abriéndose paso a empujones entre la gente en busca de su padre, Emma se sintió aterrorizada.

Reconoció muchas caras, de la farmacia, donde trabajaba de cajera los veranos, de las Navidades en casa de la abuela, de pasear por Manson, pero había muchas más que le resultaban nuevas. Era como caminar por un mal sueño: familiar y cruelmente raro.

Patsy Halcomb, cliente habitual de la farmacia Went, sostenía un crótalo diamantino de un metro veinte de longitud sobre su cabeza y lo agitaba con furia por entre los bancos. En un extremo de la iglesia, un hombre gigantesco con una estilosa perilla pelirroja servía chupitos de un líquido lechoso con modales de barman experimentado. El primero se lo bebió él y el sabor le provocó convulsiones. A continuación le tocaba a una pareja, y ambos se tragaron el veneno de golpe, como marineros. Los siguientes eran dos hombres. Al primero beber le provocó un aullido; el segundo cayó de inmediato de rodillas, jadeando.

Había demasiada gente y demasiado ruido.

Un hombre grande (Emma creía recordar que se llamaba Hershel algo) hablaba en lenguas. De su boca salió una rápida retahíla de palabras sin sentido: *«Dutchie no no highbalmo, cu chu mana*. ¡Jesús Su nombre Jesús Su nombre!».

Suzie Litterback, a quien Emma conocía de Home Foods, el supermercado en la acera contraria de la farmacia de su padre, pasó corriendo a su lado sujetando con firmeza una serpiente de cascabel.

Emma siguió avanzando. Atisbó a su padre entre el gentío y aceleró el paso hasta que una mano le sujetó el brazo. Era un hombre grueso con una camisa de lino blanca y un sombrero fedora también blanco. Emma no sabía cómo se llamaba, pero había estado en su casa unos días antes. Había supuesto que era un amigo de su padre, pero verlo allí le hizo dudar.

—¿Emma? —dijo el hombre—. ¿Sabe tu madre que estás aquí?

Sin decir una palabra, Emma se zafó del hombre y se abrió paso entre una pared de personas hasta la pista de baile.

Alguien dejó caer una serpiente de cascabel a menos de dos metros de donde estaba y necesitó todas sus fuerzas para no gritar. Claro que no la habría oído nadie; la banda de *bluegrass* era demasiado ruidosa, y demasiado implacable.

Escudriñó las caras en busca de su padre, de su madre incluso, pero no los encontró. Daba igual. Jack estaba a punto de anunciar su presencia allí.

—¡Creech! —La voz de su padre resonó contra el techo de la iglesia.

Emma vio primero al reverendo Dale Creech. Estaba junto a un gran terrario de cristal, ahora vacío. Vestía una chaqueta que le daba cierto aire de chico rebelde y parecía sobresaltado. Entonces Emma vio a su padre. Jack apareció por su izquierda, cruzó la pista, levantó el puño y golpeó a Creech en el mentón.

El predicador se tambaleó hacia atrás y cayó de rodillas. Se llevó enseguida la mano a la barbilla con los ojos desorbitados.

Jack se acercó a él. Tenía hinchadas las venas de la frente.

—¿Se puede saber qué has hecho, condenado fanático?

Un murmullo colectivo de sorpresa recorrió la habitación. Los profetas descalzos dejaron bruscamente de tocar y se hizo el silencio.

—¿Jack? —dijo Creech moviendo la barbilla dolorida—. Este es un lugar de culto. Veo que estás enfadado por algo. ¿Por qué no hablamos fuera?

—¿Es que salió algo mal durante su reprogramación?

—Te aseguro que no tengo ni idea de qué me hablas.

—¿Le diste tan fuerte con la Biblia en la cabeza que se la partiste?

La gente que los rodeaba rompió a gritar y hablar. Estaban en completa minoría. Emma quería detener a su padre, cogerlo del brazo y arrancarlo de aquel lugar. Pero sus pies se negaban a moverse. Estaba paralizada… no de miedo, sino de rabia.

Si lo que decía su padre era verdad, si aquel hombre y su iglesia tenían algo que ver con la desaparición de Sammy…

Entonces mamá también, pensó Emma.

Creech se puso de pie y recuperó el equilibrio.

—Jack, por favor, estás diciendo cosas absurdas.

—¿Se te fue la mano cuando le sumergiste la cabeza en agua bendita? Cuando la encerraste en una habitación llena de serpientes descalza y sin luces, ¿se…?

—No lo juzguéis —dijo Creech alzando la voz por encima de la de Jack para dirigirse a sus fieles. Estos habían formado un corro a su alrededor y empezaban a impacientarse—. Este hombre vive momentos oscuros. Y aunque sus acusaciones son infundadas y erróneas, debemos ponernos en su lugar y pensar en el dolor de…

Jack volvió a atacarlo. Primero le golpeó con fuerza en la cara. Creech aceptó el golpe, levantó la mano para silenciar a la gente y escupió sangre en el suelo de tarima. A Emma le pareció oír el *clin* de un diente roto.

—No lo juzguéis —repitió Creech mientras un hilo de sangre le bajaba por la barbilla—.

Porque no sabe…

El padre de Emma se dispuso a pegarle otra vez, pero el hombre del sombrero fedora le golpeó por la espalda. Al momento siguiente Jack estaba boca abajo, con la cara pegada al suelo. Se resistió y revolvió y consiguió darse la vuelta. Pero el hombre grueso le clavó la rodilla en la espalda y lo inmovilizó.

—¡Suéltame, Buddy! —gritó Jack.

—Esto no está bien, Jack.

—¡La ha matado, Buddy! ¡Ha matado a mi niña! ¡Déjame levantarme! ¡Déjame…!

—¡Soltad a mi padre, cabrones! —gritó Emma. Sus pies se movían y lo hacían con rapidez. Salió de entre la gente gritando como una loca y saltó a la espalda del hombre. Sus delgados brazos le rodearon el cuello. El hombre, Buddy, se incorporó y a continuación cayó sobre una rodilla.

Jack logró ponerse de pie.

—¡Emma, espera! ¡Para!

Pero Emma no paró. Cerró los brazos alrededor del cuello de Buddy y le rodeó el considerable estómago con las piernas. Los fieles se apresuraron a ir a ella, la cogieron y la obligaron a soltarlo, entre patadas y chillidos.

Emma gritó de nuevo mientras una furia, ardiente e intensa, le recorría el cuerpo.

Se desembarazó de los fanáticos a codazos y bofetadas, tropezó y se cayó de espaldas. Aterrizó en el suelo con fuerza, miró a su derecha y vio una serpiente cascabel a menos de un metro de distancia. Estaba enroscada por el miedo y haciendo sonar su cascabel.

—¡Me cago en la…!

—¡Ya está bien!

Su madre apareció de entre una pared de gente con las aletas de la nariz hinchadas y mirando alternativamente a Jack y a Emma.

—¿Qué es lo que pasa? ¿Qué hacéis aquí? ¿Cómo os atrevéis a venir a mi iglesia y a…?

—Por el amor de Dios, mamá, esto no es una iglesia —gritó Emma. Solo que no era ella quien hablaba en realidad. Era la ira. El Demonio—. ¡Esto es una secta! ¡Estás en una secta, mamá! ¡Mira este sitio! ¡Estás en una secta! ¡Estáis todos en una secta! ¡ESTÁIS TODOS EN UNA SECTA!

Molly se giró hacia Jack.

—Llévatela de aquí, Jack. Lleva…

Molly se calló cuando vio que Jack lloraba.

Emma se calló también. De pronto su rabia había desaparecido. Su padre parecía muy pequeño, muy vulnerable.

—¿Qué haces aquí, Jack? —dijo Molly roja de vergüenza.

—Dímelo —dijo Jack—. Dime lo que pasó.

—¿Qué quieres que te diga?

—Dime si está muerta. Dime si Sammy ha muerto.

Fuera estaba más tranquilo. Creech estaba con dos hombres a la puerta de la iglesia, vigilando. Emma se sentó en una de las mesas de pícnic con su padre, que estaba taciturno y callado. Su madre estaba de pie con las manos en jarras.

Durante largo rato nadie habló. Una ráfaga de viento que parecía un murmullo agitaba los pinos de Virginia. Levantaba un olor a carne podrida que hizo pensar a Emma en cosas muertas. Molly también reparó en el olor. Se giró y olfateó el aire con energía.

Jack se masajeó la mano derecha, que en los últimos días había trabajado mucho. Se humedeció los labios y habló en un susurro.

—Es imposible que creas que el Diablo ha poseído a nuestra hija.

—La iglesia no se la ha llevado, Jack —dijo Molly frotándose la cara y pasándose los dedos por el pelo. En la tenue luz de luna, parecía al mismo tiempo joven y vieja—. Llevas demasiado tiempo alejado de la Luz Interior.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que yo solo quería ayudarla. Curarla. Pero alguien se me adelantó. Habrías visto… La habría curado y todos habríamos vuelto a ser felices. Lo habrías visto.

—Es culpa mía —dijo Jack—. He dedicado demasiado tiempo a estar furioso contigo, Molly. Por haber cambiado. Por unirte a este lugar. Pero es culpa mía. Nunca habrías oído hablar de la iglesia de no haberme conocido e, incluso si lo hubieras hecho, no te habrías entregado a ella de esa manera, joder.

No se gritaban. Emma ni siquiera tuvo la sensación de que discutieran. Hablaban en voz suave y serena.

Han terminado, pensó Emma. *Ya no tienen fuerzas ni para discutir. Es el fin de mi familia.*

—Me enseñaste la Luz, Jack —dijo Molly con una voz que apenas se oía por encima del viento—. Este es mi hogar, mi red de apoyo. Me diste eso. Estas personas son mi familia.

—Se supone que tu familia somos nosotros, mamá —dijo Emma.

—Lo siento, Emma —dijo Molly—. No deberías estar oyendo esto.

—¿Por qué acudiste a Creech? —preguntó Jack—. ¿Por qué no acudiste a mí?

—Porque no querías escucharme.

—Creech es…

—Dale me ha ayudado en los peores momentos.

—Te ha manipulado.

—Por favor, no me des tu explicación —dijo Molly—. Cada uno tenemos nuestra visión de las cosas.

Emma intentó decir algo más, pero tenía la boca demasiado seca. Le rodaban lágrimas por las mejillas. Miró al cielo. El universo parecía más pequeño.

—Hemos terminado —dijo Jack—. Si estuviéramos solos ahora mismo, igual te asesinaba, Molly. Me daría igual que nos vieran. —Señaló a Creech y a sus dos centinelas—. Pero no me daría igual que me viera nuestra hija.

—Vete a casa, Jack. —De la iglesia llegó una vocecilla femenina. Una mujer menuda cruzaba la hierba hacia ellos. Era la abuela de Emma, Sandy. Emma consideró cruzar el césped para pegarle. Es posible que lo hubiera hecho de no sentirse de pronto tan cansada.

Su padre se puso de pie.

—Debería haber luchado más por ti, Molly, pero ya te tienen. Es demasiado tarde para recuperarte.

—Adiós, Jack —dijo Molly.

—Adiós, Molly. —Jack se volvió hacia Emma—. Vamos. Hora de irse a casa.

Manson, Kentucky

Ahora

Mientras caminaba de un lado a otro de la habitación de Stuart, me sorprendí mordiéndome las uñas, una costumbre que no tenía antes de llegar a Manson.

—Becky Creech y Carol Leamy son la misma persona. Tiene sentido. Es lo lógico.

—Mañana iremos a ver a Dale Creech y le enseñaremos una foto de Carol —dijo Stuart—. Pero no te hagas demasiadas ilusiones, Kim. Esto no va a ser coser y cantar.

Estaba sentado en la cama con las piernas cruzadas igual que un sabio oriental, la cara blanca por el resplandor de su portátil.

—Tiene que ser ella —dije sin dejar de caminar de un lado a otro—. No hay fotos de Becky Creech en internet. Eso es raro, ¿no?

—No necesariamente. Puede que se casara y adoptara el apellido del marido mucho antes de que hubiera internet.

—¿Y qué pasa con la cicatriz?

—La gente tiene cicatrices, Kim.

—¿En el mismo sitio? Eso es mucha casualidad.

—No estoy en desacuerdo contigo. Lo único que digo es que no te precipites. He aprendido, y por las malas, que no conviene emocionarse demasiado pronto. ¿Tienes idea de las veces que pensé que había encontrado a Sammy antes de llegar a ti?

Me di cuenta de que estaba mordiéndome otra vez las uñas y me obligué a parar. Saqué una cerveza del minibar de Stuart y fui hasta las puertas de cristal correderas que daban al balcón. La noche había caído en Manson y me había cogido por sorpresa. Solo diez minutos antes había mirado por esa misma ventana y visto una cordillera salvaje, brutal. Ahora solo veía mi propio reflejo.

—Además —dijo Stuart—, no hay móvil. ¿Por qué iba a secuestrar Becky Creech a Sammy? No, borra eso. ¿Por qué iba Becky Creech a secuestrar a Sammy, mudarse a Australia, adoptar una identidad falsa y criarte como si fueras su hija?

Tenía razón. Mi madre había sido una persona razonable y práctica y, por lo que yo sabía, no había tenido nada de loca. Pero ¿hasta qué punto la conocía? Hay que ser de una pasta muy especial para guardar un secreto así de grande como el que guardó ella hasta su muerte.

—Puede que tuviera una buena razón —dije.

—¿Cómo cuál?

—No lo sé.

—¿Porque quería salvarla de nuestra madre, por ejemplo?

—Yo no he dicho eso.

—Estás intentando inventar situaciones que justifiquen las acciones de Carol —dijo Stuart—. No pasa nada, lo entiendo. Pero que quieras convertirla en una heroína no significa que nuestra

madre fuera una malvada.

Cerró su portátil de golpe.

Me senté en el borde de la cama mientras sorbía mi cerveza.

—Perdóname. Solo la he visto una vez. Al menos que recuerde. Me pareció tan…

—¿Loca de atar?

—Triste.

Stuart miró mi cerveza.

—¿Me das una?

Lo hice. Bebió y descruzó las piernas.

—Intenta comprender, Kim. Mamá no fue siempre así. Antes estaba llena de vida. Era divertida, paciente, amable, guapa. Incluso hubo un tiempo en que la Luz Interior aportaba cosas a su vida, antes de que empezara a controlarla.

—¿Y todo eso cambió después de que yo desapareciera?

—En realidad cambio después de que nacieras. Mira, no lo sé con certeza, pero estoy casi convencido de que mamá tuvo depresión posparto. Entonces yo no sabía lo que era eso porque era un niño, y tampoco es que la diagnosticaran, pero era evidente, incluso para un niño de nueve años, que le pasaba algo.

Stuart calló un instante y dio un sorbo de cerveza. Cuando habló de nuevo, casi pareció que lo hacía consigo mismo.

—Papá tuvo que darse cuenta también. Estoy seguro de que hizo caso omiso o, lo que es peor, se enfadó con ella. Si hubiera intentado hablar con ella, ayudarla, entonces las cosas podrían haber sido de otra manera. Yo podría haber crecido con mi hermana pequeña.

—Stuart, la depresión posparto es horrible, pero es un trastorno del estado de ánimo. Estoy segura de que la terapia, los antidepresivos o un marido más atento habrían ayudado, pero no habrían evitado que alguien entrara en vuestra casa y me secuestrara…

Me volví a mirarlo y vi que estaba llorando.

—Stuart, ¿qué pasa?

Se secó los ojos con la base de las manos. Sacó las piernas fuera de la cama y se levantó, terminándose la cerveza en dos grandes tragos.

—No entró nadie en casa —dijo en voz baja.

—¿Qué?

—Esto no se lo he contado nunca a nadie, Kim —dijo después de respirar hondo y pestañear para ahuyentar nuevas lágrimas—. Ni siquiera a Claire.

—Stuart, ¿de qué hablas? ¿Qué quieres decir con lo de que no entró nadie en la casa?

—… El jueves 3 de abril de 1990, el día que desapareciste, yo estaba en casa enfermo, recuperándome de un resfriado. En realidad podría haber ido al colegio, pero me hice el remolón para librarme otro día. Me encantaba quedarme en casa cuando Emma estaba en clase y papá en la farmacia. No había tantas personas con las que compartir a mamá.

Yo crecí con una hermana, así que entendí a la perfección a qué se refería.

—Claro que tenía que compartirla contigo, pero no me importaba. Te quería… Lo digo de verdad. Y tú no te acordarás, pero me adorabas. Me seguías por toda la casa y la mayoría de las veces podía protegerte de…

—¿Protegerme de qué?

—De mamá. Eras muy traviesa. A ver, tenías dos años, pero eras muy revoltosa. Necesitabas llamar la atención. Y de vez en cuando, como todos los niños a esa edad, tenías un mal día.

—¿Ese día fue uno de ellos?

Stuart me dio la espalda, le quitó la etiqueta a su botella de cerveza y pasó el dedo por el contorno del borde.

—Aquel día te estabas portando como una niña malcriada. Estabas cansada y de malhumor y yo traté de protegerte, como siempre, pero mamá estaba harta. Algunas veces se enfadaba muchísimo contigo. Y cuando se enfadaba, a mí me trataba con frialdad. Te llevó al piso de arriba y te encerró en tu cuarto. Luego se acostó, pero tú no dejabas de llorar. Yo no quería que la despertaras.

Apoyó la botella vacía.

—Mamá me había dicho que te dejara sola, que te dejara llorar hasta que te cansaras, pero estabas montando un verdadero escándalo, Sammy…. Así que me colé en tu habitación. Intenté tranquilizarte. Era primavera, así que acababan de nacer muchos pájaros. Junto a la ventana de tu habitación había un liquidámbar enorme con un nido. Cardenales. Eran tus pájaros preferidos.

Me vino a la cabeza la imagen de un pajarito color rojo. ¿Estaba recordando cómo es un cardenal o me acordaba de aquel día?

—Abrí tu ventana para oírlos cantar un poco mejor, pero tú querías acercarte más. Así que… —Hizo una pausa para tomar aire. Le temblaba el labio inferior—. Así que te saqué al jardín delantero, al liquidámbar. Querías ver el nido con los prismáticos de papá. Los llamabas «las gafas largas de papá». Pero estaban dentro.

No podía mirarme a la cara y, de haberlo hecho, dudo de que hubiera sido capaz de ver mucho a través de las lágrimas que le rodaban hacia el mentón sin afeitar, donde se quedaban atrapadas—. Solo estuve dentro cinco minutos, Kim, te lo juro por Dios. Cinco putos minutos. Y cuando volví…

—Yo había desaparecido —dije—. ¿Por qué no se lo contaste a nadie?

—Porque tenía nueve años y no quería meterme en un lío y… una parte de mí se sentía aliviado.

Esta última palabra fue la que abrió la compuerta. Dejó caer la cabeza entre las rodillas y sollozó sonoramente, con abandono. Como un niño pequeño. Llevaba veintiocho años con ese sentimiento de culpa; era difícil imaginar hasta qué punto habría crecido y se le habría enconado.

—Lo siento muchísimo, Sammy —dijo, tratando de recuperar el aliento. De la nariz le colgaban mocos. Se deslizó hasta sentarse en el suelo y se tapó la cara con las manos. Parecía tener nueve años otra vez.

—No pasa nada —intenté decir, pero las palabras se convirtieron en fango dentro de la boca y le apoyé una mano en el hombro. Dio un respingo y a continuación se estremeció. Lo rodeé con los brazos y lo acerqué a mí—. No pasa nada, Stu. Ya pasó. Eras un niño, estabas…

—No —dijo apartándose de mí y poniéndose de pie a toda prisa—. Sí pasa, Kim. Pasa y mucho, joder.

—Fue hace mucho tiempo, Stuart —dije.

—Para.

—Tenías nueve años.

—No…

—Stuart…

—No te atrevas, Kim —dijo—. No atrevas a decir que no fue culpa mía.

—Mira…

—No es eso lo que busco. No quiero tu perdón y no pienso aceptarlo.

Se metió en el cuarto de baño y cerró de un portazo. Pensé en las personas a las que había herido mi ausencia, las personas cuyas vidas habían quedado destrozadas, en las lágrimas que se

habían vertido, y todo por una persona. Carol Leamy. Becky Creech.

La llave del Prius de Stuart estaba en un cuenco plateado sobre la cómoda, junto a la puerta. La cogí de camino a la calle.

La iglesia de la Luz Interior estaba fuera del límite urbano de Manson y no era fácil de localizar en un mapa, y mucho menos en la vida real y de noche. El GPS de mi teléfono mostraba una bola azul en medio de un prado de oscuridad. Llevaba conduciendo quince minutos y no me había cruzado con un solo coche.

Llegué a una carretera sin asfaltar y sin señalizar. Un letrero pintado a mano en el suelo de una esquina decía «Por aquí a la Luz». Cogí la carretera y la seguí durante casi un kilómetro. Los árboles formaban una bóveda, uniéndose en el centro y tapando el cielo. Incluso en pleno día, la carretera que llevaba a la Luz debía de estar envuelta en oscuridad.

El Prius llegó a un amplio claro, la luz de luna bañó su interior y tuve la inquietante sensación de haber vivido ya aquello. La iglesia, un edificio grande y bajo con un crucifijo rojo pintado encima de la puerta principal, se alzaba en el centro del claro. A unos treinta metros había un segundo edificio sin ventanas. Dentro había luz.

Estacioné en un aparcamiento embarrado, en batería y marcha atrás, y salí del coche. El único vehículo del aparcamiento era una Yamaha negra brillante con el motor aún caliente y vibrando.

—Muy buenas noches.

Dale Creech debía de haberme oído llegar. Había salido del edificio chato y cruzaba la hierba para saludarme con una serpiente en la mano izquierda.

El instinto me hizo dar un paso atrás y estuve a punto de tirar la moto de Creech, que se tambaleó, pero luego se quedó quieta.

Rio.

—No te preocupes por Annie. Puede que parezca una serpiente, pero por dentro es una gatita. ¿Quieres cogerla?

Sostuvo la serpiente igual que un hermano mayor asustaría a uno menor con una serpiente. El animal se enroscó perezoso en su mano. Era gruesa y corta, con piel de distintos tonos de marrón que, a la luz de la luna, parecían grises. No le veía la cabeza, que quedaba en algún lugar detrás del pulgar de Creech, pero sí el cascabel, que estaba, gracias a Dios, quieto.

—No —dije.

Acarició la serpiente con la mano que tenía libre y dijo:

—Me alegro de volver a verte, Kim. ¿O ahora te llamas Sammy?

—Sigo siendo Kim —dijo.

Dio un paso al frente y yo retrocedí otro más con la vista fija en la serpiente de cascabel.

—Déjame que acueste a Annie y que haga café. —Hizo un gesto en dirección a la iglesia—. Pasa, anda. Enseguida estoy contigo.

Caminó de vuelta a la oscuridad, hacia el edificio de menor tamaño que supuse era donde guardaba las serpientes. Sus pies dejaron pequeñas marcas en la hierba mojada. No llevaba zapatos.

La iglesia parecía amarilla bajo las fuertes luces fluorescentes. Me había esperado un lugar de culto de iluminación tenue lleno de velas y sombras, pero tenía más aspecto de centro comunitario: desnudo, limpio y moderno. Apiladas contra la pared había cerca de cien sillas de plástico. Hubo un tiempo en que todas aquellas sillas se ocupaban, pero, si Sandy Went decía la verdad, la iglesia contaba ahora con solo un puñado de miembros.

Un gran terrario de cristal ocupaba la cabecera de la iglesia, en el lugar del púlpito. El suelo del terrario estaba cubierto de arena roja. Por suerte, dentro no había ninguna serpiente. Miré el interior con la mano apoyada en el labio y traté de imaginar lo que debía ser bailar con serpientes venenosas en nombre de Dios.

La puerta de la iglesia se abrió a mi espalda. Me volví esperando ver al reverendo Creech en el umbral. Pero en lugar de eso vi al hombre de sombras. El objeto de mis pesadillas estaba en la puerta de la iglesia, con los brazos largos y estrechos colgando flácidos y repugnantes a ambos lados del cuerpo.

Me quedé sin respiración.

Pero cuando el hombre de sombras avanzó hacia la luz de la iglesia, volvió a ser Dale Creech, descalzo, con vaqueros polvorientos y una cafetera humeante en la mano. De pronto caí en la cuenta en que no había allí nadie que me conociera, ni siquiera Stuart.

Creech sonrió.

—Espero que no te importe que sea descafeinado.

Nos sentamos a una mesa en un rincón de la habitación. Creech llenó dos tazas de café. Reinaba en la iglesia un silencio antinatural, como si hubiera mandado callar a los grillos y al viento que dejara de soplar.

—Bueno —dijo Creech—. ¿Y a qué debo el honor de esta visita?

—Me gustaría enseñarle una cosa. —Saqué una fotografía tamaño carné de Carol Leamy de mi cartera. Se había hecho en la nieve, más o menos en 2007, antes del cáncer. Carol sonreía y un gorro de lana roja le cubría el pelo. Un grueso anorak verde le transformaba el torso en una masa amorfa, pero parecía feliz y muy viva. Se parecía a mi madre.

Cuando le di a Creech la fotografía tuve la impresión de que una de las últimas piezas del puzle estaba a punto de encajar. De un momento a otro reconocería a su hermana, Becky, y todo cobraría sentido y volvería a su sitio, como en el último movimiento de un cubo de Rubik. Me pregunté si Stuart se habría sentido igual cuando me abordó en Australia, cuando abrió la carpeta marrón y dejó una fotografía de Sammy Went en la mesa para que yo la viera.

—¿La reconoce? —pregunté.

Creech miró la fotografía. Estudié su reacción, pero no delataba nada.

—No. No la conozco. Lo siento.

—¿Está seguro?

Miró de nuevo.

—Segurísimo. Y por la expresión de tu cara, veo que no es la respuesta que esperabas.

—¿Le importaría mirar otra vez? —pregunté.

—Ya la he mirado dos veces.

—Mire una tercera.

Miró de nuevo la foto y negó con la cabeza.

—No he visto a esta mujer en mi vida. —No había asomo de duda en su voz. Me devolvió la fotografía y me sostuvo la mirada con total tranquilidad. Si mentía, hasta él se creía su mentira —. Siento no poder ayudar. ¿Tiene algo que ver con el secuestro?

—¿Sigue en contacto con su hermana, reverendo?

Entonces dio un pequeño respingo. Casi imperceptible, pero un respingo al fin y al cabo.

—¿Mi hermana?

—Becky —dije.

—¿De qué conoces a Becky?

—¿La ve mucho?

—… No.

—¿Cuándo fue la última vez que habló con ella?

—¿Por qué me preguntas por mi hermana?

—¿Sigue viviendo en Manson? —pregunté—. Me han dicho que se marchó.

—¿Quién te ha dicho eso?

—¿Es verdad?

Dio un sorbo de café, se crujió los nudillos y recobró la compostura. Cuando volvió a hablar lo hizo en el tono despreocupado y cantarín que había usado en nuestro primer encuentro a la puerta del apartamento de Molly.

—Becky está muy lejos de aquí.

—¿Dónde? —pregunté.

—¿Te acuerdas de algo? —preguntó—. ¿Te acuerdas de alguna cosa de antes?

—No mucho —dijo.

—¿Recuerdas venir aquí?

—Me…

—¿Recuerdas ese día? —De pronto Creech se puso en pie. Incluso sin zapatos era alto, tenía pecho ancho y brazos fuertes—. ¿Eres una mujer religiosa, Sammy?

El miedo me subió por la columna dorsal y se me puso la carne de gallina.

—No, y me llamo Kim.

—¿Crees en el Demonio?

—No.

Se sirvió más café.

—Ir por la vida sin rendir cuentas a un ser superior es como navegar a la deriva por un mar oscuro lleno de monstruos.

Cuanto más te adentras, la voz de Dean me susurró al oído, *más oscuras se vuelven las aguas.*

—Dios es mi timón, Sammy —dijo Creech—. Y que me creas o no no cambia los hechos. Dios es real y también lo es el Demonio. Y así como siento la presencia de Dios aquí, siento la del Demonio. Lo he visto adoptar muchas formas y sospecho que tú también.

Dio un paso para rodear la mesa, de su taza de café salía vapor.

—¿Has visto alguna vez al Demonio, Sammy?

—Me llamo Kim.

—¿Lo has sentido alguna vez?

—No.

—Ay, dudo de que eso sea cierto. Si has conocido a alguien que bebía demasiado, para quien «beber de forma responsable» significa no desperdiciar una gota, entonces has visto al Demonio.

Se me secaron los labios.

—Si has conocido a personas que leen el horóscopo y *Harry Potter,* que consultan un tablero de güija, o tienen abortos, o practican el sexo fuera del matrimonio, que juegan con videojuegos o disfrutan de películas de tintes satánicos, que yacen con personas de su mismo sexo, como hace tu padre… Si has conocido a gente así, Sammy, entonces has sentido la presencia del Demonio.

Creech abrió mucho los ojos y vi pánico en ellos. Pánico e ira.

—No sé qué has venido a hacer aquí, Sammy.

—Espere…

Pero era demasiado tarde. Con un único movimiento ágil, Creech deslizó los dedos por el asa de la cafetera y me golpeó con ella en la sien.

Redwater, Kentucky

Entonces

Ellis llegó a Redwater a las seis y media, cuando todavía faltaba media hora para la cita. Aparcó el coche, su coche de civil, un Datsun amarillo polvoriento, al otro lado de la calle del Barracuda: Cocina italiana, y esperó.

Tenía motivos de sobra para cancelar la cita con Sue Beady, la mujer rubia que había contestado a su anuncio, y sospechaba que más de uno de sus ayudantes sentía que no lo hubiera hecho. Había dejado un buen follón montado en Manson, pero al día siguiente ayudaría a poner orden. Esta noche saldría con Sue Beady, cenarían pizza en un restaurante fino y luego la llevaría a su casa. Le daría un beso de buenas noches, en los labios si ella le dejaba, y a continuación se iría a casa.

En cualquier caso, era agradable pasar unas horas lejos de Manson. Redwater era la séptima población más grande de Kentucky y estaba a cincuenta kilómetros. Ellis la conocía bien. Había tenido una tía que vivía allí, Ida, que acostumbraba a sentarse en una mecedora vieja y desvencijada en un porche viejo y desvencijado a ver pasar la vida. Ahora estaba enterrada en el cementerio de Redwater.

La ciudad no estaba como la recordaba de las visitas mensuales de su infancia.

Entonces había sido un lugar próspero. Pero el cierre de una serrería en 1966 desencadenó una grave recesión económica. Luego, en 1972, el gobierno adquirió los dos barrios principales y desalojó a sus habitantes. La tía Ida había logrado conservar su casa, pero muchas de sus amistades no corrieron la misma suerte.

El plan era derribar las casas compradas e incorporar los terrenos al parque natural que las rodeaba, una idea que a Ellis siempre le había parecido bien. Pero el proyecto languideció en un limbo burocrático hasta 1986, cuando, por razones no demasiado claras, el gobierno devolvió los terrenos a la ciudad. Ahora esa parte de Redwater estaba en su mayor parte despoblada, a excepción de un puñado de vagabundos y yonquis.

Progreso, pensó Ellis, y miró el reloj. Habían pasado solo ocho minutos.

Ajustó el espejo retrovisor para estudiar su imagen. Le resultó decepcionante, como siempre, pero tenía que sacar partido a lo que había. Por lo menos olía bien, al haberse empapado con algo llamado *Rocío acuático* sacado de la sala de objetos perdidos de la comisaría.

Miró de nuevo la hora. Había pasado un minuto desde la última vez, así que bajó del coche y dio un paseo por la calle ajetreada. Las piernas le crujieron al andar. Se sentía físicamente cansado —porque lo estaba—, pero tenía la cabeza extrañamente lúcida y despierta.

¿Tengo que agradecérselo a Sue Beady?, se preguntó. *¿O a John Regler?* El expediente del ejército había confirmado su coartada, por lo que no había razón para que yaciera en una camilla en el sótano del hospital Manson Mercy.

«¡Dejadnos en paz!», había gritado el hombre. En aquel momento Ellis había estado

convencido de que hablaba de Sammy, pero ahora todo apuntaba a que se había referido a las voces dentro de su cabeza, o que incluso hubiera estado hablándoles a ellas.

En un esfuerzo por matar el tiempo y escapar de la sombra de Manson, entró en una pequeña tienda. La recordaba como Gerry's Local, pero después de haber cambiado innumerables veces de dueño, ahora solo se llamaba The Local.

El cajero estaba mirando un pequeño televisor en blanco y negro en el mostrador de la entrada. En las noticias hablaban de Sammy Went. La información sobre John Regler y las circunstancias en que había muerto aún no se había difundido. Ellis tendría que dar otra rueda de prensa. Solo de pensarlo, se ponía enfermo.

Deambuló por la tienda, atraído por un expositor con flores de colores vivos. Se preguntó si llevar flores a una cita se consideraría cursi, o solo cursi en su justa medida. Detrás del expositor —que decía: «¡Descuento del 50% en rosas del día anterior!»— había un hombre alto, delgado, con pelo muy corto y barba a juego. Vestía un traje barato, pero lo llevaba con elegancia. De uno de sus largos brazos colgaba una cesta de la compra y se había detenido en la sección de golosinas. No parecía decidirse entre las gominolas Jujyfruits y los caramelos masticables Blue Raspeberry Airheads. Miró unos y otros con elegante premura, hasta que se decidió por un paquete de cada.

Al principio Ellis no sabía muy bien por qué observaba a aquel hombre. Simplemente le parecía interesante. Era algo que le pasaba de vez en cuando: su cuerpo intuía primero lo que su cabeza sabría después. Entonces cayó en la cuenta.

Es Patrick Eckles.

No había visto a Patrick desde que lo condenaron. Por un momento consideró la posibilidad de hacer notar su presencia, pero vaciló cuando Patrick fue a la sección de juguetes.

Golosinas y peluches, pensó Ellis. *No es lo que cabría esperar que comprara un expresidiario. Pero oye, eso es asunto suyo. Igual se hizo adicto a las golosinas en Greenwood y quiere un peluche que le recuerde a cuando su vida era más sencilla.*

Pero había algo más y Ellis lo sabía. No, no lo sabía, lo sentía.

Patrick sacó una tortuga verde brillante de su caja, sonrió por la elección hecha y se dirigió a la caja. Ellis se metió en el pasillo de congelados para evitar ser visto. Miró su reloj. Eran las siete y cuarenta y cinco. Aún faltaban quince minutos para la cita, así que decidió seguir a Patrick.

Patrick conducía una camioneta AMC Eagle marrón del 85. Ellis se subió a su Datsun y lo siguió a una distancia prudencial. Patrick se dirigió al oeste, no hacia Manson, tal y como había esperado Ellis. Se dirigía a la parte deshabitada de la ciudad, cuyas calles estaban llenas de tiendas tapiadas, casas en ruinas y edificios abandonados. Había cubos de basura volcados. La calzada estaba salpicada de socavones.

Lo más probable es que Patrick fuera a buscar droga, decidió Ellis. No lo detendría por ello, en parte porque no quería perderse la cita con Sue Beady y en parte porque no quería tomarse la molestia. En los días anteriores a Sammy Went, detener a un expresidiario comprando droga habría sido algo gordo. Ahora a Ellis le daba igual.

Pero al menos se enteraría de dónde se hacía la venta y podría informar a la policía de Redwater. Así les pasaría el problema a ellos.

Patrick detuvo el coche en una calle en penumbra, a la puerta de un viejo edificio de apartamentos con hileras de ventanas rotas. Ellis se detuvo junto a la acera, se agachó y miró a Patrick sacar la compra del maletero del Eagle y llevarla hacia el edificio.

Aquello eran todo propiedades abandonadas. No había electricidad en la calle ni, desde

luego, inquilinos, y sin embargo Patrick se movía con la naturalidad de un hombre que vuelve a casa del trabajo.

Ellis miró la hora; eran casi las ocho. Si se daba prisa, podía llegar al restaurante a y diez. Tarde, pero no demasiado. Apuntó la dirección del edificio de apartamentos.

Vale, ya tienes lo que querías, pensó. *¿No sabes que es de mala educación hacer esperar a una dama?*

Sin embargo apagó el motor, bajó del coche y se dirigió hacia el edificio.

Los cristales rotos crujieron bajo sus pies cuando cruzó la acera y se acercó a la entrada. Las dos puertas delanteras estaban rotas. Ellis tuvo que levantar y arrastrar la de la izquierda para poder entrar.

Se encontró con un pasillo oscuro con el suelo cubierto de cristales y al menos una docena de jeringas usadas. Ellis dedujo que alguien había encendido un fuego, quizá en un barril oxidado, como hacían los vagabundos en las películas.

Muy bien, pensó Ellis. *Tienes la dirección de la guarida donde venden las drogas y también el número de la calle. Si te vas ahora mismo, no llegarás con demasiado retraso.*

Suspiró y continuó por el pasillo.

Al acercarse a la puerta del apartamento oyó el fuego crepitar y un murmullo de conversación. Una voz de mujer. Quizá Patrick había ido a ver a una prostituta. Cuanto más lo pensaba, más lógica tenía. Patrick había cumplido tres años de sentencia y era humano. Ellis no había oído que hubiera prostitución en Redwater, pero en una ciudad de aquel tamaño, era probable que la hubiera. Además, donde había drogas y pobreza solía haber también prostitución.

Pero entonces oyó una tercera voz. Una voz infantil. Sí, ahí estaba otra vez, una voz infantil adormilada.

Cuando quiso darse cuenta, Ellis había abierto la puerta y entrado en el apartamento. La llama parpadeante de una hoguera iluminaba fragmentos de una habitación: un sofá viejo, un catre del ejército, fuego en un barril… justo lo que había imaginado.

Entonces vio a Patrick arrodillado en el suelo mirándolo con expresión atónita. Tenía una niña en brazos, una pequeña gordezuela de dos años con una mata espesa de pelo negro y ojos que brillaban a la luz de las llamas.

—No —dijo Patrick.

—Sammy —Ellis fue a echar mano de su revólver del 45, pero no estaba en su funda. Lo había dejado en casa. Ir armado a una primera cita era la mejor manera de asegurarse de que no habría una segunda—. Sammy Went.

Patrick se puso de pie enseguida mientras estrechaba a Sammy contra su pecho. La niña empezó a llorar.

—Por favor, espera…

Pero Ellis no estaba dispuesto a esperar.

—Se acabó, Patrick.

—No, un momento, espera, no…

Fue entonces cuando Ellis se dio cuenta de que Patrick no le hablaba a él, sino a alguien detrás, a su izquierda. Se giró, vio a una mujer menuda con pelo oscuro y que sostenía una escopeta de caza.

—Becky, espera… —Patrick avanzó hacia la mujer, sujetando con fuerza a Sammy con un brazo e intentando coger la escopeta con la otra.

Ellis ni oyó el disparo ni sintió dolor. Simplemente dejó de existir.

Sue Beady tenía un buen pálpito respecto a Chester. Solo habían hablado una vez y la conversación había sido breve, pero parecía una persona buena y honrada. Hasta era posible que resultara ser alguien con quien pasar una vida, aunque eso no se lo diría en la primera cita. Sabía muy bien lo peligroso que era mostrarse demasiado agresiva.

Se sentó junto a la ventana del restaurante y miró pasar los coches. Llegó un camarero y pidió una copa de vino blanco. Cuando se lo sirvieron, se lo bebió y pidió otro.

Esperó mucho rato. Más de lo que habría debido. Esperó hasta que se pasó la hora de la cena, hasta que el personal del restaurante empezó con el ritual de limpieza, hasta que la recepcionista le dio la vuelta al letrero de la puerta de ABIERTO a CERRADO.

Entonces Sue se levantó, cogió sus cosas y, humillada y abatida, pagó la cuenta. Era una pena. Una verdadera pena. Había tenido un buen pálpito sobre Chester.

Manson, Kentucky

Ahora

El parpadeo de una luz en el techo me devolvió a medias la consciencia. Era imposible saber cuánto tiempo había pasado. El dolor en la cabeza era intenso. Tenía la cara roja y húmeda, la oreja derecha completamente entumecida y la visión borrosa, como cuando se mira a través de un cristal mojado por la lluvia.

Mi teléfono había desaparecido y estaba descalza.

Intenté mover la cabeza, pero no podía. Conseguí incorporarme hasta quedar apoyada en los codos, pero enseguida me desplomé. Me centré en respirar e intenté hacerme una idea de de dónde estaba. Era una habitación sin ventanas con techo bajo. Hacía un calor insoportable.

Me vinieron a la cabeza recuerdos imprecisos, fragmentarios. La cafetera. El hombre de sombras.

El reverendo Creech entraba y salía de mi campo de visión mientras se movía, afanoso, por la habitación.

Poco a poco mi visión de volvió más precisa y vi que en las paredes había pequeños acuarios de cristal. *Serpientes*, pensé.

Algo zumbó a mi derecha. Pudo ser una lámpara de infrarrojos.

Creech se acercó a mí y colocó sus pies sucios a ambos lados de mi cabeza. Sostenía un cubo de plástico. En uno de los lados había pegado un trozo de cinta adhesiva con algo escrito. Me esforcé en enfocar la vista y al final apareció la palabra: «Cena».

Aparté la vista del cubo y la fijé en el bajo de los vaqueros polvorientos de Creech. Intenté decir «por favor», pero solo me salió «*pors*».

Sin mediar palabra, Creech le quitó la tapa al cubo y lo volcó. Salieron doce formas que me cayeron encima del pecho y la cara. Ratones. Uno chilló asustado y correteó sobre mi ojo izquierdo, dejándome un rastro pegajoso de sangre caliente en la frente.

Intenté espantarlo, pero no fui lo bastante rápida. Apenas tenía fuerza para levantar el brazo.

Algunos ratones más se dispersaron, otros se quedaron donde estaban. Uno se coló entre los pliegues de mi camiseta y corrió por la piel de mi vientre.

—No —conseguí decir.

Creech hizo como si no estuviera. Fue hasta uno de los terrarios, levantó la tapa y sacó una serpiente de cascabel gordezuela, de casi un metro de longitud. La tiró por encima del hombro con una naturalidad repugnante. Aterrizó cerca de mis pies. La oí reptar por el suelo.

El aire caliente olía dulce y carnoso.

Creech fue al terrario siguiente y le quitó la tapa. Sacó otra serpiente. Esta no tenía cascabel, pero parecía ferozmente extraterrestre, con bandas azules longitudinales. Se agitaba y se sacudía en las manos de Creech, agresiva y veloz. La dejó caer sobre una pernera de mis pantalones y noté su peso nauseabundo.

Mis pensamientos fueron ganando lucidez a medida que recuperaba del todo la consciencia, y con ella llegó el miedo. Un miedo profundo, brutal y primario que no se parecía a nada que hubiera experimentado antes. Creech se desplazaba por la estrecha habitación, sacando serpientes de los terrarios y dejándolas caer al suelo. La mayoría eran de cascabel, pero había otras especies que no reconocí. Una era completamente negra con ojos amarillos pequeños y brillantes. Se movió deprisa al llegar al suelo, reptó por mi brazo derecho y se acomodó en él.

Entonces empezó el cascabeleo. Estimuladas por los ratones, por mi miedo, por la locura de Creech o quizá por las tres cosas a la vez, las serpientes hicieron sonar sus cascabeles amenazadores en un coro que llenó la habitación.

Tenía las manos inertes a ambos lados del cuerpo. Podía haberlas movido, pero estaba demasiado asustada para intentarlo. En la periferia de mi campo visual se movían sombras oscuras y alargadas.

Cuando todos los terrarios estuvieron vacíos, Creech volvió. Me puso un pie sucio descalzo encima del pecho y dejó caer el peso de su cuerpo contra mis pulmones, haciendo que me resultara difícil respirar. Entonces, y como si se le acabara de ocurrir, cogió la serpiente negra de mi pierna y la balanceó sobre mi cabeza. Al principio intentó atacarlo a él, pero cuando le presionó la base de la cabeza con los dedos pulgar e índice, se quedó quieta por completo.

Me miró a los ojos y dijo:

—Tal como escribió San Pedro en las Escrituras, «Vuestro enemigo el Diablo ronda buscando a quién devorar».

Hablaba como si yo no estuviera allí. Tenía ojos de un hombre muy trastornado.

—El Demonio visitó y poseyó a esta niña, pero ahora las serpientes lo expulsarán.

Dejó caer una serpiente en mi entrepierna. El animal trazó un círculo, hizo una incursión exploratoria en mi vientre y se enroscó.

—«Y hablarán nuevas lenguas» —dijo Creech con voz grave y cavernosa—. «Tomarán en las manos serpientes, y si bebieren cosa mortífera, no les hará daño. Amén. Sobre los enfermos pondrán sus manos, y sanarán. Amén».

Apartó una gruesa serpiente color arena y se arrodilló a mi lado.

—¿Sientes Su presencia, Sammy? Dios se manifiesta. ¿Sientes la Luz? —Miró los tubos fluorescentes del techo, que parpadearon una vez—. Está aquí. ¿No Lo sientes, Sammy?

Una cascabel gorda y vieja buscó perezosa la rodilla de Creech. Este se defendió de ella con la palma de la mano. El cascabeleo subió de volumen y resonó en el techo bajo.

Tenía los labios rígidos y secos, pero había recuperado el habla.

—No… —conseguí decir. Y también—: Por favor.

—Quiero oírtelo decir, Sammy —dijo Creech—. Quiero oírte decir «amén».

—Por favor… No diré nada a nadie.

Me cogió la barbilla con dos dedos y me la pellizcó.

—Solo saldrás de esta habitación si es la voluntad de Dios. Yo no soy más que un instrumento. Y ahora quiero oírte decir «amén».

—Me…

Me dio un capirotazo en la frente. Un nuevo dolor me recorrió el cráneo.

—No voy a irme de aquí sin un «amén», y tú tampoco.

—… Amén.

—Más alto.

—Amén.

Creech sonrió. Se dirigió con paso tranquilo hacia la puerta del cobertizo esquivando

serpientes como evitaría charcos un hombre una tarde lluviosa de domingo.

Una masa peluda se deslizó de mi manga y se escabulló.

Creech abrió la puerta y salió. Entró una brisa fresca que alivió por un instante la humedad nauseabunda y artificial. Por encima de su hombro atisbé la noche y deseé estar fuera más que nada en el mundo.

—Que la Luz te encuentre siempre —dijo Creech—. Y que siempre encuentres la Luz.

Metió una mano, apagó las luces y cerró la puerta al salir. *Voy a morir en esta habitación,* fue lo que me dio tiempo a pensar antes de que la oscuridad me engullera.

Manson, Kentucky

Entonces

Travis estaba mirando un panorama de Manson desde las oficinas de Miller & Associates. Las carreteras estaban tranquilas. Una farola estropeada en Womack Street emitía una luz parpadeante. Un anuncio en la esquina de Streng y Collins publicitaba una hamburguesería nueva. Mostraba los labios gigantescos de una mujer cerrándose alrededor de una hamburguesa de cartón. Era solo cuestión de tiempo que alguien dibujara encima un pene con pintura de espray.

Tengo que salir de Manson, pensó.

Miller & Associates ocupaba toda la planta superior del parque empresarial Manson Business Park. Compartía el edificio con varias compañías comerciales de mediano tamaño, como el despacho de abogados Brown & Still, los instaladores de piscinas y spas Dripping Tap, la compañía de aire acondicionado Ace Air y la de puertas de seguridad Ray's Security Doors.

Le gustaba quedarse a solas después de oscurecer. Era divertido imaginar cómo sería trabajar allí de día. Era un espacio diáfano, con largas mesas blancas en lugar de cubículos. Las paredes estaban pintadas de azul pastel y tenían un efecto extrañamente calmante. Claro que aquella noche era difícil calmar a Travis. La medicación que le había recetado el doctor Redmond estaba dejando de hacerle efecto y le latía la cabeza de dolor.

Encontró el frasco de analgésicos en el bolsillo de su mono holgado, se metió dos en la boca y los tragó sin beber nada, frotándose las sienes.

Al fondo de la planta había un despacho grande separado por una puerta de cristal. Travis imaginaba que allí era donde se situaría el jefe, de pie, con los brazos en jarras, vigilando a sus contables. Sintiéndose un intruso, entró en el despacho para pasar la aspiradora. El ruido de la Rowenta le provocaba calambres de dolor por todo el cráneo, pero había agotado la baja por enfermedad y todas aquellas papeleritas de plástico no iban a vaciarse solas.

Cuando el dolor se hizo insoportable, apagó la aspiradora, se la quitó de la espalda y se sentó en la mullida silla de cuero del jefe. Estar en sitios así, despachos, colegios, la pista de patinaje que regentaba su primo segundo en Arlington fuera del horario de oficina lo llenaba de una melancolía muy especial. Aquellos lugares estaban pensados para estar llenos de personas, y cuando esas personas se marchaban a casa, tenían un aire inquietantemente vacío.

Un bocinazo procedente de la calle desató una nueva oleada de dolor dentro de su cabeza. Se tragó dos analgésicos más, se puso de pie y se dijo a sí mismo que tenía que trabajar. Cuanta más prisa se diera con la moqueta, antes podría ponerse con la cocina, los baños, las superficies… Suspiró y volvió a dejarse caer en la silla.

Volvió a sonar la bocina del coche. Venía del aparcamiento. Travis fue hasta la ventana y miró. Debajo del gran letrero blanco que decía «Manson Business Park» vio a Jack Went. Estaba de pie junto a su coche y miraba hacia arriba. Cuando vio a Travis en la ventana, metió el cuerpo

en el coche y volvió a tocar el claxon.

—¿Qué coño quieres, Jack? —le dijo Travis al cristal. Entonces se fijó en su reflejo. Lo que no estaba vendado estaba ensangrentado.

Otro bocinazo. Jack le hizo un gesto para que bajara. De mala gana, Travis dejó sus cosas de limpieza y bajó a su encuentro.

Cuando salió del ascensor en el vestíbulo, Jack estaba apoyado en su furgoneta de limpieza. Travis fue hasta la puerta delantera, pero no la abrió. Jack se acercó al otro lado del cristal. Hizo una mueca cuando vio los vendajes manchados de sangre en la cara de Travis.

—¿Te duele? —preguntó.

—Solo cuando respiro —dijo Travis—. He tenido un día muy largo, Jack. ¿Qué quieres?

—Hablar. Disculparme. En realidad, pedirte que me perdones.

Travis se masajeó el puente de la maltrecha nariz. Le dolía de una manera morbosamente adictiva, como cuando uno se pellizca una costra o se lleva la lengua a una llaga que tiene en la boca.

—Lo que te hice no tiene perdón —dijo Jack—. He cometido muchas equivocaciones, Travis. Muchas. Lo único que puedo decir es que lo siento. Siento todo lo que ha pasado.

—Eso no basta, Jack.

—Pero es un principio, ¿no?

Travis miró largo rato a Jack. Parecía mayor.

—¿Quieres subir?

—Esta noche no —dijo Jack—. ¿Cuándo te toca descanso? ¿Te apetece que vayamos a tomar una hamburguesa o algo? Solo para hablar.

—¿No te preocupa que nos vea alguien?

—Ya no, Travis.

Aquella noche Travis llegó a casa después de las once y le sorprendió encontrar a su madre despierta. Estaba hecha un ovillo en el sofá polvoriento del porche delantero, rodeada de un mar de latas de cerveza y colillas. Se había colocado lejos de la luz del porche para poder ver Cromdale Street desde las sombras, pero un solitario matamoscas eléctrico crepitaba y brillaba a pocos metros a la izquierda, y cada vez que lo hacía, le iluminaba el envejecido rostro.

—Hola, mamá —dijo Travis.

—¿Qué hay de nuevo, pimpollo?

—¿Qué haces aquí fuera?

—Pensar en mis cosas, Travis —dijo Ava, y eructó—. Eso y esperar a que llegue la lluvia.

Travis se sentó en un escalón del porche y miró el cielo. Se estaban formando nubes de tormenta.

Encontró dos analgésicos más en los bolsillos de su mono, y a continuación un billete de un dólar. Se lo dio a su madre. A cambio, esta le dio una cerveza, que Travis usó para tragarse la medicación.

—¿Ha llegado Patrick? —preguntó.

—Todavía no.

—¿Ha llamado?

—No.

Últimamente Travis había estado pensando mucho en Patrick. También había estado pensando en Jack, y en Sammy, pero sobre todo en Patrick. Estaba empezando a desentrañar la relación de Patrick con Becky Creech y, con el tiempo, incluso desentrañaría su relación con la

Iglesia de la Luz Interior. Cada persona elegía su propio camino, y si el de Patrick resultaba estar poblado de serpientes y de una fundamentalista de orejas bonitas, ¿quién era Travis para juzgarlo? Si alguien sabía algo sobre enamorarse de la persona equivocada, ese era él.

Ava abrió una cerveza. El matamoscas chisporroteó y, por un instante, Travis vio preocupación en su semblante. Luego el porche se oscureció de nuevo y Ava eructó en las sombras.

Travis siguió sentado en silencio con su madre mirando la calle pensando en Patrick, en Jack, en Sammy, y esperando a que llegara la lluvia.

Manson, Kentucky

Ahora

Oscuridad total. Ni siquiera una delgada esquirla de luz colándose por debajo de la puerta. Estaba completa, total y absolutamente a oscuras. En esa oscuridad, serpientes. Las oía moverse en los rincones, por el suelo de cemento alrededor de mis pies. Sentía el peso de la serpiente negra. Se había marchado de mi barriga e instalado entre mis pechos.

Seguí tumbada de espaldas, demasiado asustada para moverme, pero sabiendo que, si no lo hacía, podían morderme.

Oí un cascabeleo y el grito breve y agudo de un ratón al encontrarse con la muerte. El aire era caliente. Tenía sudor en la frente, las axilas, la zona lumbar.

Algo se movió encima de mi mano. Lo golpeé instintivamente y me alivió sentir pelo y no escamas.

La serpiente en mi pecho empezó a moverse otra vez, ahora en dirección a mi cuello. Su lengua me rozó debajo de la barbilla. Si iba a moverme, tenía que ser ya.

Apoyé una mano en el suelo de cemento, hice tres respiraciones profundas y me coloqué de lado. La cabeza me vibró de dolor.

La serpiente se cayó y aterrizó en algún punto de la oscuridad con un silbido furioso. Me puse de pie enseguida, jadeando de miedo, y retrocedí como pude en la oscuridad. La almohadilla del pie pisó algo pequeño y rechoncho que se apartó con un ruido como de una salchicha arrastrada por una superficie de cemento.

¿Dónde está la puta puerta?, pensé. Estaba desorientada y me maldije por ello.

—¡Socorro! —grité. El sonido volvió a mí y un nuevo espasmo de dolor me taladró detrás de los ojos—. ¡Stuart! ¡Socorro!

Pero nadie vino a socorrerme.

Un ratón me subió por la pernera de los pantalones. Lo ahuyenté de un manotazo. Una forma larga y estrecha reptó entre mis pies. La aparté de una patada.

Las serpientes silbaban. Las serpientes cascabeleaban.

Avancé a tientas en la oscuridad y mi pie izquierdo chocó contra una espiral apretada, rugosa. La serpiente hizo sonar su cascabel tan cerca que sentí la vibración en los dedos de los pies. Temiendo que se enfureciera si le daba una patada o trataba de moverme me quedé completamente quieta. Aunque hubiera podido avanzar, no sabía en qué dirección debía hacerlo. E incluso si lograba esquivar al reptil a mis pies, el suelo estaba sembrado de minas con cascabel.

Formas sinuosas, furtivas, de pesadilla se movían a mi alrededor en la oscuridad.

Muévete, me dije. *Tienes que nadar hacia alguna parte.*

Una fuerza me golpeó la pierna derecha y algo se agitó contra mí. Chillé. El chillido rebotó y regresó a mí multiplicado por diez.

Aquella cosa seguía agitándose con violencia contra mi pierna. Decidí cogerla. Mis dedos se cerraron alrededor de una serpiente que se retorcía. Intenté apartarla de mí, pero estaba atrapada. Me di cuenta de que me había atacado y los colmillos se le habían quedado clavados en la tela de mis vaqueros.

Se agitó con más violencia, presa del pánico. Esta vez tiré más fuerte y la serpiente se soltó. Alejé todo lo que pude la mano del cuerpo y la dejé caer.

No fui lo bastante rápida. Giró y se aferró con fuerza a los nudillos de mi mano derecha.

Me ha mordido, me dio tiempo a pensar, antes de que un dolor desgarrador me atravesara la mano como si la hubiera metido en una trampa para osos.

La serpiente cayó al suelo con un golpe y, por fortuna, se alejó reptando.

Me metí la mano herida debajo del brazo y grité de miedo y de dolor. El dolor cada vez era más intenso y me subía por el brazo.

Recordé de lo que me había contado Stuart de su tío Clyde: «Debió de ser una muerte horrible», había dicho. «Una mordedura de cascabel destruye nervios, tejidos e incluso hueso».

Di otro paso a ciegas y apoyé el pie en el cuerpo de otra serpiente, que atacó mi pie descalzo. Otra mordedura. Más dolor desgarrador.

Caí de rodillas y vomité. El olor de mi propio vómito llenó la habitación y me hizo vomitar de nuevo.

Se me estaba empezando a hinchar la mano. Me costaba mucho trabajo respirar. Un dolor intenso me recorría todo el cuerpo. Se me nubló la cabeza y mis pensamientos se volvieron fragmentarios y lejanos.

Traté de ponerme de pie, pero perdí el equilibrio, me agarré al borde un terrario para sujetarme y lo único que conseguí fue tirarlo al suelo. Ahora había también cristales rotos, crujiendo y clavándoseme en mis plantas desnudas, pero apenas los sentía. A aquellas alturas apenas sentía nada. La humedad, el olor a ratón y a vómito, el sonido de sombras moviéndose a mis pis, incluso el miedo, habían desaparecido.

Extendí una mano en la oscuridad con la esperanza de dar con el pomo de la puerta, resignada a no encontrar nada, pero en lugar de ello toqué…. un hilo.

No tenía manera de saber qué color tenía el hilo, aunque intuí que era rojo, como el que había imaginado atado alrededor de la cintura de Sammy Went en aquel lugar en ninguna parte de mis pensamientos. Era suave y sedoso. Cuando mis dedos se agarraron a él, una voz me susurró: *Esto no es real, estás conmocionada y alucinando por el extremo dolor.*

Hice caso omiso de la voz y seguí el hilo por la oscuridad. Lo fui cogiendo con una mano detrás de la otra y, pisando cristales rotos y serpientes, llegué a la puerta. Estaba cerrada, pero después de dos o tres empujones fuertes, cedió.

Salí al aire fresco y me desplomé en la hierba húmeda.

Me tumbé de espaldas y vi un vasto paisaje de estrellas. Por un segundo me retrotraje a mi vida antes de que mi madre —*no es tu madre*— muriera, las dos sentadas en el pequeño balcón de su habitación del centro de cuidados paliativos, mirando las estrellas. Atontada por la morfina, dijo que el cielo era una gran sábana negra perforada por cientos, miles, millones de chinchetas diminutas que dejaban pasar luz del Gran Más Allá. No le hice demasiado caso. Las estrellas no me importaban. ¿Cómo iban a importarme? Mi madre se estaba muriendo.

Pero ahora el cielo me parecía eso.

Unas luces rojas y azules empezaron a bailar en el paisaje, a brillar por entre los árboles y en la pared de la iglesia. Luego oí pisadas detrás de mí.

—Está aquí —dijo una voz—. Está aquí.

Se acercó un hombre.

—Dios mío, la han mordido.

Alguien fuerte me cogió en brazos, me acarició el pelo y me dijo una y otra vez que todo iba a salir bien. La ayuda estaba en camino. Aguanta, tú aguanta.

—Stuart… —susurré—. Me has encontrado.

—Desde luego que te he encontrado —dijo el hombre—, pero no soy Stuart.

—¿Quién?

Pestañeé para apartarme sangre de los ojos y me volví para mirarle la cara al hombre. Era Jack Went.

Manson, Kentucky

Entonces

Becky Creech viajaba en el asiento del pasajero del Eagle de Patrick cuando salieron de la autopista y enfilaron la larga carretera a la iglesia.

—Esto no es buena idea —dijo Patrick—. A estas alturas deberíamos estar ya fuera del estado.

—No llegaríamos muy lejos sin dinero, cariño —dijo Becky. Le puso una mano en la rodilla. Aquello pareció calmar a Patrick—. Un poco más adelante, a la izquierda, hay una vereda. Es un antiguo cortafuegos. Está muy cubierto de maleza, pero seguro que hay sitio para que me esperéis.

—Déjame ir contigo.

—No sabes dónde guarda mi hermano la caja con los donativos. Es más fácil si voy sola.

Becky estiró el cuello con un crujido y un chasquido, primero a la izquierda, luego a la derecha. La noche anterior habían dormido en el coche y los músculos le estaban pasando factura. Alargó la cabeza para mirar el asiento trasero y el gesto le provocó una mueca de dolor. Sammy dormía. La luz de la mañana se colaba por entre los árboles de la carretera sin asfaltar y le caía en la cara. Tenía los ojos cerrados, pero se movían debajo de las pestañas. Debía de estar soñando. Tenía el dedo pulgar encajado firmemente entre los labios y se había tapado la cara con una manta de lana. A su lado estaba su nueva tortuga de peluche.

Había llorado como una desesperada cuando Patrick le quitó el gorila, pero dejarlo en el bosque había sido un buen plan. Habían hecho muchos buenos planes, pero ninguno de ellos importaba ya. Mientras amanecía delante de ellos, Becky recordó los acontecimientos de la noche anterior. Apretar el gatillo. Disparar. El *sheriff* que se dobló sobre sí mismo igual que se cierra una maleta y a continuación se desplomó en el suelo de azulejos descascarillados de aquel apartamento abandonado que había sido, por breve espacio de tiempo, su hogar.

No pienses en ello, se dijo. *Ya tendrás tiempo de arrepentirte cuando todo haya pasado. Es posible que Dios nunca me perdone, pero lo que hago, lo hago por esa niñita*.

Patrick sacó el Eagle de la carretera y enfiló el antiguo cortafuegos. Hacía años que no lo limpiaba nadie, pero estaba bien escondido. Patrick y Sammy estarían a salvo allí, ¿verdad? Becky trató de disimular la preocupación en su voz.

—Desde aquí ya puedo ir andando —dijo—. No tardaré mucho.

—¿Y si está tu hermano?

—No va a estar —dijo Becky—. No son ni las seis de la mañana. Y anoche era domingo y dijo misa, así que no se levantará hasta mediodía. Confía en mí.

Patrick le cogió una mano y a continuación la besó.

—Te quiero —dijo.

Pero Becky vio algo distinto en sus ojos. Sus ojos decían: «Joder, Becky». Había visto esa

expresión antes, el día que volvió a casa de la cárcel.

Joder, Becky.

Se suponía que Patrick y ella iban a marcharse juntos cuando este saliera de la cárcel. Becky había estado ahorrando y a Patrick no le costaría demasiado encontrar trabajo si no era demasiado exigente. En cuanto reunieran bastante dinero se irían, encontrarían un lugar tranquilo lejos de Manson y de la iglesia, un lugar donde recuperar el tiempo perdido, donde simplemente ser. Era un buen sueño, bonito y sencillo. Un sueño al que se había aferrado en las noches largas y oscuras mientras Patrick estaba en Greenwood.

Pero cuando Patrick volvió se encontró con Manson sumido en el caos. Una niña pequeña había desaparecido y su hermano, Travis, parecía ser el principal sospechoso. Luego fue al pequeño apartamento que Becky tenía alquilado en Old Commons y se encontró a la niña desaparecida dormida hecha un ovillo en uno de los dos dormitorios.

En aquel momento podría haberse marchado.

—Dame cinco minutos —había dicho Becky. Estaba conmocionada, alterada, confusa y agitada—. Dame cinco minutos para explicarte esto y luego puedes llamar a la policía o a mi hermano, o a quien te dé la real gana.

Primero Patrick había tenido un breve arranque de furia viril, y Becky no podía culparlo. Pero cuando la niña se despertó y Becky la tranquilizó, accedió a escuchar:

—Cinco minutos y luego me voy.

Becky había dedicado los cinco minutos a defender su causa lo mejor que había podido. Se había enterado de que iban a reprogramar a Sammy, que, en lenguaje fundamentalista, equivalía a «exorcizar». Lo habían decidido su hermano, Dale, y la propia madre de Sammy, Molly. Becky no sabía cuándo ni dónde iba a ser la reprogramación, pero sí que sería brutal, traumática y era posible que también letal.

Patrick escuchó.

Becky le habló de un caso en Floyd, Virginia, en noviembre de 1973, cuando la niña de cuatro años Jocelyn Rice murió asfixiada en la iglesia de su madre durante un exorcismo chapucero.

En marzo de 1978 el predicador evangelista Neil Haleck anunció que Satán estaba intentando poseer a dos hijos de una de sus feligresas. Los niños tenían tres y un año respectivamente. Se hizo un exorcismo para expulsar al Diablo. Cuando uno de los niños opuso resistencia, Haleck proclamó que era Satán y le clavó un puñal en el pecho.

En julio de 1980, en algún lugar de Luisiana, una madre arrancó la lengua y los intestinos de su hijo de dos años durante un exorcismo casero.

En enero de 1984…

—Para —dijo Patrick. La había entendido.

—Lo único que quería era quitarle a Molly la idea de la cabeza —dijo Becky—. Contarle lo que te acabo de contar a ti, contarle por lo que he pasado y el precio que he tenido… que hemos tenido que pagar por ello. Pero cuando entré en la calle, vi que la pobre niñita estaba sola en el jardín delantero. Para la familia era algo sin valor, que se deja en la calle el día que hay recogida de basura. Pero para mí, para nosotros, podía ser un regalo de Dios.

—Becky.

—No podía dejarla, Patrick. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, la había metido en el coche y la había traído aquí.

Así fue como su sencillo plan se había complicado. Se esconderían en Redwater el tiempo suficiente para evitar sospechas. Patrick conocía un sitio. Se turnarían para cuidar de Sammy,

asegurándose de ser vistos en Manson. Becky se uniría a la partida de búsqueda. A Patrick se le vería trabajando en Coleman. Cuando llegara el momento adecuado, se irían de Manson, se perderían en la noche, seguros de que nadie los buscaría.

Pero todo eso cambió la noche anterior, con el disparo.

Becky fue hasta la parte de atrás del Eagle y abrió el maletero. Quitó el trozo de alfombra que tapaba el hueco para la rueda de repuesto y sacó de él la escopeta de caza de su padre.

Por si acaso.

Cerró con cuidado el maletero. No quería despertar a Sammy. Luego volvió al asiento del conductor y le dio otro beso a Patrick.

—Si me pasara algo… —dijo.

—Calla.

—Si me pasara algo, cuida de Sammy, ¿de acuerdo?

—Becky.

—Prométemelo, Patrick —dijo—. Perdí la luz hace tiempo, pero la encontré otra vez en ti y en esa niña. Si me pasara algo, márchate. Que no se apaguen ninguna de esas dos luces. No mires atrás.

Patrick miró el asiento trasero y a continuación a Becky.

—Te lo prometo.

—Enseguida vuelvo —dijo esta.

Mientras recorría el camino de tierra hacia la iglesia, un viento frío entró por los árboles y le azotó las piernas desnudas. Se las miró y cayó en la cuenta de que llevaba unos vaqueros cortos. Hacía mucho tiempo que no salía a la calle sin una falda hasta los tobillos y nunca había puesto un pie en la iglesia vestida así.

Después de todo lo ocurrido, nunca podría volver a poner un pie en Manson. Sería difícil decir adiós a muchas cosas, pero la iglesia no era una de ellas. Ya no. Ahora, cuando pensaba en la Luz Interior, pensaba en lo ocurrido en la vieja granja en ruinas de Coleman.

Cuando llegó al claro se detuvo, nerviosa. El aparcamiento estaba vacío y no había nada que sugiriera que no estaba sola. Había estado allí un millón de veces, pero hoy algo era distinto.

El sol había salido detrás de los Apalaches. Iluminadas desde detrás, las montañas se fundían unas con otras igual que olas gigantescas y estáticas. El bosque, que formaba una barrera natural entre el complejo de la iglesia y el mundo exterior, parecía hoy más espeso, como la valla de un kilómetro y medio de perímetro que rodeaba la cárcel de Greenwood. El jardín comunitario y el gallinero —ninguno de los cuales se usaba desde que Becky era una niña— se recortaban inmóviles contra el fondo arbolado. El cobertizo de las serpientes parecía encantado; incluso la iglesia tenía un aspecto definitivamente amenazador.

Cuando se movió de nuevo, lo hizo rápido, caminando en línea recta hacia la iglesia. A cada paso que daba, la escopeta que llevaba colgando del hombro izquierdo le golpeaba el muslo. Sujetó fuerte la correa con ambas manos y se alegró una vez más de ir armada.

La puerta delantera de la iglesia tenía una cerradura, pero no se había usado nunca. Becky la empujó y entró. El olor a serrín, a mierda de serpiente y a sudor la golpeó, pero no le resultó del todo desagradable. Era el olor de la iglesia, el olor de su infancia.

Estaba oscuro, pero no encendió la luz. Cruzó el espacio con los brazos extendidos, confiando en su memoria corporal para no tropezar y romperse la crisma o tirar al suelo un terrario de una de las mesas.

Detrás de una puerta, al fondo de la iglesia, había un pasillo estrecho, al final del cual había un pequeño armario para suministros y un pequeño y ruidoso frigorífico donde Dale guardaba el

antisuero. El armario estaba cerrado, pero Becky sabía dónde guardaba Dale la llave. Apoyó una rodilla en el suelo, palpó en busca de un tablón suelto y tiró de él. La llave estaba en el hueco de tres centímetros que había debajo.

Después de abrir la puerta, se puso de puntillas para alcanzar el estante superior, apartó un cubo de fregar viejo y sacó la caja de donativos de su escondrijo. Tenía grabada la frase «Entrégate por entero a Dios, entrega lo que puedas a la Luz Interior» en uno de los lados. Estaba llena de dinero.

Si alguien le hubiera dicho a Becky el año anterior que una noche entraría de hurtadillas en la iglesia para vaciar la caja de donativos, se habría reído. Y sin embargo allí estaba. Últimamente su relación con Dios se había vuelto más y más complicada, sobre todo después de la noche anterior. Robar dinero se sumaba ahora a una larga lista de pecados.

La tapa de la caja estaba cerrada con un pequeño cerrojo plateado. Se la colocó entre los pies, cogió la culata de la escopeta, la apuntó al cerrojo y…

Se quedó quieta al oír el zumbido de un motor. Prestó atención. El sonido subió de volumen, se acercaba. Era una moto. La moto de Dale. Cuando el ruido llegó al claro, Becky golpeó el pestillo con la culata de la escopeta y lo rompió.

Dejó la escopeta, se arrodilló a toda prisa y empezó a coger puñados de dinero y a meterlos en una vieja bolsa de envasar al vacío que había encontrado encajada entre productos de limpieza en el armario. Cuando la bolsa estuvo llena, la cerró y se guardó el resto del dinero en los bolsillos de los pantalones cortos.

A la puerta de la iglesia, el motor se apagó.

Con unas manos que se negaban a moverse a la velocidad necesaria, Becky devolvió la caja de donativos al estante de arriba, cerró el armario y dejó la llave en su escondite, debajo del tablón del suelo. Cogió la bolsa con una mano, la escopeta con la otra y echó a correr por el pasillo.

Demasiado tarde. Dale acababa de entrar en la iglesia. Le dio al interruptor de la luz, que reveló una cara amoratada y un labio ensangrentado.

Becky se sobresaltó.

—Pero, Dale, ¿qué te ha pasado en la cara?

—Anoche la misa fue movida —dijo Dale llevándose la mano a un habón del tamaño de una pelota de golf que tenía debajo del ojo derecho—. No he visto tu coche. ¿Cómo has venido?

—Parte en autoestop y parte andando.

—Pero lo que es más importante, ¿qué haces con la escopeta de papá?

Los ojos de Dale iban de la escopeta a la bolsa llena de dinero. No había mentira posible que la librara de aquello.

—¿Qué es todo esto, Becky?

—Apártate de mi camino, Dale —dijo Becky dando un paso adelante.

Dale también dio un paso, ladeando la cabeza y con una sonrisa de curiosidad. Le faltaba un diente. Ahora que había luz, Becky reparó en una mancha rosa claro de sangre en el suelo, a los pies de su hermano. La misa tenía que haber sido muy movida.

—¿Es verdad lo que se dice de las iglesias? —preguntó Becky—. Si pido asilo, ¿estarías obligado por Dios a protegerme?

—¿Asilo de qué, Becky?

—Adivina, Dale —dijo Becky.

—¿Qué has hecho, Becky? ¿Tiene algo que ver con Sammy Went?

Becky levantó la escopeta en dirección a su hermano y a este se le borró la sonrisa de la cara.

Se puso rígido y levantó las manos.

—No hagas algo que no se pueda deshacer —dijo Dale.

—Es un poco tarde para eso, Dale —susurró Becky—. La tengo. Tengo a Sammy Went.

—¿Por qué?

—Para salvarla de ti —dijo Becky poniéndose la bolsa con dinero debajo del brazo y apoyando un dedo en el gatillo de la escopeta—. Para salvarla de su madre y de esta condenada iglesia.

—Becky.

—Sé lo que ibas a hacerle, señor reverendo —dijo Becky—. Sé lo del exorcismo. Ibas a hacerle a esa niña lo que me hiciste a mí.

—¿Dónde está? —dijo Dale con una voz grave que denotaba seguridad.

—La habrías matado, Dale. ¿Es que la fe te ciega tanto que no lo ves? Habrías matado a esa niña igual que mataste a mi hijo.

—Lo que te pasó a ti no fue culpa mía.

—¿Qué creías que le iba a pasar a mi hijo cuando te pusiste a gritarme pasajes de la Biblia, cuando me metisteis debajo del agua, cuando me encerrasteis en un sótano con…?

—Estábamos intentando salvarte.

—¿Salvarme de qué, estúpido cretino?

—¡Del Demonio!

Becky se encajó la culata de la escopeta en el hombro y la levantó, apuntando al cuello de Dale.

—Dime una cosa, Dale. ¿Crees que funcionó? ¿Crees que el mal del que me salvaste era peor que perder a un hijo antes de nacer?

Dale se humedeció los labios y dijo:

—El niño habría vivido de haber sido esa la voluntad de Dios. Y yo no te lo quité, Becky. Fue el Señor. Te lo arrancó del vientre porque era impuro. Porque había sido engendrado por el pecado, por un delincuente. Peor, por un infiel. ¡Lo único que tenías que hacer era mantener las piernas cerradas!

Escupía al hablar.

—Eso, tú cárgale el mochuelo a Dios —dijo Becky—. Y es posible que te creas tus patrañas, pero sabías muy bien lo que hacías. Querías evitar un escándalo. Proteger tu reputación, la reputación de la iglesia. Querías…

—Quería protegerte.

El dedo de Becky apretó un poco el gatillo.

—¿Y crees que lo conseguiste? ¿Crees que el exorcismo funcionó o que el Demonio sigue dentro de mí?

—No es demasiado tarde, Becky —dijo Dale—. Te has perdido, eso es todo. Vuelve. Vuelve a la Luz.

—He matado al *sheriff* —dijo Becky.

—¿Qué?

—Se ha terminado, Dale. Para mí y para nosotros. No he venido aquí a matarte. Se suponía que no ibas a estar. Quizá ha sido voluntad de Dios.

Dale entrelazó los dedos de las manos, inclinó la cabeza y susurró:

—«He aquí que os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones…

—¿Estás rezando?

—… y sobre todo poder del enemigo».

—¿De verdad estás rezando?

—Y nada os dañará.

Becky apretó el gatillo. Por un instante, solo oyó un fuerte pitido.

Esperó ver a su hermano desplomarse. Pero este se miró el cuerpo y no vio nada. Un delgado haz de luz entró por un agujero redondo y perfecto en la pared. Becky había errado el tiro.

Dale chilló y se abalanzó contra ella.

Presa del pánico, Becky levantó la escopeta para disparar de nuevo, pero no fue lo bastante rápida. Dale la alcanzó y le arrancó el arma, cogiéndola por el cañón y haciéndose un corte. Aulló de dolor y a continuación frunció el ceño. Golpeó a su hermana en la cara. Esta se tambaleó hacia atrás y cayó al suelo, sacudiéndose y gritando. Dale se subió encima de ella y volvió a golpearla.

Una y otra vez.

Becky le clavó las uñas, le arrancó un jirón de piel del mentón. Tenía la cara cubierta de sangre, pero no sentía dolor. La adrenalina le recorría el cuerpo y se sentía llena de energía. Se resistió a su hermano, pero Dios le había dado a este poder total sobre ella.

Justo cuando empezaba a verlo todo oscuro, Becky oyó el motor de la Eagle de Patrick entrando en el aparcamiento de la iglesia.

Manson, Kentucky

Ahora

Una ambulancia me llevó a toda prisa al hospital Manson Mercy, donde los médicos me administraron diecinueve dosis de antisuero. De haber tardado una hora más, es probable que hubieran tenido que amputarme la mano. De no haberme tratado las mordeduras, habría sucumbido a una muerte lenta y dolorosa. Me trataron quemaduras de segundo grado en la oreja izquierda, donde Creech me había golpeado con la cafetera. Me curaron abrasiones en la cara y me suturaron cortes profundos en los pies.

Estaba muy medicada contra el dolor, así que pasé los dos días siguientes en estado de semiinconsciencia. No recuerdo gran cosa. Sí recuerdo salivar mucho, algo que me dijo una enfermera que era normal después de una mordedura de serpiente cascabel. Y recuerdo a Dean. Amy y él debieron de llegar en algún momento de mi segundo día en el hospital. Me desperté varias veces y lo encontré a mi lado, pasándome los dedos por el pelo, o sentado junto a la ventana leyendo el periódico.

Cuando me desperté en la mañana del tercer día, Dean no estaba. En su lugar estaban Stuart y Amy. Stuart se levantó de la silla de la ventana cuando vio que estaba despierta. Amy ya estaba sentada a los pies de mi cama. Tenerlos a los dos en la misma habitación se me hizo muy extraño. Los mundos de Kim Leamy y Sammy Went habían colisionado oficialmente.

—¿Tienes mucho dolor? —preguntó Amy.

—Creo que me han puesto morfina, así que no siento gran cosa.

—Entonces ¿puedo abrazarte?

—Si me prometes tener cuidado.

Se tumbó en la cama a mi lado. Fue un abrazo torpe, incómodo. Dio igual. Nunca en mi vida me he alegrado tanto de ver a alguien.

—¿Has conocido a mi hermano? —pregunté.

—Sí, nos conocemos —dijo Amy.

Stuart se puso colorado. Vino a mi lado y me cogió la mano buena —tenía la otra vendada— y sonrió.

—Es la primera vez que me llamas así.

—¿Cómo me encontrasteis?

—Papá apareció al poco de irte tú —dijo—. Cuando no te encontramos y vimos que el coche no estaba, estuve casi seguro de que habías ido a la iglesia. No deberías haber ido sola.

—Lo sé —dije—. Lo siento.

—Yo también. Siento todo lo que ha pasado. Claire está de camino.

—Qué bien.

Llamaron a la puerta. El detective Burkhart traía un ramo de flores de la tienda de regalos del hospital.

—¿Tiene tiempo de charlar un rato?

—Te dejamos sola —dijo Amy bajándose de la cama.

—No os vayáis muy lejos, ninguno.

Stuart me apretó la mano y salió de la habitación con Amy. Cuando estuvimos solos, Burkhart dejó las flores en la mesilla, acercó la silla de plástico a la cama y se sentó.

—¿Te duele mucho?

—Me han puesto muchos analgésicos —dije—. Así que en realidad me encuentro bastante contenta.

—Conque contenta, ¿eh? —sonrió y se rascó la barba. Luego se le borró la sonrisa—. No hemos cogido a Creech todavía.

Tuve ganas de llorar. Creech había escapado, seguramente nada más encerrarme con las serpientes, y aunque mi cabeza me decía que debía de estar a miles de kilómetros, a mi corazón le preocupaba que estuviera mucho más cerca.

—¿Qué pasó, Kim? —preguntó Burkhart—. Dice su hermano que fue a interrogar a Creech sobre su hermana.

Asentí con la cabeza, me incorporé y me sequé la boca. Aún salivaba. Burkhart me pasó un vaso con agua y di un sorbo.

—Creo que Carol Leamy y Becky eran la misma persona. Cuando le pregunté a Dale Creech por ella se… se puso como loco. Algo pasó en la iglesia hace mucho tiempo. Algo relacionado con su hermana, y creo que yo estaba allí.

Burkhart parecía intrigado, como si estuviera asimilando alguna cosa. Luego se metió la mano en el bolsillo y sacó un papel doblado en cuatro. Le dio la vuelta varias veces en la mano.

—Estamos registrando la casa de Creech. Encontré algo que igual le interesa. —Desdobló el papel y me lo tendió, dado la vuelta—. Una fotografía de Becky Creech. Mírela. Dígame si es la mujer que la crio.

Le di la vuelta al papel, miré la fotografía de Becky Creech y de inmediato me eché a llorar. Me empezó a doler la mano. Pulsé el botón de la morfina, pero ya había llegado a la dosis máxima.

—Sandy estaba equivocada —dije—. La cicatriz ni siquiera está en la misma mano.

—¿Qué?

Doblé la hoja, se la devolví a Burkhart y dije:

—No es ella.

Mi siguiente visita fue Jack Went. Era un hombre alto, con pelo canoso que empezaba a escasear. Su sonrisa era tan cálida como triste.

—No sé cómo llamarte, ¿Sammy o Kim?

—Creo que de momento voy a usar los dos nombres —dije—. Me va a costar acostumbrarme.

—Y a mí me va a costar acostumbrarme a ese acento.

Se sentó junto a mi cama. No se podía negar que éramos familia. Vi mi cara en la suya; los mismos ojos. ¿Cómo podía no haberlo visto Molly?

—Nunca debí dejar de buscarte —dijo Jack—. Nunca debí dejar que se te llevaran, de hecho. Era mi deber protegerte. Lo siento muchísimo, Sammy.

—Por si te sirve de consuelo —dije—, hasta ahora he tenido una buena vida.

No se molestó en tratar de enjugarse las lágrimas. Apareció un hombre en la puerta. Iba bien vestido, tendría cuarenta y muchos o cincuenta y pocos años. Se había juntado las yemas de los

dedos debajo de la barbilla y sonreía de oreja a oreja. Jack le hizo un gesto para que entrara.

—Es mi marido, Travis —dijo Jack.

Travis se acercó despacio a la cama.

—¿De verdad eres tú?

—Sí —dije—. De verdad soy yo.

Tenía a uno de mis padres en la cabecera de mi cama cuando entró el otro. Dean llevaba un globo de «Que te mejores» que flotaba sobre él igual que una boya. Se detuvo en seco cuando vio a Jack y Travis junto a mi cama. Al principio pareció sorprendido, pero luego se le relajó la expresión. Miró primero a Jack y luego a su marido.

—Hola, Travis —dijo.

Travis reaccionó como si hubiera visto a un fantasma.

—¿Patrick?

Manson, Kentucky

Entonces

Patrick Eckles tardó en asimilar lo que veían sus ojos, como si temiera que un exceso de información sensorial fuera a provocarle un cortocircuito. La escopeta de caza estaba en el suelo manchado de sangre. Junto a ella había una bolsa de envasar al vacío rota por el centro y de la que salía dinero, como salen los intestinos en una película de zombis.

Entonces vio a Dale Creech. Se lo había esperado, después de oír su motocicleta por el camino de la iglesia. El ruido del disparo había atravesado el bosque y una pequeña parte de él había esperado ver a Creech muerto. A decir verdad, Patrick no sabía muy bien qué encontraría cuando entrara por la puerta abierta de la iglesia, pero desde luego no se había esperado ver a Creech así: con las mejillas coloradas, sangrando, llorando. Apartando las manos del cuello de Becky y apresurándose a coger la escopeta.

Patrick no se movió. Miraba a la mujer que amaba. Estaba quieta. Demasiado quieta. Tendida en el suelo de iglesia igual que una muñeca de trapo con el brazo izquierdo formando un ángulo extraño. Tenía sangre en la cara, pero, sin latido cardiaco que la impulsara, también la sangre estaba quieta.

Está muerta, pensó mientras Creech cogía la escopeta de caza y casi tropezaba con el pie de Becky. Creech apuntó a Patrick con el cañón del arma. A Patrick nunca lo habían apuntado con una escopeta. Este hecho habría sorprendido a algunos, pero en aquel momento casi ni fue consciente de ello. *Becky está muerta. Esto es real.*

—No —dijo en un susurro.

Creech estaba diciendo, gritando, alguna cosa. Pero a Patrick sus palabras le sonaron lejanas y extranjeras. El mundo parecía lejano y extranjero. Podría haber seguido en ese trance para siempre de no ser por el chillido. Fue agudo, como el silbato de un tren, y le reverberó en el cerebro.

Becky está muerta. Esto es real. Ese hombre te está apuntando con un arma y lo más seguro es que apriete el gatillo.

El silbido se agudizó y se transformó en llanto infantil. Sammy. Estaba a su espalda, en la puerta de la iglesia, llorando a moco tendido. La mirada de Patrick fue de la niña al cuerpo de Becky y de este a Creech y la escopeta. De igual modo, los ojos de Creech pasaron de Patrick a su hermana y a la niñita que lloraba en la puerta.

Becky habló de pronto, no con la boca, sino en la memoria de Patrick.

Si me pasara algo, cuida de Sammy, ¿de acuerdo?

Sammy seguía llorando. Extendió sus manos de dedos diminutos buscando a Patrick.

Prométemelo, Patrick. Que no se apaguen ninguna de esas dos luces. No mires atrás.

Se giró hacia Sammy, la cogió en brazos y la estrechó contra él. La niña enterró su cara en su hombro, se estremeció con fuerza un instante y luego empezó a tranquilizarse.

Patrick miró a Creech.

Creech bajó la escopeta y señaló la puerta.

—Vete.

«No mires atrás» le había dicho Becky, y no lo hizo.

Condujo todo el día comprobando el espejo retrovisor cada treinta segundos para asegurarse de que Sammy seguía allí, como si pudiera desaparecer del asiento trasero del coche yendo a cien kilómetros por hora en la autopista. El asiento del pasajero vacío le daba ganas de llorar, así que procuraba no mirarlo.

Se detuvo en un área de descanso a unos diez kilómetros de la frontera del estado. Encontró una gorra de béisbol maloliente debajo del asiento del conductor y se la puso, encajándose bien la visera. Había unos cuantos camiones aparcados formando ángulos de cuarenta y cinco grados junto a una gran gasolinera de hormigón. La gasolinera estaba cubierta de pintura azul descascarillada y pintadas. Un letrero desgastado encima de la puerta decía: «Tienda de Bob. ¡Gasolina! ¡Donuts! ¡Perritos calientes! ¡Refrescos!».

Después de llenar el depósito y de comprar tentempiés para el camino, empezaba a quedarse sin dinero. Pensó en la gran bolsa de donativos en el suelo de la iglesia y, por un momento, tuvo deseos de gritar. Sacó una moneda de veinticinco centavos del bolsillo y fue hasta una cabina de teléfono al fondo de la gasolinera.

—¿Sí? —Su madre contestó al décimo timbrazo.

—Soy yo, mamá —dijo Patrick—. ¿Está Travis por ahí?

—No.

—¿Tienes idea de cuándo va a volver?

—No —dijo la madre—. ¿Algo más?

—Sí. No. Mamá, tengo un problema.

Llegó un camión envuelto en una nube de gases de escape diésel.

—¿Dónde estás? —preguntó Ava.

—Eso da igual —dijo Patrick—. Necesito ayuda.

—¿Cuánta ayuda?

—¿Cuánta te puedes permitir?

—Si quieres enemigo, presta al amigo.

—Mamá, por favor.

Patrick oyó el chispazo de una cerilla al otro extremo de la línea telefónica, seguido del chasquido húmedo de Ava encendiendo un cigarrillo.

—Dime cuánto y te hago un giro postal —dijo esta.

Con lágrimas de alivio, Patrick miró hacia el aparcamiento y vio a Sammy en el asiento trasero del Eagle.

—Gracias.

—Sí, vale —dijo Ava—. ¿Quieres que le diga algo a tu hermano?

—No —dijo Patrick—. Solo échale un ojo por mí.

El lunes 9 de abril de 1990, seis días después de que Becky Creech se llevara a Sammy Went de su casa, Patrick Eckles cruzó la frontera estatal de Kentucky por la que confiaba que fuera última vez. Condujo todo el día y toda la noche, parando solo para repostar y comprar comida. Cuando dormían, lo hacían en el asiento trasero del Eagle o en moteles baratos que aceptaban solo pago

en metálico. En uno de ellos había una piscina. Patrick compró a Sammy un bañador amarillo demasiado grande en unos almacenes y se metió hasta la parte que cubría con ella a hombros.

Sammy estuvo confusa mucho tiempo. A veces se ponía triste y Patrick se preguntaba de cuánto se acordaría y cuánto habría olvidado ya. Pero a medida que el Eagle engullía kilómetros, Sammy empezó a aceptar su nueva realidad y a encariñarse con Patrick, igual que él se encariñaba con ella. Sentía su luz, una luz que también había tenido Becky Creech, y eso era lo único que importaba.

En cada lugar que paraban, Patrick compraba un periódico. El cuerpo del *sheriff* Ellis se encontró en la barriada de Redwater, donde lo habían dejado Becky y él. Al principio hubo rumores sobre una posible vinculación con el secuestro de Sammy, y teorías de que podía haber muerto mientras visitaba a una prostituta, pues se sabía que estas mujeres frecuentaban aquel lugar. Pero a medida que transcurrían las semanas sin que aparecieran pruebas, las noticias sobre este asesinato sin resolver fueron perdiendo presencia en los periódicos hasta que desaparecieron por completo.

La prensa no decía nada de Becky. Patrick supuso que su hermano había ocultado el asesinato y la había enterrado en algún lugar del bosque cercano a la iglesia. Confiaba en que Creech la hubiera tratado bien y que hubiera rezado una plegaria junto a su tumba antes de echarle tierra encima. También confiaba en que Creech no hubiera dicho nada sobre verlos aquel día en la iglesia, y que nunca lo hiciera. Aquello sería una destrucción mutua, pero era imposible predecir de lo que era capaz una mente como la del reverendo.

Ocho meses más tarde, Patrick pagó a un hombre para que falsificara un pasaporte para Sammy y a continuación huyó a Australia. Se cambió el nombre de Patrick Eckles por el de Dean Leamy. Su nuevo nombre no tenía ningún significado profundo, fue el primero que se le ocurrió. Daba lo mismo. Lo importante era que había dejado de llamarse Patrick Eckles.

Encontró trabajo en Melbourne y se aclimató lo más deprisa que pudo. Le llevó mucho tiempo deshacerse del acento, así que al principio no hablaba demasiado. Pero convertirse en Dean resultó más fácil de lo que había esperado, como meterse en un baño caliente de burbujas o ponerse unos vaqueros nuevos.

Nunca fue su intención conocer a nadie, y mucho menos enamorarse. Pero, como había aprendido en Manson y por las malas, sus planes tenían tendencia a desbaratarse. Una mujer llamada Carol se enamoró de él y todavía más de Sammy.

Para entonces, Sammy se llamaba Kim.

Durante un tiempo Carol creyó que Kim era hija de Dean, pero, por convincente que hubiera llegado a ser la mentira de este, pronto empezó a detectar incongruencias. Ambos acordaron que Kim no lo sabría nunca. Para dar consistencia a la mentira y distanciarse aún más de Sammy Went, Carol crio a la niña haciendo creer que era su hija biológica.

Pasaron los años.

Dean y Carol tuvieron una hija, Amy. Kim tenía una hermanita a la que mangonear. Crecieron creyendo que eran hermanas de madre. Dean y Carol se hicieron mayores y la mentira quedó enterrada. El pasado se convirtió en un mar profundo y oscuro lleno de tiburones y monstruos.

Carol cayó enferma. Perdió la batalla contra el cáncer. Stuart Went abordó a Kim, para entonces una mujer adulta, en el Northampton Community TAFE, donde enseñaba Fotografía tres noches a la semana.

En algún lugar sobre el océano Pacífico

Ahora

El 787 volaba a velocidad de crucero a cuarenta mil pies por encima del nivel del mar, a medio camino entre Manson y Melbourne, entre el pasado y el presente, entre el mundo de Sammy y el mío.

Habían atenuado las luces de cabina y la mayoría de los pasajeros dormía. Miré por la ventana del avión mientras sorbía un *bourbon* con Coca-Cola. Estaba demasiado oscuro para ver gran cosa, aparte de mi propio y fantasmal reflejo.

Dean y yo ya habíamos hecho aquel viaje juntos. Cuando él era Patrick y yo Sammy. Él no volvería a hacerlo, por lo menos en bastante tiempo.

No le había dirigido la palabra desde el día en el Manson Mercy, cuando abrió la puerta de Patrick Eckles y me invitó a entrar. Yo me había quedado callada, con la cabeza a punto de estallar de furia, asaltada por mil preguntas. ¿Me había rescatado o me había robado? ¿Quería mi perdón o mi agradecimiento? ¿Era Dean o era Patrick?

Al final, solo había acertado a decir:

—Ojalá estuviera aquí mamá.

—Sí —dijo Dean—. Ojalá.

En aquel momento un pajarillo rojo se había posado nervioso en el alféizar. Creo que era un cardenal.

Dean fue acusado de secuestro y complicidad en delito de asesinato bajo el nombre de Patrick Eckles. Todavía no se había fijado fecha para el juicio, pero yo sabía que volvería a Estados Unidos para entonces. ¿Qué otra elección tenía? Era mi familia.

Tardaría mucho en poder perdonar a Dean, si es que lo conseguía alguna vez, y también en conciliar a Sammy Went y a Kim Leamy en una sola persona. Pero hay que nadar hacia algo, ¿no?

Mi última noche en Manson recibí dos llamadas de teléfono. La primera era del detective Burkhart. Con su encantador acento sureño, me explicó que Dale Creech había sido detenido por la policía estatal cerca de la frontera de Kentucky. Había confesado el asesinato de Becky Creech y declarado haber enterrado su cuerpo en algún lugar del bosque que rodeaba el complejo de la iglesia.

Adiós al hombre de sombras.

La segunda llamada fue de Molly Went. Stuart le había dado mi número. No me llamaba para disculparse, ni para hacerme una confesión lacrimógena ni nada remotamente catártico. Solo quería charlar un rato. Me preguntó cuánto duraba mi vuelo y me dijo que no soportaría pasar tantas horas en un avión. Quería saber cómo era Australia, si nuestras serpientes eran tan letales como todos decían que eran, si había canguros por las calles. Cuando nos despedíamos, me dio su número y me dijo que si quería llamarla alguna vez, le parecería bien.

—Me lo pensaré —le dije. Y eso haré.

Cuando el 787 descendió hacia Melbourne, contemplé la ciudad. Era llana y gris, conocida y, sin embargo, diferente en cierta manera.

Este lugar no ha cambiado, decidí. *Pero la mujer que vuelve a él sí.*

Amy, Wayne y Lisa me esperaban en el aeropuerto. Mi sobrina fue la primera en verme. Gritó mi nombre y corrió a mi encuentro. La levanté por las axilas y la abracé, estrechándola con fuerza. Amy nos abrazó a las dos. Wayne nos miró desde una distancia respetuosa y se ofreció a llevarme la maleta, pero cuando hube terminado de abrazar a Amy y a Lisa, lo abracé a él también.

Teníamos por delante momentos difíciles y muchas cosas por resolver, pero entonces no pensaba en nada de eso. Pensaba en Sammy Went, la niña de ninguna parte en un oscuro rincón de mis recuerdos. Veía el hilo rojo atado alrededor de su cintura. La veía tirar de él, esperando que volviera vacío, pero esta vez permaneció tirante. Se ponía de pie y lo seguía, colocando una mano detrás de la otra, a través de la oscuridad y en dirección a la luz.

Nota del autor

Escribir es un trabajo solitario, algo que, la mayor parte del tiempo, me gusta. Trabajar a cuatro metros de mi cama y uno de mi perra quiere decir que al menos algunas de las decisiones que he tomado a lo largo de los años han sido buenas. Pero ahora que se ha publicado el libro, ha llegado el momento de hablar con personas.

Con eso en mente, esta nota es para darte las gracias y para empezar una conversación contigo, querido lector. Si te apetece ponerte en contacto para darme tu opinión o solo para saludarme, me encantará. Puedes escribirme a través de mi página web (christian-white.com) o a través de las redes sociales. Prometo estar más activo en Twitter. Con un poco de suerte, para cuando leas esto ya tendré más de seis seguidores.

Aprovechando que estás aquí, me gustaría contarte de dónde saqué la inspiración para este libro y por qué empecé a escribirlo. No tienes ninguna obligación de seguir leyendo, pero si eres de esas personas que no abandonan el cine hasta que terminan los créditos, o a las que les gusta conocer la historia «detrás» de la historia, quédate. Y por si eres de los que no pueden dejar nada a medias, como mi mujer, que se siente obligada a leer hasta la última palabra de un libro, intentaré ser breve.

Escribí este libro, sobre todo, para sacármelo de la cabeza. Cualquiera que tenga una historia rondándole (y sospecho que sois unos cuantos) sabrá que trasladarla al papel, o a la pantalla del ordenador, o al lienzo o al medio que te guste, es como una comezón que tienes que rascarte. Un músculo contracturado que necesitas estirar. Una costra que no puedes evitar pellizcarte.

Cuando empecé no tenía una idea clara de cómo se escribe una novela. Lo había intentado sin éxito antes y no quería volver a fracasar. Así que, como tantas otras veces, recurrí a los consejos de Stephen King. Si estás pensando en escribir una novela, deja inmediatamente lo que estés haciendo y vete a comprar, coger prestado o robar un ejemplar de *Mientras escribo*. Parte autobiográfico y parte manual, te proporciona una excelente hoja de ruta para convertir tu semilla de idea en un manuscrito. Te lo digo por experiencia, la hoja de ruta funciona. Tienes la prueba en tus manos.

Cuando se me ocurrió la idea central para *La niña de ninguna parte* —¿y si te enteraras de que fuiste raptada de niña y las personas que crees que son tus padres son en realidad tus captores?—, supe que era lo bastante interesante para generar una buena historia, pero también lo bastante genérica para obligarme a ser cauteloso. Ya se han contado un millón de historias de secuestro, así que esta tenía que ser distinta. Necesitaba algo más. Necesitaba… Kentucky.

Cuando era adolescente, mi familia y yo hicimos un viaje por carretera al más puro estilo de la familia chiflada americana de la película del mismo nombre. Empezamos en Wilkes-Barre, Pensilvania (donde entonces vivía mi hermana), fuimos en coche hasta Florida y volvimos. Por el camino hicimos una parada en Kentucky de la que conservo dos recuerdos muy vívidos. Uno: mi padre emocionado cuando un lugareño nos dedicó la clásica despedida sureña: «No dejéis de volver por aquí». Y dos: Mammoth Cave, un gigantesco conjunto de pasajes subterráneos y grutas cavernosas. Pasamos allí la tarde e hicimos una visita guiada a pie por la cueva. Era asombrosa y sobrecogedora como solo pueden serlo los monumentos de origen natural.

Caminamos debajo de estalactitas antiquísimas en un sendero iluminado por pequeñas

lámparas amarillas. Al llegar a una caverna especialmente gigante, nuestro guía nos pidió que nos quedáramos quietos y apagó todas las luces. La oscuridad que nos envolvió no se parecía a nada de lo que yo había sentido hasta entonces. Y no he vuelto a sentirlo. Me puse una mano delante de la cara y no vi absolutamente nada. Aquella oscuridad tenía algo de espiritual, de primario, poderoso y universal.

Mucho después de que el guía encendiera las luces, la oscuridad siguió acompañándome como un extraño trauma infantil. Cuando escribí *La niña de ninguna parte*, quise recuperar de alguna manera esa sensación, por eso situé gran parte de la historia en Kentucky. Cuando imagino ese lugar oscuro de los recuerdos de Kim Leamy, donde la pequeña Sammy Went está destinada a vagar, imagino aquella caverna de Mammoth Cave con todas las luces apagadas.

Y eso es todo. Gracias de corazón por leer mi libro. De verdad que significa mucho para mí. No me acuerdo de si esto lo he leído en alguna parte o es cosecha mía, pero la relación entre un autor y un lector es como un pacto sagrado. El lector le regala al autor unas horas de su vida y, a cambio, y si todo va bien, el autor le regala una historia que merece la pena. En ocasiones el lector se queda insatisfecho, pero casi siempre, al menos según mi experiencia, se trata de un intercambio satisfactorio y justo. Con el tiempo he leído un montón de libros y siempre he esperado mucho de la persona a la que estaba dedicando mi tiempo. Ahora que estoy en el otro lado del pacto, quiero que sepas que es algo que me tomo muy en serio.

Espero de verdad que hayas disfrutado de *La niña de ninguna parte* y que, si no ha cumplido tus expectativas, me des una segunda oportunidad. Estoy empezando en esto.

Agradecimientos

Stephen King hace que parezca muy fácil, pero escribir una novela es muy duro y requiere el apoyo de muchas personas increíbles. Ahora que lo pienso, «apoyo» puede no ser la palabra adecuada. Quizá sea más exacto decir «cariño». «Paciencia» también serviría. Con eso presente, estos son los nombres de algunas de las personas increíbles que ayudaron en la creación de este libro.

A toda la gente de Affirm Press, ¿qué puedo deciros? Vuestro entusiasmo es contagioso y os quiero. Mi agradecimiento especial a Martin Hughes y Ruby Ashby-Orr, quien me enseñó a ser un escritor mejor; y a Keiran Rogers, Grace Breen y Emily Ashenden, que me hicieron parecerlo.

A todos mis editores de otros países, que me abrumaron con su apoyo y me dieron consejos de gran valor. Espero conoceros en persona e invitaros a una copa. Gracias en especial a Julia Wisdom de HarperCollins, quien propuso el título del libro.

A mis agentes de RGM, Jennifer Naughton y Candice Thom, que siempre velan por mí.

Al Wheeler Centre y al premio literario Victorian Premier al manuscrito inédito; sin ellos este libro no sería más que un documento de word en mi ordenador.

A mis padres, Ivan y Keera White. Me enseñasteis a buscar mi propio camino y a recorrerlo. Papá, siempre me dabas la sección de crítica de cine del periódico durante nuestros desayunos secretos en McDonald’s. Mamá, durante nuestros largos paseos me enseñaste a contar una historia. La combinación de estas dos cosas fue lo que me convirtió en escritor.

A mis hermanos: Niki (la mujer más fuerte que conozco), Peter (un sabio de la vida), Jamie (que me tortura tanto como me hace reír) y a las parejas que los soportan.

A todos los DeRoches, con una mención especial a Torre, cuyo éxito como escritora me inspiró, y a Chris, que tiene la mejor risa que he oído en mi vida.

A mis mejores amigos, Jon y Sophie Asquith, que no dejan de sorprenderme con su creatividad; a Chris Dignum, el hombre más divertido que conozco y que, cuando se decida a escribir, dejará al mundo atónito; a Angie Sperling-Bruch, mi amiga más antigua, que aún me debe noventa dólares, y, por supuesto, a mi perra, Issy, que nunca leerá esto (es demasiado vaga) pero que siempre será mi niña preciosa y peluda. Cada vez que te miro a los ojos oigo esa canción de Cat Stevens *(I Love My Dog).* Creíamos que te estábamos rescatando, pero resultó ser al revés.

Y por último a mi mujer, Summer DeRoche, mi mejor amiga y primera lectora. Todos los nombrados en esta página ayudaron a crear este libro, pero lo cierto es que no existiría sin ti, Sum. Me ayudaste a transformarlo de argumento prometedor a un manuscrito, pero sobre todo me ayudaste a seguir adelante con tu fe en mí. Admiro tu sentido del humor, me inspira tu creatividad y envidio tus hermosas películas. Gracias por ser tú misma y por elegirme.

Título original: *The Nowhere Child*
Esta edición ha sido publicada por acuerdo con Kaplan/DeFiore Rights y The Foreign Office.

Edidión digital: 2019

Copyright © Christian White, 2018
© de la traducción: Laura Vidal Sanz, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-433-7

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.
Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com